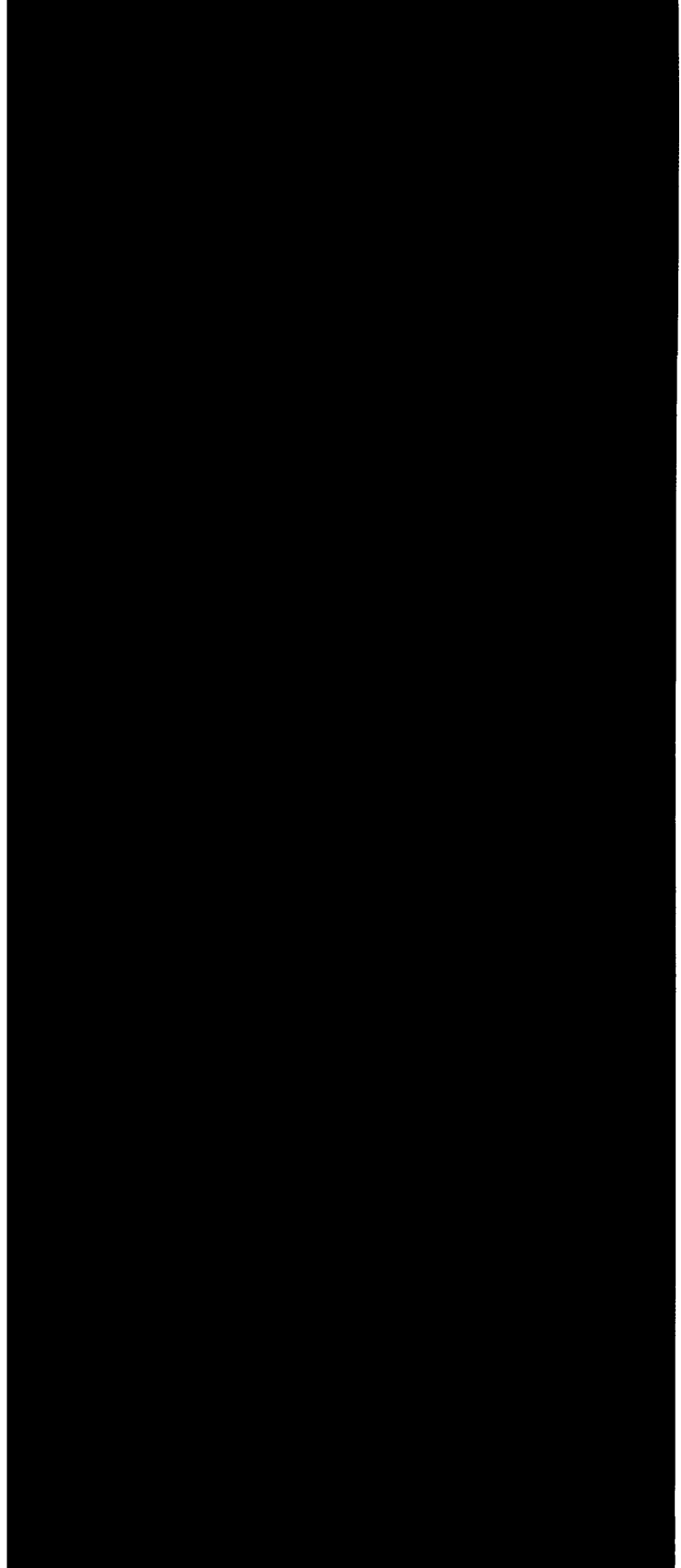
Nueva edición actualizada

Breve historia de Jalisco

José María Muriá

972.35
M9776b
2005

FIDEICOMISO HISTORIA DE LAS AMÉRICAS
BREVES HISTORIAS



SECCIÓN DE OBRAS DE HISTORIA

FIDEICOMISO HISTORIA DE LAS AMÉRICAS
Serie Breves Historias de los Estados de la República Mexicana

Coordinada por
ALICIA HERNÁNDEZ CHÁVEZ

Breve historia de Jalisco

JOSÉ MARÍA MURIÁ

BREVE HISTORIA DE JALISCO

Biblioteca Daniel Cosío Villegas
EL COLEGIO DE MEXICO, A. C.

EL COLEGIO DE MÉXICO
FIDEICOMISO HISTORIA DE LAS AMÉRICAS
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 1994
Segunda edición, 2005

Muriá, José María
Breve historia de Jalisco / José María Muriá. — 2ª ed. — México : FCE, COLMEX, FHA, 2005
220 p. : ilus. ; 23 × 17 cm. — (Colec. Fideicomiso Historia de las Américas)
ISBN 968-16-7626-2

1. Jalisco — Historia 2. México — Historia I. Ser. II. t.

LC F1296 M86 Dewey 972.34 M486b

Comentarios y sugerencias:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
www.fondodeculturaeconomica.com.
Tel. (55)5227-4672 Fax (55)5227-4694

D. R. © 1994, Fideicomiso Historia de las Américas
D. R. © 1994, El Colegio de México
Camino al Ajusto, 20; Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D. F.

D. R. © 1994, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-7626-2 (segunda edición)
ISBN 968-16-4552-9 (primera edición)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

A *todos* los mártires
del 22 de abril

La savia poderosa de su vida se ha sobrepuesto a estas crisis pasajeras, y Jalisco se ha alzado de su abatimiento más lozano, más pomposo, más bello que nunca.

Su pueblo será grande cuando sus hijos, olvidando sus rencillas domésticas, comprendan que es en la unión donde encontrarán el secreto para hacer que vuelva su país a su preponderancia anterior; porque ustedes no ignoran, y nadie ignora en México, lo que ha pesado Jalisco en los destinos de la patria.

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO, 1867

PRESENTACIÓN

EL FIDEICOMISO HISTORIA DE LAS AMÉRICAS nace de la idea y la convicción de que la mayor comprensión de nuestra historia nos permitirá pensarnos como una unidad plural de americanos y mexicanos, al mismo tiempo unidos y diferenciados. La obsesión por caracterizar la historia exclusivamente como nacional desdibuja el hecho de que la realidad de México es más compleja y pluridimensional y en la que la dimensión estatal y regional es parte sustantiva de ella. El desarrollo histórico de cada una de las entidades mexicanas, desde su primer poblamiento hasta su plena configuración como estados soberanos en la República Mexicana, nos muestra hasta qué punto nuestro pasado y nuestro presente se han caracterizado por una convivencia plural en la comunidad nacional.

El Colegio de México promueve y encabeza el proyecto plasmado en la Serie Breves Historias de los Estados de la República Mexicana realizada bajo la inspiración e idea de Luis González y González y por el interés mostrado por Miguel de la Madrid H., entonces director del Fondo de Cultura Económica, quien hizo posible que se sumaran esfuerzos académicos e institucionales con el apoyo generoso de los gobiernos de cada entidad federativa. El Fideicomiso Historia de las Américas dio forma a esta idea y elaboró, con historiadores destacados de distintas instituciones, las obras que hoy presentamos.

Desde que iniciamos la Serie han transcurrido más de 10 años, tiempo que hace necesaria una actualización, por breve que esta fuera, tanto por los eventos ocurridos en este lapso como por los nuevos aportes de la investigación contemporánea. Una mirada renovada al pasado de cada una de nuestras entidades siempre será bienvenida.

La continuidad de la Serie ha sido posible gracias al apoyo in-

condicional de la actual directora del Fondo de Cultura Económica, Consuelo Sáizar, y de su personal, al que debemos el excelente cuidado de nuestras publicaciones.

Alicia Hernández Chávez
Presidenta
Fideicomiso Historia de las Américas

LLAMADA GENERAL

ESTA SERIE de Breves Historias de los Estados de la República Mexicana, que entregan a la opinión pública dos instituciones culturales de gran prestigio, obedece al propósito de dar a conocer la vida y milagros del México plural y desconocido, o si se quiere, de los múltiples estilos de vida que se juntan en una nación cinco centenaria, ahora de dos millones de kilómetros cuadrados y noventa millones de habitantes.

Como es el dominio común, constituyen al llamado México plural de fines del siglo XX: 32 unidades político-administrativas muy mentadas, 56 etnias indígenas que tienden a desaparecer, 200 regiones o cotos económicos y 2 400 comunidades que reciben los nombres de municipios, patrias chicas, terruños o matrias. Las etnias, generalmente pobres y al margen del desfile nacional, reciben la atención de los antropólogos y demás científicos sociales. Las regiones rara vez se vuelven interesantes para los estudiosos de la vida económica. De los municipios se ocupan muchas veces cronistas improvisados y sentimentales y muy pocos historiadores con título. De los estados, hay numerosas monografías que suelen ser frutos de la improvisación, las prisas y los gustos políticos, que no del espíritu de objetividad y otras cositas.

Los volúmenes de la colección que aquí y ahora lanzan el Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México se proponen recoger historias profesionales, hechas con rigor científico y simpatía y escritas sin bilis y en el lenguaje de la tribu. El elenco de autores está formado por profesionales de la historia u otra ciencia social, oriundos y vecinos del estado que estudian y escritores de obras serias y legibles.

La doctora Alicia Hernández Chávez, al frente del elenco autoral, con sabiduría, gracia y cuchillito de palo, ha conseguido reunir una treintena de textos de dimensiones decentes, de alrededor

de 200 páginas cada uno, bien documentados, que narran, definen y ubican los sucesos históricos de que se ocupan y que logran mantener despiertos y aun regocijados a los lectores.

Es normal que la gran mayoría de las entidades políticas llamadas estados se ocupen de las llegadas y salidas de gobernadores, de golpes y pactos entre políticos, de disputas por el poder y de acciones administrativas del gobierno estatal. En el caso presente se agregan a pensamientos y conductas políticas —no sólo para estar a la altura de los tiempos que corren—, acaeceres ambientales, económicos y de cultura. En definitiva, se proponen historias que abarcan todos los aspectos de la vida: la globalidad de las sociedades investigadas.

Aquí se juntan historias de estados diferentes, hechas con el mismo patrón metodológico y dirigidas a todos los públicos locales. Se ha partido de la seguridad de que los pobladores de cada estado quieren saber las virtudes y las proezas de su entidad federativa y los vicios y desgracias de los estados vecinos. Se esperan lectores que ya han superado la etapa de la letra que se adquiere con sangre, que piden diversión en la lectura. También aspira a servir de buen modo a niños, adolescentes y jóvenes enclaustrados en escuelas, colegios y universidades.

LUIS GONZÁLEZ

PRELIMINAR: AQUÍ ES JALISCO

Caminos de Michoacán

LÁZARO CÁRDENAS ERA PRESIDENTE de la República cuando llegó a Guadalajara la primera carretera asfaltada. Es la que proviene de Morelia y Jiquilpan y, poco antes de bajar a Tizapán el Alto, por donde se dice que sale la luna de Chapala, sin estridencias y sin ofender a nadie, se recibía al viajero con el orgullo de pertenecer a esta tierra. Un sencillo letrero, a la orilla del camino, decía: "Aquí es Jalisco".

Poco antes de abandonar Michoacán, a la derecha del camino, se puede ver ya el lago de Chapala, cuya compañía se gozará durante un buen rato, mientras se pasa por varios pueblos adosados al agua, si es que a ésta no le ha dado por alejarse, como a veces lo hace, y dejar en estado de angustia no sólo a quienes viven en su derredor, sino también a muchos otros jaliscienses que están en idilio permanente con este embalse, el más grande de toda la República Mexicana. A pesar de la perspectiva acuática, el verdor es muy escaso cuando no llueve, pero la temperatura no pierde su moderación. Hacia el lado izquierdo del camino se ven las estribaciones de la sierra del Tigre, que con sus pinos encierra al pueblo de Mazamitla, a donde suelen ir en busca de fresco muchos jaliscienses.

Al principio es fácil ver la orilla opuesta de la laguna. Ahí está precisamente la población de Chapala y su vecina Ajijic, donde conviven casas de pescadores con mansiones en que descansan guadalajarenses, norteamericanos y canadienses, que gozan de su privilegiado atemperamiento y de sus aguas termales. Asimismo, se ven muy bien las islas: la de los Alacranes, que es la más pequeñita, y la de Mezcala, en la que incluso hubo un presidio —del que quedan algunos vestigios— que fue construido durante la época colonial.

En la medida que sigue el bojeo por el poniente nos acercamos a Jocotepec, uno de los extremos de la longitud lacustre; la parte contraria se va perdiendo de vista, e inclusive llega el momento en que sobre las aguas sólo vemos la línea del horizonte, como si estuviéramos en el mar. No en balde algunos entusiastas le han llamado *Mare Chapalicum* —seguramente porque en latín resulta más elegante— o nada más Mar Chapálico. Buena parte del agua que se bebe en la comarca y en la capital del estado procede de aquí.

Cuando Jocotepec y sus inmediatos manantiales de Roca Azul quedan atrás, hay que remontar y sortear algunos promontorios que sirven de contrafuerte al cerro de la Difunta antes de bajar hasta los cañaverales que rodean y honran el nombre de Acatlán, un pueblo que satisface a los conservadores llamándose Santa Anna y a los liberales con el apelativo de Juárez, en virtud de que el Benemérito debió pasar por ahí rápidamente en veloz retirada de Guadalajara rumbo a Manzanillo, allá por el año de 1858. Los eclécticos le llaman Santa Ana Acatlán de Juárez.

De hecho la carretera de Morelia no pasa por el mero Acatlán, sino por un lugar muy cercano nombrado El Cuarenta, simplemente porque está a esa distancia, en kilómetros, de Guadalajara. Del Cuarenta se accede a las grandes planicies que permiten llegar a la capital del estado libre y soberano de Jalisco sin tener que traspasar grandes complicaciones geográficas. La última de éstas es el cerro del Gachupín, al que fraccionadores y constructores de las viviendas populares que ahora lo invaden prefirieron llamar del Tesoro.

Otro acceso a Jalisco desde Jiquilpan es el que, por un camino tipo hamaca, lleva directamente a San José de Gracia, Michoacán, y a la sierra del Tigre, para descender en forma violenta desde Mazamitla hasta Tamazula y sus ingenios y embonar con las vías a Colima, una vez que se ha dejado atrás Tuxpan, quizás el último reducto nahuatlato del occidente de México.

Pero entre Michoacán y Jalisco hay otra vía por el otro lado de Chapala. Pasa por encima de lo que la ciudad de México no le sustrae al río Lerma poco antes de que desemboque en el oriente del lago. Ahí está la ciudad de La Barca, cuyo nombre y aliento ini-

cial se debe precisamente a las barcas con que cruzaban el río quienes seguían el camino al Bajío y a la ciudad de México. Esta ruta ribereña y poco sinuosa llega a Ocotlán, donde se pasa por encima del río Santiago, recién parido por la laguna de Chapala.

Para arribar a Guadalajara debe viajarse entonces por parajes muy fértiles entre la serranía del Tecuán, que protege la cuenca lacustre de los vientos del norte, y el río mismo, antes de que éste salte en Juanacatlán y poco después se vaya a las profundidades de la barranca de Oblatos o de Huentitán; la misma que en tiempos muy antiguos fue separación entre la vida sedentaria y agrícola, y la nómada y cinegética. Hoy día ya no es así, aunque sigue siendo un obstáculo difícil de salvar y una contención al crecimiento de Guadalajara por ese rumbo. Por último, el camino entronca con la autopista Guadalajara-Chapala y, después de pasar cerca del aeropuerto que antes se llamaba Las Ánimas y ahora Miguel Hidalgo, se llega también a la capital tapatía por el costado oriental del cerro del Cuatro.

Camino de Guanajuato y vecino de San Luis

Cuatro caminos a Jalisco pueden tomarse desde Guanajuato. El más socorrido se hace también por encima del río Lerma para bordear el pueblo de Degollado y sus canteras, en terrenos más bien pelados o huizacheros, pero no tarda en alcanzarse la fertilidad que se debe a los arroyos de Huáscato y de Ayo, para culminar en la cañada del río Los Sabinos donde está Atotonilco, "el de los naranjos en flor", rico en ojos de agua caliente. Son tierras de naranjos y de la famosa lima, cuyo jugo se bebe en Jalisco durante todo el año.

A la derecha queda la meseta que constituye el corazón mismo de Los Altos de Jalisco; al frente lomas y planicies que sustentan al cerro de Santa Fe, de cuya hegemonía se aprovecha una estación de microondas para alimentar a las televisiones de Guadalajara y su región.

Otro acceso importante proviene de León de los Aldamas, a me-

dia hora de Lagos de Moreno. Esta carretera también es muy antigua aunque se ha modernizado mucho. De Lagos hacia el norte el camino lleva hasta Aguascalientes, Zacatecas o la misma frontera con Estados Unidos; es el eje central de México. Pero de Lagos puede tomarse también rumbo al noreste, donde el paisaje de tunas aparece antes de llegar a Ojuelos y penetrar en el vecino San Luis Potosí. De Ojuelos, sin dejar los nopales por un buen rato, también se puede ir con rumbo norponiente en forma directa hasta Aguascalientes, pasando por las inmediaciones de aquella famosísima hacienda ganadera que fue Ciénega de Mata, donde su casco sigue admirando a propios y extraños.

Si de Lagos se viaja al suroeste se podrá ver cuanta tierra roja se quiera, pero en parcelas pequeñas, tal como corresponde a los meros Altos, hasta llegar a Tepatitlán, su indiscutible cabecera comarcal. De "Tepa", donde la avicultura y la crianza de cerdos compensan la austeridad del terreno y la imposibilidad de seguir siendo arrieros, ya falta poco para llegar a Zapotlanejo, donde se suma el otro camino, el que viene de Atotonilco, para entrar juntos a Guadalajara. Esta vez se ingresa por el lado de Tonalá y Tlaquepaque, cuyo barro chicloso permitió desde remotísimos tiempos un desarrollo muy singular de la alfarería.

Otros dos accesos desde Guanajuato tienen Los Altos: uno proviene del sugerente nombre de Purísima de Bustos, para recorrer, una vez que se entra a Jalisco, parte del santoral; Diego de Alejandría, Julián y Miguel el Alto son algunos poblados con nombre cristiano que ahí se encuentran, pero hay muchos más que también hirvieron de cristeros en su tiempo. El otro acceso emerge de las inmediaciones de Manuel Doblado, Guanajuato, para remontarse a Los Altos por Jesús María y Arandas. Ambas vías, tarde o temprano, embonan en la llamada carretera de Los Altos que viene de Lagos de Moreno. Una lo hace por Jalostotitlán, en las inmediaciones del santuario de San Juan —antes perteneciente a la jurisdicción de Santa María de los Lagos—, la otra en el vecindario de Tepatitlán.

Por tierras de "Los de abajo" y también de los huicholes

El río Verde, que corre de oriente a poniente para desembocar en el río Santiago al fondo de la barranca de Oblatos, constituye otra cicatriz importante que también dificulta la comunicación entre Los Altos y la Cazcana, pues en ocasiones ha logrado socavar una cañada de considerable hondura. Aunque la tierra es parecida en ambos lados, con sus lienzos de piedra y las "mujeres enlutadas" de que habló Agustín Yáñez, suponemos que también el río Verde fue otrora una clara frontera entre sedentarios y los seminómadas que con tanta fuerza se rebelaron contra la dominación española.

Es la Cazcana un camino que viene de Aguascalientes, desde cuyas planicies vitivinícolas se llega por lo que antes se llamó Paso de Sotos y ahora Villa Hidalgo, o rodeando por La Chona, conocido también como Encarnación de Díaz, habrá que pasar por el antiquísimo Teocaltiche, "de hombres ausentes", según aludió Victoriano Salado Álvarez a los muchos arrieros que antaño fueron sus hijos.

Recortando una muesca zacatecana, donde está Nochistlán, se llega a la hondonada que casi esconde a Yahualica, la cabecera económica de la Cazcana donde se compra y se vende profusamente de todo, además de trabajarse la cantera rosa. Precisamente en las inmediaciones de Yahualica, si se quiere ir a Guadalajara, puede cruzarse con cierta dificultad el río Verde y llegar a "Tepa", o remontar las suaves lomas con pináceas que siguen de Cuquío —topónimo purépecha— y dan comienzo a la sierra de Nochistlán, para tomar en Ixtlahuacán del Río la carretera que viene de la ciudad de Zacatecas. Sólo que para arribar a Guadalajara por su parte norte deberá cruzarse la barranca del río Santiago en uno de sus parajes más espectaculares. Asimismo, en las goteras de la ciudad se pasará por El Batán y cerca de Atemajac, el poblado donde se establecieron las primeras fábricas y que le dio el nombre a todo el llano donde ahora viven los tapatíos.

Otro ingreso que los zacatecanos pueden utilizar, a partir del Jerez que vio nacer al bardo Ramón López Velarde, es por el norteño pueblo de Huejúcar. De aquí es posible remontarse hacia el

noroeste hasta lugares como Mezquitic y Huejuquilla el Alto en las protuberancias que se ensamblan con Zacatecas, de tal manera que, con frecuencia, es difícil saber en qué entidad se encuentra uno y los habitantes a veces dudan a cuál pertenecen. Es una vía nueva que sube y baja por las serranías que corren de norte a sur y desciende a calurosos cañones agrícolas y ganaderos que no hace mucho, siendo tan difícil su acceso, eran casi autosuficientes. No sirve este camino para ir más allá de Huejuquilla, y resulta tan tranquilo como antaño eran todas las demás carreteras de Jalisco, pero las tierras huicholas, inmersas en la Sierra Madre, donde no se sabe bien a bien el fin de Jalisco y el comienzo de Nayarit, continúan ayunas de buena comunicación.

Desde Huejúcar, por el otrora apacible y bien organizado Colotlán, puede llegarse muy bien a Guadalajara por una carretera que ahora es real, pero fue tantas veces prometida en vano que llegó a parecer un sueño imposible. Sin embargo, uno debe adentrarse antes en Zacatecas, pasar por El Teúl, antiguo centro ceremonial de los belicosos cazcanes y reingresar a Jalisco ya casi para descender al fondo de la consabida barranca, en cuya sima se pasa por San Cristóbal, y se hace presente también el río Juchipila. Después de remontarla entre pinares, se llega a Guadalajara por las inmediaciones de la base aérea y la hoy ciudad de Zapopan, cuya virgen congrega cada 12 de octubre la mayor concentración humana que se produce en todo México.

Poco al sur de Colotlán, una recientemente asfaltada carretera hacia el poniente nos lleva hasta Villa Guerrero, conocida antes como El Salitre. Está situada en un paraje espacioso y recio que hoy es la antesala y antaño el punto neurálgico de abastecimiento de los centros mineros más importantes del río Bolaños. A la vera de esta corriente, que baja desde Mezquitic por terrenos cada vez más escarpados, se encuentra la población que le da nombre al río y en la que sobreviven espectaculares restos del esplendor de antes. Luego, por el mismo camino siguen Chimaltitán y San Martín y, muchas aguas más abajo, hacia el sur, en el fondo del escarpadísimo paisaje, aún está Apozolco, cerca de ninguna parte y sin carretera que le llegue de algún lado.

La vía del Caballo Blanco

Viniendo desde la frontera norte por la costa del Pacífico deberá viajarse muchas horas paralelamente a la magnífica Sierra Madre, pero al ingresar a Jalisco, el principal eje montañoso de América no se pasa subiendo sino bajando por unas fallas conocidas antes como las barrancas de Mochitiltic y hoy Plan de Barrancas. Hay quien asegura que éste es precisamente el comienzo de la Sierra Madre del Sur. Mucho más que lo bajado al principio debe ascenderse después para que el plano, la laguna y las minas de ópalo de Magdalena den la bienvenida al altiplano central. En la actualidad una nueva autopista salta las barrancas gracias a unos puentes espectaculares, uno de los cuales se encuentra en un sitio que ha respondido desde hace mucho al sugestivo nombre de Salsipuedes.

El siguiente paso después de Magdalena es una comarca, una población y un volcán apagado, con su muy característica tetilla en la cima, que comparten uno de los nombres más famosos de México: Tequila. En efecto, es la tierra sembrada de sus exclusivos agaves azules que se extienden hasta la ceja de la consabida barranca del río Santiago, y que en la propia localidad de Tequila y en las cercanías de Amatitán son convertidos desde hace más de cuatrocientos años en el conocidísimo aguardiente que es considerado la "bebida nacional".

De aquí a Guadalajara la distancia es ya breve, mas conviene estar atento para contemplar el enorme bosque de la Primavera que, menguado y todo, constituye uno de los principales pulmones del ya sobrepoblado valle de Atemajac.

La sierra y la costa

Desde Tepic a Guadalajara se desvían hacia la mano derecha del viajero, el poniente, dos caminos importantes: El segundo, que comienza a unos treinta kilómetros antes de llegar a Guadalajara, rodeando por el norte el bosque de la Primavera, lleva hasta los cañaverales de Tala. De ahí una desviación hacia el norte acaba

poco después del antiguo centro minero de Etzatlán, pero la carretera que se supone principal lleva a Ameca donde comienza a remontarse la Sierra Madre por una vía que, a pesar de lo agreste, se espera que un día llegue a Puerto Vallarta. Sólo que por ahora resulta dificilísimo ir más allá de Mascota, en el corazón de la sierra, cuya tranquilidad se debe a que no es aún vía para ir a otra parte. Sin embargo, además de la explotación forestal, agrícola y el oro solapado entre Atenguillo y Mixtlán, justifican plenamente esta carretera los muchos peregrinos que acuden a dar gracias a la virgen de Talpa, sita poco antes de llegar a Mascota.

El primero de los tres caminos cobra vida propia a la altura de la población de Chapalilla, Nayarit. Lleva primero a Compostela y desciende luego hacia la costa por una serie interminable de curvas, cuya vera es cada vez más verde y frondosa. Este camino tiene como destino principal Puerto Vallarta, antes llamado Las Peñas, inmediato al río Ameca, límite de Jalisco con Nayarit desde aguas muy arriba hasta su desembocadura en la llamada bahía de Banderas. Pero desde mediados de los años setenta puede seguirse hacia el sur por la costa más bonita —Chamela, El Tecuán, Tenacatita, Melaque, Barra de Navidad— hasta llegar al río Marabasco, donde Cihuatlán despide al viandante de Jalisco si es que se decide a entrar al estado de Colima. Pero poco antes de llegar a Cihuatlán es posible tomar un camino directo a Guadalajara, remontando la Sierra Madre, aquí llamada del Sur, después de cruzar una feraz planicie casi tropical y pasar los fértiles valles de Autlán y Unión de Tula, cuyas huertas se nutren con aguas bien aprovechadas del río que después se llama Armería. De cerros inmediatos a Autlán se extrajo hasta la década de los setenta una enorme cantidad de manganeso que se exportó por el puerto de Manzanillo, y de los promontorios cercanos a Unión de Tula puede esperarse cualquier cosa, de lo que dio una buena muestra la plata que antaño salió de la vecina Ejutla.

Descender a Cocula, de donde se dice que es el mariachi, aproxima también a la pequeña laguna de Villa Corona, aprovechada por el turismo nacional y, desde ahí, se alcanza el camino que viene de Morelia entre los cañaverales que rematan en Acatlán.

El sur de Jalisco

Otra vía posible, de la que ya se está cerca en Cihuatlán, es la autopista que parte del puerto de Manzanillo y pasa por la capital del verde estado de Colima. De aquí surgen dos opciones: el camino sinuoso y más largo nos acercará a Michoacán por los minerales de Pihuamo y pasará por Tecalitlán, tierra también de mariacheros; a la derecha quedará el más joven de los asfaltos carreteros de Jalisco, que casi conduce hasta Jilotlán de los Dolores, en la colindancia física, espiritual y gastronómica con Michoacán, cerca del río Tepalcatepec.

El mejor y más rápido sube precipitadamente y se acerca al Volcán y al Nevado de Colima, las mayores edificaciones naturales de Jalisco. La primera se considera la de mayor actividad en todo México. Desde hace poco se pasa por encima de las barrancas de Beltrán y de Atenquique, aunque para trasponerlas, antes de que se construyeran sendos puentes, había que descender hasta el fondo y ascender después penosamente. Entre 1858 y 1866 fue bastión casi inexpugnable de liberales y patriotas que lucharon exitosamente contra los conservadores y los ejércitos franceses.

Después de Atenquique, donde la madera se convierte en papel, nos reconciliamos con el camino de Pihuamo y llegamos juntos a Ciudad Guzmán, meollo comercial, otrora conocido como Zapotlán el Grande, que está arrimado a las estribaciones de la sierra del Tigre, donde abundan minas de arena y cal.

Trascender el valle de Zapotlán y pasar al de Sayula significa bajar por la cuesta de este nombre, escenario de importantes batallas durante la Revolución, la Intervención francesa y la guerra de Independencia, para atravesar la laguna llamada también de Sayula, tan extensa como de escasa profundidad. La mitad del año alcanza cuando mucho metro y medio, mas cuando deja de llover queda completamente seca, sin que su salitroso suelo pueda tener otro uso que el de causar polvaredas. Lo mismo les sucede a sus vecinas lagunas de San Marcos y Santa Catarina.

De Sayula parte una vía transversal que remonta la sierra de Tapalpa para arribar después hasta Unión de Tula y la carretera

de Autlán. Pero primero habrá que pasar por San Gabriel, cuna de Juan Rulfo, y luego por un llano que, sin saber casi nadie dónde está, es de sobra conocido por todos los buenos lectores del mundo, ya que sirve de marco a un cuento de Rulfo y de título a uno de los libros más importantes de las letras hispanas de todos los tiempos: *El llano en llamas.*

Desde Sayula ahora es muy rápido viajar a Guadalajara, aunque hace unas cuatro décadas se tardaba casi todo el día para recorrer lo que ahora requiere apenas de una hora y cuarto: llegar a Acatlán y al Cuarenta y, junto con quienes vienen de Autlán, por un lado, y de Jiquilpan, por el otro costado del cerro de la Difunta, ingresar a Guadalajara por la carretera asfaltada más antigua de Jalisco.

I. LOS PRIMEROS ACTORES Y SU ENCUENTRO

Vestigios de tatarabuelos

Hace más de 15 mil años, ya había gente nómada que deambulaba en pequeños grupos por las riberas de los lagos de Zacoalco y Chapala, de quienes se han hallado fragmentos de cráneos y otros restos humanos, además de puntas de flecha, raspadores de cuerno de venado, punzones, silbatos, anzuelos y colgantes de hueso o colmillos, percutores de hueso de caballo, así como una vértebra de ballena, todos ellos con muestras evidentes de que fueron trabajados por seres humanos.

Por su abundancia de agua, en tales parajes se podía subsistir con menos dificultad gracias a la caza, la pesca y, posteriormente, a una agricultura rudimentaria favorecida por la humedad que emanaba de los mismos lagos. Esto favoreció los primeros asentamientos humanos en el occidente de México, hace unos siete mil años, aproximadamente.

Con el tiempo se organizarían los cultivos, cuyo rendimiento mejoraría después con el empleo de la coa o bastón sembrador. Otros vestigios de asentamientos en la región con cuatro mil o cinco mil años de antigüedad se han hallado por Mezquitic, en el norte de Jalisco, en el suroeste de Zacatecas y en las cercanías de San Blas, en la costa nayarita.

Con la cerámica, casi siempre adornada con motivos religiosos, el hombre dispuso de utensilios para guardar agua y alimentos y manifestar su talento artístico. En todos los casos, la cerámica del occidente de México fue siempre de gran calidad.

En un lugar conocido como El Opeño, en las inmediaciones del valle de Zamora, se hallaron algunas figurillas humanas de barro de hace 3 500 años. Por otro lado, en Capacha, próximo a Colima, abundan restos casi tan antiguos como los anteriores, de ollas

de boca ancha y centro acinturado, muy semejante al bule, sin parangón en el resto de México. Tanto unas como otras han sido localizadas en tumbas por casi todo el occidente y evidencian una habilidad notable de los artesanos, lo que permite pensar, por un lado, en un culto especial a los muertos y, por otro, en una incipiente división del trabajo.

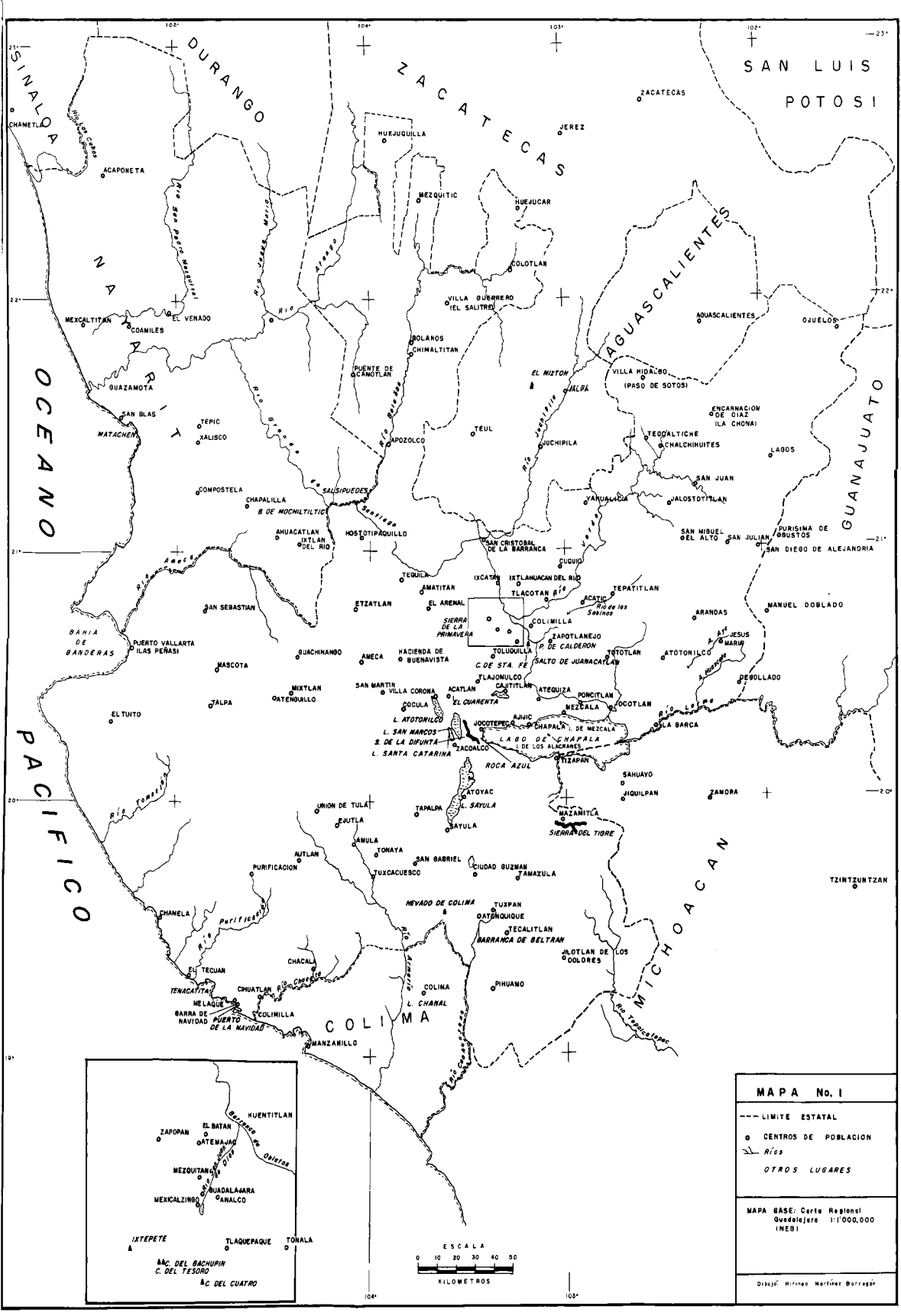
Al parecer, unos mil años antes de Cristo, había ya una cierta comunicación con gente de otras regiones, como lo muestra el ligero parecido entre las figurillas del Opeño y las de Tlatilco, en el valle de México, y un hacha con características olmecas encontrada por el rumbo de Etzatlán.

Bisabuelos alfareros

Un milenio después los pueblos del occidente de México habían evolucionado notablemente, como lo manifiesta la cultura llamada de Chupícuaro y la de las Tumbas de Tiro. Vestigios del tipo de Chupícuaro, cuyos testimonios más importantes se han hallado en la población de este nombre, en el actual Guanajuato, cubren una extensa zona del centro del país, desde Durango hasta Tlaxcala. De Jalisco abarcó principalmente la zona norte y Los Altos: los testimonios más relevantes se descubrieron en el cerro Encantado, vecino de Teocaltiche, y en un sitio conocido como El Cuarenta, en el municipio de Lagos de Moreno. Se trata de cerámica en colores negro y crema, aunque a veces se empleaban también el café y el rojo. Estas piezas evidencian mayor refinamiento y especialización que las del Opeño y Capacha.

En algunos lugares influidos por esta cultura de Chupícuaro se han encontrado también cimientos de piedra para sostener construcciones de bajareque, con terrazas y drenaje, lo que revela una mayor complejidad de la organización social y la especialización del trabajo.

La cultura conocida como de las Tumbas de Tiro es ligeramente posterior a Chupícuaro, pues se desarrolló entre el 200 y 600 d.C., en casi todo el estado de Colima y en algunas partes de Jalisco y Nayarit. Su característica principal son los entierros al


SINALOA
DURANGO
ZACATECAS
SAN LUIS POTOSI
NAYARIT
AGUASCALIENTES
GUANAJUATO
MICHOACAN
COLIMA
OCEANO PACIFICO
CHAMETLA
ACAPONETA
MEXCALTITAN
COAMILES
EL VENADO
GUAZAMOTA
SAN BLAS
MATACHEN
TEPIC
XALISCO
COMPOSTELA
CHAPALILLA
B. DE MOCHILTILTIC
AHUACATLAN
IXTLAN DEL RIO
HOSTOTIPAQUILLO
SAN SEBASTIAN
BAHIA DE BANDERAS
PUERTO VALLARTA (LAS PEÑAS)
BUCHINANGO
NASCOTA
MIXTLAN
ATENQUILLO
JALPA
EL TUNTO
AMECA
HACIENDA DE BUENAVISTA
SAN MARTIN
VILLA CORONA
ACATLAN
COCULA
L. ATOTONILCO
L. SAN MARCOS
S. DE LA DIFUNTA
L. SANTA CATARINA
EL CUARENTA
ROCA AZUL
ATOYAC
TAPALPA
L. SAYULA
SAYULA
UNION DE TULA
ENJUTLA
AMULA
TONAYA
AUTLAN
PURIFICACION
TUXCACUESCO
SAN GABRIEL
CIUDAD GUZMAN
TAMAZULA
NEVADO DE COLIMA
TUXPAN
ATENQUIQUE
TECALITLAN
BARRANCA DE BELTRAN
JILOTLAN DE LOS DOLORES
PIHUAMO
COLIMA
L. CHANAL
MANZANILLO
CHAMELA
EL TECUAN
CHACALA
TENACATITA
CHUATLAN
MELAQUE
BARRA DE NAVIDAD
COLIMILLA
PUERTO DE LA NAVIDAD
Río Tomatlán
Río Purificación
Río Armería
Río Coahuayana
Río Tepalcatepec
HUEJUQUILLA
MEZQUITIC
HUEJUCAR
JEREZ
ZACATECAS
COLOTLAN
VILLA GUERRERO (EL SALITRE)
BOLAÑOS
CHIMALTITAN
PUENTE DE CAMOTLAN
APOZOLCO
TEUL
EL NIZTON
JALPA
VILLA HIDALGO (PASO DE SOTOS)
AGUASCALIENTES
OJUELOS
ENCARNACION DE DIAZ (LA CHONA)
TEOCALTICHE
CHALCHIHUITES
LAGOS
SAN JUAN
JALOSTOTITLAN
YAHUALICA
SAN MIGUEL EL ALTO
SAN JULIAN
PURISIMA DE BUSTOS
SAN DIEGO DE ALEJANDRIA
CUQUIO
SAN CRISTOBAL DE LA BARRANCA
IXCATAN
IXTLAHUACAN DEL RIO
TLACOTAN
ACATIC
TEPATITLAN
ARANDAS
MANUEL DOBLADO
COLIMILLA
SIERRA DE LA PRIMAVERA
ZAPOTLANEJO
P. DE CALDERON
TOLUQUILLA
C. DE STA. FE
SALTO DE JUANACATLAN
TOTOTLAN
ATOTONILCO
JESUS MARIA
DEGOLLADO
TLAJOMULCO
CAJITITLAN
ATEQUIZA
PONCITLAN
JOCOTLAN
MEZCALA
AJIJIC
JOCOTEPEC
CHAPALA
L. DE MEZCALA
LAGO DE CHAPALA
L. DE LOS ALACRANES
LA BARCA
ZACOALCO
TIZAPAN
SAHUAYO
JIQUILPAN
ZAMORA
TZINTZUNTZAN
MAZANITLA
SIERRA DEL TIGRE
HUENTITLAN
EL BATAN
ZAPOPAN
ATEMAJAC
Barranca de Oblatos
MEZQUITAN
GUADALAJARA
ANALCO
MEXICALZINGO
IXTEPETE
TLAQUEPAQUE
TONALA
C. DEL BACHUPIN
C. DEL TESORO
C. DEL CUATRO
ESCALA
0 10 20 30 40 50
KILOMETROS
MAPA No. 1
LIMITE ESTATAL
CENTROS DE POBLACION
Ríos
OTROS LUGARES
MAPA BASE: Carta Regional Guadalajara 1:1'000,000 INEGI
Dibujó: Hirineo Martínez Barragán

fondo de un tiro o pozo de dos a cuatro metros de profundidad como promedio, aunque los hay más hondos como el del Arenal, que tiene catorce metros. En el fondo de éstos había de una a tres cámaras mortuorias que podían contener uno o varios cadáveres. En dichas cámaras, además de los restos humanos, se han descubierto numerosas y complejas ofrendas mortuorias. Al concluir un entierro, la entrada del tiro se cubría con lajas y hay casos de tumbas que tenían pequeños montículos en la superficie que servían de altares.

Diversas ofrendas cerámicas encontradas han permitido delimitar los estilos de las piezas elaboradas en Colima, Nayarit y Jalisco. Las de Colima, muy bien moldeadas, se hacían usualmente de color rojo, aunque también se han hallado negras o marrón. Casi siempre, ya fueran las que representaban animales —como los famosos perros— o las figuras humanas, servían de recipientes, pues tienen una vertedera que no altera casi la forma de la pieza. Se ha localizado, además, una gran variedad de figurillas que representan actividades de la vida cotidiana, como mujeres cocinando, danzantes, pequeñas aldeas, con sus casas, plaza y algo semejante a un altar central.

La cerámica de Nayarit, en cambio, descuidó un tanto el modelado, pero puso énfasis en el uso de los colores: negro, rojo, naranja o amarillo. En esta región, el ser humano fue el modelo más frecuente: guerreros, músicos, enfermos y parejas de hombres y mujeres, aunque hay algunas muestras de animales y frutos. Resulta peculiar que las figuras humanas procedentes de esta zona tengan aretes y narigueras y que no se usasen como recipientes.

En el actual Jalisco la cerámica era cuidadosamente modelada, incluso con adornos en las representaciones humanas, pero la utilización del color era más discreta. Predomina el rojo sobre bayo y el blanco sobre rojo. Abundan las representaciones de mujeres y guerreros siempre de cabeza alta y estrecha y con una nariz recta y afilada.

El uso del vestido parece haber sido poco frecuente en esta época, mas con el paso del tiempo los atuendos fueron haciéndose más

sofisticados y frecuentes, sobre todo entre los personajes de alcurnia. El atavío masculino cubría los genitales, pero no las posaderas, mientras que el femenino era un simple lienzo de tela que se enredaba en la cintura donde se sostenía por un ceñidor. En la guerra cubrían el torso con una especie de armadura hecha con algodón y carrizos. En Nayarit también usaban escudos cuadrados, con los cuales podían taparse todo el tórax, y además se ponían cascos con dos cuernos. Los adornos iban desde penachos hasta tocados, collares, pectorales, orejeras y narigueras; algunos fabricados de barro y obsidiana y los más de conchas y caracoles marinos, aun en lugares distantes de la costa. Asimismo, sabemos que se utilizaron los tatuajes de manera asidua y que todos andaban descalzos.

Las viviendas de esa época estaban hechas de material perecedero: paredes de carrizo enjarradas de lodo y techos de palma o zacate a cuatro aguas. Casi todas las piezas halladas son funerarias, esto significa que no fueron hechas expresamente para los vivos, aunque muchas figuras representan acontecimientos de la vida cotidiana.

La cultura de las Tumbas de Tiro tuvo poca comunicación con la del centro de México, a causa de Chupícuaro. Sin embargo, sí se relacionó con Chalchihuites, Zacatecas, el sur de Sinaloa y los límites con Michoacán. Es de notarse que en Colombia y Ecuador también existieron tumbas de este estilo, lo que sugiere un posible contacto por mar entre ambas regiones. La propia palabra "colima" se encuentra también en Colombia.

Abuelos indígenas

Hacia el siglo VII d.C. el paso de oleadas migratorias provenientes del norte alteró sobremanera la vida de aquellas comunidades. Aproximadamente unos trescientos años después, tras el declive de Teotihuacan y durante el apogeo de Tula, entre el 900 y el 1200, la influencia de esta ciudad y de la cultura tolteca se dejó sentir con gran fuerza en la arquitectura, la religión y la cerámica

de Jalisco. Pero con la caída de Tula las influencias volvieron a fluir del occidente hacia el centro.

Entre los siglos XIII y XV, con el nacimiento y consolidación del estado purépecha —la única organización política fuerte habida en todo el occidente de México—, quedó rota cualquier posibilidad de comunicación de México-Tenochtitlan con Jalisco, Colima y Nayarit. A pesar de incursionar con frecuencia por el sur de Jalisco en busca del salitre que abunda en las playas de Sayula y los metales de la sierra del Tigre, los purépechas nunca dominaron la región.

El campo de Jalisco, según evidencias arqueológicas, fue el escenario de frecuentes luchas entre los pueblos que ahí habitaban. Lo atestiguan muchas puntas de proyectiles de obsidiana que se han rescatado, las cuales eran lanzadas con el *átlatl* o lanzadardos, con el arco que empezaba a usarse o simplemente con la mano; las hachas, porras o macanas con cabeza de piedra; el *macuáhuitl* —un palo grueso y aplanado, con hojas de obsidiana en ambos filos—, etcétera. Para la defensa tenían una especie de armadura de algodón y el escudo, que ahora era redondo y más pequeño. También se pintaban la cara y el cuerpo para la guerra, a la cual, dijo de ellos el obispo Mota y Escobar en el siglo XVI, "fueron siempre muy inclinados".

La forma de gobierno y la elección no eran las mismas entre los diferentes pueblos del occidente de México. A veces era hereditaria, otras era preferido el de mayores virtudes guerreras y, en otros casos, el de más cualidades religiosas. Temporalmente algún pueblo caía bajo el dominio de otro y hasta le pagaba tributo.

En el norte de la barranca del río Santiago, donde el terreno resultaba más áspero y accesible a los nómadas-chichimecas del norte, la gente era belicosa y no del todo sedentaria. Con todo y las diferencias que guardaban con los pueblos ubicados al sur, no puede negarse que hubo muchos elementos culturales comunes.

La población estaba dividida en tres categorías básicas: jefes, gente del pueblo y esclavos de guerra; así como en tres grandes áreas profesionales: artesanos, campesinos y comerciantes. Los guerreros no constituían un grupo especial, reclutándose los comba-

tientes cuando las circunstancias lo requerían. Asimismo, la poligamia era proporcional a la riqueza.

En Jalisco, como se dijo, la influencia religiosa del altiplano central se dejó sentir con fuerza en tiempos remotos. Deidades veneradas en Teotihuacan y Tula, como Tláloc —de la lluvia—, Xipetótec —de los artesanos—, Quetzalcóatl —bajo la advocación de Ehécatl—, Mictlantecuhtli —de los muertos— lo fueron también en estas tierras, al igual que Tonatiuh y Teopiltzintli.

Una característica importante de Jalisco, Nayarit y Michoacán fue adorar una piedra afilada o navajón, lo que puede asociarse a la piedra que iba incrustada en el pecho de algunos ídolos mexicas y toltecas a manera de corazón, y que representaba su esencia o espíritu. En esta zona no hubo tales efigies, pero sí referencias de ídolos de manta; se han encontrado cabezas de piedra que quizá fueron de ellos. Es muy probable que en el interior de estos ídolos se colocara esa piedra sagrada que simbolizaba a la misma deidad. También es posible que el navajón no sea sino el cuchillo de sacrificios que en muchos casos se consideró divino. Las ceremonias de culto consistían en sacrificios, danzas y ofrendas.

Por otro lado, se han descubierto también representaciones cinceladas en grandes rocas, así como figuras abstractas de animales y seres humanos en las orillas del lago de Chapala, en la cuenca del río Tomatlán, en las inmediaciones de Mezquitic y en Coamiles, Nayarit.

Arquitectura original

En la construcción de templos y plazas para el culto la comunidad participaba masivamente. Así pues, de una arquitectura simple ligada al culto funerario, se pasó a conceptos más complejos que incluían montículos mayores y espacios para el juego de pelota, cuyo interés ya no respondía sólo a la veneración de los muertos. Sin embargo, no se alcanzaron mayores concentraciones humanas y no se pasó de edificaciones modestas, tanto por su tamaño como por la tecnología empleada.

Las características del lugar determinaban el material utilizado

en la construcción: rocas de diversos tipos, adobes, paredes de cañas y tierra y hasta madera. La piedra labrada fue escasa, pues sólo se han encontrado algunas en el Chanal, Colima, y en basamentos cercanos a Ixtlán del Río, Nayarit, y a Tamazula, Jalisco. Basamentos recubiertos con piedras cortadas sólo hay en Michoacán. El estuco —aplanado de cal y arena—, muy frecuente en otras partes de México, casi no se usó en esta región; su lugar lo ocupó una mezcla de lodo y fibras vegetales puesta al fuego para que tuviera mayor consistencia.

Fue común la elaboración de plataformas hechas con una especie de cajón con rocas o adobe que luego se rellenaba con tierra y piedras. Asimismo se adaptaron promontorios naturales o se aprovecharon edificios anteriores, como en Ixtépete, vecino a Guadalajara, cuya estructura exterior cubre cuando menos cinco pirámides sobrepuestas.

Las casas de los personajes importantes tenían una distribución semejante a los palacios del centro de México. En torno suyo se establecía la población que los sustentaba, la cual vivía en chozas de una sola puerta, mirando todas en dirección de la plaza, donde confluían las actividades cotidianas. Las viviendas seguían siendo de material perecedero, de un solo cuarto, redondo y alto en la costa, y rectangular y más bajo en las tierras altas.

Con el tiempo, las costumbres funerarias se hicieron más sencillas y los cadáveres se depositaron en una fosa simple en contacto con la tierra. A veces quedaban junto a un perro que los guiaría en la otra vida. Un gran número de cráneos encontrados comprueba la costumbre de mutilar la dentadura y deformar la cabeza con tablas.

Tecnología e intercambio

Del siglo VIII en adelante, procedente quizá de los Andes o de Centroamérica, apareció la metalurgia en el occidente de México, donde alcanzaría un desarrollo relativamente importante. La mayoría de los objetos eran de cobre, aunque hubo de oro y también algunos de plata, estaño y plomo. El cobre sirvió para ornamen-

tos y herramientas, en tanto que el oro y la plata se utilizaron para adornos pequeños como cascabeles, broches, alfileres para ropa, cuentas y laminillas. Los mejores artesanos eran purépechas, de allí su interés por dominar los yacimientos de Tamazula y Jilotlán.

Salvo los metales, los materiales básicos fueron los mismos que antes, pero hubo utensilios nuevos como el comal, por ejemplo, que facilitó mucho la preparación de alimentos. Los malacates de barro también mejoraron la elaboración de textiles y ayudaron a generalizar el uso del vestido. Como consecuencia se fue incrementando el número de artesanos especializados y de localidades asociadas a una determinada actividad.

Parece evidente que en esta época los productos cambiaban de manos en calidad de tributos, pero también existía ya una compleja red comercial que dio lugar a una intensa relación entre los grupos humanos y una generalizada identidad cultural. Sin embargo, no puede pensarse que fuese ésta una región homogénea, pues de lo contrario no hubieran prevalecido diversos idiomas y dialectos después de consumada la conquista española.

Abuelos blancos y barbados

Ésta sobrevino por cuenta de expediciones forjadas en la ciudad de México-Tenochtitlan, vencida por los españoles encabezados por Hernán Cortés en 1521, quienes recorrieron a partir de entonces todos los caminos que pudieran llevarlos adonde hubiera metales preciosos. En consecuencia, apenas despojaron a los purépechas de su oro y su plata, continuaron sus correrías al poniente en pos de los yacimientos —que a la postre resultaron muy pobres— ubicados en lo que hoy es el sur de Jalisco. Pero, además, en este caso concreto, los conquistadores tendrían también instrucciones de buscar un buen sitio para zarpar en busca de otras tierras que les resultasen más productivas.

Por instrucciones del propio Cortés, al finalizar 1522, Cristóbal de Olid anduvo por Mazamitla y llegó hasta Tamazula, con lo que dio inicio, sin hallar mayor resistencia, la conquista y la coloniza-

ción de Jalisco. Poco después, el mismo Olid salió a la costa con el propósito de llegar a Zacatula, donde ya se habían establecido algunos españoles. Sin autorización, uno de sus acompañantes, Juan Rodríguez de Villafuerte, se apartó del grupo y se dirigió a Tecomán, pero fue obligado a retroceder precipitadamente por los colimotes. Molesto por la desobediencia y el fracaso, Cortés ordenó a Villafuerte que volviera a México y a Gonzalo de Sandoval que subiese por la costa para enfrentar a quienes habían vencido a Villafuerte, resultando victorioso en su cometido. De esta manera, en julio de 1523, fundó la primera villa de españoles en Colima. Hacia 1524, Cortés nombró a un pariente suyo, Francisco Cortés de San Buenaventura, como su lugarteniente y alcalde de dicha localidad y lo instó a que continuara las exploraciones hacia el norte. Éste recorrió Cihuatlán, Autlán y Etzatlán, arrasando cuanto pueblo no se sometiera y asignando encomiendas entre sus acompañantes. Finalmente, llegó al río Santiago en abril de 1525, pero al no encontrar mayor atractivo, emprendió el regreso sin dejar establecimiento español alguno.

Entre tanto, otro pariente de Cortés, Alonso de Ávalos, arribó al sur de Jalisco a posesionarse del sitio cuyo encomendero original era su hermano Hernando de Saavedra, quien lo había dejado para sumarse a la empresa que marchó a Honduras. La encomienda en cuestión era una extensísima zona que abarcaba desde Sayula, Atoyac, Zacoalco y Cocula, hasta la ribera de Chapala. Ávalos la usufructuó durante muchos años, lo que dio lugar a que la región fuese conocida hasta mucho después como Provincia o Pueblos de Ávalos.

En 1529, cuando el presidente de la Real Audiencia de México, Nuño Beltrán de Guzmán, se enteró de que Cortés regresaba fortalecido de España —después de las acusaciones y ataques que se le habían imputado— decidió reunir un nutrido grupo de españoles e indios y emprender una expedición de conquista hacia las tierras del noroeste. Su intención era unirlas a la provincia del Pánuco, de la que también era gobernador y formar así una entidad independiente de la Nueva España.

Después de pasar por Tzintzuntzan, donde torturó y ejecutó al

caltzontzin por suponer que le ocultaba riquezas, al comenzar 1530 cruzó con su gente el río Lerma, pasó por Tototlán y llegó a Tonalá, uno de los pueblos más habitados de la zona, y doblegó a sus defensores. De ahí atravesó la barranca profunda que forma el río Santiago y exploró la región cazcana. Después de recorrerla, comprobar su pobreza y lo difícil que era llegar por ahí al Pánuco, la partida volvió al poniente dividida en dos: Guzmán tomó hacia el suroeste y Pedro Alméndez Chirinos la línea recta del poniente, por un camino mucho más difícil, para encontrarse posteriormente ambos en Xalisco —inmediato al actual Tepic—, después de vencer la resistencia de sus naturales. De ahí se dieron a la tarea de buscar a lo largo de la costa tierras que tuvieran minerales y otro camino hacia el golfo de México.

Al mediar el mes de julio llegaron a Aztatlán, donde las cosechas recién levantadas les permitieron esperar sin problemas los refuerzos que venían de México. Pero con ellos recibieron la noticia de que Guzmán había sido destituido como presidente de la audiencia. Para colmo, en septiembre, un huracán y la peste azotaron el lugar, dañando considerablemente al contingente invasor; sin embargo, las bajas se repusieron mediante una leva forzosa que se fue a hacer en Etzatlán antes de seguir su camino hacia el norte.

A partir de Chiametla, el paisaje se vuelve más árido y los indígenas que allí habitaban no entendían náhuatl, lo que complicó su marcha. Los exploradores llegaron después a Culiacán y, luego de haber vencido una ligera resistencia, se posesionaron del lugar; posteriormente, procedieron a explorar la costa por el rumbo de Altata antes de cruzar la Sierra Madre e intentar de nuevo, infructuosamente, alcanzar la provincia del Pánuco.

Las primeras villas

Después de recorrer más de dos mil kilómetros durante año y medio, Guzmán decidió volver al sur y consolidar lo ya sometido, previa fundación de una villa de españoles que le asegurara su

hegemonía en lo que hoy es el centro del estado de Sinaloa. Así nació San Miguel de Culiacán, el 29 de septiembre de 1531, cerca de donde quedó enclavada después; además, para que le sirviera de apoyo en su camino de regreso al sur fundó Chiametla.

Hacia 1531, Nuño supo que Luis de Castilla venía con instrucciones de Cortés a establecer una población por el rumbo de Xalisco, por lo que dispuso primero su rechazo por la fuerza e inmediatamente después el establecimiento de la villa del Espíritu Santo, en Tepic. También pretendió llamar a este territorio la Mayor España, pero la Corona ordenó que se conociera como Nueva Galicia y que su capital recibiera el nombre de Compostela; Nuño fue ratificado como gobernador.

Posteriormente, en 1532, Guzmán encargó a Juan de Oñate que erigiera un pueblo con el nombre de Guadalajara, su ciudad natal, al norte de la barranca del río Santiago, en plena región cazcana, para ganar así presencia en ella y propiciar la tan buscada comunicación con el golfo de México.

En cuanto regresó Cortés a la Nueva España comenzaron los pleitos con Guzmán por la posesión de Ahuacatlán y Xalisco. Pese a que la primera expedición que pasó por ahí había sido enviada por Cortés, estos parajes acabaron perteneciendo a Nueva Galicia en virtud de que Guzmán estableció una población de españoles y aseguró la impartición de la doctrina cristiana. Además, para ganar propiedades por la costa sur y evitar el avance de Cortés, al comenzar 1533, Guzmán encargó a Juan Fernández de Híjar que fundara por ahí una villa con el nombre de Purificación.

La búsqueda de más riquezas al noroeste de la Nueva Galicia llevó a que Cortés organizara dos expediciones marítimas por el litoral del Pacífico, entre 1532 y 1533. Las dos fracasaron, pero una de ellas, al mando de Diego Hurtado, primo de Cortés, cayó en manos de Guzmán. Un año y medio después, en 1535, Cortés se dirigió en pos de su enemigo pero el enfrentamiento no fue lo violento que se esperaba. Por el contrario, Guzmán dio facilidades a Cortés para que embarcara y recorriera el golfo que hoy lleva su nombre, y éste lo dejó tranquilo en sus dominios neogallegos.

Las exploraciones que dirigió Cortés y las que dispusieron más

tarde los virreyes de Nueva España no descubrieron atractivos al norte de Nueva Galicia, lo que ocasionó el aplazamiento de la colonización del noroeste mexicano por cerca de siglo y medio.

La primera organización regional se sustentó en las cinco villas fundadas por órdenes de Guzmán, pero ninguna de ellas permaneció en el mismo sitio diez años después. La más errante de todas fue Guadalajara. Primero estuvo en Nochistlán, a partir de 1532, donde la encontró Nuño dos años después, durante el viaje que realizó a la costa del golfo y, ante lo precario de su situación, autorizó su mudanza hacia el sur. Pero cuando retornó en 1535, contrariado porque no era ya gobernador de la provincia del Pánuco, se halló además con que Guadalajara se había asentado en Tonalá, siendo que este pueblo lo había preservado para su beneficio personal. En consecuencia, los pobladores de la villa fueron obligados a cruzar la barranca de nuevo y se establecieron en sus inmediaciones, cerca de Tlacotán. Ahí permaneció Guadalajara más tiempo, hasta que en 1542 se asentó definitivamente en el valle de Atemajac.

Era tal el interés de los españoles por tener un poblado en la región cazcana que, en 1539, sin importar su fragilidad, el rey concedió a Guadalajara escudo de armas y rango de ciudad, con todas sus prerrogativas.

Al finalizar 1536, Nuño de Guzmán había dejado a Cristóbal de Oñate interinamente en su lugar, para viajar a España con el fin de mejorar la opinión que de él tenía el monarca. Pero antes de cruzar el Atlántico fue encarcelado más de un año en la ciudad de México. Nuño no volvió, pues el rey lo reincorporó a su escolta personal, de donde había salido para su aventura americana.

El cargo de gobernador lo ocupó Diego Pérez de la Torre, quien se estableció en Tonalá, pero murió en 1538 a consecuencia de las heridas causadas por indígenas de Hostotipaquillo, encabezados por Coaxícar, cuando trataba de someterlos. El mando volvió provisionalmente a manos de Oñate.

La muerte del gobernador fue uno de los primeros episodios sangrientos de la devastadora rebelión de los indios que llegó a su punto culminante en 1541, al grado que el propio virrey Anto-

nio de Mendoza en persona se viera obligado a intervenir. La dureza del régimen de vida impuesto a los indios fue la causa principal de la sublevación. A pesar de que las fuerzas de Oñate menguaban y los rebeldes daban trazas de ser más fuertes cada vez y la rebelión amenazaba con brotar hasta en regiones apartadas, como Tlaxcala, las autoridades de México subestimaron el alzamiento. No fue sino hasta que murió Pedro de Alvarado, como consecuencia de su fracaso en Nochistlán frente a los rebeldes de Tenamaxtli, al mediar 1541, cuando el virrey Antonio de Mendoza decidió atender los llamados del gobernador Oñate y partió de la ciudad de México rumbo a la Nueva Galicia con un contingente gigantesco. Entre tanto, el 28 de septiembre, Guadalajara estuvo cerca de ser arrasada por completo. Se dijo que de no ser la oportuna y violenta irrupción de San Miguel, quien se convirtió entonces en patrono de los tapatíos, su población hubiera sido arrasada por completo.

A su paso, el ejército de Mendoza destruyó pueblos enteros como Acatic y Totoltán. En octubre de 1541, acompañado de Oñate, se dirigió a uno de los puntos neurálgicos de la rebelión: el peñón de Nochistlán, y luego al escarpado cerro del Miztón, en pos de los rebeldes que ahí buscaron refugio, dándoles el golpe de gracia el 16 de diciembre de 1541.

Pero los indios no fueron exterminados ni la insurrección aniquilada por completo. Sobrevivientes de la masacre se retiraron a montes y cañadas donde los españoles no se atrevieran a continuar la lucha. Años después de concluida esta guerra del Miztón, las correrías de los cazcanes seguían presentándose esporádicamente.

A raíz de estos acontecimientos, el 14 de febrero de 1542 Guadalajara se estableció definitivamente en la ribera poniente del río bautizado como San Juan de Dios, en el valle de Atemajac, al sur de la barranca.

Siembra del "Estado español en Indias"

La Nueva Galicia quedó sujeta a partir de entonces a la autoridad militar del virrey de la Nueva España y a un rígido control hacen-

dario por parte de éste y de las autoridades españolas, las cuales enviaron, en 1544, un visitador para que hiciese un análisis de la situación. Fue él quien planteó la necesidad de erigir un obispado y establecer una Real Audiencia, sugerencia que no tardó en ser escuchada.

En 1547, Pedro Gómez Maraver, primer obispo efectivo de Nueva Galicia, llegó a Compostela, asentamiento oficial de la mitra, aunque se volvió de inmediato a Guadalajara debido a lo inhóspito de aquel lugar. Cuatro años después lo sorprendió la muerte en España, cuando hacía gestiones para cambiar su sede episcopal de Compostela a Guadalajara.

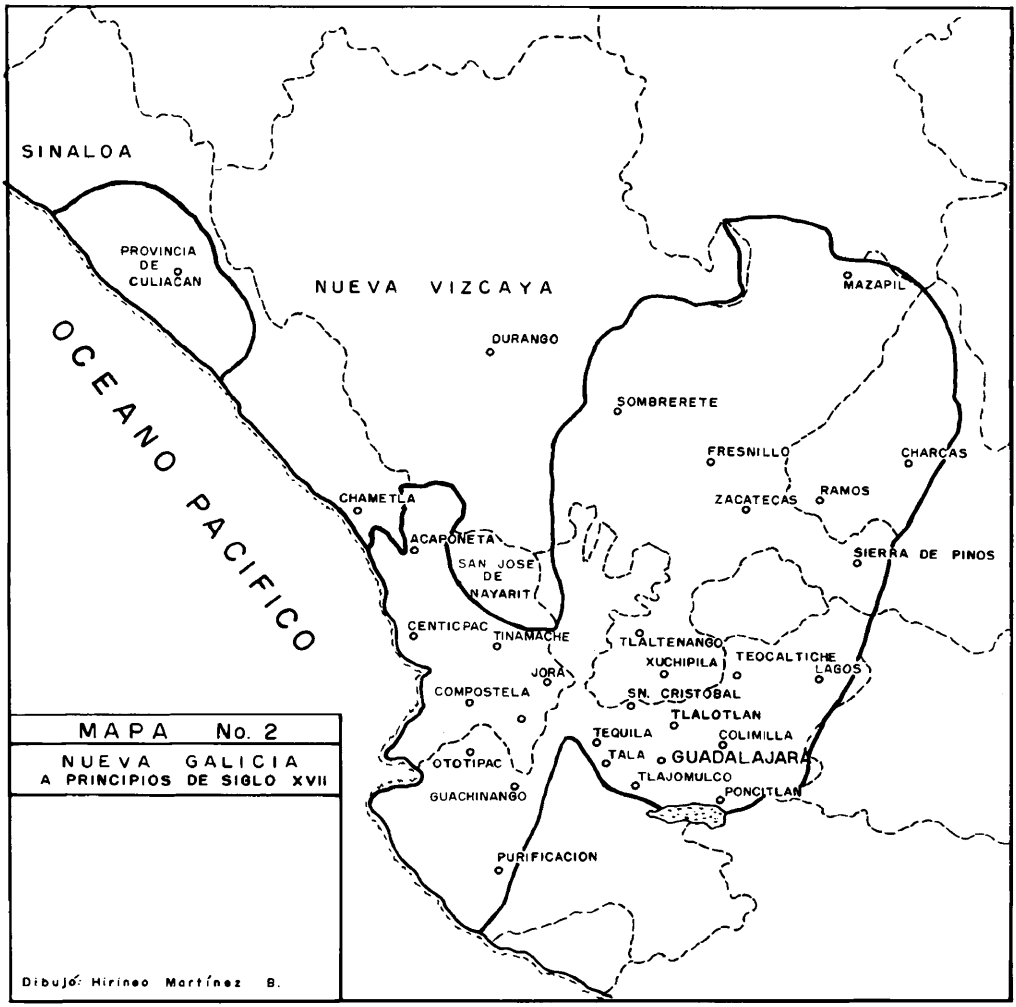
Por su parte, la Real Audiencia de Nueva Galicia comenzó a tomar forma en 1547 cuando fueron nombrados sus cuatro primeros oidores. Al principio tendrían que remitirse a la Audiencia de México los asuntos mayores de 300 pesos o que pudieran implicar la pena capital, mas no tardó en ganar completa autonomía.

Los oidores de la audiencia neogallega también ejercían el cargo de alcaldes mayores, destacando la enérgica acción en contra de los abusos de los encomenderos que emprendió Lorenzo Lebrón de Quiñones, quien gozaba de la protección de don Luis de Velasco, a la sazón virrey de la Nueva España.

Las actividades económicas más importantes de esta zona fueron pronto la agricultura y la ganadería, tareas a las que se dedicaban los españoles en sus tierras de origen: Andalucía, Extremadura y las dos Castillas, principalmente.

La mano de obra indígena fue la base de toda la actividad productiva, en tanto que los españoles consideraban generalmente el trabajo manual denigrante para su hidalguía. Los encomenderos y propietarios, por otro lado, no podían aspirar a ser altos empleados de la Corona, ya que éstos se nombraban en España y solían abusar de sus amplias facultades, motivo por el cual eran mal vistos por quienes aquí residían.

El trabajo excesivo, los malos tratos, la pésima alimentación y las nuevas enfermedades fueron el azote de los indígenas durante la colonización. Se calcula que entre 1550 y 1650 su población se redujo en 90% aproximadamente, de modo que llegó incluso a


SINALOA
PROVINCIA DE CULIACAN
NUEVA VIZCAYA
OCEANO PACIFICO
MAZAPIL
DURANGO
SOMBRERETE
FRESNILLO
CHARCAS
RAMOS
ZACATECAS
CHAMETLA
ACAPONETA
SAN JOSE DE NAYARIT
SIERRA DE PINOS
CENTICPAC
TINAMACHE
TLALTENANGO
XUCHIPILA
TEOCALTICHE
LAGOS
JORA
COMPOSTELA
SN. CRISTOBAL
TLALOTLAN
TEQUILA
COLIMILLA
TALA
GUADALAJARA
TLAJOMULCO
PONCITLAN
OTOTIPAC
GUACHINANGO
PURIFICACION
MAPA No. 2
NUEVA GALICIA
A PRINCIPIOS DE SIGLO XVII
Dibujó: Hirineo Martínez B.

temerse su completa extinción, como había sucedido en las Antillas. Debido a esto, se incrementó la compra de negros, quienes se sumaron al mestizaje regional y llegaron a desempeñar un papel de cierta importancia en Nueva Galicia durante el siglo XVII.

A fines de 1560, Guadalajara se convirtió en capital, luego de autorizarse el establecimiento en ella de las primeras autoridades civiles y eclesiásticas. Mas no por ello ganó armonía, pues de inmediato se produjeron sonados pleitos entre el obispo Pedro de Ayala y la audiencia, los cuales terminaron con la expulsión del impetuoso prelado. Tras su muerte, ocurrida en 1571, uno de sus antiguos enemigos, Francisco Gómez de Mendiola, funcionario de la Real Audiencia, fue nombrado su sucesor.

También abundaron en el siglo XVII las disputas entre la audiencia y el ayuntamiento. Este último se quejaba de que la primera interfería en sus asuntos y hasta pugnó por su desaparición. Dependientes de la audiencia eran las Cajas Reales de Zacatecas y Guadalajara: la primera instituida en 1552, a raíz de las ricas vetas de plata descubiertas en las cercanías de la Bufa. Sin embargo, su ubicación geográfica y las instrucciones del virrey provocaron que, desde principios del siglo XVII, el manejo directo de estos caudales se hiciese en México.

Tímida expansión

Hasta mediados del siglo XVI el movimiento por las costas neogallegas fue apenas el que había entre Culiacán y Barra de Navidad. Pero en 1557 llegó una orden de que zarpara de este puerto una gran expedición en pos de las Molucas y de una ruta que permitiera ir y venir de las Filipinas. La preparación de la empresa, al mando de Miguel López de Legaspi, atrajo una gran derrama económica a la comarca, pero los duros trabajos ocasionaron gran mortandad entre los indios.

La expedición se hizo a la mar el 21 de noviembre de 1564 y llegó a su destino en marzo de 1565. Legaspi procedió en seguida a instalar una colonia que en el futuro proveería de productos asiáticos a América, en tanto que el 1 de junio de 1565 el fraile An-

drés de Urdaneta, piloto de la expedición, emprendió el tornaviaje, que culminó el 3 de octubre en Acapulco. Se abrió así una ruta comercial transpacífica que traería en seguida grandes beneficios a los comerciantes de Nueva España y de Cádiz, aunque no a los de Nueva Galicia.

No se tienen noticias de contratiempo alguno en este trayecto hasta que, en 1579, el pirata inglés Francis Drake penetró en el Pacífico y asaltó la nao de China frente a las costas de California. En 1587, su paisano, Thomas Cavendish, atacó el litoral neogallego, después de apoderarse del galeón de Manila, destrozando las precarias instalaciones de Chacala, Chamela y Mazatlán. Esto ocasionó la suspensión de expediciones que pretendían explorar California.

A pesar de que en 1580 habían comenzado las incursiones formales a California en busca de perlas, no fue sino hasta 1596 cuando se encargó a Juan Sebastián Vizcaíno reconocer detalladamente su litoral. En 1602, Vizcaíno realizó otro viaje de exploración y levantó una vasta cartografía, recorrió la isla de Cedros y fondeó la bahía que llamaron San Bernabé. Luego, en el mes de diciembre, fundó más al norte un puerto con el nombre de Monterrey.

Esta incursión trajo la idea de que California era una isla, error que perduró casi cien años. Además, atrajo gente de Matanchén, Chacala y Mazatlán, quienes coadyuvaron a establecer un incipiente comercio con algunos pequeños poblados indígenas de sudcalifornia.

Hacia 1561 una fracción del territorio de la Nueva Galicia pasó a formar parte de la Nueva Vizcaya. Fue una extensa franja al noroeste, limitada por los ríos Piaxtla y Cañas, en la que una nueva expedición al mando de Francisco de Ibarra logró establecimientos de españoles más formales. Pero con esta acción la provincia de Culiacán quedó desmembrada del resto del reino. Asimismo, con la creación del obispado de Durango, en 1521, la jurisdicción de la prelatura tapatía se redujo sensiblemente, y lesionó en forma considerable sus ingresos.

Por otro lado, para proteger de los guachichiles el transporte de

la plata zacatecana a México y participar de los beneficios que ésta dejaba en su camino, la Audiencia de Guadalajara determinó en 1564 la creación de una población que llevaría por nombre Santa María de los Lagos. Con el mismo fin dispuso, en 1575, el establecimiento de la villa de Aguascalientes.

En 1572, con la llegada del virrey Martín Enríquez a la Nueva España, la audiencia tapatía quedó prácticamente supeditada a su autoridad; sin embargo, dos años más tarde ganaría absoluta independencia administrativa del virrey, a la vez que su presidente, hasta fines del siglo XVIII, desempeñaría al mismo tiempo el cargo de gobernador de la Nueva Galicia.

"Con la Iglesia hemos topado..."

La enseñanza

No fue circunstancial que los dos primeros obispos de estas tierras fueran franciscanos. Su orden se ocupó de la evangelización en el occidente y, para 1560, ya tenía numerosos conventos por la región, donde los frailes hallaban suficientes moradores para su mantenimiento. Como los indios hablaban varios idiomas y dialectos y la comunicación con ellos y entre ellos se hacía muy difícil, los franciscanos se preocuparon por aprender el náhuatl y terminaron por enseñarlo a todos los naturales, para simplificar su labor evangelizadora. De esta manera, evitaban que tanto el clero secular como los laicos tuviesen intercambio con los indios. Más tarde, al declinar el siglo XVII, con la paulatina incorporación de los aborígenes a la nueva sociedad, el castellano desplazó gradualmente a la lengua nativa.

La Iglesia se hizo también cargo de la educación de los demás habitantes y ejerció un estricto control ideológico sobre ellos. En los inicios se trabajaba con pequeños grupos en sacristías y conventos, pero durante las tres últimas décadas del siglo XVI, el número de posibles educandos en Guadalajara y Zacatecas ameritó que comenzaran a fundarse algunos centros educativos más for-

males. Para 1570 ya funcionaba en Guadalajara el Colegio Seminario del Señor San Pedro, pero su existencia terminó al finalizar 1586 cuando llegaron los jesuitas y se hicieron cargo de casi todos los estudiantes.

A diferencia de los agustinos, a quienes se pusieron muchas trabas para establecerse en la ciudad, la Compañía de Jesús contó con todas las facilidades, incluso le fue cedida la hacienda de Toluquilla para su sostenimiento. Hacia 1680, problemas económicos debidos a la escasez de mano de obra casi provocan que la Compañía cerrara sus escuelas; sin embargo, la Real Audiencia intervino consiguiendo los brazos indígenas necesarios de donde fuera.

Esta orden religiosa llegó a ofrecer estudios de latinidad, los más elevados de Guadalajara, en el Colegio de Santo Tomás; también instituyeron varias escuelas de primeras letras para niños y se hicieron cargo de la enseñanza y doctrina de muchos indios de la comarca. Además, en 1616, fundaron en Zacatecas el Colegio de San Luis Gonzaga. Por otra parte, hacia 1586, el primer colegio para niñas empezó a funcionar bajo la advocación de Santa Catalina de Siena y el gobierno eclesiástico de Francisco Gómez de Mendiola. En los siglos XVI y XVII, a los niños se les enseñaba a leer y escribir y un poco de gramática. Pero si alguno pretendía cursar grados más altos tenía que trasladarse a la ciudad de México.

Para castigar la herejía, desde los tiempos del obispo Pedro Gómez Maraver, se instaló en Guadalajara la Santa Inquisición, aunque únicamente para procesos de importancia menor, pues los mayores debían seguirse en la ciudad de México. Los casos más frecuentes atendidos por este tribunal fueron la blasfemia, el judaísmo, la hechicería y las palabras malsonantes. También fue común enjuiciar a clérigos por violación al voto de castidad y a laicos por bigamia.

La beneficencia

Además de monopolizar la educación y perseguir a los herejes, la Iglesia se hizo cargo de los hospitales. El primero de ellos fue creado en 1557, con el fin de atender exclusivamente a españoles,

el cual se sostuvo hasta 1604 gracias a la buena voluntad de unos cuantos vecinos. Después de esta fecha los juaninos se hicieron cargo de él y se empezó a conocer como San Juan de Dios. Otra institución de salud tapatía fue el hospital de San Miguel, fundado en 1588, con el patrocinio del cabildo eclesiástico. En Zacatecas, en 1608, comenzó a funcionar un hospital manejado también por los juaninos que se conoció con el nombre de Veracruz.

Salvo una revuelta de los indios tepehuanes ocurrida a mediados del siglo XVII, el indígena no creó mayores problemas a los españoles durante la centuria y fue incorporándose paulatinamente a la vida impuesta por los colonizadores. Pero en este ambiente de aparente tranquilidad, no dejó de haber algunos escándalos muy notorios por la conducta de altos funcionarios. Destaca entre ellos la disputa del obispo Juan Ruiz Colmenero y el Cabildo Eclesiástico, alrededor de 1650, por la administración de los diezmos. Pero las controversias más sonadas del siglo XVII fueron protagonizadas por el obispo Juan de Santiago de León Garabito, quien gobernó la diócesis de 1678 a 1695. Extravagante y ostentoso, dicho prelado sancionó severamente a quien hacía lo mismo que él, profiriendo amenazas de excomunión por doquier. Vale decir que rara vez perdió un pleito gracias al respaldo irrestricto que tenía de las autoridades peninsulares. Garabito también fue quien promovió el culto a las imágenes de la Virgen de Zapopan y de San Juan de los Lagos, con lo que respondió a una necesidad popular.

¿Quiénes trabajaban?

Al finalizar el siglo XVII, los obispos de Guadalajara empezaron a ser de mayor edad y ninguno de los propuestos rechazaría la mitra, como había ocurrido con frecuencia un siglo atrás, síntoma de que ésta había ganado importancia y atractivo. Por su parte, los gobernadores y presidentes de la audiencia, siendo de menor edad que sus antecesores, tendían a durar más en el cargo.

Debido a que casi todas las decisiones importantes eran tomadas por la Corona, sus altos comisionados, todos peninsulares, se

limitaban a hacerlas cumplir. Los criollos, aunque eran poseedores de la riqueza, no tenían posibilidades de ser obispos, gobernadores o funcionarios del tesoro, mucho menos virreyes. Sólo el ayuntamiento llegó a ser coto casi exclusivo de los criollos a partir de 1591, cuando los puestos municipales empezaron a asignarse al mejor postor. De esta manera, los más adinerados ocuparon lugares en el cabildo. Tal práctica de vender nombramientos llegó a extenderse tanto que, para 1654, se procedió incluso a la venta de títulos y de otros oficios como escribanos y procuradores.

Pero el verdadero sustento de la colonización fueron los indios y sus encomenderos, pues ellos le dieron vida a las grandes haciendas del centro neogallego, al rancho de Los Altos, a la estancia modesta de las cañadas del norte, a las minas y su apoyo agropecuario de las tierras zacatecanas y, en general, a todo el trabajo, principalmente agrícola y ganadero, de toda Nueva Galicia.

La nueva población

En la medida que el número de indios descendía, hasta llegar a su cifra más baja a mediados del siglo XVII, se fueron sumando a la fuerza laboral esclavos negros, mulatos y mestizos libres, quienes se establecieron principalmente en las regiones donde se obtenía cacao y caña de azúcar. Asimismo, alrededor de las haciendas había algunos trabajadores libres que cavaban zanjas y acequias a cambio de la terrazguería, es decir, un pedazo de tierra rentada.

Los indios, por su parte, disponían de algunas tierras para el cultivo en las inmediaciones de sus pueblos, pero éstas se trabajaban con poco entusiasmo debido al exceso de tributos y diezmos que les cobraban por sus productos; generalmente, sus rendimientos eran muy bajos, pues les resultaba difícil seguir los métodos de labranza propios de los españoles.

El riego se practicaba sólo en ciertos lugares como las haciendas de Buenavista, Atequiza, Atemajac y Colimilla, cuyo clima permitía el cultivo del trigo. Sus propietarios eran familias de Guada-

lajara que ya empezaban a monopolizar grandes extensiones de terreno, arrebatadas con frecuencia a los nativos.

Nuevos y viejos productos

La siembra más común era el maíz, alimento de casi toda la población, pero su venta no era fácil en virtud del acaparamiento y las limitaciones que imponían los funcionarios municipales, ya que éstos manejaban los precios a su antojo y dejaban muy pocas utilidades a los indios.

Hasta fines del siglo XVII la mayor parte de los neogallegos pagaban sus contribuciones en especie —maíz y gallinas, principalmente—, de modo que las autoridades peninsulares lo traducían en dinero, durante los meses de octubre y noviembre de cada año, mediante remates a bajo precio entre los criollos de Guadalajara, Zacatecas, Compostela y Purificación, que eran las poblaciones mayores.

La caña de azúcar la cultivaron exclusivamente los españoles en Tequila, San Cristóbal de la Barranca, Ocotlán y Juchipila. A partir de 1550 se prohibió emplear indios en su siembra y molienda, aunque no se obedeció dicha disposición sino hasta 1650, cuando el descenso demográfico ya referido se hizo alarmante.

El cacao comenzó a producirse a principios del siglo XVII en las llanuras y valles costaneros de Banderas y Chacala, entre otros, empleando además de nativos, esclavos negros en su recolección. Pero tal actividad prosperó poco por lo elevado en los costos de producción y la lejanía de los mercados.

La Corona promovió la cosecha y procesamiento de algodón y favoreció su uso entre los neogallegos, pero los indios continuaron trabajando las fibras de costumbre en los telares de cintura, mientras que la clase adinerada prefería telas importadas de Asia o España, distribuidas en Nueva Galicia por comerciantes de la capital del virreinato.

Antes de llegar los españoles no se conocía en América la destilación, aunque sí obtenían bebidas alcohólicas mediante la fer-

mentación; poco después de la conquista empezó a elaborarse una bebida del corazón del agave que los indios llamaron "mexcalli" y los españoles calificaron de "substancial y saludable". Debido a lo clandestino de su manufactura, prohibida para proteger el aguardiente español, poco se sabe de su origen e ingreso al mercado, mas en 1621 ya se hablaba de que en el corregimiento de Tequila se cosechaba mezcal en abundancia y se surtía a Guadalajara de una bebida proveniente de este lugar, cuyo consumo iba generalizándose. Su producción llegó a tal punto que entre 1630 y 1640, cuando se optó por legalizar su venta y cobrar impuestos por ella, se pudo sufragar la obra que solventó durante mucho tiempo la carencia de agua en Guadalajara.

El ganado traído de España se reprodujo rápidamente. Por tal motivo, una gran cantidad de rebaños se trasladó al norte de Nueva Galicia, lo que propició el establecimiento de grandes estancias de ganado mayor y menor. Mas la escasez de indios y la reproducción acelerada del ganado provocaron que muchos animales quedaran en libertad y se volvieran mostrencos y depredadores de las milpas que carecían de cercas. Estos predios también eran dañados por los hatos que se llevaban en tiempo de secas desde lugares como Aguascalientes, Lagos y El Bajío, hasta el lago de Chapala para agostar. Llegó a ser tan grande este movimiento que a los ricos pastizales de Poncitlán llegaban anualmente hasta 200 mil cabezas de bovinos.

A pesar de la abundancia original de ganado, los caballos y las mulas fueron siempre escasos en Nueva Galicia a causa de sus múltiples usos. Como el sur de Zacatecas y Los Altos de Jalisco fueron comarcas eminentemente ganaderas, las "cosas de jineta" se desarrollaron sobremanera en ellas. Incluso a los indios, quienes de ordinario tenían prohibida la monta, en estos lugares les era permitida para el pastoreo.

Las grandes estancias neogallegas propiciaban la cría de ganado vacuno, equino y mular, pero el ganado menor y ovejuno era generalmente de propietarios de la Nueva España, quienes lo mandaban a pastar a Nueva Galicia para pasarlo después a la trasquila en Michoacán y Querétaro.

A principios del siglo XVII hubo una reducción notable del ganado en la región, originada por la indiscriminada matanza en defensa de los cultivos o por parte de vagabundos y abigeos para obtener sebo y pieles, además de que los indios fueron haciéndose también consumidores de carne. Si bien algunos nativos tenían cabras y ovejas, se dedicaron en especial a la cría de cerdos. No obstante, el beneficio que obtenían de ello no era mucho, pues los españoles controlaban el comercio y monopolizaban los derechos de carnicería.

Las minas

Los primeros hallazgos mineros se hicieron hacia 1543 cerca de Compostela y, posteriormente, algunos más entre Guachinango e Ixtlán, pero los yacimientos más importantes fueron descubiertos a partir de 1546 en el cerro de la Bufa, Zacatecas.

Sorteando toda clase de ataques de indígenas que estuvieron a punto de hacerlos desistir, los españoles localizaron en 1548 vetas muy ricas en este lugar y en 1552 empezó a utilizarse el sistema de patio que remplazaba con mucha ventaja al tradicional de fundición. De esta manera, muy pronto creció el número de españoles que consolidaron la nueva población. Como la mayoría procedía de la ciudad de México y estaba relacionada estrechamente con ricos comerciantes de allá, los minerales extraídos se enviaban a la capital del virreinato. Para tratar de evitarlo, desde 1549 la Audiencia de Compostela nombró un alcalde mayor; sin embargo, sus empeños por recabar los impuestos que le correspondían fueron del todo vanos.

Los descubrimientos mineros en Zacatecas hicieron evidente la preponderancia de esta localidad sobre Compostela. Teniendo en cuenta además lo precario de las comunicaciones y el alto costo de transportación de los metales, los ricos tapatíos prefirieron invertir en el comercio, la agricultura y la ganadería. Zacatecas, en cambio, recibió un fuerte impulso con la creación en 1592 del Consulado de Comerciantes de la Ciudad de México, el cual invir-

tió grandes sumas en la minería. Esto contribuyó a que se buscara la autonomía zacatecana del resto de Nueva Galicia.

A pesar de la cuantiosa inversión y de contar con abundantes víveres y animales, Zacatecas tuvo que afrontar con frecuencia la falta de mano de obra. Aunque se trajeron esclavos negros para suplir a los indios, éstos no tuvieron el ingenio, ni la habilidad y la resistencia física de los naturales, quienes bajaban a las mayores profundidades sin amedrentarse por el frío o la humedad. Su salario, que oscilaba entre cinco y ocho pesos mensuales, representaba un gasto menor para el español, mientras que, además de su manutención, por cada negro llegó a pagarse entre los 274 y 311 pesos en 1656 y 1685.

A los indígenas, después de completar el *tequio* —cantidad mínima de mineral que debía extraerse en un día—, se les dejaba practicar la *pepena* en beneficio propio. Gracias a ello se descubrían nuevas vetas de mineral y se detectaba oportunamente su agotamiento. Pero cuando esto último ocurría era difícil retenerlos, a menos de que se hubiese endeudado. Fue tal el abuso en este sentido que, en 1595, el virrey dispuso que no se pudieran adelantar más de ocho meses.

En menos de medio siglo Zacatecas se convirtió en la tercera ciudad en tamaño de toda la América septentrional, después de México y Puebla. Pronto se hicieron en ella cómodas casas, magníficos templos y sólidos edificios. Asimismo, las grandes inversiones en el comercio coadyuvaron a que la comarca fuera poblándose a pesar de su aridez.

La minería requería mercurio para su explotación, pero en virtud de su permanente escasez, la Real Hacienda, que tenía Casas Reales en Guadalajara y Zacatecas, ejerció sobre su distribución un control muy estricto mediante los llamados "depósitos" o el sistema de consumido. El primero consistía en un préstamo considerable de este metal, cuyo pago cubría el minero con un porcentaje de la plata que refinaba. El sistema de "consumido" obligaba al minero a pagar en plata la cantidad que se le había entregado.

El comercio

Una gran porción de la plata extraída de Zacatecas salía de contrabando por la costa del golfo o por la del Pacífico, no obstante el control que se ejercía para evitarlo; en tanto, productos de China y Europa llegaban ilegalmente para consumo local o para su distribución entre las poblaciones norteñas. Se afirma que en el siglo XVII del comercio ultramarino dos terceras partes se hacían de manera ilegal.

El incremento de la actividad mercantil llevó a Guadalajara a ser el principal centro de abastecimiento de la región del noroccidente. El comercio se hacía principalmente en los tianguis, de origen prehispánico, que se ajustaron a los nuevos condicionamientos económicos y sociales. De hecho, el tianguis pronto se convirtió en un verdadero centro de "tratos y contratos", además de un lugar de símple compra y venta.

Esta práctica propició la presencia de mercaderes viandantes o "mercachifles" que recorrían los pueblos vendiendo artículos de poco valor. El comerciante establecido, por su parte, surtía a los españoles.

A menudo, mercancías procedentes de España eran acaparadas por el Consulado de Comerciantes de la Ciudad de México, el único distribuidor autorizado de productos ultramarinos, con cuya especulación obtenía enormes beneficios mediante el alza de precios. Incluso, vendedores de lugares tan importantes como Guadalajara y Zacatecas debían tratar directamente en este sitio sus transacciones de gran monta, viendo con enojo cómo se quedaba parte de las ganancias allá.

Con frecuencia, los productos que llegaban a Nueva Galicia aumentaban hasta en 40% su costo respecto a su valor nominal, debido al exceso de impuestos y a los gastos de transportación y almacenaje. Pero había otros, cuya circulación estaba controlada por los estancos, como la sal, los naipes, el tabaco, la pólvora y el mezcal, que lo incrementaban aún más.

Los recursos económicos neogallegos invertidos en mercancías dieron lugar a un tejido comercial muy vasto. Telas asiáticas que

entraban por el puerto de Navidad se concentraban en Purificación; del rumbo de Zapotlán provenían vino, vinagre, miel, sogas, ropa, hilos de algodón, agujas, clavos, bálsamos y cacao. Grana de Tuxcacuesco y Autlán; sal y algodón de Colima; "panes de sal" de Sayula, Zacoalco y Atoyac, y un sinfín de cosas que hacían del comercio uno de los mejores recursos que las autoridades tapatías tenían para allegarse ingresos.

Guadalajara recibía también una gran cantidad y diversidad de productos de lugares más cercanos: de Ixcatán el algodón, esteras y canastos de Magdalena, loza vidriada de Tlacotán, vestidos de Tlajomulco, sal de Poncitlán y pescado fresco de Chapala y Cajititlán. Además, los indios bajaban carbón, leña y maderas de las serranías cercanas y traían todo tipo de pasturas.

Creatividad y diversiones

A pesar de la agresión y la represión que sufrieron los indios, éstos conservaron y aun incrementaron su talento artesanal, lo cual se tradujo en una abundante producción de artículos que los españoles empezaron a usar.

El comercio de Guadalajara se realizaba en la plaza principal, frente al palacio, donde el real —equivalente a 140 cacaos— circulaba junto con el tapatío, igual a tres o cinco cacaos. La mayor parte del comercio estaba en manos de españoles, quienes seguían usos europeos como préstamos, fianzas, libranzas, etcétera. Igual que de México, también de Guadalajara partían hacia todo el reino las recuas que cada mercader tenía y que constituían el principal medio de transporte y distribución.

Aunque a los funcionarios de la audiencia se les había prohibido hacer negocios, no dejaban de enriquecerse mediante familiares y amigos, a quienes beneficiaban con el reparto de tierras y demás prebendas. Las autoridades dispusieron la fundación de pueblos en lugares estratégicos, se organizó el trabajo de los indios, de los mulatos y los negros, y se fomentó la apertura de caminos y el tránsito de caravanas de comerciantes y mercachifles.

La vida cotidiana de los ricos neogallegos transcurría en el interior de sus domicilios. Allí celebraban fiestas y reuniones, hacían negocios y pasaban el tiempo, las más de las veces jugando naipes. Cuando salían a la calle, lo hacían en carruaje o a caballo. Al igual que sus amos, los sirvientes y empleados salían poco, por lo que prevalecía una quietud callejera que sólo se alteraba con alguna conmemoración de la Iglesia, la llegada de un nuevo obispo, la muerte o el cumpleaños del rey, etcétera.

Indudablemente que las fiestas religiosas eran un derroche de cohetería y colorido, como ocurría en Guadalajara cada 29 de septiembre. Esta festividad, en honor de San Miguel Arcángel, se celebraba con la mayor pompa, en agradecimiento a la supuesta ayuda que éste brindó a los españoles, matando indios indiscriminadamente cuando asaltaron la ciudad de Guadalajara en 1541, durante la guerra del Miztón.

En actos y fiestas, como la antes mencionada y el jueves de Corpus, se acostumbraba el paseo del Pendón Real por las principales calles de la localidad. En este desfile participaban todos los ciudadanos y servía para ratificar el juramento de fidelidad al rey. Aprovechando la ocasión, los pudientes lucían sus mejores galas, traídas ex profeso de la península.

En los demás pueblos de Nueva Galicia la fiesta común era la del santo patrón del lugar. En estos actos participaban indios, mestizos y negros. A diferencia de los blancos, ellos animaban con su ir y venir cotidiano la vida de los lugares donde residían, aparte de ser muy aficionados a festejos tales como corridas de toros y carreras de caballos.

Tanto las viviendas de los españoles como las de los indios estaban hechas de adobe, aunque las primeras eran mucho más amplias, sólidas, altas y mejor distribuidas y amuebladas; además contaban con algunas columnas de cantera, patio central y enjarre de cal y arena. En cambio, las de los indígenas se componían de un solo cuarto y tenían por lo general el techo de teja. Las fachadas de las casas de españoles lucían casi siempre uno que otro adorno de cantera labrada, como nichos con la figura del santo de la principal devoción familiar. No se tiene noticia de que, hasta fi-

nes del siglo XVII, existiera edificación alguna toda de cantera, salvo la catedral y alguno que otro templo.

Las artes en el siglo XVII fueron particularmente pobres. Se sabe que Juan de Ibáñez y Martín Casillas pintaron en Guadalajara, mas no sobrevive ninguna obra de este último, de quien sí sabemos que participó en la construcción de la catedral.

La cerámica indígena —especialmente la de Tonalá— evolucionó de tal manera que se vendía muy bien en Guadalajara y Zacatecas, se enviaba a México e, incluso, a España y otras partes de Europa. Sirva de ejemplo el jarro tonalteca que Diego Velázquez pintó a mediados del siglo XVII en su famoso cuadro titulado *Las Meninas*.

Las letras en Nueva Galicia fueron prácticamente nulas. Sólo un franciscano, Juan Guerra, a quien llamó la atención de manera especial la lengua indígena, publicó en México, durante 1692, su *Arte de lengua mexicana, según la acostumbraban hablar los indios en todo el obispado de Guadalajara, parte del de Guadiana y del de Michoacán*. Este libro es considerado un verdadero precursor en el estudio de las variedades del náhuatl.

La obra más importante del siglo XVII es la *Crónica miscelánea de la sancta provincia de Xalisco*, escrita por el franciscano Antonio Tello y terminada hacia 1653. Es la primera obra historiográfica de la región; sin embargo, permaneció inédita hasta 1891, cuando José López Portillo y Rojas publicó una transcripción de Victoriano Salado Álvarez. Otras descripciones interesantes de la vida y costumbres de la época se deben al franciscano Diego Muñoz, redactadas en 1585; al obispo Alonso de la Mota y Escobar, en 1600; y a Domingo Lázaro de Arregui, en 1621.

Esta pobreza en las letras y en las artes tiene su origen tal vez en la carencia de estudios superiores, de imprenta y lo difícil que resultaba encontrar buenos modelos, a causa del aislamiento que vivía Nueva Galicia, por su ubicación marginal y lo precario de sus comunicaciones.

Mas al iniciar el siglo XVIII, con la colonización de los jesuitas en el noroeste, las cosas comenzarían a cambiar, pues el territorio neogallego se convirtió en tránsito obligado para esas tierras.

II. CONSOLIDACIÓN Y CRISIS DE LA HEGEMONÍA CRIOLLA

DESDE FINES DEL SIGLO XVII se empezó a ver mayor movimiento en las costas de Nueva Galicia en virtud de que las autoridades españolas empezaron a interesarse en asentar sus reales en tierras norteñas aún no colonizadas y propiciar viajes en tal dirección. La idea era oponerse a ingleses y franceses y, más tarde, a los rusos que querían participar de las riquezas de los litorales americanos en el Pacífico. Sólo que la penuria del erario real impedía sufragar nuevas incursiones, por lo que el gobierno aceptó las condiciones de la Compañía de Jesús para emprender la colonización del Nayar, Sonora y la península de Baja California.

Esta empresa tuvo repercusiones muy importantes en la vida de la región, ya que de ésta partieron y se abastecieron las expediciones de los jesuitas y, a su expulsión por orden de Carlos III en 1767, también de los franciscanos. De esta forma la añeja marginación de Nueva Galicia empezó a cambiar en los albores del siglo XVIII, para convertirse así en una zona de tránsito obligado hacia el noroeste que favoreció un florecimiento importante de la zona. El eje Guadalajara-Tepic-San Blas llegó a ser fundamental en el devenir económico de la comarca por la cantidad de mercancías y gente que veía ir y venir.

HASTA TOPAR CON INGLESES

Aunque hubo varias expediciones a California durante los siglos XVI y XVII, hasta 1683 no lograron formalizarse los primeros asentamientos de europeos, encabezados por los jesuitas Eusebio Kino, Juan María de Salvatierra y Juan de Ugarte, así como por navegantes guiados por Isidro Atondo y Antillón. Kino pasó luego a la

Pimería Alta y, después de remontarse hasta la desembocadura del río Colorado, estableció con certeza que California era península y no isla.

Entre tanto, enclavado en lo abrupto de la Sierra Madre, El Nayar constituía el único reducto que todavía quedaba fuera de la dominación por la ruta del Pacífico. La relación de los coras y huicholes que la poblaban con los blancos era apenas de un escaso intercambio de algunos productos por sal, algodón y mezcal, en tanto que fracasaban por completo los intentos de someterlos que se hicieron durante el segundo cuarto del siglo XVII, en 1701 y los que promovió la audiencia en 1704. Mas el repunte demográfico tanto de indios como de blancos, que comenzó al finalizar el siglo XVII, acabó por hacer más atractiva y posible la conquista de dichas tierras.

En 1709 se obtuvo permiso para que la Audiencia de Guadalajara llevase a cabo la empresa, encargándosela al franciscano Margil de Jesús, quien aceptó a condición de que no lo acompañara gente armada y de que, una vez conquistada la región, vivieran allí solamente indios. No obstante, fray Margil no alcanzó el éxito que tiempo atrás había obtenido en Huejuquilla: después de pasar por Guainamota, en un punto denominado La Puerta, él y su comitiva fueron parados en seco por los belicosos coras. De regreso, fray Margil envió al virrey y a la Real Audiencia sendas cartas asegurando que únicamente con las armas podrían someterse los indios.

En 1716, una nueva expedición alcanzó algunos resultados favorables al conseguir que el tonati Huestácatl accediera a que se convirtiera al cristianismo cuanto súbdito suyo así lo deseara. Al parecer, los bloqueos impuestos a los indios para tener acceso a la sal daban sus resultados. Gracias a las gestiones de Juan de la Torre, un capitán de Jerez que tenía buenas relaciones con los coras, un grupo de indígenas encabezados por Huestácatl viajó a la ciudad de México en 1721 para entrevistarse con el virrey, quien decidió amparar a los coras, reconoció a su jefe y sus fueros, los exentó del pago de tributos y les permitió el libre acceso a Acaponeta y Mezcaltitán, entre otras cosas. Los indios, a cambio, ma-

nifestaron acatar la autoridad del rey y convertirse al cristianismo por intermedio de los jesuitas. Pero los ancianos coras se volvieron en contra de Huestácatl por haber hecho demasiadas concesiones y éste prefirió volver a la sierra sin detenerse en Zacatecas y bautizarse, tal como lo había prometido.

Los españoles decidieron entonces actuar con toda la fuerza y, a fines de 1721, Juan de la Torre y Juan Flores emprendieron una lucha a sangre y fuego contra los nayaritas hasta lograr vencerlos a principios del año siguiente. La tierra conquistada llevaría de momento el nombre de Nuevo Reino de Toledo y dependería políticamente del virrey, en virtud de que éste había patrocinado la empresa y, en lo judicial, de la Audiencia de Guadalajara.

Colonización y avanzadas

Por otra parte, la colonización de tierras del noroeste fue produciéndose paulatinamente gracias a los misioneros jesuitas. Pero a causa de las múltiples acusaciones en contra de la compañía por abusar de los indios y agredir a los blancos, así como su renuencia a la autoridad real, Carlos III expulsó a sus miembros de todos sus dominios. Los primeros en partir fueron los doce jesuitas radicados en Guadalajara, entre quienes se hallaba el después muy famoso Francisco Javier Clavijero; posteriormente siguieron los del Nayar, Sonora, Sinaloa y California. En su lugar quedaron los franciscanos, cuyos renovados bríos, a pesar de cierta resistencia de los indígenas, posibilitaron el establecimiento de sus misiones hasta latitudes muy altas por la costa del Pacífico.

Para apoyar el movimiento entre el noroeste y Nueva Galicia y ofrecer una alternativa a las naves que venían de Filipinas a Acapulco, ante la eventualidad del mal tiempo o de que aparecieran piratas, se consideró necesario establecer un fondeadero mejor que el de Matanchén. Así, el visitador José de Gálvez decidió en 1768 buscar un buen sitio y fundar un puerto en toda forma. A pesar de lo insalubre del sitio, su privilegiada ubicación convirtió a San Blas en la clave del movimiento entre México y las misiones y

presidios del noroeste y California, cuyas utilidades reportarían grandes provechos a Nueva Galicia. Su importancia, sin embargo, nunca logró acercarse siquiera a la de Acapulco.

Gálvez elaboró además un plan de reorganización de las llamadas Provincias Internas, que eran precisamente las tierras del norte agregadas a la dominación española después de la constitución de Nueva Galicia y Nueva Vizcaya. Mientras estuvo en Guadalajara, Gálvez ordenó también impuestos fijos para el manejo de la sal y que las ganancias obtenidas de las salinas ubicadas en torno a San Blas fueran invertidas en el mejoramiento del puerto. El tabaco fue objeto de un mayor gravamen y un control más estricto, lo que dio lugar a que el contrabando se incrementara.

Durante el tiempo en que San Blas estuvo bajo la tutela española tuvo iguales responsabilidades y privilegios administrativos que los demás puertos del imperio e, incluso, sus empleados recibieron mayores salarios. Con el ánimo de fomentar su colonización se repartieron solares y tierras de labranza con los aperos necesarios, de los que podrían adueñarse definitivamente después de un trabajo asiduo. Mas las pésimas condiciones sanitarias hicieron que la falta de empleados fuese un constante problema. Hubo ocasiones en que la carencia de estibadores obligó a utilizar la partida militar para cargar o descargar algún barco.

Durante la guerra que los españoles libraron contra Inglaterra, entre 1779 y 1785, de San Blas zarparon debidamente abastecidas varias naves que irían a reforzar la guarnición de Manila, así como las expediciones que se remontaron hasta Canadá y Alaska.

Pero la decadencia de San Blas no tardó en sobrevenir: en 1792 Francisco de la Bodega y Cuadra pactó con los ingleses y les entregó Nootka, como resultado de que la fortaleza española mermaba ya.

Reordenamiento espacial

Por otra parte, el enriquecimiento de algunos neogallegos vino aparejado de un repunte poblacional acentuado al avanzar el siglo XVIII. A fines de esta centuria llegó a contar con 172 500 indios, 164 500

españoles —peninsulares y criollos— y 180 mil negros, mestizos, mulatos y demás castas. Vale aclarar también que, a diferencia de los siglos anteriores, entre los inmigrados españoles ahora venían más mujeres, lo que contribuyó a darle consistencia y ordenar la vida de éstos. Guadalajara, en particular, también participó de este crecimiento, pues de los seis mil o siete mil habitantes que tenía en 1713, al comenzar el siglo XIX había cerca de 35 mil.

El auge de la Nueva Galicia hizo que sus pobladores pensaran en sumar a la Nueva Vizcaya para crear un nuevo virreinato. La Real Audiencia de Guadalajara, que había ejercido jurisdicción desde el siglo XVI sobre Nueva Galicia y Nueva Vizcaya y, más tarde, sobre Nuevo México y California, además de Nayarit y Sinaloa, en el siglo XVIII absorbería antiguas dependencias de Nueva España como los Pueblos de Ávalos, Etzatlán, Zapotlán y el puerto de Navidad.

De no ser porque el gobernador y presidente de la audiencia estaba sometido militarmente al virrey y que el erario era manejado por la Hacienda Real, la Nueva Galicia quizá hubiera logrado su completa independencia de la Nueva España.

Tal vez para prevenirlo, hacia 1734, quitándoles a los neogallegos la comarca de Culiacán, se crearon las provincias de San Felipe y Santiago de Sinaloa, que dependerían ahora del virrey por conducto de un gobernador y capitán general nombrado desde España. Igualmente, en 1750, al descubrirse los minerales de Bolaños, se revitalizó el antiguo Gobierno de las Fronteras de San Luis de Colotlán, a efecto de que sus riquezas pasasen directamente a Nueva España. Lo mismo ocurrió con las minas del Venado y las salinas de Peñol Blanco, en el rumbo de San Luis Potosí, anexadas en 1770.

Las modificaciones culminaron en 1786 cuando se crearon las intendencias con el propósito de que la Corona ejerciera un control más rígido sobre la población que le reportara mayores beneficios. Por tal motivo, Zacatecas fue separado de Guadalajara mediante la creación de dos intendencias; esta última incorporó a su jurisdicción el ámbito de Zapotlán, Sayula, Amula, Autlán y el puerto de Navidad, otrora pertenecientes a la Nueva España.

Su administración

Con este nuevo sistema administrativo, las antiguas alcaldías mayores y corregimientos se convirtieron en partidos, a cargo de un subdelegado designado por el intendente, quien era generalmente de origen peninsular, mientras los subdelegados fueron casi siempre criollos prominentes.

La intendencia de Guadalajara nació con 26 partidos y Colima se le incorporó en 1795, pero hacia 1801 Aguascalientes y Juchipila pasaron a Zacatecas. A cambio, el antiguo Gobierno de las Fronteras de San Luis de Colotlán se anexó a Guadalajara convertido en el partido de Bolaños, aunque el subdelegado residió siempre en Colotlán.

Después de permanecer igual por más de 150 años en 1777 la mitra tapatía perdió control de una vasta zona, con la que se creó la diócesis de Linares, pero fue compensada en 1795 con Zapotlán, Tuxpan, Colima y parte del territorio parroquial de La Barca, que habían dependido de la michoacana. En términos generales, puede decirse que el clero de Guadalajara había ganado en importancia, pues encabezarlo era ya considerado una digna culminación de la carrera eclesiástica. Así lo muestra el que ahora todos los obispos de la diócesis murieran gobernando, a diferencia de tiempos idos, cuando eran más jóvenes y, con frecuencia, trasladados a otro sitio después de un cierto tiempo y de haber hecho suficientes méritos.

Al comenzar el siglo XVIII ya se observaba un importante repunte demográfico; no obstante, los caminos entre pueblos y ciudades no mejoraban. Solamente el que llevaba a los Pueblos de Ávalos guardaba condiciones aceptables, pero rutas accidentadas como las de Tepic y Zacatecas seguían en pésimo estado.

Para el cruce de ríos se recurría habitualmente al uso de canoas, cuyos derechos y cobros detentaban los españoles en puntos como La Barca, Ocotlán, San Cristóbal de la Barranca y Tololotlán. En este último punto hubo varios intentos de construir un puente, pero no cristalizaron sino hasta 1720, gracias al empeño del cura y las autoridades de Zapotlanejo, acortándose con ello de manera muy considerable el camino para llegar a Guadalajara.

El siglo XVIII se reconoce como de gran prosperidad, aunque ésta sólo sirvió para enriquecer aún más a los españoles y criollos poderosos, en perjuicio de los indios, cuyo peligro de extinguirse se había superado.

El incremento acusado de la población sin que aumentara el trabajo y la producción significó indigencia y desempleo, con el consecuente bandidaje; ello obligó al reclutamiento de gente sin adiestramiento militar para formar cuerpos de vigilancia y represión. Aparte de cerca de tres mil soldados ubicados en presidios y ciertos puntos clave, durante muchos años no hubo soldados regulares en Nueva Galicia, hasta que La Habana cayó en manos de los ingleses en 1761 y se temió que pudiesen llegar a las costas de México. Se recurrió entonces a la leva y, en 1764, salieron de Guadalajara los primeros reclutas a engrosar las filas del ejército virreinal.

Otros azotes que sufrió la región entre 1735 y 1747 fueron dos epidemias que causaron gran mortandad entre los indios. Las sequías también ocasionaron serios problemas en 1784 conocido como el "año del hambre", debido a la enorme escasez de maíz que sobrevino con las consecuentes enfermedades y muertes.

A causa de esas circunstancias, el obispo Antonio Alcalde decidió construir un hospital más amplio y funcional que el antiguo y ya deficiente nosocomio de San Miguel. Las obras se iniciaron en marzo de 1787 con dinero del propio prelado y en 1793 ya se encontraba funcionando a cargo de los betlemitas. No obstante, en 1795, acusados de malversar los fondos los religiosos se vieron obligados a retirarse hasta de la ciudad.

Otra institución de supuesta ayuda pública fue la Casa de Recogidas de Guadalajara, que funcionó desde 1748 para recluir mujeres de conducta "ligera". Este organismo clausuró sus puertas en los albores del siglo XIX, por los escándalos que involucraron a jerarcas de la Iglesia que se aprovechaban de las retenidas.

La obra cumbre de la beneficencia colonial fue la llamada Casa de la Misericordia, conocida después como Hospicio Cabañas, ya que su promotor principal fue el obispo Juan Cruz Ruiz de Cabañas y Crespo, quien decidió aprovechar parte de las crecidas rentas

mitrales para emprender su construcción. Se inició esta gran tarea en 1803 sobre un proyecto elaborado en buena medida por Manuel Tolsá y dirigido por José Gutiérrez. Sin haberse terminado, el 1 de febrero de 1810 empezó a trabajar la institución, pero fue cerrada ese mismo año a causa de la insurgencia.

Crecimiento y complicaciones

Los poderosos en el siglo XVIII hacían cada vez más ostentación de sus vestiduras suntuosas y casas repletas de artículos de ornato procedentes de Asia y Europa, en tanto que las fiestas y el consumo de licores aumentaban al igual que los pleitos y trifulcas. Estos cambios en hábitos y costumbres se produjeron también entre los clérigos, cuya conducta se relajó y algunos hasta fueron acusados de poseer casas de juego, vender licor y vivir en concubinato.

Durante esta centuria fue consolidándose una poderosa oligarquía de terratenientes, comerciantes y ganaderos que, gracias a los fuertes lazos de unión que establecían entre ellos por medio de matrimonios y compadrazgos, hicieron surgir verdaderas empresas familiares que constituyeron una respuesta a la eterna escasez de fondos y a la falta de instituciones financieras. Las corporaciones religiosas, por su parte, disponían de dinero en efectivo y eran muy socorridas por los urgidos de él, aun cuando solían pagar intereses elevados y, en el caso de no poder solventar la deuda, a ceder sus bienes y propiedades. Así fue como las órdenes religiosas acumularon gran cantidad de bienes raíces.

Para tener buenas relaciones con la Iglesia, en aras de sus favores mundanos y sobrenaturales, los oligarcas neogallegos se preocuparon siempre de que no les faltasen parientes lo mismo en el clero regular que en el secular. De la misma manera que, para asegurarse el favor de los funcionarios peninsulares, muchos buscaron que sus hijas contrajeran matrimonio con funcionarios españoles, a pesar de que estuvo expresamente prohibido. Mas la práctica se hizo tan frecuente y difícil de evitar, que la Corona terminó por acceder tras un pago sustantivo. Cabe decir que en vir-

tud de las múltiples cualidades que se les atribuían y el atractivo que les asignaba su procedencia, las jóvenes criollas aceptaban con gusto la idea de casarse con peninsulares.

Puede decirse que los españoles eran cada vez peor vistos en tierras americanas, síntoma de ello es que desde mediados del siglo XVII se acuñara el peyorativo mote de "gachupines" y cada vez fuese más generalizado su uso. El rechazo se volvió más radical a partir de la creación de las intendencias en 1786, ya que la Corona asumió mayor autoridad sobre cada funcionario. Causó entonces gran malestar entre los criollos la gran injerencia y fuerza de los intendentes, en detrimento de la importancia de los ayuntamientos dominados por ellos. Señal de que las relaciones entre altos funcionarios y criollos poderosos no andaban bien, resultó el descubrimiento, en 1793, de una conspiración en Guadalajara para alzarse contra el intendente, dirigida por el mismo vicerrector del colegio tapatío de San Juan Bautista.

Por su parte, los demás grupos raciales mantuvieron vivo su rencor contra los blancos, nacidos aquí o allá, a quienes atribuían sus mayores males. De ahí la cruda violencia que sobrevino después.

En su mayoría, los propietarios de haciendas, ranchos y estancias eran precisamente criollos que ahora residían casi indefectiblemente en la ciudad. Pocos eran españoles y los mestizos tan sólo uno que otro.

Los pueblos de indios estaban rodeados de sus propiedades comunales, pero su productividad estaba muy por debajo de la que tenían las tierras de blancos, laicos o religiosos, quienes imponían precios y acaparaban tierras para ensanchar sus posesiones.

Cuando la cosecha era abundante y los precios bajaban, la hacienda almacenaba los excedentes, de manera que más tarde estaba en condiciones de venderlos a precios mucho más altos. Las haciendas eran generalmente de buen tamaño y ya sin escasez de mano de obra. Pero hubo a cambio una sensible disminución de circulante, agravada por la creciente inversión de los criollos en artículos suntuarios que halagaban su también creciente vanidad.

En Los Altos, la propiedad ya pequeña de origen por la merma temprana de la población indígena tendió a fragmentarse aún más

debido al notable incremento demográfico, aparte de generalizarse el empleo de medieros y aparceros. Al norte y noroeste de la intendencia de Guadalajara, el fraccionamiento de la tierra resultó menor por la escasa población y lo lejos que estaban de los principales centros de población y comercio. En el sur, en cambio, mejor comunicado y poblado, la fragmentación fue mayor.

No obstante constituir una región más habitada, los alrededores de Guadalajara siguieron en poder de unas cuantas familias pudientes, quizá porque cada una de sus haciendas se había convertido en un pequeño universo agrícola ganadero donde coexistían negros, mulatos y mestizos junto con los indios, quienes se desempeñaban como peones y jornaleros.

En tales haciendas era donde se sembraba el trigo, mientras el maíz y el frijol crecían por doquier. Para regular su abastecimiento entre el grueso de la población e intentar que los precios no subieran mucho, en 1622 comenzó a funcionar una alhóndiga en Guadalajara. Pero resultó incapaz de evitar la especulación, especialmente en los tiempos difíciles.

Al mediar el siglo XVIII la caña de azúcar y la producción de panocha, aguardiente y mascabado, se había afianzado por el rumbo de Zapotlán, Ahuacatlán, Amula y Tonaya. El tabaco tuvo un singular desarrollo con su libertad de cultivo, mas en 1768, tras la visita de José de Gálvez, fue prohibido en Nueva Galicia y se determinó que sólo en Veracruz podía cosecharse, aunque siguió haciéndose clandestinamente en esta región.

El algodón, en cambio, se plantó en las inmediaciones de Compostela y alcanzó un auge considerable hacia mediados del siglo, ayudado por el desplome en la producción de lana.

Famosa en esta época era la grana que se producía en Autlán, la cual se vendía en México y Europa para teñir los textiles. Al finalizar el siglo XVIII empezó a preferirse la cochinilla de Oaxaca y Veracruz. A cambio, la región se compensó con una creciente obtención de sal en algunos puntos de la costa y Sayula.

En Los Altos, Cuquío y Tlajomulco la siembra de cebada fue importante, además del garbanzo, usado desde entonces como forraje ganadero, el cual comenzó a cosecharse en Zapotlán y, poste-

riormente, en Compostela y La Barca. El arroz y la lenteja arribaron a estas tierras desde el siglo XVI, mas el consumo y producción del primero se generalizó con mayor rapidez que la segunda.

Mientras en los primeros tiempos de la Colonia el ganado se volvía mostrenco con facilidad, con el tiempo se logró una organización que propició mejores rendimientos. Tepic, Acaponeta, Compostela y Guachinango fueron localidades eminentemente productoras de vacuno, mientras Lagos y Aguascalientes abastecían de mulas y caballos a las ferias de Toluca, Puebla y Tlaxcala.

En aquella época había ya por muchas partes agaves azules y pequeñas destilerías del mezcal; el más afamado era el que se obtenía por el rumbo de Amatitán y Tequila, dando lugar a que, al finalizar el siglo, fuese ésta una de las más ricas comarcas de la intendencia de Guadalajara. A pesar de las prohibiciones y trabas de que fue objeto este producto, más de la mitad de la construcción del actual Palacio de Gobierno de Guadalajara se financió con los impuestos pagados por los destiladores del "vino mezcal" del partido de Tequila.

Cuando José de Gálvez visitó la Nueva Galicia, en 1768, traía la consigna de recuperar para la Corona el manejo absoluto de la economía. Gálvez consideró que la minería podría servir para dar un nuevo empuje a la decadente fuerza del imperio, por lo que procedió a buscar mecanismos para que las riquezas minerales de Zacatecas y Bolaños fuesen controladas directamente por el virrey. La vigilancia oficial se ejercía, igual que siempre, mediante un control severo del mercurio, principal elemento para la explotación minera. Pese a ello, nunca pudo evitarse la enorme obtención y venta ilegal del metal precioso.

Aunque estas localidades produjeron muy buenos dividendos desde 1747 hasta 1798, la minería neogallega no tuvo la misma importancia que la de otros lugares; si al comenzar el siglo XVIII su aportación constituía 13% de todo el virreinato, al iniciar el XIX con dificultad llegaba a 4.5%. Otros centros mineros regionales de menor importancia fueron Ameca, Hostotipaquillo, San Sebastián y Etzatlán.

El repunte económico de estas tierras atrajo desde el mediar del

siglo XVIII un nuevo grupo de peninsulares y criollos modestos, pero experimentados en materia de comercio y manufactura de muy variados productos. Más de alguno de estos personajes logró amasar una fortuna grande, pero los pequeños y medianos comerciantes también dieron sustento a la creciente actividad mercantil de la capital tapatía y su comarca. La mayoría de ellos se estableció en Guadalajara y el resto lo hizo en poblaciones de menor cuantía, donde introducían desde artesanías indígenas hasta productos suntuarios de diferentes orígenes y variados gustos.

A mediados del siglo XVIII había ya en Guadalajara un trabajo más especializado de joyería y platería, carpinteros y alarifes, así como obradores y otros talleres de producción, que ponían en evidencia la notable evolución de la otrora muy simple sociedad neogallega. Destaca la elaboración de piezas de lana o algodón para la confección de prendas de vestir, el empleo de la pita para costales y hamacas, el tejido de petates y canastas con palma o tule y, sobre todo, la excelente loza de Tonalá que seguía siendo considerada "la mejor de todo el reino".

Guadalajara, centro distribuidor

El mayor centro distribuidor de mercaderías fue Guadalajara, aunque también se distinguieron Aguascalientes, Tepic, Lagos, La Barca y Sayula, que en su respectiva zona de influencia desempeñaron un brillante papel. Por otro lado, el monopolio español de ciertos productos procedentes de la metrópoli y del extranjero fue patente. Tal es el caso de finas telas, sombreros, armas, espejos, relojes, cristales y, por supuesto, de los afamados paños catalanes, que redituaban enormes ganancias a sus representantes exclusivos. Quienes más se beneficiaron con esta distribución de artículos exóticos y suntuarios fueron los comerciantes del Consulado de la Ciudad de México, de ahí que sus colegas de Nueva Galicia no cejaran hasta conseguir la creación de un organismo igual en Guadalajara.

Sus pretensiones comenzaron a cristalizar cuando, entre 1765 y 1774, algunos puertos españoles se abrieron al trato directo con

el comercio del Caribe y con la suspensión del tradicional monopolio del puerto de Cádiz sobre todo intercambio con América. Entusiastas colaboradores de las aspiraciones de los mercaderes neogallegos fueron los funcionarios del gobierno y el propio obispo, quienes sumaron sus fuerzas para conseguir la creación de dicho consulado en 1795. Su fuero abarcaría todo el territorio de la audiencia y estaría facultado para tener representaciones en los sitios donde fuese conveniente. En un primer momento Saltillo, Fresnillo, Chihuahua, Durango y Aguascalientes, entre otros puntos importantes, contaron con las mencionadas representaciones. Se dispuso igualmente que 0.5% de los impuestos y multas cobradas se canalizaran a la mejora de caminos y a la creación y manutención de una escuela mercantil que nunca se estableció.

Las ferias

Año tras año era celebrada, durante la primera quincena de diciembre, una feria en la localidad de San Juan de la jurisdicción de Santa María de los Lagos, que era de enorme trascendencia para toda la región. De hecho, en la América septentrional sólo era superada por las ferias de Jalapa y Acapulco. La primera, con mercancías de Europa y la segunda, de Filipinas. En San Juan confluían compradores de muy diversos puntos, sobre todo del norte, que acudían a adquirir productos procedentes de Acapulco y Jalapa, para ser distribuidos en ferias menores como las de Chihuahua y Saltillo.

El antiguo poblado indígena de Meztitlán en 1542 empezó a ser llamado San Juan Bautista por los españoles, pero no fue hasta 1663 cuando se establecieron en el lugar varias familias hispanas. Su auge y popularidad habría de acrecentarse gracias a la imagen religiosa de la Limpia Concepción que ahí se venera, a la cual comenzaron a atribuírsele milagros que atrajeron cada vez más viajeros. En 1797, el rey concedió el privilegio de no pagar impuestos por un plazo inicial de tres días a quienes participaran en la feria, pero en 1807 se amplió a ocho de acuerdo con la Audiencia de Guadalajara.

Estas fiestas servían para promover la venta de mercaderías producidas en el país o introducidas legalmente en él, pero el resto del año los monopolios, las restricciones y la carga tributaria, así como la lejanía de los principales puertos comerciales, hicieron del contrabando una práctica muy común en Nueva Galicia, pues resultaba mucho muy conveniente tanto a compradores como a vendedores.

Los litorales llegaron a configurarse en verdaderos corredores de artículos hacia Durango, Zacatecas y Guadalajara, abastecidos principalmente por barcos ingleses, pero también holandeses y franceses, contra los cuales casi nada podían hacer los pocos contingentes españoles que patrullaban por mar y tierra, máxime que en sitios de poca monta las autoridades eran fácilmente sobornables. Mineros y rescatadores de plata contribuían a fomentar el contrabando, ya que burlaban los registros oficiales; ayudaba también la permanente escasez de moneda circulante, debida en parte a su acaparamiento por los comerciantes consulares y por la Casa de Moneda de la ciudad de México.

La educación

La tendencia de los españoles por asentarse en el medio urbano se hizo más notoria en el siglo XVIII y dio lugar a que en Guadalajara y Zacatecas se concentrasen las pocas instituciones educativas existentes, cuyas limitaciones ponían de manifiesto la pobreza de aquella sociedad. En general, los varones sólo recibían rudimentos de gramática, retórica latina, filosofía, escolástica y teología; mientras que las niñas, apenas alfabetizadas, eran adiestradas en "labores de su sexo".

Un cierto despertar en Guadalajara sobrevino en 1769 con la creación del Colegio Seminario de San Juan Bautista, estrechamente ligado al de los jesuitas de Santo Tomás, y del Seminario Conciliar de San José, fundado en diciembre de 1699. El primero, que tuvo mayores vuelos, feneció al ser expulsada la Compañía de Jesús en 1767, pero el segundo sobrevive hasta hoy, aunque ha sufrido

varias interrupciones y mudado otras tantas de domicilio. En Zacatecas, por su parte, la educación de mayor nivel se impartía en dos planteles: el ya mencionado de San Luis Gonzaga, también jesuita, y el Colegio de Guadalupe de Propaganda Fide, fundado en 1707 para la formación de misioneros.

Por otra parte, lograr el permiso para establecer una universidad y vencer la resistencia de la Real y Pontificia Universidad de México costó casi cien años de trámites. Finalmente, en noviembre de 1791, Carlos IV expidió la correspondiente cédula y la nueva casa de estudios, con el nombre de Real y Literaria Universidad de Guadalajara, abrió sus puertas el 3 de noviembre, donde había estado el Colegio de Santo Tomás.

Otra institución educativa de alto nivel fue el Seminario Clerical que abrió sus puertas en 1801, por gestión directa del obispo Cabañas, para contribuir al mejoramiento cultural del clero secular y a que hubiera mejores catedráticos para el Seminario Conciliar de Guadalajara; en él se inscribieron también sacerdotes enviados por los prelados de Valladolid, Durango y Sonora.

Para enseñar a las niñas existía solamente el Colegio de San Juan de la Penitencia, fundado en el siglo XVI, que resultaba a todas luces insuficiente, además de que atendía sólo a hijas de españoles. El siglo XVIII vería nacer, entre otros, los colegios de Jesús María, San Diego y la Casa de Maestras de Caridad y Enseñanza, destinadas a alumnas de escasos recursos.

En cuanto a la enseñanza elemental para niños varones, después de casi doscientos años sin que hubiera novedades, en 1783 comenzó a funcionar un plantel en el Santuario de Guadalupe, lo mismo para criollos que para mestizos. Su pretensión no iba más allá que enseñar a leer, escribir, contar y algo de doctrina cristiana, pero incorporó el entonces novedoso sistema de cartillas y catecismos.

La cultura

El enriquecimiento del criollaje propició también la decoración de casas y templos, cada vez más numerosos, con frescos y lienzos

en los que predominaba la exuberancia del barroco; sin duda, en el siglo XVIII el arte tuvo un desarrollo inusitado hasta entonces.

Destacados pintores que radicaron en Guadalajara fueron Diego de Cuentas, fallecido hacia 1744, y Francisco de León, cuyo óleo más notable, *La muerte de San Francisco Javier,* aún está expuesto en Zapopan. Un pintor tapatío que alcanzó gran prestigio en la ciudad de México fue José de Ibarra, pero no pintó nada para su ciudad natal. Tanto en los cuadros de Cuentas como en los de Ibarra es palpable el cambio en la pintura entre los siglos XVII y XVIII, al pasar de la sobriedad, la discreción y la rigidez a un colorido más vivo, dinámico y fastuoso. Al parecer, Cuentas tuvo especial estima entre los franciscanos de Zapopan, ya que poseen la mayor parte de su producción.

A las letras tocó la peor parte, ya que carecer de una imprenta dificultó sobremanera la difusión de los textos locales, mas lo poco que se hizo revela una mentalidad predominantemente colonial, deseosa de emular en todo a la "Madre Patria" y difundir los deseos, ideales y valores de la Corona; sin embargo, puede hablarse también de un creciente "neogalleguismo" que aspiraba a una mayor representatividad y al sacudimiento de la hegemonía novohispana.

Comprueba lo anterior la notable obra historiográfica de Matías de la Mota Padilla, *Historia del reino de la Nueva Galicia en la América septentrional,* concluida en 1742. Si bien este autor copió mucho de Antonio Tello, el escrito es muy valioso en la descripción de la vida social neogallega de la segunda mitad del siglo XVII y principios del XVIII. Además, constituye un gran alegato en favor de convertir a Nueva Galicia en un virreinato independiente de México. Al igual que la obra de Tello, este libro no se imprimió hasta fines del siglo XIX.

Otro autor que contribuyó al enriquecimiento de las letras neogallegas fue el jesuita José de Ortega, quien para fomentar la evangelización de los naturales del Nayar escribió *Doctrina cristiana y oraciones, confesionario, arte y vocabulario de la lengua cora* y *Vocabulario en lengua castellana y cora,* los cuales se publicaron en 1729 y 1732, respectivamente. Otro libro de Ortega

narra la campaña de los jesuitas en el occidente de México: *Maravillosa reducción y conquista de la provincia de S. Joseph del Gran Nayar,* editada en 1754.

Algunos franciscanos también esgrimieron la pluma para reseñar la historia de la provincia de Santiago de Xalisco. Tal fue el caso de Francisco Mariano de Torres en 1719 y Antonio Ornelas en 1755.

De la temática zacatecana se ocuparon José Arlegi, autor de una crónica publicada en 1737, y José Bernárdez de Rivera, quien escribió dos volúmenes sobre la ciudad de Zacatecas. José Antonio Alcocer, por su parte, preparó un *Bosquejo de la historia del Colegio de Guadalupe.*

La imprenta

La apertura de la universidad, en 1792, fue un factor importante para establecer una imprenta en Guadalajara. Un año después, en la plaza de Santo Domingo, comenzó a funcionar una prensa dirigida por Mariano Valdez Téllez Girón. Aunque tuvo la concesión exclusiva por diez años, otorgada por la Audiencia de Guadalajara, pasarían casi treinta antes de que apareciera un segundo taller en la ciudad. No se sabe con certeza cuál fue el primer impreso, pero se acepta que puede haber sido el opúsculo titulado *Elogios fúnebres del ilustrísimo señor Alcalde,* el famoso obispo que había fallecido el 7 de agosto del año anterior.

Los trabajos publicados lo mismo por Valdez que por Fructo Romero, quien adquirió el taller al comenzar el siglo XIX, fueron muy variados. Incluso, en 1809, salieron a la luz copias de dos números de *El Semanario Patriótico,* editado en Madrid. El primer periódico tapatío fue *El Despertador Americano,* cuyos siete números aparecieron entre diciembre de 1810 y enero de 1811, bajo la dirección de Francisco Severo Maldonado, para difundir el ideario de los insurgentes. Otros periódicos salidos de esta imprenta fueron: *El Telégrafo de Guadalajara,* que alcanzó 82 números, auspiciado por los realistas y dirigido también por Maldonado entre 1811 y principios de 1812. *El Mentor Provisional,* cuyos tres únicos ejemplares aparecieron en 1813, antes de ser transformado

en *El Mentor de la Nueva Galicia,* mismo que alcanzó a publicar 27 números a cargo del mismo Maldonado. El último periódico impreso por Romero fue *El Expectador del Régimen Constitucional en el Reino de la Nueva Galicia,* en 1820, pero se ignora cuánto tiempo circuló y quién lo condujo.

La arquitectura

La riqueza creciente de los grupos dominantes y el repunte demográfico del siglo XVIII dieron lugar también a que en los centros urbanos de Nueva Galicia se desarrollara una importante arquitectura. Aprovechando lo barato de la mano de obra, comenzaron a construirse grandes edificios asistenciales, fastuosos palacios públicos e impresionantes iglesias y conventos. Pronto, Guadalajara cambió su fisonomía. Si en los dos siglos anteriores una manzana solía estar ocupada por cuatro propiedades en esquina, en el XVIII fue normal que en el mismo espacio hubiese seis u ocho. A raíz de ello, se hicieron frecuentes las viviendas de planta alta con balcón y remates de cantera, aunque conservando sus patios y corredores. Su interior era decorado profusamente con muebles, alfombras y pinturas, a menudo de procedencia extranjera.

En marcado contraste, la vivienda de indios y mestizos, ubicada en zonas marginales como Mexicaltzingo, Mezquitán y Analco, seguía siendo tan precaria y reducida como en el pasado; además, el aumento de población dio lugar a un mayor hacinamiento y a que su condición habitacional empeorara.

En el medio rural, las casas de algunas haciendas olvidaron su austeridad anterior, mejorando su decorado y mobiliario. Por igual, en varios pueblos las iglesias y templos gozaron de mejoras y arreglos importantes.

Como reflejo del auge minero experimentado en algunas regiones, hoy podemos observar soberbios edificios tanto civiles como religiosos. Tal es el caso de la catedral de Zacatecas —posterior a 1734— de elegante trazo y extraordinaria decoración. Lo mismo sucedió con las obras religiosas de Fresnillo y Sombrerete, pese a

que nunca fueron pueblos muy habitados. En Bolaños, notables construcciones como el Santuario de Guadalupe, la Parroquia Vieja y los antiguos albergues de las Casas Reales y la Caja Real ponen en evidencia el auge extraordinario —aunque efímero— que le proporcionaron sus yacimientos.

En ciudades como Lagos y Jalostotitlán, favorecidas ampliamente por el comercio y en particular por la famosa feria de San Juan, se levantaron magníficos templos parroquiales, además del propio Santuario de la Virgen de San Juan. Talpa, por su parte, mejoró en este aspecto por el creciente número de peregrinos que visitaban la virgen allí venerada, con el consecuente desarrollo mercantil del poblado.

Debido a que una buena parte de las construcciones destinadas a la enseñanza elemental se erigieron en tiempos precarios, no subsiste en la actualidad ninguna de ellas. Lo contrario sucedió con los destinados a la educación superior, como el caso del colegio jesuita de Santo Tomás, del cual se conserva hoy una parte de su capilla con modificaciones frontales hechas en 1825. Otro inmueble levantado en el siglo XVIII para albergar al Seminario Conciliar se conserva en todo su esplendor y actualmente aloja al Museo del Estado.

La arquitectura conventual tiene importantes testimonios. En 1724, los carmelitas comenzaron a construir su fastuoso convento en un predio cedido por el ayuntamiento, al poniente de la ciudad, del cual se conserva una buena parte. De los dominicos no queda ningún vestigio, mientras que de los franciscanos perviven su iglesia conventual y la capilla de Aranzazú. Otras órdenes religiosas, como la de los agustinos, mercedarios y felipenses erigieron también en el siglo XVIII los edificios que aún adornan la ciudad de Guadalajara.

Los inmuebles de monjas, en virtud de que éstas salían poco o nada de sus conventos, eran mucho más austeros por fuera que por dentro. La congregación más antigua en Guadalajara fue la dominica de Santa María de Gracia, establecida en el siglo XVI. Posteriormente vinieron las carmelitas, en 1695, y las agustinas recoletas en 1720, ambas procedentes de Puebla.

La edificación de la catedral de Guadalajara se inició durante la

segunda mitad del siglo XVI y, al consagrarse, en 1618, estaba prácticamente terminada. Faltaban únicamente las torres y su decoración interior, lo que se hizo antes de que finalizara el siglo XVII. En el XVIII se restauraron sus torres, pero el terremoto de 1818 las derrumbó. Las que actualmente tiene se levantaron en 1848, cuando se hizo también la cúpula del coro. Asimismo, en 1808, adosado a la catedral comenzó a construirse el Sagrario, pero la insurgencia causó la suspensión de la obra en 1810.

Contraesquina de la sede mitral se edificó el Palacio de la Audiencia, hoy sede del Poder Ejecutivo de Jalisco. Los trabajos de su planta baja se llevaron a cabo entre 1759 y 1774, con fondos obtenidos del impuesto que se cobraba por destilar y vender "vino de mezcal". Como en 1785 Carlos III prohibió tajantemente la producción en México de cualquier bebida embriagante, los trabajos tuvieron que suspenderse por un tiempo. Finalmente fue concluida en 1790, pero con mayor modestia que como se empezó.

Los servicios públicos

En la segunda mitad del siglo XVIII, Guadalajara gozó también un incremento notable de servicios públicos: se urbanizó el parque de la Alameda, junto al paseo por la orilla del río de San Juan de Dios; se construyeron los portales vecinos a la plaza principal para el buen desempeño del comercio; el bosque de Los Colomos fue arreglado para convertirse en el sitio campestre preferido de los tapatíos.

Durante los primeros años del siglo XIX, para dar acceso a la Casa de la Misericordia, se levantaron dos puentes sobre el río San Juan de Dios. Se realizaron obras en Guadalajara para dotarla de más agua potable, mediante fuentes públicas instaladas en lugares estratégicos. Su principal promotor fue el franciscano Pedro Buzeta, cuyos trabajos concluyeron en 1738 y se financiaron también con dinero tributado por el "vino de mezcal".

Estas edificaciones dieron a Guadalajara una nueva fisonomía que no fue capaz de ocultar la pobreza de las mayorías. No pue-

de perderse de vista que dos de las obras de mayor relevancia, el Hospital Civil y el Hospicio Cabañas, estaban destinadas a una beneficencia pública que con anterioridad no había sido necesaria.

Independencia y gobierno autónomo

En 1808, cuando las autoridades de la intendencia de Guadalajara se aprestaban a celebrar la entronización de Fernando VII, fueron sorprendidas con la noticia de que en Bayona el nuevo monarca había abdicado en favor de su padre Carlos IV y éste en Napoleón Bonaparte. De cualquier manera, después de sostener pláticas con el intendente y el presidente de la audiencia, el ayuntamiento decidió jurar fidelidad a Fernando VII.

Posteriormente llegó la invitación del virrey y del Ayuntamiento de México para reunir representantes de todos los cabildos de la Nueva España, a efecto de instalar un gobierno provisional que supliera al rey en su ausencia, mas los funcionarios tapatíos prefirieron reconocer en un primer momento a la Junta de Sevilla como la primera autoridad española; después se desdijeron en virtud de las posturas liberales adoptadas por dicha junta.

Debido a que el Ayuntamiento de México se empeñó en realizar su reunión, los ricos comerciantes de aquella ciudad encarcelaron a los miembros del cabildo, depusieron al virrey y dejaron en su lugar a un viejo militar de su confianza. Mientras tanto, crecía el rumor de que Napoleón se apoderaría de América, dando pie a que los criollos y peninsulares tapatíos hiciesen alardes de fidelidad y disposición de hacer entrega de cuanto fuese necesario para defender "la religión, el rey y la patria".

En abril de 1809, las autoridades tapatías juraron obediencia a la Suprema Junta Gubernativa de España e Indias, y nombraron al obispo Cabañas como su representante en ella. Pero la ocupación del suelo español por los invasores franceses hizo que Cabañas se abstuviera de viajar a España. En septiembre de 1810, el canónigo José Simeón de Uría fue electo diputado a las Cortes por la intendencia de Guadalajara. Él sí emprendió el viaje y a su paso

por Querétaro tuvo noticia del levantamiento del cura Miguel Hidalgo en Dolores, de lo que avisó de inmediato a la capital de Jalisco. A pesar de los esfuerzos por mantenerlo en secreto, antes de finalizar el mes de septiembre el Grito de Dolores había ya encontrado eco. Para estas fechas, dos grupos de insurrectos hicieron su aparición en el horizonte de los tapatíos: uno con Toribio Huidobro, que se desplazaría entre Jalostotitlán, Arandas y Atotonilco para enfrentar las tropas fieles al rey cerca de La Barca; y otro por Sahuayo, Tizapán el Alto, Atoyac y Zacoalco, capitaneado por José Antonio Torres, un próspero hacendado del Bajío, conocido como "El Amo".

Se procedió entonces a exhortar a la unidad y obediencia y a organizar la defensa de Guadalajara armando un contingente con mozos y campesinos respaldados por soldados regulares provenientes de Colima, El Nayar y la zona norte. Por su parte, el obispo Cabañas creó un regimiento con sacerdotes y personas devotas, mientras lanzaba encendidas condenas a los insurgentes. Mas tales esfuerzos resultaron vanos y el 6 de noviembre los rebeldes salieron victoriosos tanto en La Barca como en Zacoalco, lo que dejó franco el camino a Guadalajara. Esto provocó que el prelado y un buen número de vecinos pudientes marcharan a San Blas en busca de refugio.

El 11 de noviembre de 1810, después de ofrecer toda suerte de garantías a sus pobladores, Torres entró en Guadalajara con su ejército compuesto de campesinos y gente pobre, causando sorpresa por su disciplinado comportamiento y austeridad. Más tarde se sumaron los vencedores de La Barca y como consecuencia se produjeron numerosos levantamientos en la región. Sobresale entre ellos el de José María Mercado y Juan José Zea, cura y subdelegado de Ahualulco, respectivamente, quienes lograron apoderarse del puerto de San Blas el 1 de diciembre de 1810.

Torres informó de inmediato a Hidalgo de sus logros y lo invitó a instalarse en Guadalajara, pues éste no había sido bien acogido en Valladolid después de su retirada de las inmediaciones de México y de su derrota en Aculco a manos de Félix María Calleja. Al frente de casi siete mil jinetes, el párroco de Dolores llegó a la ca-

pital neogallega el 26 de noviembre de 1810, donde se le ofreció una apoteósica recepción.

Hidalgo y la independencia

Desde Guadalajara, Hidalgo se dio a la tarea de reorganizar el movimiento y establecer claramente sus propósitos. Por un lado, designó a Ignacio López Rayón como secretario de Estado y del Despacho, y a José María Chico, de Gracia y Justicia. Por otro, el 29 de noviembre expidió un primer decreto a toda la nación aboliendo la esclavitud y, a la siguiente semana, promulgó un dictamen más preciso que firmaría con López Rayón. Para sostener la guerra impuso el cobro del 2% sobre el precio de las mercancías nacionales y del 3% sobre las importadas, en tanto que suprimió el uso de papel sellado y los estancos de pólvora, naipes y colorantes para telas. Asimismo, aprovechó que hubiese una imprenta en la ciudad y encargó al cura Francisco Severo Maldonado la publicación del periódico *El Despertador Americano*.

Hidalgo pretendió hacer desde Guadalajara los primeros contactos con Estados Unidos, enviando a ese país a Pascasio Ortiz Letona en calidad de embajador, pero éste cayó en manos del enemigo y no llegó a su destino. Igualmente, comisionó a varios simpatizantes para levantar en armas regiones tales como las provincias internas de Sonora, Sinaloa, Chihuahua y otras más, quienes tuvieron mayor éxito en su empresa.

Con el objeto de sofocar el movimiento, Félix María Calleja y José de la Cruz marcharon hacia Guadalajara con lo mejor del ejército del virreinato. Hidalgo salió a enfrentarlos con cerca de 80 mil hombres mal armados y peor organizados, entre quienes se contaban unos siete mil indios de Colotlán que sólo manejaban flecha y honda. La batalla tuvo lugar el 17 de enero de 1811 cerca de Zapotlanejo, en un lugar conocido como Puente de Calderón, con la total derrota de los insurgentes.

Los principales caudillos escaparon hacia el norte con una pequeña escolta, pero fueron apresados y fusilados. Calleja y De la

Cruz, entre tanto, se apoderaron de Guadalajara dispuestos a borrar cualquier vestigio de rebelión. Calleja reinstaló en sus puestos a los tres miembros de la audiencia que no habían huido a San Blas, dictó varias órdenes, ignoró al intendente Abarca y perdonó a Severo Maldonado, con la condición de que editara un nuevo periódico en favor del gobierno.

Antes de partir, Calleja ordenó a De la Cruz recuperar San Blas y castigar a Mercado y a su gente. La noche del 31 de enero Mercado murió en forma accidental y los demás jefes fueron ejecutados después. A su regreso a Guadalajara, De la Cruz se enteró de su designación para quedar al frente del gobierno de la intendencia, pero no le resultó fácil someter a los otros rebeldes y los combates continuaron por casi toda la comarca, aunque sí logró que los grupos fuesen reduciéndose. La Iglesia arremetió con toda su fuerza contra los insurgentes, amenazándolos de excomunión y anatematizando el movimiento. Igual actitud tomaron los dirigentes de las instituciones educativas como la universidad y los seminarios Tridentino y Clerical.

En el norte, José Ángel Calvillo, cura de Colotlán, continuó causando dolores de cabeza. El 23 de marzo de 1811 venció a un contingente realista cerca de su parroquia, pero al año siguiente, después de fracasar en su intento de tomar Aguascalientes, se dice que fue hecho prisionero y fusilado, aunque también se afirma que se remontó a la sierra con los indios y ahí se quedó.

Quien más problemas causó con sus correrías en el sur fue Gordiano Guzmán. Para rechazar sus embates se recurrió a la formación de "tropas patrióticas" en las haciendas, pero los resultados alcanzados fueron muy pobres.

Al finalizar 1812, a causa del despojo y la agresión sufridos, varios pueblos indígenas de la ribera de Chapala se levantaron en armas. Su jefe, Encarnación Rosas, armó un grupo con hondas y piedras que repetidas veces enfrentó y derrotó a los soldados de la intendencia. Junto con el cura de Ocotlán, Marcos Castellanos, se refugiaron en la isla de Mezcala, donde padecieron lo indecible hasta noviembre de 1816, cuando De la Cruz accedió a reintegrar las tierras, repartir yuntas y exentarlos de tributos.

Otro grupo rebelde encabezado por Pedro Moreno se había fortificado desde 1814 en el cerro del Sombrero, cercano a Santa María de los Lagos. En junio de 1816 se le sumó con una pequeña tropa el republicano español Francisco Javier Mina, quien había optado por luchar en México contra el despotismo de Fernando VII. Para someterlos, el obispo de Guadalajara y su intendente patrocinaron un ejército al mando de Pascual Liñán. Éste prefirió sitiar el cerro y obligar a sus defensores a salir cuando carecieran de víveres y agua. Finalmente, Moreno murió en combate y Mina fue fusilado.

Constitución de Cádiz: Diputación provincial y Ayuntamientos

Mientras sus colonias buscaban emanciparse a partir de 1810, España tuvo que luchar por sacar a los franceses de su propio territorio, en tanto que instalaban en Cádiz las Cortes que promulgaron una constitución liberal en 1812. Entre otras cosas, la nueva ley disponía que en lugar de las intendencias se establecieran provincias gobernadas por diputaciones formadas por individuos residentes en el propio territorio, ordenaba la creación de ayuntamientos de elección popular en localidades con más de mil habitantes y garantizaba la libertad de imprenta.

La provincia de Guadalajara abarcaba en un principio también a la intendencia de Zacatecas, de manera que al establecerse su diputación, el 20 de septiembre de 1813, quedó constituida por cuatro miembros tapatíos y tres zacatecanos. Un nuevo ayuntamiento se instaló en Guadalajara el 13 de junio y de ahí se prosiguió a hacer lo mismo con poblaciones de más de mil habitantes.

El gusto de los americanos por las disposiciones de la carta gaditana y el deseado retorno de Fernando VII a España en mayo de 1814 resultó efímero; cuando se preparaban los festejos se supo que Fernando había desconocido la Constitución de 1812 y dispuesto la reinstalación de las autoridades municipales anteriores a 1808.

En Guadalajara la medida fue muy bien vista por José de la Cruz, quien tuvo pésimas relaciones con la Diputación Provincial,

si bien no ocurrió lo mismo con el obispo y todo el alto clero, pues quedaron nuevamente sometidos a la voluntad del rey y del virrey; además, resultaron lesionadas también las oligarquías y los grupos medios regionales al perder la injerencia en la administración de sus particularidades que habían alcanzado.

Después de 1814, la vida neogallega volvió a una aparente normalidad con la ayuda de un repunte económico derivado de la descarga en San Blas de barcos procedentes de Filipinas y otros lugares del Pacífico, en virtud de que José María Morelos y Pavón dominaba el camino entre Acapulco y la ciudad de México. Fueron cuantiosos los beneficios que este tráfico brindó a los comerciantes de Guadalajara y Tepic. Tanto que a esta localidad le fue concedida la categoría de ciudad en 1814, además de autorizarle la celebración de una feria comercial anual, donde se exentaría del cobro de impuestos.

La inseguridad rural propiciada por insurgentes y simples bandoleros hizo que mucha gente de diferentes estratos sociales se concentrara en Guadalajara. Así, en 1814, la capital tapatía alcanzó los 60 mil habitantes, a cambio de los 30 mil o 35 mil que había al despuntar el siglo XIX.

El 20 de mayo de 1811 se había cumplido también el antiguo anhelo de comerciantes y mineros de que hubiera una Casa de Moneda en Guadalajara; pero su existencia fue corta, pues el virrey Calleja se aprovechó de algunas irregularidades en la acuñación para pedir su clausura. Fue reabierta en 1816, y en 1818 cerró nuevamente sus puertas.

Tras la decadencia del movimiento de Morelos y su captura y muerte ocurrida en 1815, el puerto de Acapulco entró de nuevo en funciones y el comercio legal neogallego comenzó a declinar, encarecido por el flete terrestre y la interferencia de la ciudad de México. Esto dio lugar a una creciente inconformidad entre los criollos de Guadalajara.

A finales de la década la Nueva España fue sacudida con la noticia de que el coronel Rafael Riego se había sublevado en España y de que Fernando VII se había visto obligado a restablecer la Constitución de 1812; pero entre las autoridades de Guadala-

jara privó la cautela y se negaron a jurar la carta gaditana hasta que llegara la correspondiente orden virreinal, a principios de junio de 1820. Con esta disposición la intendencia volvió a convertirse en provincia.

El primer Imperio

Para evitar la implantación cabal del nuevo régimen, un grupo de encumbrados personajes de México buscó separarse de España mediante la llamada Conspiración de la Profesa que logró oportunas alianzas con las fuerzas realistas y con Vicente Guerrero, valiéndose de un desprestigiado militar realista y siempre del lado del mejor postor: Agustín de Iturbide.

A pesar de sus objetivos contrarios, tanto realistas como insurgentes coincidieron en sus deseos de independencia y unieron sus fuerzas en torno al Plan de Iguala, firmado el 24 de febrero de 1821, para arremeter contra el régimen constitucional. De inmediato Iturbide envió a Guadalajara como emisario a Antonio Terán para convencer a las autoridades de que lo respaldaran. Así lo hicieron el comandante Pedro Celestino Negrete y el obispo Cabañas. El segundo aportó pastorales y dinero; Negrete, por su parte, proclamó el 13 de junio la independencia en Tlaquepaque, dando cuenta de ello en seguida al Ayuntamiento de Guadalajara y a la Diputación Provincial. Al día siguiente, las diversas corporaciones y representaciones tapatías hicieron el juramento correspondiente.

Iturbide hizo su ingreso triunfal a la ciudad de México el 27 de septiembre de 1821 y, aun desde antes de hacerse proclamar emperador, impuso un control sobre las burocracias y las administraciones regionales más férreo que el virreinal. Tampoco olvidó el generoso aporte de Cabañas, así que al entronizarse, y puesto que el arzobispo de México había partido, fue precisamente el prelado de Guadalajara quien le ciñó la corona. Asimismo, de conformidad con Cabañas, Iturbide nombró a Luis Quintanar como jefe político y capitán general de la provincia de Guadalajara —con el ánimo de que le fuese partidario incondicional—, mas al decli-

nar la estrella imperial Quintanar prefirió identificarse con los peces gordos de la localidad.

Una serie de medidas adoptadas por el emperador, como los préstamos forzosos impuestos a los ricos comerciantes de la ciudad de México y una centralización obsesiva del poder, propiciaron la proclamación del Plan de Casa Mata, apoyado por antiguos y prestigiados jefes insurgentes en aras de erradicar el imperio e implantar un régimen republicano.

Iturbide abdicó el 19 de marzo de 1823, sobreviniendo una indefinición administrativa y un caos político que no se resolvió hasta el advenimiento de un régimen federal que se creyó la panacea de todos los males que padecía aquella sociedad.

La primera República Federal

Sus principales propugnadores locales fueron el versátil cura Francisco Severo Maldonado, a través de su opúsculo *Contrato de asociación para la República de los Estados Unidos de Anáhuac,* aparecido en 1821, y Prisciliano Sánchez, quien publicó en 1822 su *Pacto federal de Anáhuac*. En mayo de 1823, Luis Quintanar y la Diputación Provincial exigieron al Congreso General que se convocara a una nueva asamblea. Además se actuó con celeridad y eficiencia para conseguir que casi todos los ayuntamientos de su dependencia se pronunciasen partidarios del federalismo.

Para el 21 de junio de 1823, la Diputación Provincial hizo público el Plan de Gobierno Provisional que convertía a la provincia de Guadalajara en el estado libre de Xalisco, con lo cual se alcanzaba, antes que en cualquier otro lugar de México, la calidad política que habría de quedar después establecida en la nueva constitución para todas las provincias mexicanas. Sin embargo, el desplante complicó aún más las relaciones de Guadalajara con el poder central que comisionó a Nicolás Bravo y a Pedro Celestino Negrete para someter a Jalisco por la fuerza. Éstos empero prefirieron negociar los llamados Convenios de Lagos, firmados en agosto de 1823, que comprometían a Jalisco a obedecer las órde-

nes emanadas del Supremo Poder y del Congreso Nacional, a cambio de que se respetase su condición federalista, por cierto ya emulada por otras provincias.

Para debilitar a Jalisco, el gobierno central promovió que se le segregara el partido de Colima, con lo cual se perdió no sólo una considerable extensión de su territorio, sino todo el litoral donde se ubica el puerto de Manzanillo, que ya daba entonces muestras de alcanzar gran importancia. La misma táctica quiso aplicarse en Zapotlán el Grande, pero aquí la adhesión de sus habitantes se mantuvo firme, máxime que Guadalajara movió rápidamente sus tropas en esa dirección.

Mientras tanto, el 7 de noviembre de 1823 quedó instalado formalmente en México el nuevo Congreso Nacional y, después de acalorados debates, el 31 de enero de 1824, se aprobó el Acta Constitutiva Federal, que fue jurada en el estado el 7 de febrero siguiente.

Como Quintanar no era bien visto por el Supremo Gobierno y en particular por el ministro de guerra, Manuel Mier y Terán —quien lo acusaba entre otras cosas de iturbidista—, se emprendió en junio de 1824 una nueva campaña contra Jalisco, que finalizó con la captura de Quintanar y su deportación a Acapulco. El 24 de enero de 1825 quedó instalada la I Legislatura del Estado y asumieron el poder constitucional Prisciliano Sánchez y Juan N. Cumplido, como gobernador y vicegobernador, respectivamente. Pero los tropiezos no se hicieron esperar. Uno de los primeros fue ocasionado por los peninsulares que persistieron en seguir aferrados a los usos coloniales, ganándose mayor animadversión de los liberales en el gobierno, quienes vieron en los "gachupines" un peligro creciente para el país, máxime que España se negaba a reconocer la independencia de México. El 3 de septiembre de 1827 se expidió una ley que expulsaba a los españoles; no obstante, ésta no surtió el efecto deseado, pues muchos encontraron la forma de no salir.

La muerte súbita del gobernador Sánchez, el 30 de diciembre de 1826, hizo que Juan N. Cumplido asumiera la gubernatura, cargo que ocuparía en otras seis ocasiones, siempre en calidad de in-

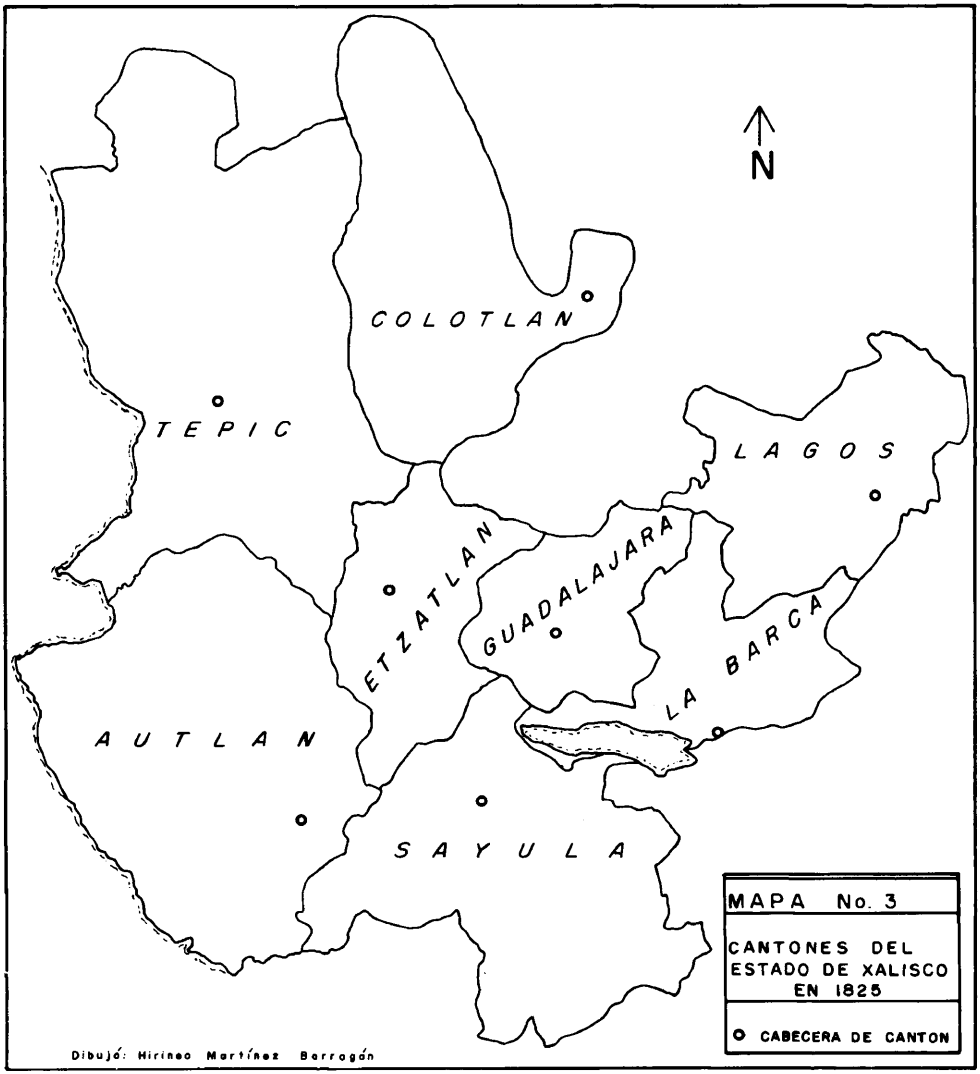
terino. José Ignacio Cañedo sucedió a Cumplido en 1829, pero al poco tiempo tuvo que abandonar el cargo por causa de la inconformidad originada por las severas medidas económicas que adoptó. Al mediar 1830 reasumió el puesto de manera efímera, y para ocuparlo año y medio a partir de febrero de 1831. Por cierto que durante diciembre de este año hubo de trasladarse la capital a Lagos, a causa de que el comandante militar Ignacio Inclán, enviado de México para combatir a Gordiano Guzmán y demás partidarios de Vicente Guerrero, había convertido a Guadalajara en un verdadero cuartel. Antes de que el año concluyera Inclán fue sustituido y el gobierno pudo volver.

Finalmente, en agosto de 1832 Cañedo renunció y el vicegobernador Ignacio Herrera terminó el periodo, siendo sucedido por Pedro Tamés en marzo siguiente.

El gobierno interior

Cuando el 18 de noviembre de 1824 se promulgó la Constitución Particular del Estado, se introdujo una nueva división administrativa: los partidos que componían la provincia de Guadalajara se denominaron departamentos y se crearon además ocho unidades mayores: los cantones. Cada uno tenía su respectiva cabecera y jefe político, nombrado y removido por el ejecutivo estatal, que se desempeñaría con amplias atribuciones políticas, militares y fiscales por un periodo de cuatro años, auxiliado de un vicegobernador y un senado compuesto por cinco vocales propietarios. Asimismo, la ciudad de Guadalajara fue confirmada como capital del estado.

El poder legislativo se formó eligiendo cada dos años a 30 diputados, quienes tenían derecho a reelección. Finalmente, se estableció también que el poder judicial se formaría por un Supremo Tribunal de Justicia en Guadalajara y un tribunal de primera instancia en cada lugar donde hubiera ayuntamiento.


N
COLOTLAN
TEPIC
LAGOS
ETZATLAN
GUADALAJARA
LA BARCA
AUTLAN
SAYULA
MAPA No. 3
CANTONES DEL ESTADO DE XALISCO EN 1825
CABECERA DE CANTON
Dibujó: Hirineo Martínez Barragán

Comercio y agricultura

Apenas iniciaba su vida independiente, la Diputación Provincial de Guadalajara advirtió la penuria de las finanzas, y la carencia de una sólida fuente de ingresos. En esta época comenzaron a llegar a Guadalajara inmigrantes ingleses, franceses y norteamericanos para dedicarse al comercio, aprovechando la promoción gubernamental. Como el gobierno federal se había adjudicado desde un principio el control de aduanas, el estatal nada podía hacer en favor de los artesanos locales, quienes no contaban con créditos ni con otros incentivos y veían cómo sus productos eran desplazados por los de procedencia extranjera, importados por los recién llegados en grandes cantidades. Además, a territorio jalisciense seguía llegando mercancía de contrabando tanto por el lado del Pacífico: Manzanillo, Navidad y San Blas, como por el del golfo: Tampico vía San Luis Potosí y Lagos.

La agricultura, en cambio, tuvo un repunte del 40% entre 1821 y 1838, principalmente porque se generalizó el uso de animales y se mejoraron sus técnicas. No obstante, en esta época se padeció una gran escasez de caballos por el abundante uso de ellos durante la insurgencia; por otro lado, la crianza de cerdos se generalizó aún más. La minería sufrió una marcada decadencia en Jalisco, pues solamente Bolaños alcanzó a repuntar gracias al capital inglés, pero su auge resultó pasajero.

Iglesia y poder civil

Aunque la consumación de la Independencia y el advenimiento del federalismo suscitaron transformaciones importantes en casi todas las instituciones de origen colonial, la Iglesia continuó siendo la misma y hasta se vio fortalecida, pues al perder el rey de España su autoridad sobre estas tierras, cesó automáticamente el Regio Patronato y el clero mexicano quedó libre de su tutela. Sin embargo, los beneficios de esta autonomía se volvieron inciertos al quedar vacantes los obispados sin que hubiera mecanismo alguno esta-

blecido para ocuparlos de nuevo. Cabañas falleció en 1824 y pasaron más de cinco años antes de que Diego Aranda y Carpinteiro fuese nombrado su sucesor.

Comoquiera, la Iglesia no enfrentó los mismos problemas económicos y la falta de liquidez del gobierno, ya que continuó recibiendo con puntualidad los aportes de la feligresía. Lo que sí ocurrió fue que los caudales eclesiásticos se hicieron sumamente atractivos para el gobierno, de manera que la Constitución Particular del Estado, en su artículo séptimo, le adjudicó al poder civil la potestad de administrar tal riqueza, lo que provocó enérgicas protestas y finalmente tuvo que desistir de sus pretensiones. A fin de cuentas, la Iglesia salió ganando, pues la referida Constitución establecía también que: "La religión del Estado es la Católica Apostólica y Romana, sin tolerancia de otra alguna."

Por su parte, la vasta libertad de imprenta dio lugar a un buen número de opúsculos y folletines sobre asuntos varios, aunque el papel de la Iglesia y sus derechos y obligaciones resultó ser el más socorrido. *El Polar, El Fantasma, El Nivel* y *La Palanca,* escandalizaron con su anticlericalismo a la población conservadora y encontraron pronta respuesta en boletines como *También los callados suelen hablar, Ya Jalisco perdió su nivel* y *Por aquí rapa el nivel, por allá lo rapan a él.*

Llegó a perturbar tanto la franqueza de estas publicaciones, en una sociedad que no la había conocido anteriormente, que las autoridades de Guadalajara intentaron en 1826 ponerle cortapisas legales, pero su intento resultó fallido hasta que se impuso el centralismo.

El escritor jalisciense de mayores vuelos durante los primeros 25 años de vida independiente fue el franciscano Francisco Frejes, fallecido en el convento de Guadalupe de Zacatecas en 1847, y autor de la *Memoria histórica de los sucesos más notables de la conquista particular de Jalisco por los españoles,* editada en 1833 y la *Historia breve de la conquista de los estados independientes del Imperio Mexicano,* publicada en 1839. En estos libros, por primera vez en el occidente de México, se denostaba a los conquistadores y enaltecía a los indígenas que habían ofrecido mayor resistencia.

La enseñanza

En cuanto a la enseñanza elemental, en 1821 el Ayuntamiento de Guadalajara había establecido una primera escuela sostenida con su propio peculio, y la Iglesia empezó a perder así la exclusividad educativa. Esto se logró cuando Prisciliano Sánchez asumió la gubernatura y se comprometió a fundar escuelas de primeras letras en todos los pueblos de la entidad y a elaborar un "moderno" plan de estudios. En ese tiempo fueron clausurados el colegio de San Juan Bautista y la Real y Literaria Universidad de Guadalajara. Y para suplir el vacío dejado por ésta, el gobierno estatal dispuso la creación del Instituto del Estado, el cual abrió sus puertas el 14 de febrero de 1827. Como director de la nueva casa de estudios fue nombrado Pedro Lissaute, un francés señaladamente anticlerical. Asimismo, por medio de la recién creada Junta Directora de Estudios, se contrató personal especializado en la aplicación del método lancasteriano que facilitaba la empresa educativa, pues resultaba muy económico.

El 1 de junio de 1828 comenzó a funcionar la Escuela Normal Lancasteriana de Guadalajara; no obstante, el panorama educativo en Jalisco seguía siendo muy pobre. En 1830 había tan sólo una escuela pública por cada ocho mil habitantes, mientras que 518 jóvenes estaban matriculados en el Instituto del Estado y 500 en el Seminario Conciliar.

En 1817, procedente de la Academia de San Carlos de la ciudad de México, había llegado a Guadalajara el pintor José María Uriarte para fundar la Academia de Bellas Artes, en la que se enseñarían nuevas técnicas en la pintura. Tal institución, si llegó a existir, pasó sin pena ni gloria; en 1826 Uriarte fue nombrado director de pintura del Instituto de Ciencias donde continuó su contribución a conformar una plástica más popular y con fuerte sabor regional. Estos pintores, llamados "populares", sobrevivían haciendo retratos de comerciantes y rancheros acaudalados, así como de uno que otro clérigo. Con toda seguridad el pintor más cotizado fue José María Estrada. Hay quien opina que hubo un padre y un hijo con este nombre, pero parece que se trata de dos

estilos sucesivos perfectamente definidos del mismo artista: el segundo mucho más delicado que el primero.

Otro destacado alumno de Uriarte fue el tapatío José María Mares (1810-1885), quien fue el preferido de la mitra. Entre varios retratos de sacerdotes destaca el del obispo Diego Aranda Carpinteiro.

Nuevas indefiniciones y problemas

En 1833, la legislatura jalisciense, con el respaldo de Valentín Gómez Farías, decretó la suspensión del pago del diezmo, medida que causó gran revuelo y daño a la Iglesia; pero más tarde, al ser derrocado ese gabinete, se revocó dicha disposición, se procedió a la clausura del instituto y de la Normal Lancasteriana y se restableció la universidad.

A fines de 1833, el gobernador Pedro Tamés prohibió a la Iglesia poseer bienes raíces y ordenó que las fincas urbanas de su propiedad fuesen puestas en subasta pública. La reacción inmediata fue un virulento ataque al gobierno desde los púlpitos, acusándolo de pretender acabar con la religión, en tanto que algunos grupos conservadores se levantaron en armas.

En mayo de ese mismo año, los centralistas habían proclamado el Plan de Cuernavaca al grito de "religión y fueros". El gobierno estatal, encabezado por Tamés, lo rechazó abiertamente y ofreció asilo al Congreso Nacional; sin embargo, la insurrección ganó adeptos con tal rapidez que hasta el propio presidente de la República, Antonio López de Santa Anna, se puso de su lado. Tamés reconsideró entonces sus medidas, pero el Congreso local se lo impidió y tuvo que renunciar. Lo sustituyó Juan N. Cumplido, quien se manifestó decidido a llevar las reformas liberales hasta sus últimas consecuencias.

Esto dio pie a que se enviara un grueso contingente militar para someterlo, ocupando Guadalajara el 12 de agosto de 1834 e instalando como nuevo gobernador a José Antonio Romero, al tiempo que le eran restituidos al clero sus privilegios y canceladas todas las leyes que iban en su perjuicio.

La República central

Finalmente, cuando López de Santa Anna arribó a Guadalajara, procedente de Zacatecas, en marzo de 1835, fue recibido con grandes honores por los pudientes citadinos y pudo constatar que el orden conservador imperaba en la capital jalisciense. El centralismo triunfante había desplazado a la Constitución de 1824; Jalisco, al igual que los demás estados, pasó a depender más intensamente del gobierno central.

De conformidad con las Bases Constitucionales promulgadas el 3 de octubre de 1835, la designación de los gobernadores quedaría en manos del presidente de la República, convirtiéndolos así en subordinados del gobierno central. Asimismo, los congresos estatales se convirtieron en Juntas Departamentales compuestas por sólo cinco miembros cuya única función sería la de aconsejar a su gobernador. En Jalisco, ya entronizado José Antonio Romero, únicamente quedaron seis ayuntamientos.

En junio de 1836, Romero fue integrado al gabinete presidencial y lo sucedió Antonio Escobedo, quien recibió las Siete Leyes Constitucionales decretadas en la ciudad de México el 30 de diciembre de ese año. Dicho documento disponía añadir el "poder conservador" a los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, a efecto de que éste los regulara. Establecía, además, que el periodo presidencial tendría una duración de ocho años en vez de cuatro, en tanto que los estados serían ahora departamentos, subdivididos a su vez en distritos y partidos y sin injerencia en el manejo arancelario.

La rebelión regionalista sobrevino cuando el presidente Anastasio Bustamante, en agosto de 1841, impuso una contribución de 15% sobre textiles de procedencia extranjera. El general Mariano Paredes Arrillaga, comandante militar de Jalisco, proclamó entonces el llamado Plan del Progreso, que denunciaba el lamentable estado de la nación causado por las "peligrosas innovaciones" implantadas por las recientes administraciones, criticaba el referido impuesto y el manejo de la hacienda pública, convocaba a un congreso nacional extraordinario que reformara la Constitución de 1824 y desconocía al presidente Bustamante.

Dueño de la situación en Guadalajara, Paredes Arrillaga formó una Junta de Notables que incluía a federalistas y centralistas. Aunque Escobedo fue ratificado como gobernador, prefirió renunciar dejando su sitio a Paredes, quien designó una nueva Junta Departamental. En septiembre de 1841, Paredes, que había ganado seguidores en el resto del país, salió a pelear contra Bustamante. El 28 de ese mismo mes se publicaron las Bases de Tacubaya que desconocían también a los poderes nacionales e instaban a reformar la Constitución de 1824.

Bustamante se retiró, y Antonio López de Santa Anna le ganó a Paredes el camino a la presidencia de la República, por lo que éste tuvo que conformarse con gobernar Jalisco. Una vez en el poder, Santa Anna lanzó un llamado para instituir un nuevo congreso constituyente, pero en virtud de que éste se formó por una gran mayoría de federalistas ordenó su inmediata disolución y dispuso la creación de la Junta Nacional Instituyente, compuesta exclusivamente por militares. Fruto de esta junta fueron las Bases Orgánicas de la República Mexicana, que no eran otra cosa que las Siete Leyes promulgadas tiempo atrás con ligeras modificaciones. El nuevo documento fue jurado por los tapatíos el 12 de junio de 1843.

En agosto de 1844, Antonio Escobedo, quien había vuelto a ocupar la gubernatura de Jalisco, recibió del gobierno central la orden de contribuir con 150 mil pesos para la recuperación del territorio texano, disposición que provocó una nueva insurrección. Paredes Arrillaga la encabezó, ahora en contra de Santa Anna, quien finalmente fue desterrado. Sin embargo, Paredes tuvo que esperar todavía dos años más para llegar a la presidencia.

El repunte federalista

Tan pronto asumió el cargo, en 1846, Paredes se empeñó en instaurar una monarquía en México, asegurando que era la única forma de unir y consolidar la nación. Los federalistas de Jalisco y el jefe de la guarnición de Guadalajara, José María Yáñez, se apresu-

raron a manifestarse abierta y enérgicamente en su contra, en tanto que era depuesto Antonio Escobedo e instalado en su lugar Juan N. Cumplido, el último gobernador federalista en 1834. Para terminar con la insubordinación en la entidad, Paredes envió un grueso contingente, pero éste no alcanzó los resultados esperados. Por otro lado, Mariano Salas aprovechó el desamparo de la capital y se sublevó desde ahí contra el presidente, logrando ocupar su sitio rápidamente. Tras este acontecimiento, el federalismo quedó restablecido en Jalisco y se procedió a conformar una nueva legislatura estatal, compuesta por federalistas aguerridos como J. Guadalupe Montenegro y Gregorio Dávila.

Una de las primeras acciones para consolidar la nueva administración fue la publicación del periódico *El Republicano Jalisciense,* en el que se subrayaba que durante su primera época el federalismo no había tenido el tiempo suficiente para mostrar sus cualidades, a la vez que se tachaba al centralismo de "oprimir al pueblo".

Pronto el desencanto desplazó a la euforia al tenerse noticia de que soldados de Estados Unidos habían invadido el país, y uno de sus barcos de guerra anclaba frente al puerto de San Blas y lo bloqueaba por completo. De inmediato los jaliscienses se aprestaron a contribuir económicamente para enviar tropas contra los invasores, excepción hecha del clero que se negó a ayudar con otra cosa que no fueran "oraciones al cielo" para calmar la ira divina.

A mediados de 1847 se acordó una alianza militar con los estados de Aguascalientes, México, Querétaro, San Luis Potosí y Zacatecas, cuyo propósito fue rechazar el ataque de los yanquis, en tanto que se promovía hacerles la "guerra total". Pero el 2 de febrero de 1848 se firmó el Tratado de Guadalupe-Hidalgo que puso fin a la guerra y cedió más de la mitad del territorio al vencedor.

La derrota produjo honda consternación entre los jaliscienses, máxime que se temió la posibilidad de ser anexados completamente por los Estados Unidos. Este hecho coadyuvó a fortalecer un sentimiento unitario en la población.

Por otra parte, con la finalidad de solventar la persistente debilidad del erario, a mediados de septiembre de 1848 el gobierno

estatal realizó una amplia consulta que mostró la preferencia por las contribuciones directas, pero no se atrevió a aplicar la medida por carecer de estadísticas confiables. Sin embargo, en febrero de 1849, esta inquietud se llevó hasta el Congreso Federal, pidiendo que los impuestos fueran equitativos para todas las entidades de la República, mas no se alcanzó el objetivo.

La generación liberal

A la luz de estos acontecimientos, desde 1846 habían comenzado a formarse en Jalisco algunos grupos de egresados de las aulas laicas deseosos de participar directamente en la tarea pública. Entre ellos, que se leían tanto sus creaciones literarias como sus análisis de lo que acontecía, se encontraban figuras que después habrían de sobresalir, como fue el caso de Emeterio Robles Gil, Ignacio Luis Vallarta, Miguel Contreras Medellín, José María Vigil, entre algunos. Ellos fundaron una Junta Popular de Jóvenes que, en 1849, organizó una sociedad literaria denominada La Esperanza; a pesar de su corta vida, fue considerada después por José María Vigil, uno de sus miembros, "el punto de partida en que la juventud jalisciense combinó sus esfuerzos para marchar por la senda que le abriría los caminos literarios". Un año más tarde, con el auspicio del gobernador López Portillo se formó otra de mayor proyección llamada La Falange de Estudios, que en 1852 editaría la primera revista literaria de Jalisco, con artículos de los mejores autores de ese momento, sin importar su filiación política. Se llamó *El Ensayo Literario*.

Entre 1848 y 1852, la administración de Jalisco volvió a ser ocupada por personas nacidas en el estado, mas no por ello hubo concordia, pues dos bandos liberales acabaron siendo antagónicos. El radical tenía como líderes a Gregorio Dávila, Juan N. Cumplido y Jesús Camarena, mientras que los moderados eran comandados por Jesús López Portillo, J. Guadalupe Montenegro y el gobernador Joaquín Angulo, quien fue víctima durante toda su gestión de numerosos embates en la prensa de Guadalajara, pues

se decía que su triunfo electoral había sido fraudulento y que el verdadero gobernante era Jesús López Portillo.

Angulo pudo concluir su periodo (1848-1852) gracias a que cedió algunas posiciones de su gabinete, pero a cambio designó a López Portillo como sucesor. Sólo que la animadversión y la exaltación iban en aumento en virtud de que se decía que las nuevas elecciones también habían sido un fraude. Además, López Portillo se distanció del presidente de la República, Mariano Arista, y entró después en conflicto con el obispo de Guadalajara, al rehusar exentar al clero del pago de impuestos. Por otro lado, su actuación contra el bandidaje fue de un dureza tal que toda la ciudadanía resultó afectada.

El 26 de julio de 1852, de manera sorpresiva, el jefe de la guarnición de Guadalajara, coronel José María Blancarte, se apoderó del Palacio de Gobierno al grito de "muera el traidor Portillo", provocando la huida del gobernador a Lagos. Gregorio Dávila asumió la gubernatura en su lugar.

La indiferencia del presidente Arista facilitó la caída del mandatario de Jalisco, a la vez que promovió que los conservadores comenzaran a procurar el retorno de Santa Anna. En un inicio pretendieron pactar con Dávila, pero ante su negativa se aliaron con el clero, la oligarquía y con Blancarte, en contra del presidente. Finalmente, el 13 de septiembre de 1852 acordaron invitar a Santa Anna para que ocupara de nueva cuenta la silla presidencial.

Debido a la fuerza alcanzada por los santanistas en Jalisco, Dávila se vio obligado a dejar el puesto al coronel Blancarte, en tanto que la jerarquía de la Iglesia y los ricos tapatíos se reunieron en octubre de 1852 para elaborar el llamado Plan del Hospicio, que proponía la conformación de un congreso general que nombrara un nuevo presidente, a la vez que pedía a Santa Anna retornar al país y designaba gobernador a José María Yáñez.

Santa Anna volvió al mando en abril de 1853 con las facultades de un verdadero dictador. Sobrevino entonces una vuelta a las formas centralistas: el "General Presidente" se convirtió en "Alteza Serenísima"; su cargo se declaró vitalicio y con derecho a nombrar sucesor, amén de concedérsele poderes plenos en todos los

ramos. Su representante en Jalisco fue el general José María Ortega, quien asumió la gubernatura el 16 de julio de 1853. Tantos años de inestabilidad suscitaron una situación desoladora en la entidad, en gran parte atribuible a los estragos causados por las luchas civiles.

La expansión económica

No obstante la distribución de la población, a pesar de su descenso, no varió. Los cantones más habitados continuaron siendo los de clima más benigno y los que se encontraban en los caminos que comunicaban a la capital jalisciense con la ciudad de México y otros puntos de importancia como San Blas o Zacatecas.

Por otro lado, los extranjeros (españoles, franceses y norteamericanos), radicados casi todos en Guadalajara, constituían una minoría pero de gran importancia comercial. El auge en este sector obedecía a la directriz dispuesta por el Congreso Nacional, que a partir de 1835 adquirió facultad constitucional para legislar sin reserva sobre puertos, aranceles y comercio, y que de nueva cuenta favoreció a los intereses de los ricos mercaderes de la ciudad de México.

El continuo reclamo por el excesivo monopolio comercial del centro dio lugar a que el gobierno dispusiera, en 1843, que el impuesto de avería se invirtiese en cada departamento. De esta manera, lo recaudado en San Blas se gastó en la construcción de un nuevo camino entre este puerto y Guadalajara con el consecuente beneficio para la región.

Para paliar el desorden causado por las severas disposiciones fiscales, la anarquía en los precios y los pésimos caminos, en 1842 se crearon en Guadalajara y Tepic sendas Juntas de Fomento del Comercio. Años después, la misma medida fue tomada en poblaciones mayores de quince mil habitantes, con el fin de mejorar las vías de acceso, principalmente.

Con la intención de agilizar la comunicación entre Guadalajara y San Blas, cuya importancia ahora crecía gracias a las exportaciones a California, la Junta de Fomento tapatía decidió, a media-

dos de 1851, abrir una línea de diligencias entre ambos puntos, aprovechando la colaboración que el Estado había prestado para hacer mejoras al camino.

La ciudad de Guadalajara, debido a su emplazamiento geográfico y a su relevancia política y económica, seguía figurando como el mayor centro de consumo y distribución de mercancías del occidente del país. Destacaron en esta época por sus enormes fortunas invertidas en la actividad comercial, las firmas Olasagarre, Martínez Negrete, Palomar y Luna, que aprovecharon el incremento del consumo de ciertas mercancías textiles para instalar en las cercanías de Guadalajara las primeras industrias de hilaza. Al mediar el siglo XIX fueron abiertas dos fábricas, La Caja de Agua y La Experiencia, que vinieron a sumarse a La Escoba y a La Prosperidad Jalisciense, establecidas años antes.

Debe mencionarse la importancia de San Juan de los Lagos, en virtud de su tradicional feria anual celebrada en diciembre, la cual llegaba a reunir hasta 100 mil personas. A raíz de las limosnas y donaciones hechas a la virgen por los peregrinos, su santuario fue muy ricamente decorado y llegó a ser el más suntuoso de todo el obispado de Guadalajara. Todo marchaba bien para esta feria hasta que, en 1846, aparecieron los primeros comerciantes norteamericanos con ánimo de vender y de espiar para su gobierno. Tras la derrota de nuestro país y después de fijarse la nueva frontera, la feria se vio gravemente lesionada por la notoria ausencia de compradores provenientes del norte del país, quienes adquirían ahora sus mercancías en Estados Unidos que les había quedado tan cerca o más que el mismo San Juan. Cabe añadir que también tuvieron que ver en la caída del mercado las malas condiciones generales y la inseguridad en los caminos que sobrevino a la guerra. A tal punto llegó la crisis, que el ayuntamiento de San Juan pretendió separarse de Jalisco e incorporarse a Guanajuato, argumentando que la decadencia de la feria se debía al abandono en que el gobierno estatal tenía a esa comarca. Ni solucionada la crisis política logró la feria repuntar, pero no llegó a perder todo el atractivo comercial gracias a la veneración de su virgen.

Otro sitio de singular importancia comercial por su emplaza-

miento en el camino entre Guadalajara y San Blas fue la ciudad de Tepic. Ahí se constituyó hacia 1827 la sociedad de Eustaquio Barrón, cónsul inglés, y Guillermo Forbes, cónsul norteamericano, quienes desempeñaron un papel de primera magnitud en toda la región. Ellos aprovecharon el repunte comercial posterior a 1835 para abrir una fábrica, aunque su finalidad principal fue la de disfrazar de ropa mexicana los textiles ingleses que se introducían ilegalmente al país. Barrón y Forbes invirtieron además fuertes sumas en hipotecas, bienes raíces, minas de sal, plata y mercurio, pero sus principales beneficios siempre provinieron del contrabando de textiles ingleses, complementado con la exportación de plata mexicana, también por caminos ilícitos.

Alcanzó tal poder la Casa Barrón y Forbes que otros grandes empresarios de Tepic acabaron por cerrar sus puertas. De hecho sólo la Casa Castaños quedó en condición de hacerle una cierta competencia. En consecuencia, Barrón y Forbes impusieron su ley en varios ayuntamientos e influyeron notoriamente en la designación del jefe político y otros funcionarios de primer nivel cantonal. Pronto se suscitaron tales pugnas con los comerciantes de Guadalajara, que los de Tepic contemplaron la posibilidad de separar todo el séptimo cantón del estado de Jalisco. Con esa intención, se publicó en 1846 *El Vigía del Pacífico,* primer periódico de Tepic. Ya por 1850 se sabía que la Casa Barrón y Forbes patrocinaba a Manuel Lozada, llamado el Tigre de Alica, para que hostigara a Castaños y a los empresarios tapatíos.

Aunque a mediados del siglo XIX San Blas era considerado todavía el puerto de mayor movimiento en la costa occidental del país, muy pronto comenzó a ser superado por Mazatlán que ofrecía menos obstáculos geográficos, mejor clima y sanidad. Asimismo, Mazatlán se encontraba cerca de los yacimientos argentíferos de Sonora y Sinaloa y favorecía la salida del preciado metal.

Más próximo a Guadalajara y con amplias perspectivas de convertirse también en un embarcadero de importancia, se encontraba Manzanillo, donde a partir de 1849 comenzaron a atracar barcos mercantes de grandes dimensiones que iban rumbo a la Alta California a satisfacer las necesidades de la "fiebre del oro". Esto

dio lugar a un repunte poblacional y comercial en toda la comarca, especialmente en Zapotlán el Grande, estratégicamente ubicado en el camino de Manzanillo hacia el interior.

Por otra parte, el inevitable contrabando se originaba no sólo por los puertos del Pacífico, sino también por los del golfo. Ahora se traían hilazas, mantas, ropa y tabaco, con las consecuentes protestas e inconformidad de quienes producían en México los mismos artículos.

La desamortización de la propiedad

Durante varias décadas se habían hecho diversos intentos para socavar el enorme poder económico del clero, no obstante seguía siendo el mayor latifundista. Los liberales consideraban que era uno de los principales obstáculos para el progreso y la modernización del país, en tanto que buscaban promover el desarrollo y el incremento de pequeños propietarios rurales. Pero este afán de favorecer la pequeña propiedad acabó lesionando también las posesiones comunales de los indígenas, lo que dio lugar a que se crearan numerosos ranchos a su costa. Sin embargo, fueron los ayuntamientos, compuestos por los más adinerados de cada localidad o controlados plenamente por ellos, los que perpetraron los principales despojos a los indios, justificándose por la urgencia de atender el gasto público o haciendo gala de toda suerte de trampas como el uso de escrituras falsas o el reacomodo de los linderos.

Además de ganar tierras para fincar en las inmediaciones de las poblaciones, se perseguía también eliminar al indio como competidor en el comercio agrícola y convertirlo en fuerza de trabajo barata. Hacia 1847, el titular del gobierno estatal, Joaquín Angulo, hizo un primer intento para paliar este mal, disponiendo que los ayuntamientos devolviesen sus tierras a sus antiguos propietarios. Pero la mayoría hizo caso omiso, lo que dio lugar a que los indios invadieran violentamente los predios de los que habían sido despojados. En consecuencia, el gobierno del estado se vio

precisado a permitir que los hacendados se armaran y reclutaran mercenarios para rechazar los ataques. La contrarrespuesta no se hizo esperar en algunas partes. Ese año, campesinos de la región del Tuito, encabezados por Ventura Castillón, se sublevaron y causaron serios estragos en la comarca. En ésta y en otras partes fue necesaria una rápida y contundente represión para que volviera la paz.

Otros inconvenientes emanados de las medidas adoptadas fueron el aumento del pillaje y del bandolerismo, nutrido de manera muy notable por indios y mestizos que habían sido privados de sus únicas fuentes de subsistencia. Asimismo, creció sensiblemente el número de desposeídos que se hacinaban en las poblaciones grandes, en pos de limosnas y prestos a respaldar cualquier asonada que implicara saqueo o recompensa.

Como se dijo al ascender los conservadores al gobierno en 1834, lo primero que hicieron fue arremeter contra lo hecho por los liberales anteriormente. Tal fue el caso del Instituto del Estado, que fue suprimido para dar lugar a que se abriera de nuevo la universidad. La enseñanza elemental, por su parte, fue motivo de importantes reformas en Guadalajara por obra de Manuel López Cotilla, a quien el gobernador Escobedo encargó, en 1837, la conducción de la Junta Directiva de Instrucción Primaria.

En cambio, cuando los federalistas volvieron al mando en 1846, la educación pública recibió un nuevo impulso. Así, en septiembre de 1847, el gobernador Angulo dio a conocer su Plan General con la finalidad de incrementar y mejorar la instrucción. Para 1851 había logrado ya que hubiera 112 primarias oficiales en la entidad, 32 de las cuales estaban ubicadas en Guadalajara. Pero con el advenimiento al poder de Santa Anna y posteriormente con la Revolución de Ayutla y la Guerra de Tres Años, la enseñanza sufrió graves daños. De tal manera, en 1860, quedaban en Guadalajara sólo 19 escuelas públicas y, en 1867, al finalizar la guerra contra el imperio de Maximiliano, sólo subsistían once.

De acuerdo con el ánimo industrializador, en 1842 se creó en Guadalajara la Escuela de Artes y Oficios, a efecto de combatir la indigencia y capacitar oficiales en carpintería, herrería y tejeduría,

estos últimos requeridos en especial para los muchos telares que funcionaban en la ciudad y sus contornos.

Aunque durante algún tiempo los gobiernos conciliadores de Joaquín Angulo y Jesús López Portillo mantuvieron funcionando conjuntamente la Universidad y el Instituto del Estado, en 1853, argumentando penurias económicas, el gobierno los fusionó. Luego, en 1855, Santos Degollado dispuso un cierre a la Universidad que resultaría prácticamente decisivo, pues la reapertura de 1860 duró apenas unos meses.

III. ORTO Y OCASO DEL ESTADO LIBERAL

CUANDO LA DICTADURA DE SANTA ANNA se encontraba en su mayor esplendor, en 1853, se tomaron diversas medidas para concentrar aún más en el supremo gobierno las riquezas generadas por los impuestos, así como otras disposiciones que incrementaron el malestar general.

En Guadalajara, solamente el recién nombrado obispo Pedro Espinoza y Dávalos y los comerciantes tapatíos más ricos se manifestaron satisfechos con la situación; en tanto que poco a poco iría acrecentándose el prestigio y el consenso en torno de la Pantera del Sur, el antiguo insurgente Juan Álvarez, quien el 1 de marzo de ese año había enarbolado el Plan de Ayutla en contra del régimen de Santa Anna.

Al comenzar 1855, Santos Degollado apareció en el sur de Jalisco con la pretensión de tomar Guadalajara o Zapotlán el Grande. Fracasó en su intento; pero pocos meses después, al sumarse las tropas encabezadas por Ignacio Comonfort, los rebeldes se apoderaron de Colima y Zapotlán, y cuando se aprestaban a caer sobre la capital tapatía supieron que Santa Anna había abandonado el país, por lo que los partidarios de éste se retiraron sin oponer resistencia. Por iniciativa de Ignacio Comonfort, Santos Degollado fue designado gobernador interino de Jalisco el 31 de agosto de 1855.

De inmediato fue promulgado un Estatuto Orgánico provisional, garante de la libertad de expresión, con el cual las entidades recuperaban su condición de estado y el poder de elección de sus propios gobernantes.

Apenas instalado en el gobierno jalisciense, Degollado tuvo que enfrentar una revuelta encabezada por el hijo del cónsul inglés en Tepic, Eustaquio Barrón, quien pretendía lograr el desprendimiento de Tepic. El levantamiento fue sofocado, mas Degollado tuvo que dejar la gubernatura a causa de las presiones ejercidas

por los ingleses en represalia por los daños causados a las propiedades del susodicho insubordinado. Después de un estira y afloja entre los liberales puros y el general Anastasio Parrodi —enviado del presidente de la República—, Gregorio Dávila tomó el cargo el 17 de diciembre de 1856.

A fines de 1855, la llamada ley Juárez provocó gran malestar y encono entre la población, pues proscribía expresamente los fueros de militares y eclesiásticos; pero mayor efervescencia suscitó la ley Lerdo, dada a conocer en junio de 1856, que disponía la venta a particulares de bienes raíces de corporaciones civiles y eclesiásticas. El obispo de Guadalajara se mostró en un principio indiferente ante la medida, pero cambió de actitud cuando sus colegas se opusieron a la orden.

Por otra parte, la aplicación de la ley Lerdo en contra de las propiedades comunales de los indígenas y a favor de los propietarios importantes, suscitó diversos levantamientos armados en La Barca, Mazamitla, Tizapán y desde Autlán hasta Mascota. El gobernador Ogazón determinó entonces modificarla, en diciembre de 1856, con lo que se evitaba de momento la privatización de las posesiones de indios.

Algunos grupos se pacificaron, mas no así el Tigre de Alica, Manuel Lozada, en la sierra del cantón de Tepic, cuyos pobladores defendieron enérgicamente sus tierras. Como Lozada hacía justicia por su propia mano a quienes despojaban a los indios de sus predios o lesionaban sus propiedades, fue fortaleciéndose y sus guerrillas llegaron a causar infinidad de problemas a los gobiernos en turno.

La Constitución de 1857

Por otro lado, también perturbaron la calma las noticias que llegaban del proyecto de Constitución General, premonitorias de la tormenta que se desataría después de su promulgación, el 5 de febrero de 1857, al disponerse que fuese jurada por todos los empleados gubernamentales so pena de cese. La libertad de cultos y varias leyes que precisaban las tarifas cobradas por los servicios

religiosos, además del establecimiento de un registro civil, motivaron mayormente el enojo de los conservadores. Entre abril y septiembre hubo varios motines en Lagos, Mascota y la misma Guadalajara, si bien todos pudieron ser sofocados con rapidez.

Pero en otras partes los brotes de rebeldía tuvieron más éxito. Tal fue el caso en la ciudad de México, donde encabezó la rebelión el propio presidente de la República, Ignacio Comonfort, el 17 de diciembre de 1857. Se enarboló el Plan de Tacubaya en desconocimiento de la reciente Constitución y en favor de la concesión de amplias facultades al presidente para reorganizar el país.

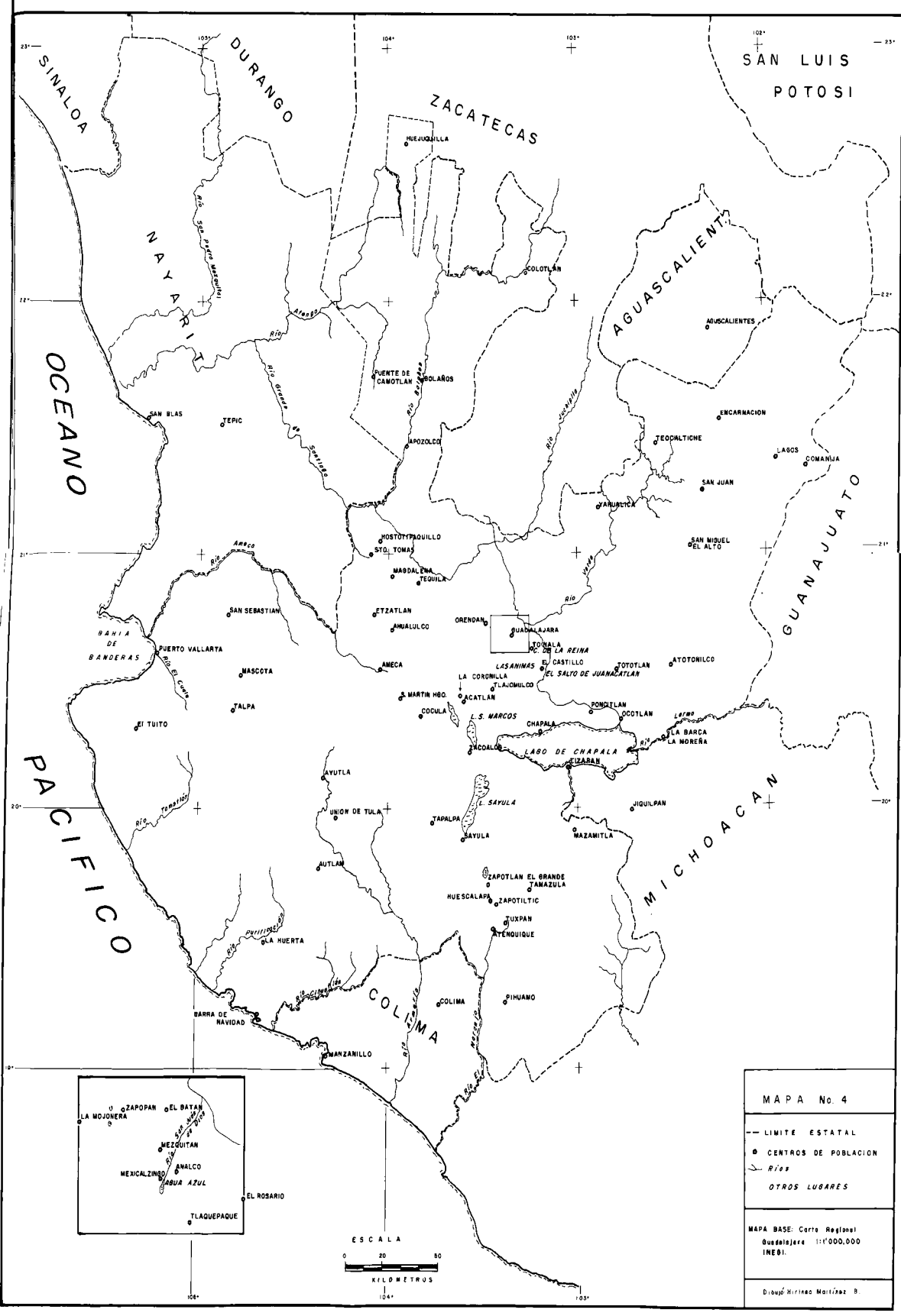
Las reacciones frente a dicho pronunciamiento fueron inmediatas; el Congreso y gobierno de Jalisco, así como el Ayuntamiento de Guadalajara, reprobaron airada y abiertamente a Comonfort y se manifestaron en favor del orden constitucional.

El apoyo principal de Comonfort fue el general Félix Zuloaga hasta enero de 1858, cuando éste desplazó a aquél y se hizo proclamar presidente de la República. Antes de partir, Comonfort logró que se liberara al vicepresidente Benito Juárez, quien había sido encarcelado al proclamarse el Plan de Tacubaya.

Confederación de Estados coligados

Juárez se declaró entonces presidente de México y se dirigió a Guanajuato, mientras que en Jalisco se le reconocía la legitimidad y se elaboraba un documento en favor de la Constitución de 1857. Además, se promovió la creación de la Confederación de Estados Coligados que incluía, aparte de Jalisco, a Michoacán, Guanajuato y Zacatecas. Su objetivo era combatir a los golpistas poniendo todos sus recursos bajo las órdenes de Anastasio Parrodi, quien suplía a Degollado temporalmente. Dicha confederación sesionó por primera vez en Guadalajara el 18 de enero de 1858 y, después de la salida de Parrodi al frente del ejército liberal, Jesús Camarena quedó al mando del gobierno.

La ciudad de Guanajuato fue hospitalaria con Juárez, pero éste prefirió mudarse a la capital de Jalisco atendiendo a la invitación



SINALOA
DURANGO
ZACATECAS
SAN LUIS POTOSI
NAYARIT
AGUASCALIENTES
OCEANO PACIFICO
GUANAJUATO
MICHOACAN
COLIMA
BAHIA DE BANDERAS
HUEJUQUILLA
COLOTLAN
AGUSCALIENTES
PUENTE DE CAMOTLAN
BOLAÑOS
SAN BLAS
TEPIC
APOZOLCO
ENCARNACION
TEOCALTICHE
LAGOS
COMANJA
SAN JUAN
YAHUALICA
SAN MIGUEL EL ALTO
HOSTOTIPAQUILLO
STO. TOMAS
MAGDALENA
TEQUILA
SAN SEBASTIAN
ETZATLAN
AHUALULCO
ORENDAN
GUADALAJARA
TOMALA
C. DE LA REINA
EL CASTILLO
LASANIMAS
TOTOTLAN
ATOTONILCO
EL SALTO DE JUANACATLAN
PUERTO VALLARTA
MASCOTA
AMECA
LA CORONILLA
TLAJOMULCO
S. MARTIN HGO.
ACATLAN
TALPA
COCULA
L. S. MARCOS
PONCITLAN
OCOTLAN
EL TUITO
CHAPALA
LA BARCA
LA MOREÑA
ZACOALCO
LAGO DE CHAPALA
TIZARAN
AYUTLA
L. SAYULA
JIQUILPAN
UNION DE TULA
TAPALPA
SAYULA
MAZAMITLA
AUTLAN
ZAPOTLAN EL GRANDE
TAMAZULA
HUESCALAPA
ZAPOTILTIC
TUXPAN
ATENQUIQUE
LA HUERTA
COLIMA
PIHUAMO
BARRA DE NAVIDAD
MANZANILLO
Río Atengo
Río Grande de Santiago
Río Bolaños
Río Jucapilla
Río Verde
Río Ameca
Río El Cuale
Río Tomatlán
Río Purificación
Río Armería
Río El Naranjo
Río San Pedro Mezquital
ZAPOPAN
EL BATAN
LA MOJONERA
MEZQUITAN
ANALCO
MEXICALZINGO
AGUA AZUL
EL ROSARIO
TLAQUEPAQUE
ESCALA
0 20 80
KILOMETROS
MAPA No. 4
LIMITE ESTATAL
CENTROS DE POBLACION
Ríos
OTROS LUGARES
MAPA BASE: Carta Regional Guadalajara 1:1'000,000 INEGI.
Dibujó Hirineo Martínez B.

expresa de su gobierno. La comitiva arribó el 14 de febrero de 1858 y se instaló en el Palacio de Gobierno, convirtiéndose así Guadalajara en la capital de la nación.

A pesar de la confianza que se tenía en el ejército liberal, a cargo de Parrodi, pronto llegó la noticia de que el 9 de marzo había sufrido una severa derrota en Salamanca a manos de las tropas comandadas por los generales conservadores Miguel Miramón y Tomás Mejía. El resultado fue un acusado desconcierto entre los liberales jaliscienses, el cual animó sobremanera a los partidarios tapatíos del Plan de Tacubaya, como el clérigo Rafael Homobono Tovar, quien se coludió con el coronel Antonio Landa, jefe de la Guardia de Honor del presidente, y aprisionaron a éste junto con sus ayudantes más cercanos, el 13 de marzo de 1858. Al día siguiente, cuando los liberales atrincherados en los contornos del palacio, encabezados por Miguel Cruz Ahedo, trataron de rescatar a Juárez y a sus colaboradores, por poco y sus captores los asesinan. Dice Guillermo Prieto, ministro de Hacienda, que su oportuna intervención evitó la tragedia, al persuadir al batallón de no disparar contra el presidente y sus acompañantes, al grito de "los valientes no asesinan".

Días después, el 20 de marzo de 1858, ante el inminente arribo a Guadalajara de las tropas conservadoras, Juárez y su gabinete se trasladaron a Colima. En consecuencia, el ejército conservador del general Luis G. Osollo pudo entrar pacíficamente a la capital de Jalisco, designando de inmediato a Urbano Tovar para que asumiera la gubernatura.

Los liberales procedieron entonces a fortalecerse en el sur de Jalisco, en tanto que, desde Colima, Benito Juárez hacía diversos nombramientos para enfrentar la difícil situación: a Santos Degollado le confirió el cargo de general en jefe del ejército federal y a Pedro Ogazón el de gobernador de Jalisco, estableciéndose este último de manera provisional en Zapotlán el Grande, denominado ya Ciudad Guzmán.

En aras de instalarse en un lugar mejor comunicado y con mayor posibilidad de disponer de recursos económicos, el 14 de abril de 1858, Juárez y compañía se embarcaron en Manzanillo con rum-

bo a Panamá, para pasar luego a Veracruz, donde asentó su gobierno hasta que pudo retornar a la ciudad de México.

Degollado, entre tanto, el 5 de junio se dio a la tarea de arremeter contra Guadalajara. Logró apoderarse de algunos edificios públicos de la localidad; pero la noticia de que se acercaba Miguel Miramón al frente de un gran ejército, hizo que se retirara de nuevo al sur de Jalisco. El 25 de octubre Degollado volvió a la carga, apoyado por las tropas norteñas de José María Sánchez Román y Esteban Coronado; finalmente logró tomar Guadalajara, pasó por las armas a José María Blancarte, jefe militar de los conservadores, y dejó a Ogazón establecido en la ciudad.

Pero, el 14 de diciembre de 1858, las tropas conservadoras, al mando de Miramón y Leonardo Márquez, derrotaron a los liberales en las inmediaciones de Poncitlán y los obligaron a evacuar Guadalajara y tomar nuevamente el camino del sur, hasta donde fueron perseguidos y derrotados el 24 de diciembre. Degollado y Ogazón partieron entonces a Michoacán, donde permanecieron por algún tiempo antes de reorganizar sus fuerzas.

Miramón retornó a Guadalajara el 30 de diciembre, donde fue recibido con gran júbilo. Poco después se enteró del levantamiento del general Miguel María de Echegaray, quien pretendía conciliar a liberales y conservadores mediante el Plan de Navidad. Miramón se negó a secundarlo y acusó a Echegaray de traidor. Por su parte, el 23 de enero de 1859, Mariano Salas, nuevo general en jefe del ejército conservador, decretó el restablecimiento de Félix Zuloaga como presidente interino. Sin embargo, seis días después, éste declaró que era facultad suya nombrar presidente sustituto y designó a Miramón como primer magistrado del país. Ogazón, por otro lado, tomó Colima el 13 de abril y se adueñó así del camino a Manzanillo y de los recursos de su aduana.

Entre tanto, en el cantón de Tepic, financiado por Barrón y Forbes, Manuel Lozada, además de hostilizar a los competidores de dicha empresa, procedió en contra de los liberales. Esto dio pie a que Ramón Corona, a la sazón empleado de la Casa Castaños y de la familia Gómez Cuervo, tomara las armas para enfrentarlo.

El gobierno juarista, por su parte, establecido ya en el puerto de

Veracruz, expidió entre el 12 y el 30 de julio de 1859 las llamadas leyes de Reforma que, entre otros puntos, disponían la nacionalización de los bienes eclesiásticos, la creación del registro civil y la secularización de los cementerios.

Desde mediados de 1859 hasta marzo de 1860 continuaron los enfrentamientos en Jalisco, hasta que Ogazón recuperó en el sur la fuerza suficiente para volver sobre Guadalajara, poniéndole otra vez sitio el 24 de mayo. Pero de nueva cuenta la proximidad de Miramón lo hizo replegarse a Zacoalco.

Estando cerca de Sayula tras de los liberales, Miramón recibió la noticia de la derrota del general Ramírez a manos de Jesús González Ortega en las inmediaciones de Aguascalientes. Miramón retrocedió entonces hasta Guadalajara y, de allí, tomó el rumbo de la ciudad de México con ánimo de que los liberales no le ganaran el acceso. Sin embargo, el 10 de agosto fue derrotado en el Bajío por el propio González Ortega y su tropa llegó a la capital muy mermada. Mientras, algunos ricos tapatíos, el obispo Espinosa y otros clérigos huyeron de Guadalajara en busca de mayor seguridad; y otros prelados, encabezados por el arzobispo de México, Antonio de Labastida, reunieron una fuerte suma de dinero para que Miramón volviera al ataque.

Por su parte, el ejército triunfador determinó que Guadalajara debía ser recuperada antes que otra cosa; para ello, se destacó una fuerte columna al mando de Ignacio Zaragoza, quien se apersonó frente a ella el 26 de septiembre de 1860. Márquez se abalanzó entonces sobre Guadalajara para ayudar a su defensa, pero tuvo que recular debido a las intervenciones de Epitacio Huerta y Leandro Valle. Ante el inminente triunfo liberal, varios jefes conservadores de Guadalajara optaron por ponerse a las órdenes de Leandro Valle, mientras que otros prefirieron la huida. Al comenzar noviembre, Ogazón pudo establecerse en Guadalajara mientras sus tropas se sumaban al grueso del ejército, encabezado por el general Jesús González Ortega, para arremeter contra la capital del país. En Calpulalpan, el 22 de diciembre de 1860, el ejército conservador fue vencido por completo y el presidente Benito Juárez pudo finalmente asentarse en la ciudad de México.

Entre tanto, el gobernador Ogazón se daba en Jalisco a la tarea de aplicar las leyes de Reforma. El 1 de mayo de 1861 comenzó a funcionar el registro civil y se pusieron a la venta los bienes del clero con la consecuente agitación citadina. Junto con otros cuatro obispos, el de Guadalajara fue expulsado del país a causa de su insurrección. Por otro lado, dos focos de rebelión capitaneados por Remigio Tovar en Mascota y Manuel Lozada en el cantón de Tepic, obligaron a movilizar de nuevo a las tropas. Tovar fue sometido con relativa facilidad, pero con Lozada la empresa fracasó por completo.

"Antes, patria, que inermes tus hijos..."

Al comenzar 1862, se supo que Francia, España e Inglaterra preparaban una invasión armada a nuestro país por causa de la suspensión de pagos dispuesta por el gobierno. Ogazón se aprestó a organizar un ejército que se sumara a las tropas nacionales; pero a fin de cuentas tuvieron que afiliarse a las de Ramón Corona para salir a pelear contra las huestes de Lozada. Por otra parte, Antonio Rojas rehusó ponerse a las órdenes de José López Uraga. Ogazón pidió entonces auxilio a su colega de Guanajuato, Manuel Doblado, quien asumió el puesto del gobierno estatal en noviembre por indicación del presidente Juárez. Pero tampoco tuvo éxito en poner orden, y dos meses después Ogazón se hizo cargo de nueva cuenta hasta que fue sustituido el 26 de junio de ese mismo año por el general José María Arteaga. Como éste se rodeó de notables ciudadanos, entre ellos Jesús Camarena, Emeterio Robles Gil y Gregorio Dávila, en su inicio fue muy bien aceptado; mas el cúmulo de préstamos forzosos que impuso ante la imperiosa necesidad de allegarse fondos acabó por ganarle el repudio general.

Las tropas francesas finalmente tomaron Puebla, localidad de la que habían sido rechazadas el año anterior, y se posesionaron de la ciudad de México el 10 de junio de 1863. Seis días después, una Junta Superior de Gobierno, compuesta por encumbrados personajes de la capital, determinó que un triunvirato formado por Mariano Salas, Juan N. Almonte y el arzobispo Labastida y Dávalos

gobernara provisionalmente la nación. Esta junta dispuso el establecimiento de un régimen monárquico, cuya corona fue ofrecida al archiduque de Austria, Fernando Maximiliano de Habsburgo, quien se presentó en México en junio del año siguiente. Dirigieron toda la maniobra, por instrucciones de Napoleón III, el mariscal Federico Forey, jefe del ejército invasor, y el ministro plenipotenciario de Francia en México, Dubois de Saligny.

Asimismo, sendas divisiones del ejército francés partieron a posesionarse de Morelia y Guadalajara. El mariscal Francisco Aquiles Bazaine y sus huestes arribaron a la capital jalisciense el 6 de enero de 1864. No hubo enfrentamientos porque Arteaga había abandonado previamente la ciudad, pero tampoco se les dio la bienvenida que esperaban los franceses. Incluso el canónigo José Luis Verdía hizo público su repudio con palabras altisonantes.

Aquiles Bazaine organizó de inmediato un gobierno provisional, encabezado por Mariano Morett, y dejó el mando militar a cargo del coronel Garnier, antes de emprender su regreso a México; entre tanto, algunas figuras importantes del estado, como Jesús López Portillo, Juan José Caserta y Vicente Ortigosa, entre otros, decidieron engrosar las filas imperiales. El sur de Jalisco, en cambio, se convirtió en refugio de insumisos; mas, a pesar de contar con militares de renombre, como el mismo gobernador Arteaga y José López Uraga, durante los primeros meses de 1864 no lograron causar mayores problemas a las tropas francesas. Quienes las hostilizaron con ahínco, logrando darles algunos sustos y causarles daños cuantiosos, fueron algunos bandoleros, como el Chino, la Simona Gutiérrez, y el propio Antonio Rojas.

Lozada, entre tanto, cobró mayores bríos en favor de los monárquicos, facilitando que éstos dominaran completamente el camino de Guadalajara a Tepic y San Blas. A cambio, Maximiliano le concedió el grado de general y Napoleón III la condecoración llamada Legión de Honor.

Pero más al norte, en el sur de Sinaloa, Ramón Corona, nombrado por Juárez general en jefe del Ejército de Occidente, logró ponerle freno lo mismo a la pretensión de Lozada de posesionarse del sur de Sinaloa que al ulterior avance de los franceses.

Debido a que López Uraga desertó de las filas liberales a poco de ser nombrado comandante del Ejército del Centro, el presidente Juárez designó, en julio de 1864, a José María Arteaga en su lugar, y éste al general Anacleto Herrera y Cairo como gobernador y comandante militar de Jalisco, cargos que luego recayeron en José María Gutiérrez Hermosillo, quien tuvo que abandonar el estado ante el embate de sus enemigos.

En noviembre de 1864, los pocos jefes que quedaban en la entidad se reunieron en la hacienda de Zacate Grullo, cerca de Autlán, para reorganizarse. Entre ellos estaban Anacleto Herrera y Cairo, Julio García y Antonio Rojas, quienes acordaron una especie de guerra a muerte contra los invasores y todos aquellos que colaborasen con ellos.

A fines de año lograron apoderarse de Ciudad Guzmán y, más tarde, camino de Colima, arrasaron y cometieron infinidad de tropelías por cuanto pueblo pasaban con la finalidad de allegarse dinero y víveres. Mas no lograron su fin: Rojas murió a manos del capitán francés Berthelin en enero de 1865, y poco después Anacleto Herrera y Cairo y Manuel Echegaray terminaron por deponer las armas ante la superioridad del enemigo. De cualquier manera, no faltaron guerrilleros que con sus ataques ocasionales y sorpresivos impidieron a los franceses dominar impunemente toda la ruta de Guadalajara a Manzanillo.

No obstante sus triunfos, la organización administrativa y gubernamental del Imperio en el departamento de Jalisco no lograba establecerse bien, como lo muestra el constante cambio de prefectos habido entre 1864 y 1865. Con la modalidad imperial, el Estado Libre y Soberano de Jalisco se había transformado en varios de los cincuenta departamentos en que se dividió el Imperio Mexicano. Asimismo, se crearon ocho grandes comisarías imperiales. A Guadalajara le correspondió encabezar la cuarta de ellas y Jesús López Portillo quedó al cuidado del desarrollo y la buena administración "de los siete departamentos a su cargo". Otro baluarte del Imperio lo fue el prelado Pedro Espinoza y Dávalos, quien había vuelto a principios de 1864 estrenando el título de arzobispo de Guadalajara, que le había concedido Pío IX para fortalecerlo.

Hacia septiembre de 1865, la legislación imperial se endureció contra los republicanos y castigó con severidad no sólo a quienes peleaban contra las autoridades, sino también a quienes simplemente se negaran a colaborar con las tropas del emperador. A pesar del triunfalismo de *El Imperio,* el periódico oficial en Jalisco, dicha disposición era un síntoma de que las circunstancias comenzaban a ser mejores para los republicanos, como se hizo patente cuando surgieron problemas en Europa; además, el mal resultado obtenido hasta el momento y lo costoso que estaba resultando la aventura obligaron a los franceses a retirar algunos efectivos de México.

Nuevos pronunciamientos en favor de la República surgieron por doquier, destacando en Jalisco el del coronel Miguel Brizuela, quien se adueñó de la sierra de Tapalpa. A su vez, por disposición de Ramón Corona, algunas partidas comandadas por Donato Guerra, Eulogio Parra y Francisco Tolentino penetraron en Jalisco procedentes de Sinaloa. Favoreció su tránsito el hecho de que Lozada, presintiendo el fin de Maximiliano, proclamó su Acta de Neutralidad y se quedó al margen de los ulteriores acontecimientos.

Una columna de franceses que salió de Guadalajara hacia Ciudad Guzmán para àpoyar a la guarnición de este lugar, amenazada por Brizuela, fue interceptada y derrotada completamente por las fuerzas del general Eulogio Parra el 18 de diciembre de 1866, en las inmediaciones de la hacienda de La Coronilla, cerca de Acatlán.

Con este triunfo, los liberales se convirtieron en dueños absolutos del sur de Jalisco y provocaron la huida apresurada de las autoridades imperiales establecidas en Guadalajara. Parra ordenó al general Guadarrama ocupar de inmediato la capital jalisciense y preparar el recibimiento de Ramón Corona, al frente de una tropa ordenada y respetuosa.

Corona nombró gobernador de Jalisco a Antonio Gómez Cuervo, lo cual fue muy bien recibido en virtud de su reconocida honradez. Mientras tanto, el Ejército de Occidente se sumó a los sitiadores de Querétaro, donde Maximiliano y sus principales jefes ofrecieron la última resistencia hasta el 15 de mayo de 1867. La República quedó así restaurada con base en la Constitución de 1857

y las Leyes de Reforma, habiendo sido Benito Juárez el orquestador y guía indiscutible de la gran resistencia nacional.

Liberalismo civil

Gómez Cuervo emprendió su gestión con ánimo sumamente conciliatorio, pero los problemas se le presentaron en cuanto empezó a tomar en cuenta lo estipulado por la legislación ahora vigente: confirmar la validez de las operaciones de nacionalización y desamortización de las propiedades eclesiásticas efectuadas en 1861 y 1862, asumir el control de los cementerios y prohibirle al clero pedir limosna sin su autorización. En consecuencia, surgieron nuevos brotes de rebeldía, mas la noticia de la captura de Maximiliano y luego de su fusilamiento calmaron los ánimos. Incluso Lozada se manifestó sumiso al gobierno republicano en julio de ese año. Juárez, por su parte, dispuso el 7 de agosto la creación del distrito militar de Tepic, dependiente en forma directa del presidente de la República, con lo cual quedaba Lozada protegido de las arremetidas y venganzas de los dirigentes de Jalisco y apaciguados los secesionistas de Tepic.

El 14 de agosto de 1867 se lanzó la convocatoria para renovar los poderes ejecutivos de la federación, del estado y del Congreso local, lo que dio lugar a la formación de dos grupos principales. Uno de ellos, la Unión Liberal, apoyaba a Ignacio L. Vallarta para gobernador; el otro, conocido como el Club Republicano Progresista, agrupaba a los liberales más identificados con Ramón Corona y sostenía al propio Gómez Cuervo, quien a la postre resultó ganador y tomó formal posesión el 8 de diciembre de 1867.

Gómez Cuervo se manifestó a favor de un desarrollo del comercio y la industria que diera mayor impulso tanto al campo como a la ciudad; prometió castigar severamente a quienes atentaran contra el orden público y criticó con dureza el fanatismo religioso, al que se propuso combatir mediante la creación de una vasta red de escuelas en las que imperara el criterio científico.

En otro ámbito, Benito Juárez fue reelecto como presidente de

la República por voto mayoritario del Congreso; pero quedó entre dos bandos antagónicos surgidos de las propias filas liberales: uno encabezado por el mismo vicepresidente Sebastián Lerdo de Tejada y el otro por el general Porfirio Díaz.

En Jalisco, esta situación resultó en favor de la Unión Liberal que no dejó de hostigar a Gómez Cuervo, descalificando en general su política y acusándolo de ser el causante principal del caos hacendario, del bandolerismo y de la miseria reinante. Pidió incluso esta agrupación al Congreso federal que Gómez Cuervo fuera desconocido como gobernador, pero dicha asamblea se declaró incompetente para resolver el caso. No obstante, los ataques no cejaron, encabezados por el propio Vallarta que, primero como diputado federal y luego como ministro de Gobernación, escribió buen número de artículos sobre el tema en *El Monitor Republicano* de la capital.

A causa del bandolerismo imperante, el Congreso de Jalisco aprobó la pena de muerte a todo aquel que fuera sorprendido en actos delictivos. Esta medida fue bien vista en un principio, pero a largo plazo le acarreó serios problemas al gobierno estatal. El gobernador, por ejemplo, por ordenar su cabal cumplimiento, fue removido y sometido a juicio por el Congreso de la Unión. La oportuna intervención de los partidarios de Gómez Cuervo ante el vicepresidente Lerdo de Tejada y el apoyo que consiguieron de éste ayudaron para que se le exonerara de los cargos y pudiera recuperar su puesto. En consecuencia, el propio Vallarta se vio obligado a renunciar al Ministerio de Gobernación en septiembre de 1868.

Gómez Cuervo se tomó un tiempo para volver; pero en cuanto lo hizo, el 15 de febrero de 1869, se reanudaron los conflictos. Sólo que en esta ocasión se sumaron a los ataques de la Unión Liberal, los alzamientos de Trinidad García de la Cadena contra Juárez en Zacatecas y, a principios de 1870, la revuelta de Eufrasio Carreón en el sur de Jalisco, quien abanderó el Plan de Sayula, que rechazaba al gobernador. Gracias a la actuación del general Sóstenes Rocha, se evitó que García de la Cadena se adueñara de Guadalajara; finalmente fue derrotado por completo cerca de Ta-

mazula, el 22 de febrero de 1870, y Carreón convencido de que aplazara su protesta. Pero nuevos problemas surgieron de inmediato para Gómez Cuervo, pues la nueva legislatura estatal, instalada el 9 de abril de 1870, quedó compuesta mayoritariamente por simpatizantes de Vallarta. Entre otras cosas, a principios de junio, una comisión de diputados le pidió que aclarara las condiciones de las finanzas públicas. Ante la negativa del mandatario, so pretexto de haber terminado el periodo ordinario de sesiones del Congreso, la asamblea procedió a desconocerlo y nombrar en su lugar a Jesús L. Camarena.

Gómez Cuervo hizo caso omiso y se mantuvo adjudicándose facultades extraordinarias, de modo que la discrepancia entre el ejecutivo del estado y los diputados llegó hasta la capital del país en busca de apoyo presidencial. Vallarta y Fermín González Riestra pedían a toda costa la destitución de Gómez Cuervo, mientras que Alfonso Lancaster Jones y José María Vigil lo defendían. Gómez Cuervo continuó en el poder gracias al respaldo que le brindó la gran mayoría de los ayuntamientos del estado, pero su mandato llegó a su fin sin que hubiera lanzado la convocatoria para nuevas elecciones. Aurelio Hermoso —nombrado gobernador interino por el Congreso— designó a Camarena como suplente mientras se celebraba el sufragio, que fue convocado para principios de mayo. Gómez Cuervo, a fin de cuentas, abandonó Jalisco cuando Corona recibió instrucciones de México de que respaldara a Camarena.

En los comicios, la Unión Liberal apoyó a Emeterio Robles Gil, el Club Jalisciense propuso a Rafael Jiménez y el general Ramón Corona y sus seguidores postularon a Ignacio L. Vallarta. Este último resultó electo no sin que se hubiesen presentado algunas irregularidades y hechos violentos durante la votación; no obstante, el 28 de septiembre de 1871 asumió formalmente la gubernatura en una situación muy incierta.

El 8 de noviembre de 1871 Porfirio Díaz se levantó en armas contra Juárez promulgando el Plan de la Noria, el cual encontró muchos adeptos en Jalisco. Al terminar el año, por Atotonilco, Ahualulco y Tototlán había ya grupos en franca rebelión, pero Díaz no

pudo convencer al cabecilla Manuel Lozada de que se sumara a su lucha. Gracias a préstamos voluntarios o forzosos de los acaudalados tequileros, el gobierno de Vallarta pudo formar un ejército que, a partir de febrero de 1872, a las órdenes de Ramón Corona, infligió las primeras derrotas a los insurrectos en suelo jalisciense.

Porfirio Díaz se trasladó a Jalisco, donde permaneció oculto en espera de encontrar más seguidores. Se asegura que el Plan de Ameca, promulgado el 3 de abril de 1872 en dicha población, fue obra de él mismo, pues era esencialmente igual al Plan de la Noria. Díaz intentó entonces pactar de nuevo con Lozada, pero el líder indígena no le hizo caso.

Así las cosas, el 18 de julio de 1872 falleció el presidente Benito Juárez y desapareció el motivo principal de la revuelta. Sebastián Lerdo de Tejada asumió el cargo y procedió de inmediato a amnistiar a los rebeldes, con excepción de Díaz, al tiempo que lanzaba la convocatoria para elegir mandatario.

Desde su creación, en 1867, el distrito militar de Tepic había conservado una relativa calma; sin embargo, en agosto de 1868 casi todos los ayuntamientos y pueblos del cantón de Tepic hicieron la petición formal al Congreso de la Unión de separarse de Jalisco y, más tarde, en octubre, una segunda.

Durante 1869, Lozada, quien se había erigido en la mayor autoridad de esa región, se ocupó, junto con su colaborador más cercano, Domingo Nava, de restituir a los indios las tierras que les habían quitado los terratenientes, lo que dio ocasión a que periódicos tapatíos y de la ciudad de México lo atacaran duramente, argumentando que sus acciones eran contrarias a la ley y que pretendía incluso crear la "República de Occidente". Después de la muerte de Juárez, el gobierno federal le retiró su protección y más bien fue azuzado por Lerdo. De manera que, el 17 de enero de 1873, Lozada, a pesar de no estar tan convencido como sus seguidores, lanzó su Plan Libertador en el que conminaba a todos los desposeídos del país a tomar las armas.

El 24 de enero, cinco mil rebeldes se dirigieron rumbo a Mazatlán y tres mil más hacia Zacatecas. Lozada, por su parte, se puso

al frente de un contingente mayor y marchó sobre Tequila con miras a tomar Guadalajara.

El general Ramón Corona, máxima autoridad militar en Jalisco, salió a combatir al enemigo y lo venció en un predio conocido como La Mojonera, en Zapopan, el 28 de enero de 1873. También fue derrotada en Rosario la columna que pretendía apoderarse de Mazatlán, y las huestes encabezadas por Dionisio Alamillo se retiraron sin pelear antes de llegar a Zacatecas. El acoso a Lozada esta vez sí tuvo éxito; fue capturado cerca de Tepic el 19 de julio de 1873 y ejecutado poco después.

Aunque los rebeldes del Nayar no se apaciguaron por completo con la derrota de el Tigre de Alica, se pasó a vivir una cierta calma en el resto del estado; de este modo, la atención se centró de nuevo en el gobernador Vallarta y en sus desavenencias con Lerdo de Tejada, quien, por cierto, mantuvo al distrito militar de Tepic separado de Jalisco. Pronto se manifestó también una abierta oposición a las disposiciones hacendarias del gobierno, avivadas por agrias críticas de periódicos tapatíos como *La Prensa Libre, Juan Panadero* y *El Judío Errante*.

El problema más serio que enfrentó Vallarta y que lo obligó a solicitar una licencia para separarse temporalmente del cargo, tuvo lugar después de las elecciones de noviembre de 1873 para diputados y alcaldes, cuando fue acusado de fraude y abuso de autoridad ante el Congreso de la Unión. A fin de cuentas, las imputaciones fueron declaradas improcedentes y el mandatario salió fortalecido.

Pero en septiembre de 1874, cuando se publicó la convocatoria para elegir gobernador, las incriminaciones arreciaron. Esta vez se le imputaba haber promovido que Corona dejara la jefatura militar de Jalisco cuando fue nombrado ministro plenipotenciario de México en España. Corona retornó al país diez años después con amplias posibilidades de aspirar a la presidencia de la República, pero a Vallarta sí le afectó que Corona se marchara. Efectuados los comicios con un abstencionismo enorme, resultó electo el vallartista Jesús Leandro Camarena, quien tomó posesión el 1 de marzo de 1875; sin embargo, los lerdistas fueron compensados

con la llegada del general José Ceballos, en abril de 1875, como nuevo comandante militar del estado.

Otro enfrentamiento se produjo en diciembre de 1875 cuando llegó el momento de elegir diputados. La junta escrutadora dio el triunfo a los vallartistas, pero los lerdistas, respaldados ahora por Ceballos, argumentaron fraude electoral e instalaron una Cámara paralela. El conflicto llegó hasta los más altos niveles, pero fue relegado por causa de otro pronunciamiento de Porfirio Díaz, en diciembre de 1875, enarbolando el Plan de Tuxtepec. Díaz acusaba ahora a Lerdo de malversar los fondos públicos y pretender perpetuarse en el poder. Reiteraba también que se estableciera el precepto de "No Reelección".

En Jalisco, Donato Guerra respaldó a Díaz en Lagos y Teocaltiche; por tanto, el gobierno federal dispuso que Ceballos declarase en estado de sitio a la entidad y asumiese su mando político, dejando a Camarena y demás vallartistas fuera de la jugada, lo que provocó nuevos alzamientos en favor de los "tuxtepecanos". Tal fue el caso de Pedro A. Galván, en Ahualulco. El gobernador protestó enérgicamente por el atropello en el Senado de la República —restaurado desde 1873—, donde se acordó que tan pronto cesara el problema se nombraría un nuevo dirigente para Jalisco. Mientras tanto, en abril de 1876, las tropas de Donato Guerra fueron derrotadas por completo, Galván fue aprehendido y se sofocó aparentemente la rebelión en la entidad.

Lerdo parecía ser el triunfador, cuando repentinamente José María Iglesias, presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, declaró nulas las elecciones de octubre de 1876, se proclamó presidente provisional y se encaminó a Guanajuato para defender desde ahí su causa. Estos acontecimientos originaron una confusión tal que muchas tropas lerdistas acabaron apoyando la rebelión de Tuxtepec, como fue el caso del general Francisco Tolentino, en Tepic. Por su parte, García de la Cadena se puso del lado de Iglesias, mientras Ceballos se mantenía fiel a Lerdo. Finalmente, el 16 de noviembre de 1876, el ejército del gobierno fue derrotado en Tecoac, lo que causó la huida del presidente Lerdo de la capital del país. Ceballos se adhirió entonces a Iglesias, quien se

reunió más tarde con él en Guadalajara, creyendo poder enfrentar aquí al ejército de Díaz. Mas al ver la superioridad del enemigo, ambos partieron rumbo a Manzanillo para embarcarse hacia los Estados Unidos. Crispín S. Palomares quedó al frente de Jalisco, pero Porfirio Díaz le ordenó el 8 de enero que regresara inmediatamente el mando a Jesús L. Camarena, quien convocó a los diputados y todos juntos reconocieron a Díaz como presidente provisional de la República. Al mes siguiente se realizaron elecciones y Díaz resultó formalmente electo para concluir el periodo de cuatro años que había comenzado el 1 de diciembre anterior.

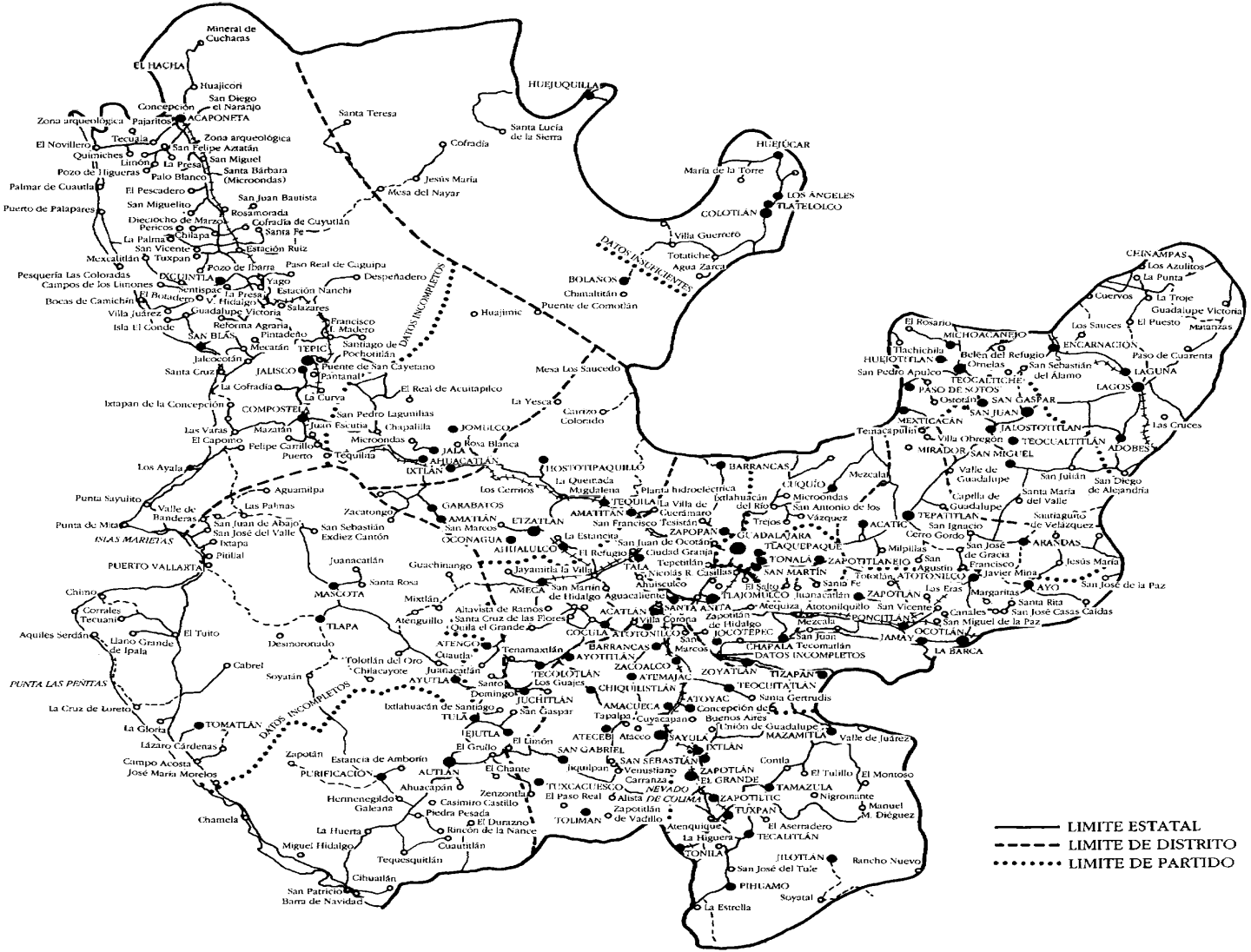
El estado del estado

En 1880, el territorio de Jalisco estaba dividido en doce cantones, 30 departamentos y 118 municipios, y sus 857 000 habitantes lo hacían el más poblado del país. Poco más de 70% de sus residentes vivían en zonas rurales, dedicados principalmente a la siembra de maíz, frijol y trigo, aunque otros también cultivaban caña de azúcar, algodón, arroz, cebada, chile, tabaco y papa. El agave había adquirido gran importancia, ya que su vino, mezcal o tequila, era cada vez más solicitado, sobre todo a partir de la llamada "fiebre del oro" en la Alta California.

Para el trabajo del campo había mano de obra contratada por los hacendados de manera permanente; pero además se recurría a peones temporales para levantar una determinada cosecha o realizar tareas ocasionales, cuyo sueldo era un poco más alto que el de los fijos. Con la paulatina formación de latifundios, se incrementó el número de campesinos que debían contratarse como peones, lo cual facilitó que los salarios se mantuvieran bajos. Además, debido al abandono en que había quedado la peonada al suprimirse las cofradías, los patrones pudieron ejercer un mayor control con un mínimo de protección.

Durante esta época la acumulación de tierras no fue general en la entidad. En la zona norte, por ejemplo, en Bolaños y Totatiche principalmente, predominaban las pequeñas propiedades debido

MAPA 5. Estado de Jalisco. Dibujo tomado de Gerald, L. McGowan, *Geografía político administrativa de la reforma. Una visión histórica,* México, El Colegio Mexiquense/INEGI, 1991, pp. 68 y 69.



a la difícil comunicación y al escaso atractivo de sus tierras. En el centro, en cambio, mejor comunicado y con muchos más habitantes, el latifundismo y el trabajo asalariado terminaron imponiéndose. A ello se sumó que las técnicas agrícolas eran más avanzadas en esta región.

Hacia 1880 la estructura agrícola e industrial de Jalisco se componía de 487 establecimientos, entre molinos de trigo y caña, destiladoras de aguardiente y mezcal, y fábricas de jabón y otros productos, cuyo mayor número se concentraba en el cantón de Guadalajara.

Las plantas textiles, que se habían instalado después de 1840, fueron sufragadas por comerciantes recientemente enriquecidos. De las diez fábricas de hilados y tejidos, destacaban por su rendimiento La Escoba y Atemajac, en los contornos de Guadalajara; y Bellavista y Jauja, en las inmediaciones de Tepic.

Aunque la mayoría de las minas seguían abandonadas, su actividad había repuntado ligeramente gracias a los yacimientos de Mascota, Etzatlán, Hostotipaquillo, El Cuale y Santo Tomás. Bolaños, otrora centro de primera importancia, se había venido abajo a causa de un incendio ocurrido en 1844, por lo que ahora sólo funcionaban las minas de Barranco y Tepic.

El comercio padeció una marcada decadencia por la guerra. El bandidaje que sobrevino después de ésta, el pésimo estado de los caminos y el acaparamiento de la moneda por los ricos comerciantes complicaron aún más la vida económica a partir de 1867.

Con la finalidad de promover el comercio, se dispuso la reorganización de la feria de San Juan, que se había suspendido en 1857. Asimismo, se determinó la celebración de otras en La Barca, Lagos y en la capital de Jalisco, lo cual contribuyó a que, hacia 1873, se pudiera observar una relativa mejora general. Un obstáculo que enfrentó el comercio en el estado fue el exceso de impuestos y alcabalas. Además, el gobernador Vallarta tuvo que poner en vigor, a principios de 1872, un decreto del gobierno federal que imponía la Ley del Timbre en vez del papel sellado, lo que acarreó un aumento en las contribuciones y mayor injerencia de la federación en los asuntos financieros particulares del estado. El popu-

lar periódico tapatío *Juan Panadero* dio cuenta de un buen número de artesanos y pequeños comerciantes que tuvieron que cerrar sus establecimientos debido a la excesiva carga tributaria.

Nuevas organizaciones

Comoquiera, la buena disposición gubernamental y la relativa tranquilidad imperante permitieron que los establecimientos fabriles aumentaran paulatinamente. Se fundó entonces la Compañía Popular de Artesanos con el fin de fomentar la unidad y cooperación entre el gremio. Hacia 1870, esta asociación, que en un principio se había mantenido al margen de la política, comenzó a tener una participación más activa y abierta, en tanto, empezaron a esgrimirse argumentos de corte socialista. Su presidente manifestaba que sin los obreros "no existiría ningún señorón" y que la clase trabajadora no podría seguir soportando indefinidamente un régimen de explotación como el imperante. Este viraje al obrerismo llevó a la compañía a la desaparición; pero dejó el espacio para fundar otra organización de artesanos y comerciantes: la Sociedad de las Clases Productoras, creada en 1877, que sería el organismo gremial más importante de Jalisco durante unos diez años. Cuando se desintegró esta última, dio lugar, por una parte, a que aparecieran varios sindicatos y, por otra, a que se formara la Cámara de Comercio de Guadalajara.

La Iglesia no se mantuvo al margen de la creciente problemática de la clase obrera, cuyo número aumentaba día tras día. Por su iniciativa cobró vida en 1874 el Círculo de Obreros Jaliscienses, con ánimo de ayudar a los trabajadores accidentados o a las familias de quienes hubiesen fallecido.

Educación

El gobierno republicano puso en seguida especial atención a las cuestiones educativas, en el entendido de que era la mejor vía para lograr la modernización integral de la sociedad. En consecuen-

cia, se proponía instruir a todos y cada uno de los estratos de la población, incluyendo a los indígenas, para incorporarlos al modo de vida de la mayoría de los mexicanos y, sobre todo, evitar una guerra de castas. Personajes como Ramón Corona y Emeterio Robles Gil habrían de dejar importantes testimonios de su preocupación por la educación de los indios, haciendo constantes llamados y esfuerzos para proporcionarles los recursos que elevaran su nivel de vida.

Una medida educativa de gran trascendencia se tomó en mayo de 1867, cuando el gobernador Antonio Gómez Cuervo expidió la Ley del Magisterio que establecía un mínimo de conocimientos para los mentores. Además, un año después, puso en vigor la Ley de Enseñanza Pública del Estado de Jalisco, que había expedido Ogazón en 1862, la cual disponía, entre otras cosas, que la educación pública fuera gratuita, impartida por el Estado y subdividida en:

— Primaria, manejada por los ayuntamientos con planteles para niños de cada sexo.

— Secundaria, impartida en los liceos y dirigida por las juntas cantonales, también con locales para cada sexo.

— Profesional, exclusivamente en el Instituto de Ciencias, coordinado y dirigido por la Junta Directiva de Estudios y financiado por el gobierno. Este instituto operaría únicamente en Guadalajara y su misión sería la de preparar profesionales de la medicina, la abogacía, las ciencias físico-matemáticas y la farmacología.

Asimismo, en octubre de 1868, el gobernador sustituto Robles Gil prohibió la enseñanza religiosa en los establecimientos oficiales. Pero en compensación levantó el veto de que la jerarquía eclesiástica operara centros educativos.

Durante el mandato de Vallarta se promovieron otros cambios importantes a la Ley de Enseñanza de 1862, entre los que destacó la obligatoriedad de la instrucción primaria para todos los niños entre los cinco y doce años.

En el medio rural, las escuelas de primer nivel estuvieron siempre ligadas a las haciendas o a otros centros periféricos de producción. De este modo, no fue raro que se inculcara a los infantes una absoluta obediencia al patrón y a la Iglesia.

Es indudable que la mejoría educativa lograda entre 1868 y 1877 se debió a la Compañía Lancasteriana, compuesta por grupos de particulares, nacionales y extranjeros, quienes con recursos económicos propios sostuvieron un importante número de escuelas gratuitas para niños de familias pobres.

Otra institución importante fue la Escuela de Artes y Oficios de Guadalajara, abierta en 1842, que hasta 1872 —cuando tenía unos 330 alumnos—, fue el único lugar para capacitar obreros en todo Jalisco. En ese mismo año se abrieron la Escuela de Agricultura en Zapopan y otra para sordomudos en Guadalajara.

A pesar de que la ley disponía que cada cabecera cantonal debía contar con su propio liceo para cada sexo, fuera de Guadalajara sólo estaban el del padre Guerra, en Lagos, y un seminario en Zapotlán.

En 1868, apoyado en Juan I. Matute, el gobernador Robles Gil se preocupó también por la reorganización del Liceo de Varones de Guadalajara, después del cierre ocasionado en 1863 por la Intervención francesa. En abril de 1870 el liceo alcanzó los 300 alumnos, aproximadamente, mientras el Liceo de Niñas apenas tenía 171 alumnas en 1875.

Cabe aclarar que ninguno de los dos establecimientos siguió cabalmente el lineamiento positivista promovido por Gabino Barreda en la ciudad de México. Basta citar, como ejemplo, que el texto de filosofía utilizado era de marcada tendencia escolástica, contrariamente al que seguían en esa misma época en los planteles eòquivalentes de la capital.

Liberalismo militar

Si Porfirio Díaz contó con una abrumadora mayoría, también Ignacio L. Vallarta ganó por un margen muy amplio la presidencia de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, lo que hizo de él un candidato natural para suceder a Díaz, y ocasionó el distanciamiento de ambos personajes: uno representaría a los políticos liberales civiles, el otro tendría el respaldo de los militares triunfantes en las luchas recientemente concluidas.

A pesar de quienes decían que Vallarta tenía muchos enemigos en Jalisco, el sufragio de noviembre de 1878 hizo ganador a su partidario Fermín González Riestra, en contra del porfirista Pedro A. Galván. Sin embargo, algunos disturbios ocurridos al calor de las elecciones permitieron una mayor injerencia del comandante militar Francisco Tolentino. De esta manera, cuando González Riestra tomó posesión el 1 de marzo de 1879, los porfiristas habían ganado mucho terreno. Así, al asumir Manuel González la presidencia, en 1880, habiendo derrotado a Vallarta gracias al apoyo de Díaz y a la gestión en Jalisco del general Tolentino, comenzó el ocaso de quienes aspiraban a que continuara el gobierno de civiles. Más tarde, a fines de 1881, al iniciar sesiones el Congreso de Jalisco, vallartistas y porfiristas se proclamaron igualmente triunfadores y se acusaron mutuamente de tramposos. El 1 de febrero de 1882, los diputados vallartistas, apoyados por el Congreso saliente, se instalaron en la sede oficial de la Cámara; mientras que los otros, con el respaldo de las huestes de Tolentino, hacían lo mismo en el mesón de Guadalupe. La disputa llegó hasta el Ministerio de Gobernación; mas éste no se pronunció en favor de grupo alguno, en tanto que Tolentino, aprovechando una excusa nimia, sacó a sus soldados a la calle, impuso a sus diputados por la fuerza y obligó al mandatario González Riestra a renunciar.

En su lugar quedó Antonio I. Morelos hasta el mes de mayo, cuando el Senado de la República nombró en su lugar a Pedro Landázuri. Finalmente, se convocó a nuevas elecciones que dieron el triunfo al propio Tolentino y tomó posesión el 1 de marzo de 1883, no obstante el impedimento legal de que un militar desempeñara tal cargo. Poco después, durante su gestión, se eliminaría tal interdicto.

Tolentino fue el primer gobernador netamente porfirista; su mano dura cayó sobre ladrones y bandoleros y, de paso, sobre cualquier opositor, aplicándose la ley fuga con una frecuencia inusitada. Por otro lado, también emprendió notables mejoras a la fisonomía urbana de Guadalajara: la ampliación de la red de agua potable y las líneas de tranvías, la introducción del alumbrado eléctrico en el primer cuadro de la ciudad y la colocación del reloj

que todavía se encuentra en el Palacio de Gobierno. El 30 de octubre de 1884, durante la administración de Tolentino, se produjo la formal separación del distrito militar de Tepic, de donde él era oriundo, al votar el Congreso de la Unión en favor de que el séptimo cantón se convirtiera en territorio federal.

Dado el control que Díaz ejercía ya en Jalisco, se daba por hecho que Pedro A. Galván, su incondicional, sería el sucesor de Tolentino; pero en abril de 1885 el general Ramón Corona regresó de ser ministro plenipotenciario de México en España y Portugal, y se postuló para gobernador del estado.

Como Corona tenía grandes posibilidades de alcanzar la presidencia de la República por su gran popularidad y su extendida "fama de honradez y patriotismo", además de su notable prestigio como militar, Díaz prefirió brindarle su apoyo y relegar a Galván a la comandancia militar. Así, el 1 de marzo de 1887, a pesar de la franca oposición de Tolentino, Ramón Corona Madrigal asumió la gubernatura, al tiempo que se instalaba una nueva legislatura compuesta de cuatro diputados tolentinistas, otro tanto de coronistas, dos galvanistas y otros dos seguidores de Luis del Carmen Curiel, quien se desempeñaría como secretario de Gobierno.

Entre las primeras acciones de la nueva administración está la fundación de una caja de ahorros y del Monte de Piedad. Además, en mayo de 1887, con ánimo de que el gobierno del estado absorbiera los gastos de la enseñanza elemental, se promulgó un nuevo Reglamento de Instrucción Primaria y, dos años más tarde, en junio de 1889, la Ley Orgánica de Instrucción Pública, que prohibía catequizar en las escuelas auspiciadas por el Estado. Se promovieron también importantes reformas a la Escuela de Medicina y comenzó a construirse un céntrico mercado en Guadalajara.

Pero el mayor interés del gobernador fue promover el comercio, por lo cual procedió a suprimir algunos impuestos y, sobre todo, se preocupó por la terminación de la vía férrea entre la ciudad de México y Guadalajara, arribando el primer convoy el 15 de mayo de 1888, con numerosas personalidades a bordo.

Si los dos primeros años de la administración de Corona fueron políticamente difíciles, la situación comenzó a cambiar en septiem-

bre de 1888 cuando pudo retirar a Curiel de la Secretaría General de Gobierno y dejar a Luis Pérez Verdía, quien era de toda su confianza.

Entre tanto, el 1 de diciembre de 1888, después de realizarse las reformas pertinentes a la Constitución General y de hacer un simulacro de elecciones, el general Díaz se entregó el poder a sí mismo por cuatro años más, lo que facilitaba a Corona la posibilidad de sucederlo en 1892, un año después de concluida su gestión gubernamental.

Luego, en febrero del siguiente año, se renovó el Congreso de Jalisco, formado ahora por una mayoría de diputados afines al gobernador. A principios de ese año, las finanzas públicas habían empezado a verse mucho más sanas, de modo que pudieron incrementarse las obras públicas y empezó a pagarse oportunamente a los empleados estatales. Pero la trágica muerte de Corona, ocurrida el 11 de noviembre de 1889, como consecuencia de un atentado ocurrido el día anterior, interrumpió la dinámica alcanzada y dejó libre el camino para que Díaz impusiera sin dificultades a sus hombres en Jalisco, a la vez que se facilitaron sus reelecciones posteriores.

Estado porfirista y porfiriano

Tras breves interinatos de Ventura Anaya, Mariano Bárcena y Luis C. Curiel, Pedro A. Galván resultó por fin gobernador a finales de 1890 y tomó posesión el 1 de marzo de 1891. Sin embargo, no habría de durarle mucho el gusto, pues murió 18 meses después. Francisco Santa Cruz lo sustituyó, pero cedió su lugar a Luis C. Curiel en marzo de 1893, para que éste concluyera los dos años que faltaban a la administración. En 1894 y 1898 Curiel ganaría de nuevo los comicios, por lo que gobernó Jalisco casi once años. Durante este tiempo, el Porfiriato se encontraba en todo su esplendor y Curiel era uno de sus mejores representantes.

El tan anhelado progreso que todos esperaban al restaurarse la República empezó por fin a dejarse sentir con fuerza. La penuria

del erario había menguado mucho y podían lograrse mejoras en los caminos vecinales con la conjunción de inversiones privadas y públicas, en tanto que la fisonomía de Guadalajara continuaba cambiando, al igual que Lagos, Ciudad Guzmán y otras poblaciones grandes, aunque en una proporción mucho menor.

Desde 1882 se había intentado impulsar y organizar instituciones bancarias que fomentaran el ahorro y estimularan el comercio. Varios proyectos fracasaron, hasta que en 1883 abrió sus puertas en Guadalajara una sucursal del Banco Nacional de México. Seis años más tarde, en 1889, comenzó a funcionar también una del Banco de Londres y México.

El campo

Para 1887 el número de haciendas en Jalisco era 4.5% menor que en 1858, mientras que la pequeña propiedad se había incrementado 36.5%. Sin embargo, ello no significó un desmembramiento de los grandes predios, sino la concentración de las 377 haciendas en sólo 50 dueños diferentes y el aumento de ranchos mediante el despojo descarado de las tierras de los indios o compras muy ventajosas de ellas, facilitadas por la derogación que promovió Tolentino, en marzo de 1883, de la protección legal de las propiedades indígenas que había dispuesto en su momento el gobernador Ogazón.

De un modo u otro, conforme los grandes terratenientes acrecentaban sus posesiones, en especial a partir de 1894, los grupos de gente sin tierra tuvieron necesidad de ocuparse en las mismas haciendas o marchar a los centros urbanos a ofrecer su fuerza de trabajo a cambio de lo indispensable para subsistir.

Por otra parte, los arrendatarios conseguían mejores ganancias y vivían relativamente bien, aunque no sucedía lo mismo con los medieros y los peones asalariados, quienes percibían ingresos muy raquíticos en dinero o maíz. Para 1895 había en Jalisco un peón jornalero por cada cuatro habitantes, proporción que lo convertía en el estado con mayor fuerza de trabajo en condición de servidumbre de todo el país. Esta situación permitía pagar bajísimos salarios por largas jornadas e imponer mecanismos que endeudaban

al peón y le impedían desligarse de la hacienda, so pena de persecución y encarcelamiento. En términos generales, puede decirse que el campo siguió ayuno de mejoras técnicas. En Jalisco, solamente en su región central se introdujo algo de maquinaria agrícola moderna y se hicieron algunas inversiones en obras hidráulicas. Entre 1887 y 1895 se observó un decremento en la producción de trigo y, a pesar de que siguió siendo el mayor productor de maíz y frijol de todo México, en estos años las cosechas globales disminuyeron de 15 a 8% del total nacional. Sobrevino entonces la duplicación del precio de los granos básicos, en tanto que los salarios permanecían prácticamente igual. Aunque en 1901 se produjo un acusado repunte, en 1904 bajó hasta 7% de la producción nacional y, en términos generales, siguió este patrón. El maíz, por ejemplo, tuvo un incremento de 1895 a 1904; mas en el quinquenio siguiente se desplomó 37%, lo que elevó su precio 60%.

En 1906 la recolección de trigo cayó 13% en relación con 1895, la de frijol 18%, la miel 83%. La producción de azúcar, por su parte, aumentó 117%, el pulque 775%, y el aguardiente 725%. Las dos últimas cifras muestran que el procesamiento de la caña y el agave se prefirió a la producción de granos básicos: el azúcar, en virtud de los altos precios que alcanzó en el mercado internacional, y los otros dos por la creciente demanda interior.

A partir de 1906 las cosechas de trigo siguieron en descenso, por lo que sus precios aumentaron, pero con mayor mesura que el maíz. Otro tanto ocurrió con las leguminosas. En 1904 se produjeron 317 mil hectolitros de frijol, y en 1906 tan sólo 210 mil, creciendo su precio casi 40%. El contraste del garbanzo fue mayor aún: si en 1901 se elevó cinco veces la producción lograda en 1895, para 1904 y 1906 cayó a menos de la mitad.

Otro producto que corrió la misma suerte fue el piloncillo, que comenzó a ser desplazado por el azúcar, cuya industria se concentró en el centro y el sur del estado, que en conjunto representaba 80% del total del consumo alcanzado hacia 1906.

Caso contrario ocurrió con la cebada: en 1895 se cosecharon 68 mil hectolitros, valuados en 300 mil pesos, mientras que en 1906 su producción aumentó a 190 mil, sólo que se produjo un estre-

pitoso desplome en su valor por lo que su costo total no llegó a 70 mil pesos. De arroz, que se cultivaba preferentemente en la región de Ameca, Ahualulco, Ciudad Guzmán, Autlán y Mascota, en 1895 se cosecharon 400 toneladas, en 1906 se elevaron a 1 750, pero el precio también bajó de tal manera que no representó aumento alguno en efectivo.

Las bebidas que se obtenían del maguey eran el tequila, producido en fábricas del centro de Jalisco; el mezcal, de procesamiento más rudimentario, y el pulque, de elaboración netamente doméstica. Las estadísticas no diferenciaron el tequila del mezcal hasta 1904, pero desde entonces y hasta 1906 puede notarse que el tequila aumentó el importe total de su producción casi en 30%, mientras que el del mezcal cayó a menos de 15%. El pulque, por su parte, llegó en 1895 a alcanzar los 3 700 hectolitros y en 1901 obtuvo la cifra récord de 51 300, para caer a la mitad tres años después. Del aguardiente de caña de azúcar se llegaron a producir poco más de 50 mil hectolitros en 1901, pero en 1906 sólo se llegó a los 27 mil.

La caída más pronunciada la sufrió el algodón. En 1901 fue de 500 toneladas la cosecha —95% producido en la región de Autlán—; al año siguiente sólo se recolectó una tonelada, por el rumbo de Ameca. La causa principal fue la masiva importación de algodón texano que se hizo posible por la vía del ferrocarril. En modesta contraparte, la producción de ixtle se elevó considerablemente a partir de 1901, alcanzando a representar, en 1906, 2.3% de la producción total del país.

Para 1902 la superficie de tierras cultivables en Jalisco, con propietario, era de 4 355 000 hectáreas; para 1906 llegó a los seis millones, lo que significó un incremento por arriba del 37% de terrenos que anteriormente eran baldíos o estaban en poder de comunidades indígenas. A tal punto llegó la situación por la falta de tierra cultivable, que los campesinos procedieron a hacer *coamiles,* esto es, a talar bosques para abrir nuevos espacios a la agricultura. En la entidad se sembraron como mínimo 11 500 hectáreas en esta situación, con la consecuente destrucción de montes y bosques.

Aunado al desplome agrícola, el incremento poblacional se acentuó y se tornó verdaderamente problemática la provisión de productos alimenticios básicos. Véase el caso del maíz.

Año	*Maíz (Ha)*	*Población*	*Ha por Persona*
1895	3 607 916	1 107 863	3.25
1901	4 086 838	1 153 891	3.54
1909	2 863 200	1 208 855	2.36

Por su parte, la actividad ganadera, en otro tiempo generadora de importante riqueza, al comenzar este siglo observó también un marcado descenso. Para 1903 su valor total era de 18.5 millones de pesos, mientras que en 1909 con dificultad llegaba a los 17 millones. Si en 1903 había en Jalisco un millón de bovinos, para 1909 bajó a 735 mil cabezas. Comoquiera, hasta 1902 la entidad se mantuvo como la principal productora de ganado vacuno y leche, lo que representaba 10% del total nacional.

Minería e industria

Contrariamente a lo ocurrido en otras partes, especialmente durante los primeros doce años del Porfiriato, la actividad minera tuvo una caída muy notable en el estado. En 1879 trabajaban en los yacimientos de Jalisco 5 750 hombres, mientras que para 1895 sólo se ocupaban 4 325. Incluso la Casa de Moneda de Guadalajara, entre 1891 y 1896, acuñó plata por un valor de 20 mil pesos, contra 23 500 del lustro anterior y los 26 mil de 1881 a 1886.

Aunque la entidad contaba con yacimientos de oro, plata y fierro, la ausencia de capitales, el mal estado de los caminos y, sobre todo, la baja en el precio de los metales en el mercado internacional, motivó el abandono de minas tan ricas como las de Comanja, cerca de Lagos, entre otras. Mas al finalizar la centuria, nuevos capitales, en su mayoría norteamericanos, concurrieron para revitalizar la minería en lugares como Etzatlán y Bolaños. De este úl-

timo, por caso, se extrajeron 92 500 toneladas de metal en 1904, lo que equivalió a más del 2% nacional.

Si en las actividades económicas rurales no hubo mayores inversiones, sí hubo empeño especial en promover el desarrollo del comercio y de la industria, dando enormes facilidades a los inversionistas tanto mexicanos como extranjeros que emprendieran nuevos negocios. No obstante, Tolentino decidió que se había ido demasiado lejos y dispuso que las exenciones fuesen únicamente para quienes estableciesen una industria no "explotada ni conocida". Por su parte, el general Corona, entre otras cosas, liberó de contribuciones a cualquier inversión superior a los 10 mil pesos que se hiciera en fábricas de hilados y tejidos; y en 1891, durante la administración del general Galván, se renovaron privilegios fiscales a otras áreas de la industria: molinos de grano, fábricas de loza y vidrio, etcétera. De esta manera, la actividad industrial de Jalisco hasta 1910 ocupaba el quinto lugar del país. Aunque en 1900 la producción equivalía al 10.7% nacional, a causa del crecimiento en otras partes, pero también de una reducción local, en 1910 no alcanzó el 8%.

El volumen global de la producción textil jalisciense sufrió un gran descalabro al segregarse en 1884 el cantón de Tepic, dadas las cuatro fábricas allí ubicadas. Comoquiera, para 1902 el número de estos establecimientos había ascendido a ocho, pero en 1910 sólo quedaban cinco. Los más importantes eran La Experiencia y Atemajac, cuyos propietarios, de ascendencia francesa, decidieron fusionarlos y formar la Compañía Industrial de Guadalajara.

En 1900 había 28 plantas aceiteras y dos años después su número aumentó a 33; sin embargo, la producción global bajó de 143 645 a 130 800 kilogramos. Para 1909 sólo quedaban nueve plantas. La industria azucarera disponía de 49 ingenios, distribuidos en Ciudad Guzmán, Autlán, Mascota y Sayula. Había 44 molinos de harina en la entidad, cuya producción en 1900 llegó a 6 500 toneladas y a 9 600 en 1909, a pesar de que para entonces sólo 29 funcionaban.

La producción tabacalera se concentraba hacia 1899 en 40 fábricas, las cuales produjeron 14 mil cajetillas de cigarros; pero, en 1910 únicamente quedaban 28 establecimientos que no llegaron a

PRODUCCIÓN EN JALISCO

	1985	*1900*	*1901*	*1904*	*1906*	*1910*
Trigo	149 628 hl	—	10 955 144 kg	10 512 713 kg	9 488 150 kg	—
Maíz	3 607 916 hl	—	4 086 838 hl	4 536 542 hl	3 877 508 hl	—
Frijol	255 965 hl	—	246 229 hl	316 946 hl	210 477 hl	—
Garbanzo	67 054 hl	—	344 340 hl	161 033 hl	152 335 hl	—
Cebada	68 025 hl	—	3 357 796 kg	2 763 216 kg	190 192 hl	—
Arroz	404 719 kg	—	547 460 kg	993 560 kg	1 740 802 kg	—
Pulque	20 823 hl	—	5 050 hl	26 621 hl	161 397 hl	—
Mezcal	{ 68 874 hl }		{ 99 441 hl }	17 897 hl	12 225 hl	—
Tequila				42 588 hl	45 456 hl	—
Aguardiente de caña	3 759 hl	—	51 334 hl	23 518 hl	27 182 hl	—
Obreros fabriles	72 726	84 525	—	—	—	62 985

elaborar ni cuatro mil cajetillas. Otras industrias observaron también un marcado descenso: la de jabón, por ejemplo, de las 23 plantas que laboraban en 1900, diez años más tarde sólo existían 15. De las 25 fábricas que en 1895 producían velas y veladoras, diez trabajaban en 1906, debido al uso cada vez más generalizado de la energía eléctrica y del gas.

La generación de electricidad estuvo desde el principio en manos de franceses, quienes, además de suministrarla a sus factorías, abastecieron al alumbrado público y casas habitación. Otra empresa concesionaria que proveía de este fluido a Guadalajara y otras poblaciones cercanas fue la Compañía Hidroeléctrica e Irrigadora de Chapala, fundada en 1893, que aprovechaba la caída de agua, que entonces era abundante, de El Salto de Juanacatlán.

La manufactura de calzado en 1906 se llevaba a cabo en 90 fábricas, a la vez que había 161 curtidurías y 38 talabarterías, que empleaban en conjunto a 940 personas, entre hombres y mujeres. La fabricación de papel se hacía en dos plantas: El Batán, situada en el municipio de Zapopan, que elaboraba papel para cigarros y cartoncillo, y La Constancia, ubicada en Tapalpa, que hacía papel para cigarros. Para 1909 esta última se vio obligada a cerrar sus puertas y la de El Batán bajó su producción 35%.

El total de obreros ocupados en el estado en 1895 era aproximadamente de 73 mil. Para 1900 su número llegó a 84 500, pero hacia 1910 bajaría a menos de 63 mil. Su salario era bajísimo y laboraban en condiciones semejantes a la esclavitud. Además, como predominaba la práctica de adelantar la paga en especie o mediante vales y tarjetas canjeables solamente en las tiendas de raya, el obrero era deudor eterno de su patrón. La jornada de trabajo iba de las seis de la mañana a las seis de la tarde y, en algunos casos, hasta las ocho de la noche. Pronto comenzó a manifestarse una cierta conciencia grupal, mas el derecho de huelga estaba negado bajo severas penas y multas; las autoridades, por su parte, estaban siempre dispuestas a reprimir cualquier muestra de insumisión.

Otros problemas crecientes fueron la insalubridad y la mendicidad, principalmente en Guadalajara, ya que aquí vivía 20% de los

desocupados de Jalisco, contra lo que poco podía hacer el Hospicio Cabañas.

Debido a que la infinidad de contribuciones fiscales lesionaban el comercio, el gobierno de la República dispuso en septiembre de 1881 que todos los artículos nacionales como harinas, jabones, leche, libros, licores nacionales, tortillas, sombreros, velas y zapatos, entre otros, quedaran exentos del timbre. A su vez, el gobernador Tolentino decretó, en julio de 1883, la libre circulación de mercancías por todo el territorio del estado. En consecuencia, si bien no puede decirse que era excelente la situación del comercio jalisciense en la década de los ochenta, tampoco era del todo mala.

Aunque el arribo del ferrocarril a Guadalajara coadyuvó en términos generales al repunte mercantil, al principio no todo resultó como se esperaba. Al pasar a depender el comercio directamente de la capital del país, un buen número de pequeños comerciantes, artesanos e industriales se precipitaron a la ruina, sin contar que muchos arrieros tuvieron que cambiar de actividad o de ruta. Como resultado, a finales del siglo XIX y principios del XX, una buena parte del mercado estaba en manos de franceses, emparentados o asociados con compatriotas suyos radicados en la ciudad de México.

En 1895 había en Jalisco 20 400 personas vinculadas al comercio entre empleados, comerciantes establecidos y vendedores ambulantes; sin embargo, las grandes transacciones estaban en poder de poco más de 20 personas, relacionadas generalmente con mercaderes capitalinos.

Otro problema que siguió vigente fue la escasez de dinero circulante, agudizado por la falta de una reglamentación hacendaria adecuada que retirara monedas antiguas y prohibiera el uso de la "acuñación particular". Para 1881 se aseguraba que en Guadalajara circulaban más de 10 mil piezas falsas de un peso.

Con la finalidad de promover la actividad comercial y conglomerar a gente involucrada en asuntos agrícolas y mercantiles, se creó en 1888 la Cámara de Comercio, que a poco se convirtió en un influyente medio de presión económica y política. Un año más tarde, en 1889, con miembros de la propia cámara se organizó una

comisión encargada de fomentar la industria local y proteger el trabajo artesanal.

Las comunicaciones

Los gobiernos de Curiel y Ahumada prestaron especial atención a las comunicaciones, otorgando permisos para el tendido de pequeñas vías férreas de enlace con el Ferrocarril Central. En 1897, en representación de varios consorcios extranjeros, Luis Pérez Verdía obtuvo la autorización oficial para construir una línea entre Ameca y San Martín Hidalgo, la cual fue liberada de pagar impuestos durante 30 años. Poco antes, en 1895, el gobernador del estado autorizó la introducción de tranvías de mulitas en Ocotlán. Por su parte, Guadalajara contó con tranvías eléctricos a partir de 1907, año en que se inauguraron las rutas a Agua Azul y a Tlaquepaque.

Por otro lado, las compañías extranjeras obtuvieron concesiones para construir nuevas vías, como fue el caso de la ampliación del ferrocarril de Guadalajara a Tequila, en 1895, por obra de una empresa norteamericana.

En 1904, el presidente Díaz firmó un contrato con la Compañía Sudpacífico, cuyo objetivo era montar una línea férrea entre Sonora y Guadalajara, pasando por Culiacán, Mazatlán y Tepic. Para 1909 el gobernador Miguel Ahumada alcanzó a inaugurar el tramo entre Orendáin y Tequila, y para 1910 ya se encontraban terminados los troncales desde Empalme, Sonora, hasta el río Santiago, Nayarit, y de Magdalena a Guadalajara; pero pasaron 17 años antes de que ambos tramos quedaran unidos debidamente.

El trayecto de Guadalajara a Manzanillo, concesionado en 1898 al Ferrocarril Central, se vio suspendido en 1901 por falta de capital. No fue sino hasta octubre de 1909 cuando la primera locomotora llegó a ese puerto.

Desde 1906 se hablaba con insistencia de nacionalizar los ferrocarriles. El ministro de Hacienda, consciente del excesivo poder alcanzado por las compañías ferroviarias extranjeras, promovió la creación de la paraestatal Ferrocarriles Nacionales de México, que

cobró vida en 1908 para hacerse cargo de 11 mil de los 20 mil kilómetros de vías existentes.

Otro medio de comunicación que comenzó a ganar importancia durante el Porfiriato fue el teléfono, cuyos primeros aparatos se instalaron en Guadalajara en 1884. Para 1900 había ya dos mil kilómetros de líneas que comunicaban a las poblaciones más importantes. Al igual que había ocurrido con los ferrocarriles y los tranvías, los concesionarios del servicio telefónico recibieron toda clase de facilidades y una prolongada exención de impuestos. Algunas empresas que prestaron el servicio fueron la Telefónica Sanjuanense, con una línea entre Guadalajara y Lagos; la Telefónica de Zapotlán, entre la capital del estado y Pihuamo; y la Telefónica Occidental, que conectó a Unión de Tula con Ayutla.

Con el advenimiento del ferrocarril mejoró notablemente el servicio postal, ya que a partir de cada estación se organizaron nuevas rutas. Asimismo, en 1893 comenzó a ofrecerse el servicio de giros nacionales y, poco después, al extranjero.

Cultura como nunca

Al desaparecer La Falange de Estudios y fenecer *El Ensayo Literario,* se conformaron diversos círculos literarios y aparecieron algunas publicaciones, como el caso de la *Aurora Poética;* pero no fue hasta después de que se restaurara la República cuando la intelectualidad jalisciense cobró mayores bríos. Entonces surgió la Alianza Literaria, bajo la dirección de José María Vigil, que publicó una revista del mismo nombre desde marzo de 1875 hasta noviembre del siguiente año. En ella aparecieron las firmas de Luis Pérez Verdía, José López Portillo y Rojas, Isabel Prieto de Landázuri y Esther Tapia de Castellanos, entre otras.

En 1876, estudiantes avanzados del Liceo de Varones y del Seminario dieron forma a otro grupo denominado La Aurora Literaria, el cual sacó, a principios de 1877, una revista con el mismo nombre. Participaron en ella diversos miembros de la extinta alianza y otros jóvenes como Agustín Bancalari, Tomás V. Gómez, Joaquín

Gutiérrez Hermosillo y Manuel Puga y Acal. Pero de mayor consistencia fue, sin duda, *La República Literaria,* cuyo primer número apareció en marzo de 1886 y el último en marzo de 1890. Escribieron ahí López Portillo y Rojas, su fundador y director, Francisco Sosa, Alberto Santoscoy, Jorge Delorme y Campos, Manuel Caballero y Victoriano Salado Álvarez, director de algunos números y el autor que después sería el más conocido de todos.

Con la desaparición de *La República Literaria* se fueron las últimas auras del romanticismo en Jalisco para dar paso a nuevas tendencias modernistas y realistas en *Flor de Lis,* publicada entre 1896 y 1899, buscadora de nuevos horizontes en las letras. En 1891 circuló durante tres meses *Jalisco Ilustrado,* primer órgano con abundantes grabados, pero a la postre resultó demasiado caro y cerró pronto. Otro intento del mismo estilo fue la *Revista Ilustrada,* en 1902, aunque su existencia también fue efímera.

Al despuntar el siglo xx circularon *Revista Blanca* (1901-1914) y *Cultura* (1909-1916), junto con otras fugaces como *Revista de Occidente* (1906) y *Letras* (1909). En 1904 hizo su aparición el primer periódico editado en inglés, *The Times,* destinado a la ya muy considerable colonia gringa de Guadalajara.

De suma importancia, a pesar de su corta vida, fue el poeta tapatío Fernando Calderón (1809-1845), considerado como precursor del romanticismo. Calderón se distinguió por su convicción liberal, al igual que el laguense José Rosas Moreno (1838-1883), quien era un neoclásico tardío o un romántico atemperado. Sobresalió Rosas en la fábula, aunque también escribió teatro y poesía. Asimismo, promovió la fundación de algunos periódicos en la ciudad de México y en su pueblo natal. Lagos fue la única localidad jalisciense que tuvo vida cultural de importancia fuera de Guadalajara. Allí se fundó la Unión Literaria en 1886, dirigida por Vicente Veloz. A la vez, en la casa de Ignacio Torres Lomelí —en donde vivió por algún tiempo Rosas Moreno— tuvieron lugar frecuentes tertulias y veladas literarias con nutrida concurrencia. La primera publicación periódica formal de Lagos fue *La Patria de Rosas Moreno,* que apareció en 1892, precursora de otras como *Páginas Literarias, La Cotorra* y *Alborada.*

Otros literatos de importancia vinculados a este ámbito cultural fueron el llamado Poeta de Lagos, Francisco González León (1862-1945), autor de *Campanas de la tarde,* entre otras obras; el prolífico cura Agustín Rivera Sanromán (1824-1916), quien publicó más de doscientos títulos sobre historia, religión y literatura, entre los que destacan *Compendio de la historia antigua de México* y *Principios críticos sobre el virreinato de la Nueva España;* y algo después el novelista Mariano Azuela, autor en Lagos de *María Luisa,* antes de ser arrastrado por la Revolución e inspirarse en ella para escribir su famosa novela *Los de abajo.*

En la producción teatral destacó Marcelino Dávalos (1871-1923), quien al finalizar el siglo XIX pasó a radicar en la ciudad de México, estrenando allá su primera obra en el año 1900. Abogado de profesión, incursionó igualmente en el cuento y la poesía, pero con menos éxito.

Notable por la cantidad y calidad de su producción fue Ireneo Paz, nacido en Guadalajara en 1836 y fallecido en la capital del país en 1924. Estudió en el Seminario tapatío y en la Universidad de México. Militó en las filas liberales contra el Imperio y desempeñó puestos de cierta relevancia durante el régimen porfirista. Fundó varias revistas, entre ellas *La Patria* que dirigió durante cuarenta años. Fue autor de muchas novelas; sobresalen *La piedra del sacrificio* (1871) y *Doña Marina* (1883). Dejó inéditas sus vastas *Memorias,* en las que registró información de suma importancia.

El médico y abogado Salvador Quevedo y Zubieta (1859-1935) fue también autor de relatos autobiográficos; vivió varios años en Europa, primero como exiliado por su enemistad con Manuel González y luego desempeñando cargos consulares. Escribió la novela *La camada,* y cultivó también la historia.

Por su parte, Manuel Puga y Acal (1860-1930), considerado uno de los primeros poetas modernistas de Jalisco, fue autor de *Monólogo lírico* y *Lirismos de antaño,* y escribió además pequeñas obras de historia.

Otros escritores que lograron alcanzar un prestigio que trascendió a todo el ámbito nacional fueron Luis Pérez Verdía, histo-

riador tapatío que nació en 1857 y murió en Guatemala en 1914 en funciones de ministro plenipotenciario de México; José López Portillo y Rojas (1850-1923), cuentista y novelista; y Victoriano Salado Álvarez, oriundo de Teocaltiche (1867), muerto en la ciudad de México en 1931. El mejor testimonio del trabajo de Pérez Verdía son los tres tomos de su *Historia particular del estado de Jalisco* (1910); López Portillo, poco antes de concluir el siglo XIX, publicó su famosa novela *La parcela* (1898); Salado Álvarez, quien fuera el "humanista por excelencia" de su generación, descolló principalmente por dos novelas históricas seriadas: *De Santa Anna a la Reforma* y *La Intervención y el Imperio,* mejor conocidas ahora como *Episodios nacionales.*

Aparte de Pérez Verdía, personajes como Manuel Cambre (1840-1911) y Alberto Santoscoy (1857-1906) dejaron importantes testimonios de su trabajo historiográfico. Del primero sobresale *La Guerra de Tres Años* y del segundo una nutrida colección de pequeños artículos biográficos y monográficos.

En 1835, en ocasión del fallecimiento de José María Uriarte, el gobernador Romero invitó a otro pintor de México de nombre José Antonio Castro para que tomara su lugar. Castro dejó huella imborrable entre sus discípulos en cuanto al culto de la forma y el orden, logrando un gran refinamiento técnico que le valió numerosa clientela. Además, Castro sentó las bases para la ulterior conformación de la Sociedad Jalisciense de Bellas Artes, constituida en 1862, cinco años después de su muerte. Pero su mayor legado al academicismo jalisciense fue su hijo Felipe, quien antes de radicar en Guadalajara, se formó en la Academia de San Carlos de la capital mexicana, donde había nacido en 1832. Entre sus mejores obras destacan los retratos del carmelita Juan Crisóstomo Nájera, el arzobispo Pedro Loza, Santos Degollado, Prisciliano Sánchez y Miguel Hidalgo, al igual que *La Trinidad,* localizada en la sacristía de la catedral de Guadalajara. Castro pintó también sendos murales en el teatro Degollado y en el templo de Jesús María.

Al igual que los Castro, el pintor Pablo Valdez, nacido en Cocula en 1834, también fue muy solicitado. A él se debe el retrato del gobernador Antonio Escobedo y una alegoría a la pintura locali-

zada en la catedral. Por su parte, Gerardo Suárez, discípulo de Castro, pintó temas históricos, como el *Cuauhtemoctzin en presencia de Hernán Cortés,* y otros cuadros de temática religiosa. Valdez colaboró con Jacobo Gálvez (1821-1882), quien nació y murió en Guadalajara. Siendo muy joven, Gálvez pasó a la ciudad de México, donde tomó cursos en la Escuela de Minería y en la Academia de San Carlos, más tarde partió a Europa para mejorar sus conocimientos lo mismo en ingeniería que en pintura. A su regreso a Guadalajara se convirtió pronto en el artista neoclásico más cotizado, dedicándose principalmente a la arquitectura, aunque sin olvidar el pincel. En la cúpula del teatro Degollado —diseñada por él mismo— pintó alegorías del canto IV de *La divina comedia* y ejecutó dos retratos del arzobispo Pedro Espinoza y Dávalos. La obra de Gálvez, en la forma y el fondo, es la que más denota una vocación europeizante.

Otro académico jalisciense de importancia fue Carlos Villaseñor (1849-1920), quien plasmó primordialmente paisajes y edificios de Guadalajara.

La noche del 15 de septiembre de 1857, a iniciativa de la Sociedad Jalisciense de Bellas Artes, se inauguró la primera exposición pictórica formal en Guadalajara, con más de cuarenta artistas, dando la pauta para la ulterior organización de muchas otras exhibiciones; pero lo más importante es que motivó a los artistas a organizarse de modo propio. Así, entre 1885 y 1886, se conformó el Club de Artistas Pintores Gerardo Suárez que, a pesar de su corta vida, logró llevar a cabo varias muestras colectivas. Entre sus miembros figuraron José Vizcarra, Felipe Castro y Francisco Sánchez Guerrero.

Vizcarra (1868-1956) fue durante su larga vida maestro de muchos pintores jaliscienses. Sus temas se inspiran en la vida cotidiana y algunos paisajes campiranos; además, retrató a varios gobernadores jaliscienses.

Otra forma pictórica iniciada por dos italianos, Carlos Fontana y otro de apellido Zápari, fue la decoración de corredores de las haciendas y salones de importantes fincas urbanas. El ejemplo más renombrado es el de La Moreña en La Barca, propiedad de Fran-

cisco Velarde, conocido como el Burro de Oro, en cuyos muros quedaron plasmadas diversas escenas de la ciudad de México, aunque no se sabe quién fue el autor.

Cuando en 1895 se asentó en Guadalajara el versátil artista brasileño Félix Bernardelli, en su derredor se aglutinó un buen número de pintores deseosos de conocer la técnica de la acuarela. Algunos destacarían después, como Roberto Montenegro, Rafael Ponce de León, Jorge Enciso y Gerardo Murillo (Doctor Atl).

El más longevo de los pintores tapatíos fue José Othón de Aguinaga (1873-1969). Alumno primero de Felipe Castro, pasó después a la Academia de San Carlos de la capital y luego residió en París durante tres años. A su regreso, pasó algún tiempo en una finca rural propiedad de su familia, pero en 1909 radicó de nuevo en Guadalajara y se dedicó a la enseñanza del dibujo hasta su muerte.

A pesar del interés de los adinerados por la decoración y suntuosidad de sus viviendas, la escultura en general fue olvidada, excepción hecha de la que patrocinó el clero para efectos del culto. Hasta entrado el siglo XIX, de acuerdo con la concepción barroca predominante, las esculturas fueron casi siempre de madera o piedra; mas al avanzar tal centuria, comenzó a utilizarse material más duradero como el mármol o el bronce. Comoquiera, en esta modalidad artística no habrían de lucirse los jaliscienses.

Victoriano Acuña fue un notable escultor, oriundo de Huichapan y discípulo del taller de Mariano Perusquía en Querétaro —donde se encargaron varias piezas para Jalisco—; radicó en Guadalajara de 1832 a 1860 y dejó un buen número de obras, como la *Coronación de la Virgen* en el templo del Sagrario, *La sagrada familia* en Zapopan, una *Virgen del Carmen* en el convento de Santa Teresa y casi todas las imágenes que están en el interior de la catedral.

Escultores jaliscienses dignos de mención fueron Luis Monsiváis, autor de la sillería del coro catedralicio, elaborada en 1847; Francisco López, creador del *San Francisco* que se encuentra en la iglesia conventual de Zapopan; Romualdo Núñez, realizador del *San José* en el edificio que fuera de la universidad, y Narciso Ruiz, quien dio forma al águila de madera dorada con una cadena en el pico que remata el arco interior del foro del teatro Degollado.

En 1896, para perpetuar la memoria de Ramón Corona se convocó a concurso, cuyo ganador fue el ingeniero Ignacio Pérez Guzmán. Él fue quien hizo el monumento que se colocó en la calzada Independencia. Otro que merece especial atención es el que se construyó para celebrar el primer centenario de la gesta de Hidalgo. Sus autores fueron Alberto Robles Gil y Eulalio González del Campo.

Muy cotizado escultor fue el italiano Humberto Pedretti, quien vivió en Guadalajara de 1902 a 1919. Ejecutó los bustos de los presidentes Juárez y Madero, y de personajes como Agustín Rivera, Amado Nervo, José María Morelos y Silverio Núñez, los cuales fueron colocados en lugares públicos.

Debido a la atracción que las obras europeas ejercían sobre las clases altas, con frecuencia se importaron esculturas en bronce o mármol. De este modo, las figuras femeninas en bronce que adornan la plaza de Armas y que representan las cuatro estaciones, fueron adquiridas en Nueva York durante el mandato del general Miguel Ahumada, quien hizo traer de París el quiosco de ese mismo jardín.

Por su parte, algunos artesanos de Tlaquepaque elaboraron figuras de barro de gran calidad; entre ellos sobresalen Pantaleón Panduro y otro de apellido Pajar, apodado Pajarito. Fue precisamente un discípulo de este último, llamado Remigio Grande, quien modeló en 1887 una enorme estatua de Cihuapilli, que permaneció durante mucho tiempo en el cerro de la Reina, próximo a Tonalá.

El creciente interés por perpetuar la propia imagen encontró en la cámara fotográfica un aparato novedoso y mucho más barato que la pintura, lo cual dio lugar a la generalización de su uso y a que innumerables fotógrafos ambulantes recorrieran pueblos y ciudades ofreciendo sus servicios.

Al parecer fue Jacobo Gálvez quien trajo la primera cámara a Guadalajara en 1853, pero pronto hubo otros seguidores que instalaron los primeros estudios fotográficos. Para 1873, después de haber viajado al extranjero para perfeccionarse, Octaviano de la Mora estableció un taller fotográfico, considerado como uno de los mejores de su época, en el cual trabajó hasta el año de 1900 cuando lo traspasó a José María Lupercio, por ir a radicar a la capital del

país. El nuevo propietario prefirió retratar paisajes y escenas cotidianas con los que alcanzó también un éxito notable y varios premios nacionales e internacionales.

Particular mención en este oficio merece el tapatío Carlos Barrière, nacido en 1853. Fue discípulo de Octaviano de la Mora, y sobresalió tanto por la calidad de sus fotografías como por retratar a las damas con la indumentaria más sofisticada.

Al igual que en la plástica, el neoclasicismo musical fue el preferido por la alcurnia jalisciense, lo que se manifestó tanto en los conciertos formales como en las veladas improvisadas. De esa música culta, la más ligera se dejaba oír en conciertos populares ofrecidos a manera de serenatas en plazas de pueblos y ciudades, donde se tocaban mazurcas, polkas, marchas y valses. Los géneros musicales predilectos por muchos tapatíos eran la ópera, la opereta y la zarzuela, muy probablemente por el juego escénico de sus representaciones; fue precisamente con una temporada de ópera que se inauguró el teatro Degollado en 1866.

La capacitación musical en un establecimiento especializado no existió hasta comenzar el siglo xx. En el Liceo de Niñas se preparaba a las alumnas en rudimentos de canto con la finalidad de que participaran en las fiestas de fin de cursos; asimismo, en la Escuela de Artes y Oficios se organizó una banda con los alumnos, que tocaba en la Plaza de Armas y en algunos otros lugares.

Algunos músicos profesionales ofrecieron clases particulares desde mediados del siglo pasado. Destacó sobremanera Jesús González Rubio, quien impartía clases gratuitas e, inclusive, ofrecía vestido y comida a sus discípulos. Además de desempeñarse como organista principal en la catedral, González Rubio conformó con algunos estudiantes una orquesta que amenizaba todo tipo de festividades.

Precisamente un ex alumno suyo, Clemente Aguirre, al declinar la centuria se convertiría en el más destacado músico jalisciense. Aguirre nació en Ayo el Chico en 1828; fue compositor de la marcha "Ecos de México", estrenada en el teatro Degollado durante las fiestas patrias de 1886; ejerció la docencia desde 1869 hasta su fallecimiento y promovió la fundación de un buen número de

bandas en toda la entidad. También conformó, en 1869, la primera sociedad filarmónica en el estado, a fin de promover la "buena" música.

Las melodías populares, por otro lado, lograron mantenerse vivas gracias a la práctica cotidiana. De este modo, dichas composiciones fueron evolucionando hasta desembocar en los afamados sones y valonas que identifican hoy a la música jalisciense.

Los músicos más destacados de principios de siglo fueron Alfredo Carrasco y José Rolón. Aunque Carrasco —autor del famoso "Adiós"— nació en Culiacán, estudió y se formó en Guadalajara, y aquí ejerció la docencia y fue organista de la catedral. Pasó más tarde a la ciudad de México donde se dedicó también a la enseñanza y a la composición. Falleció en 1955.

Rolón nació en Ciudad Guzmán en 1883, pero fue en Guadalajara donde recibió clases del maestro Francisco Godínez. Vivió más tarde en París y, a su retorno en 1907, fundó la Escuela Normal de Música y en 1916 la primera orquesta sinfónica. A su regreso de una segunda estancia en París, radicó en la ciudad de México y fue maestro y director del Conservatorio Nacional de Música.

Más construcciones y de otro modo

La construcción de casas mostró el marcado contraste de la sociedad de aquella época. En el medio rural predominaba la mísera choza de la peonada frente a la suntuosa casa grande de las haciendas, ocupada sólo por sus propietarios durante unas semanas cada año.

En Guadalajara, el incremento demográfico trajo como consecuencia el hacinamiento en albergues, que anunciaban lo que después se llamarían vecindades. Además, sobrevino la paulatina absorción de los pueblos de Analco, Mexicaltzingo y Mezquitán, que lentamente fueron sumergiéndose en la gran ciudad.

Costumbre generalizada que pervivió desde la época colonial fue la vivienda con zaguán de ingreso y patio principal, en cuyo derredor se ubicaban la estancia, el comedor y las habitaciones, mientras que en un segundo patio se localizaban los servicios. A es-

te tipo de casa se aferraron los estratos medios hasta entrado el siglo XX, no así los pudientes que, en su afán de modernizarse, al declinar el siglo XIX empezaron a entusiasmarse por dar entrada a sajones y franceses en el seno de sus familias y por abrazar las preferencias arquitectónicas de éstos.

Desde su origen, Guadalajara había reunido en su parte céntrica a las residencias de la clase adinerada, mas para 1842 Mariano Otero señalaba ya la preferencia de ésta por apartarse del pestífero río de San Juan de Dios. De esta manera, el poniente de la ciudad fue convirtiéndose en la zona preferida para levantar nuevas viviendas elegantes, lo que dio lugar a las llamadas colonias, cuyos dos primeros nombres son por demás significativos: Americana y Francesa.

Respecto al estado de las calles de Guadalajara, cabe aclarar que, a comienzos del siglo XIX, las avenidas principales ya habían sido empedradas, pero durante el resto de la centuria la mayoría continuó sin aceras ni drenaje.

De las plazas citadinas sobresalía la principal o de Armas, rodeada de frondosos fresnos, totalmente empedrada y con una gran fuente en el centro para que abrevaran en ella los animales.

Por otra parte, la necesidad de contar con un edificio penitenciario apropiado había llevado a que, en 1834, Mariano Otero empezara a promover su construcción, misma que fue emprendida por el gobernador Antonio Escobedo y concluida en 1881 en el actual parque de la Revolución. Se le llamó Penitenciaría de Escobedo y sobrevivió hasta ya bien entrada la actual centuria.

Aunque la época colonial dejó a Guadalajara muy bien abastecida de inmuebles para el culto, al finalizar el siglo XIX se levantó el templo del Pilar en el barrio de ese nombre; también se reconstruyó la capilla del Carmen, junto al ex convento de esa orden, y se erigió la iglesia de San José de Gracia, donde había estado el convento de Santo Domingo, que destruyeron los conservadores durante la guerra de Reforma. En el año de 1897 comenzó a edificarse el templo Expiatorio del Santísimo Sacramento, proyectado por el italiano Adamo Boari. Se emprendió también la construcción de algunos hospitales anexos a templos, como el Guadalupano, junto al Santuario; el del Sagrado Corazón, al lado de la ca-

pilla del mismo nombre; y el templo y hospital de San Martín, en el barrio del Alacrán.

El antiguo convento de Santa Mónica, nacionalizado en 1859, pasó diez años después a manos de Dionisio Rodríguez, quien más tarde lo alquiló al clero para que éste reubicara ahí el Seminario de San José. El edificio terminó siendo adquirido otra vez por la Iglesia; en 1890, al amenazar ruina, fue demolido y levantado en su lugar uno nuevo que se concluyó en 1902, proyectado por el arquitecto Antonio Arróniz. Actualmente es ocupado por la comandancia militar.

La urgente necesidad de contar con un inmueble digno para representaciones teatrales, realizadas desde tiempos antiguos en jacalones improvisados, llevó al gobernador Santos Degollado a expedir un decreto, en 1855, para levantar el teatro que acabaría llevando su nombre; Jacobo Gálvez fue su principal realizador. Suspendida su construcción en varias ocasiones por lo agitado de las circunstancias, se inauguró en septiembre de 1866, aún sin concluir, con la representación de "Lucía de Lammermoor" y la cantante mexicana Ángela Peralta desempeñando el papel principal.

En lo que respecta a los cementerios de Guadalajara, el más antiguo fue el anexo al templo de San Francisco, que funcionó hasta 1861. Años más tarde fue convertido en jardín público. Otros panteones decimonónicos fueron el de Nuestra Señora de los Ángeles, abierto en 1829 por los franciscanos muy cerca de Agua Azul; el de Mexicaltzingo y el de Guadalupe, así como el de Belén o de Santa Paula, anexo al Hospital Civil, inaugurado al mediar el siglo XIX y cuyo diseñador principal fue el arquitecto Manuel Gómez Ibarra. Con la apertura de este último panteón se comenzaron a levantar magníficos monumentos funerarios para rendir culto a los muertos, como fue el caso del mausoleo de la familia Corcuera, diseñado por Jacobo Gálvez.

Entusiasmo educativo

Recién llegado al poder, en mayo de 1887, Ramón Corona expidió un Reglamento para la Instrucción Primaria y creó escuelas

nocturnas para adultos. Más tarde, en 1889, expidió la Ley Orgánica de Instrucción Pública, que dividió la educación oficial en tres niveles: primaria u obligatoria, secundaria o preparatoria y profesional o superior.

Ese mismo año se llevó a cabo el Primer Congreso Nacional de Instrucción en la capital del país, con la finalidad de unificar programas; Luis Pérez Verdía, presidente de la Junta Directiva de Estudios, asistió con la representación de Jalisco. Luego se celebró otro, en febrero de 1891, que pretendía mejorar la preparación de los maestros. Esto dio como fruto la creación de la Escuela Normal de Jalisco, el 1 de noviembre de 1892, gracias al entusiasmo de un grupo encabezado por Enrique C. Rébsamen, y desde enero de 1893, la reorganización de los planteles oficiales de enseñanza primaria con arreglo al funcionamiento de la escuela práctica anexa a la Normal. Además, en junio de ese año, se creó la Dirección de Instrucción y Beneficencia Pública.

Corona promovió también una reestructuración a fondo de la educación superior, que hizo cursar la carrera de medicina en cinco años y la de farmacia en cuatro, equipándose a la escuela con bibliotecas, anfiteatros y laboratorios. Además, la enseñanza se dividió en dos secciones: que se recibiría en las aulas y otra en el Hospital de Belén a manera de práctica.

La Escuela de Jurisprudencia, en cambio, no fue objeto de grandes reformas y su población escolar se mantuvo más estable. En la Ley Orgánica de 1889 se dispuso que dichos estudios duraran seis años. Funcionó también en Guadalajara una Escuela de Jurisprudencia de la Sociedad Católica.

Un tercer establecimiento de educación superior en Guadalajara fue la Escuela de Ingenieros, donde se seguían carreras de ingeniero electricista, topógrafo y geógrafo; pero el número de matriculados fue mínimo y su presupuesto mayor al de la Escuela de Jurisprudencia, lo que dio lugar a su cierre en 1896.

La Escuela de Artes y Oficios, motivo de interés especial por parte de Ramón Corona, continuó mantenida por el erario, aunque obtenía algunos ingresos adicionales con la venta de objetos que ahí fabricaban.

Durante la administración de Corona hubo importantes reformas educativas y aumentó el número de alumnos; sin embargo, al iniciar el gobierno de Luis C. Curiel se observó un cierto descenso. Comoquiera, a partir de 1903 nuevos bríos se dejaron sentir en el ramo educativo, llegando la población escolar a 50 mil alumnos.

En 1894 se reorganizaron a fondo los liceos y se estableció un ciclo de cinco años. El de varones preparaba para las carreras profesionales existentes y en el de niñas se cursaban las carreras de normal, telegrafista y contador. Asimismo, se modificó la Ley Orgánica de la Enseñanza de la Medicina, dictada por Pedro A. Galván en 1891, al incluir los estudios para dentista, partera y enfermera, con duración de dos años.

En 1903 el coronel Miguel Ahumada emitió una nueva Ley Orgánica que dividió la educación oficial en tres secciones: primaria, secundaria y profesional. Dispuso además la clausura del Liceo de Niñas, quedando únicamente el Liceo de Varones como institución de segunda enseñanza, mismo que tomó el nombre de Liceo del Estado. Al suprimirse el plantel educativo para niñas, las dos normales se fusionaron en una sola; había, además, otras dos instituciones particulares formadoras de docentes incorporadas al gobierno: la Escuela Normal Católica y el Instituto Colón.

Debido al carácter prioritariamente comercial de Guadalajara y queriendo llenar el vacío que dejó la clausura del Liceo de Niñas, el gobernador Ahumada decidió, en 1906, la creación de la Escuela Comercial e Industrial para Señoritas, que años más tarde preparó también auxiliares de farmacia. Aunque esta escuela matriculó en su año de apertura 284 alumnas, para 1909 estaban inscritas sólo 260.

Los maestros empezaron a asociarse para mejorar su papel en la sociedad. En 1905 se fundó la Sociedad Cooperativa de Profesores y Empleados de Instrucción, donde los docentes depositaban un porcentaje de su sueldo y accedían a préstamos y pequeñas utilidades. Un hecho importante registrado en septiembre de 1910, en la celebración del centenario de la Independencia, fue el Primer Congreso Pedagógico Jalisciense, donde se hizo explí-

cita la preocupación por "mejorar la raza indígena" y organizar las escuelas primarias.

Iglesia de mejor talante

A partir de la aplicación de las leyes de Reforma, que se hicieron constitucionales en 1873, puede decirse que el clero fue reconquistando poco a poco muchos privilegios. Cuando en 1869 Pedro Loza y Pardavé se convirtió en segundo arzobispo de Guadalajara, dada su característica mesura, de manera discreta comenzaron a desarrollarse estrategias para soslayar las leyes, evitando siempre el enfrentamiento con el gobierno. En 1871, tras haber participado en el Concilio Vaticano Primero, Loza se dio a la tarea de promover la creación de escuelas de primeras letras anexas a las parroquias del medio rural, donde el Estado estaba obligado a ser más transigente, y en 1874 logró abrirse la primera en Guadalajara.

El número de instituciones educativas fundadas por Loza en Guadalajara llegaban a ocho en 1876, y para 1898 alcanzaron a ser diez más. Los establecimientos ubicados en esta ciudad eran financiados íntegramente por el arzobispo, mientras que los instalados en el resto del estado eran sostenidos mayormente por la feligresía.

La política impuesta por Loza le resultó muy fructífera, pues, además del apoyo de sus fieles, le ganó un gran respeto de la autoridad civil. Así se vio en 1888, en ocasión de la fastuosa celebración de sus bodas de oro sacerdotales, en la que el gobierno prestó su abierta colaboración para su lucimiento y buen orden. Igualmente, cuando el arzobispo falleció, a fines de 1898, el gigantesco cortejo fúnebre fue encabezado por el mismo gobernador Curiel.

En febrero de 1900, Jacinto López y Romo, oriundo de Encarnación, Jalisco, fue nombrado sucesor de Loza, pero murió el último día del mismo año, cuando apenas había aprobado un nuevo plan de estudios para las escuelas parroquiales y comenzado la construcción de un edificio para la Escuela Normal de Profesores Católicos. El sucesor, cuarto arzobispo de Guadalajara a partir de 1902, fue José de Jesús Ortiz, nacido en Pátzcuaro.

Catolicismo social

Durante la primera década del siglo xx comenzaron a hacerse evidentes los anhelos de mayor preeminencia eclesiástica, tras la promulgación en 1891 de la encíclica *Rerum Novarum,* de León XIII. Este documento, que condenaba los excesos del capitalismo y pugnaba por mejores relaciones obrero-patronales, dio pie a que la Iglesia mexicana sobrepasara con mucho la preocupación gubernamental por mejorar el nivel de vida de los trabajadores.

En 1902 tuvo lugar en Guadalajara el Primer Congreso Nacional Católico, inspirado en la referida encíclica, en el que sobresalió Miguel Palomar y Vizcarra por su propuesta para establecer cajas de ahorro para trabajadores. Motivado también por este congreso, el arzobispo dispuso una equitativa distribución de los diezmos en las escuelas parroquiales. Asimismo, ordenó la reorganización del *Boletín Eclesiástico* y autorizó la creación de *El Regional,* el primer diario católico de Guadalajara.

En octubre de 1906 se celebró, también en la capital jalisciense, el Tercer Congreso Católico Nacional y Primero Eucarístico, el cual planteó la obligación patronal de dar un mejor trato al obrero, concederle descanso dominical, crear escuelas para sus hijos y pagarle un salario justo. Sin embargo, algunos canónigos se mostraron contrarios a tales resoluciones, sobre todo la referente al pago.

Desde que fue celebrado el Primer Congreso Católico Nacional se produjo una creciente desobediencia a las leyes del culto externo por parte de los párrocos foráneos. Esto obligó a que, al mediar 1906, el gobierno del estado reimprimiera y diera a conocer el texto legislativo que prohibía la celebración de actos de culto público en los atrios de los templos y en los cementerios. Comoquiera, para 1907 era perceptible que la Iglesia intervenía ya abiertamente en toda clase de actividades, haciendo caso omiso a las disposiciones gubernamentales. De hecho, la arquidiócesis de Guadalajara estaba a la cabeza de un movimiento que empezó a promover cambios en las relaciones sociales, económicas y políticas de los jaliscienses.

El último Congreso Católico Nacional tuvo lugar en la ciudad de Oaxaca a principios de 1909. En él se propuso instituir la jornada máxima de trabajo de siete, ocho o nueve horas, según el sexo y la edad del trabajador, y también se trató de los accidentes de trabajo y el derecho de huelga. Pero los obispos y arzobispos que asistieron firmaron después una carta pastoral para atenuar los planteamientos.

Estos cuatro congresos pretendían que la Iglesia volviera a desempeñar en la vida pública nacional el preponderante papel de antaño. En consecuencia, también en 1909, se fundó en la ciudad de México el Círculo Católico Nacional "para preparar a los católicos en la necesaria actuación política". De hecho, esta agrupación apuntaba a la fundación de un partido católico, lo que pudo hacerse el 3 de mayo de 1911, cuando la caída del presidente Díaz era inminente.

IV. LA REVOLUCIÓN Y LA UNIDAD NACIONAL

Tímida insumisión

APENAS ALGUNAS PROTESTAS ESTUDIANTILES del Liceo de Varones y una que otra huelga reprimida de inmediato fueron las manifestaciones de oposición a la dictadura de Porfirio Díaz antes de 1908. Críticos abiertos y persistentes del sistema eran solamente algunos jóvenes como Miguel Mendoza López, Roque Estrada e Ignacio Ramos Praslow, quienes formaban parte de un escuálido Partido Obrero Socialista y publicaban un modesto boletín llamado *La Aurora Social,* que fue seguido de *El Obrero Socialista.*

Igual que en muchas otras partes de México, la calma terminó cuando el propio Díaz le dijo a un periodista norteamericano que su deseo era retirarse pronto y que surgiera un partido de oposición en las elecciones de 1910. Saltaron entonces a la palestra diversos grupos de clase media y profesionales. Uno de ellos organizó en Jalisco el Club Político Pedro Ogazón, para promover que el general Bernardo Reyes ocupara la vicepresidencia de la República y sucediera al casi octogenario presidente cuando éste renunciara o falleciera. El reyismo se convirtió en una corriente de tan rápido crecimiento, que el propio Díaz prefirió aniquilarla de tajo enviando a Reyes a Europa y promover a Ramón Corral para que ocupara su lugar. Mas al presentarse Corral en Guadalajara al comienzo de 1910 para hacer campaña política encontró muy poco respaldo. Por su parte los reyistas y su inconformidad asumirían otros canales que el gobierno no podría controlar.

En diciembre de 1909, Francisco I. Madero había hecho acto de presencia en Guadalajara y, a pesar de las trabas gubernamentales, pudo efectuar un mitin que resultó sumamente concurrido. Pero aún mayor asistencia consiguió en mayo de 1910, cuando

visitó la capital jalisciense ya como candidato formal a la presidencia de la República y esgrimiendo, entre otros, su planteamiento de "Sufragio Efectivo. No Reelección".

Antes de las elecciones que tuvieron lugar en julio de 1910, fueron encarcelados los principales opositores, con lo que aumentó la inconformidad general. Animado por ello, Madero escapó a Estados Unidos y promulgó su Plan de San Luis, en el cual declaraba nulas las votaciones, desconocía a Porfirio Díaz y se proclamaba presidente provisional. Además, exhortaba al pueblo a tomar las armas el 20 de noviembre, con la promesa, entre otras, de restituir a los campesinos las tierras que les habían sido arrebatadas por los latifundistas.

La revuelta en Jalisco se presentó muy tímida y solamente en el centro y en el sur. Por el rumbo de Ahualulco, el cabecilla Ramón Romero fue sometido rápidamente, mas no así Cleofas Mota, quien se movía con mucha agilidad entre Zapopan y Ciudad Guzmán. Las acciones de este último coadyuvaron a provocar la caída del gobernador Manuel Cuesta Gallardo, quien acababa de suceder a Miguel Ahumada. Fue sustituido por José Cuervo, pero las protestas no aminoraron hasta el 25 de mayo de 1911, cuando el general Porfirio Díaz renunció a la presidencia de la República y dejó provisionalmente el cargo en manos de Francisco León de la Barra, ministro de Relaciones Exteriores. A su vez, Madero nombró como gobernador provisional de Jalisco a David Gutiérrez Allende, en tanto que Roque Estrada, fiel partidario de Madero, quedó como secretario general de Gobierno.

El presidente interino, en su afán de salvar al régimen, se dio a la tarea de fortalecer al ejército federal, mientras Madero promovía la desarticulación del Partido Antirreeleccionista para dar paso al Constitucional Progresista, originando una profunda escisión entre sus seguidores. En Jalisco también cundió el desconcierto tras la dimisión de casi todos los diputados y la desaparición de 43 ayuntamientos.

Católicos de partido

El 1 de agosto, con la renuncia del maderista Gutiérrez Allende, De la Barra nombró como gobernador provisional a un partidario suyo, Alberto Robles Gil, plenamente identificado con el recién creado Partido Católico. Este partido se sumó al abrumador triunfo electoral de Madero para ser presidente, mas no ganó su candidato a la vicepresidencia, Francisco León de la Barra, sino el tabasqueño José María Pino Suárez.

Al asumir Madero el mando, el gobierno de Jalisco convocó a elecciones municipales para el 5 de noviembre de 1911. El Partido Católico obtuvo una gran mayoría de ayuntamientos, triunfo que refrendó en marzo de 1912, cuando llenó el Congreso local con afiliados. Con tal ventaja, se dio a la tarea de modificar la Ley de Instrucción Pública para dar validez a los estudios particulares sin necesidad de incorporarse a los oficiales. Por otro lado, el arzobispo José de Jesús Ortiz falleció en junio de 1912 y fue inhumado en el interior de la catedral sin que se presentase impedimento alguno. Además, en el mismo mes Madero prohijó que la mitad de los diputados federales por Jalisco fuesen comulgantes con el PCN.

En los comicios para gobernador, celebrados en noviembre de 1912, resultó electo José López Portillo y Rojas, gracias a que su programa coincidía con el Partido Católico. Tomó posesión de su cargo el 23 de octubre de 1912, con facultades extraordinarias y con el ánimo de pacificar la entidad a como diera lugar. En consecuencia, consiguió armas a bajo precio para terratenientes y comerciantes y promovió que éstos formaran sus propias guardias. Pero tuvo poco éxito en su empresa. La agitación más bien aumentaba por causa de la misma represión y porque los cambios promovidos por Madero eran demasiado tibios para circunstancias tan apremiantes. Así, en diciembre de 1912, Huejuquilla fue asaltada por una partida de orozquistas y Cocula fue tomada por simpatizantes de Félix Díaz. Guadalajara, a su vez, se convirtió en escenario de una gran huelga de ferrocarrileros.

La transición a la democracia había sembrado el temor entre los

grupos oligárquicos, quienes se sumaron a la campaña orquestada por el embajador de Estados Unidos en contra del gobierno establecido. Su culminación fue el golpe de Estado que acabó entronizando al general Victoriano Huerta en la presidencia en febrero de 1913, tras el asesinato del presidente Madero y del vicepresidente Pino Suárez. En Jalisco, sólo algunas pequeñas muestras de inconformidad produjeron tales acontecimientos, mientras que no faltaron militantes del Partido Católico que apoyaron ostentosamente a los golpistas.

Pero en otras latitudes la asonada huertista provocó un mayor encono. El gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza, proclamó el Plan de Guadalupe, que desconocía la usurpación y anunciaba la conformación del Ejército Constitucionalista, del que se proclamó su primer jefe.

Lo que sí despertó gran interés en Guadalajara fue el arribo del nuevo arzobispo Francisco Orozco y Jiménez, a quien se dio una espectacular bienvenida el 9 de febrero de 1913. El prelado procedía de Chiapas, donde había tenido muchos problemas a causa de su belicosidad. Su llegada acrecentó la soberbia del Partido Católico y el desacato a las leyes del culto vigentes. En enero de 1914, a pesar de la prohibición expresa del propio gobernador López Portillo, se llevó a cabo una fastuosa marcha religiosa encabezada por el sacerdote. El mandatario lo acusó de desacato a la autoridad civil, echándose encima al Congreso local y a todo el Partido Católico Nacional. Finalmente, López Portillo fue llamado al gabinete de Huerta y dejó al general José María Mier como encargado del poder ejecutivo, lo que incrementó aún más la influencia de Orozco y Jiménez.

La "bola" constitucionalista

La lucha contra Huerta no se generalizó en la entidad hasta junio de 1913 con las correrías de Enrique Estrada, Lauro Haro y los hermanos Roberto y Manuel Moreno; pero la verdad es que carecieron de la fuerza para desestabilizar al gobierno del estado, máxi-

me que algunas medidas en favor de los obreros tomadas por el presidente mantuvieron a éstos al margen de la insurrección. Pero el 8 de julio de 1914, previos combates cerca de Tequila, el Ejército Constitucionalista, encabezado por Álvaro Obregón, hizo su entrada triunfal en Guadalajara. Con antelación el general Manuel M. Diéguez había sido nombrado gobernador de Jalisco. Asimismo, antes de que los revolucionarios ocuparan la ciudad, el gobernador Mier había partido con sus tropas, pero fue alcanzado y vencido por un contingente al mando del general Lucio Blanco en un punto denominado El Castillo, donde el propio Mier resultó muerto.

Huerta comprendió que la entrada de los constitucionalistas en Guadalajara significaba el camino franco a la capital del país, por lo que renunció siete días después. De esta manera, a mediados de agosto, Obregón y su ejército arribaron a la ciudad de México y, el 20 del mismo mes, se le brindó un apoteósico recibimiento a Venustiano Carranza.

Una vez en el poder, Diéguez se dio a la tarea de plantear un ambicioso conjunto de reformas que comenzó por suprimir los cantones y departamentos, a fin de fortalecer a los municipios, y ordenar un aumento generalizado de sueldos a los maestros y otros empleados públicos. Asimismo, ante el apremio de la falta de circulante, dispuso la inmediata emisión de papel moneda.

Las medidas dictadas por Diéguez minaron sensiblemente la hegemonía del clero y de las organizaciones afines. Entre otras, el gobernador autorizó y alentó a los ayuntamientos para que utilizaran edificios eclesiásticos como escuelas y el 4 de septiembre promulgó la secularización completa de la enseñanza elemental. Además, dispuso la creación de la Escuela Preparatoria de Jalisco con el mismo plan de estudios de la Nacional.

Tras el rompimiento de Francisco Villa y Carranza, la Soberana Convención de Aguascalientes desconoció a este último como presidente provisional y en su lugar nombró a Eulalio Gutiérrez, en octubre de 1914. Estas decisiones debilitaron en forma considerable la posición de Diéguez en Jalisco. Así que cuando Villa arremetió contra Guadalajara, con el beneplácito de la oligarquía esta-

tal, Diéguez tuvo que retirarse a Ciudad Guzmán y Villa nombró gobernador de Jalisco a Julián Medina.

En los primeros días de 1915, Diéguez retornó a Guadalajara con su ejército fortalecido y se posesionó de la ciudad; no obstante, el 30 de enero, cuando parecía que se había limpiado a Jalisco de villistas, Julián Medina irrumpió en el corazón mismo de la capital tapatía, pero de inmediato fue rechazado.

Nuevas incursiones hicieron retroceder por segunda vez a Diéguez hasta Ciudad Guzmán, y el 11 de febrero de 1915 las tropas de Villa ocuparon otra vez Guadalajara. Finalmente, buscando mejor refugio, Diéguez se instaló en Colima. Como el grueso de los villistas partió al norte para combatir a Pablo González, quedando a cargo de la compañía en Jalisco Julián Medina, Rodolfo Fierro y Calixto Contreras, el 18 de abril Diéguez arremetió de nuevo y logró posesionarse de Guadalajara al recibir el refuerzo enviado por Carranza, tan sólo unos días después de la derrota que Obregón propinara al "Centauro del Norte" en Celaya. Con esto el constitucionalismo se asentó de manera definitiva y dio lugar a que las nuevas leyes fueran por fin llevadas a la práctica. Entre los nuevos preceptos, la legalización del divorcio fue el que encontró mayor oposición; sin embargo, también fue trascendente la modificación a la enseñanza primaria emprendida en julio de 1916, que dio lugar, según informó el propio Diéguez en 1919, a que en Jalisco se llegara a casi novecientas escuelas, lo que constituyó un aumento sin precedentes en 65% sobre las que había en 1914. De igual modo, recibieron especial impulso las escuelas de Medicina, Derecho, Artes y Oficios, Comercial e Industrial para Señoritas, y se dispuso la creación de la Escuela Dental de Jalisco, que abrió sus puertas en el mismo año de 1919.

El furor por la organización de los diferentes gremios de obreros había culminado en junio de 1915 con el establecimiento en Guadalajara de la Casa del Obrero Mundial, encabezada en un principio por Esteban Loera. Los primeros obreros afiliados en Jalisco fueron los de la empresa telefónica, las empresas textiles de Atemajac y La Experiencia, y la fábrica de papel de El Batán, entre otras.

Al principio Diéguez no vio con malos ojos tales actividades

sindicales, pero cambió de actitud al finalizar el año cuando las huelgas se declararon por doquier. Así, el 21 de enero de 1916, el gobierno intervino en la suspensión de la Compañía Eléctrica de Chapala, obligando a los trabajadores a volver a su trabajo y encarcelando a sus líderes.

La Ley Agraria que promulgó Carranza en Veracruz, el 6 de enero de 1915, fue adoptada en Jalisco en marzo del mismo año; pero resultó poco convincente e, incluso, causó algunos problemas por la invasión de tierras. Diéguez pidió entonces al Congreso Constituyente que se elevara a rango constitucional la dotación de tierras a campesinos pobres que carecieran de ellas. Así quedó consagrado en la Carta de 1917.

Nuevo orden constitucional

Ya como presidente de la República, en abril de 1917, Carranza solicitó a cada estado que celebrara elecciones para establecer los poderes. Jalisco fue una de las primeras entidades que cumplió y, después de haber triunfado por un amplio margen en los comicios, Diéguez tomó posesión el 1 de junio de 1917. La Constitución del estado, firmada el 8 de julio siguiente, estableció que el gobernador ejercería el poder por cuatro años, lo mismo que los magistrados del Supremo Tribunal de Justicia, mientras que la Cámara de Diputados sería renovada cada dos.

A escasos 19 días de promulgada la Constitución, desde su exilio en los Estados Unidos, el episcopado mexicano emitió un comunicado en contra de la Carta por el menoscabo que se hacía de la libertad religiosa y los derechos de la Iglesia. Para evitar un conflicto en ese momento, Carranza dejó sin reglamentar los artículos que más incomodaban al clero. Solamente en Jalisco se acrecentaron las tensiones debido a la subversión y clandestina presencia del arzobispo Orozco y Jiménez, quien hacía llamados a su feligresía para desconocer la Constitución y tachaba de sacrílegos sus preceptos. A tal punto llegaron las cosas, que las autoridades decidieron, en mayo de 1918, el cierre temporal de algunos templos y

pusieron un límite al número de sacerdotes, quienes, para ejercer, debían estar previamente registrados en la Secretaría de Gobierno del estado. Finalmente, el arzobispo fue capturado y expulsado del país en julio de 1918. La suspensión de cultos continuó hasta el 4 de febrero de 1919, cuando Diéguez fue persuadido por Carranza a derogar los decretos conflictivos.

Nuevas organizaciones y partidos

Al amparo de la nueva Constitución, las organizaciones de trabajadores cobraron nuevo impulso. En 1918 fue creada la Confederación Regional Obrero Mexicana (CROM), que ejercería por más de una década una influencia muy notable en todo el panorama nacional. En Jalisco tardó un poco en hacer sentir su fuerza; pero cuando se asoció con la Casa del Obrero Mundial y el Centro Radical Femenino, pudo afrontar con éxito la campaña antisindicalista encabezada por la Iglesia.

En octubre de 1918, cuando el campo parecía limpio de rebeldes y bandidos y menguaban las pasiones religiosas, fue lanzada la convocatoria para elegir gobernador. Salió triunfador Luis Castellanos y Tapia, acaudalado terrateniente de Ocotlán, quien gozaba del apoyo de Carranza, ahora con marcada preferencia por los civiles que no hubiesen participado directamente en la contienda. Castellanos tomó posesión el 1 de marzo de 1919, cuando nuevos nubarrones se asomaban en Jalisco por causa de las próximas elecciones presidenciales. En junio, Álvaro Obregón anunció su candidatura en contra de Carranza, quien apoyaba al ingeniero Ignacio Bonilla.

La mayoría de los jaliscienses prefería a Obregón, en cuyo respaldo se crearon varios partidos políticos. Lo mismo parece haber ocurrido en todo el país, por lo que sobrevino la consabida revuelta. Carranza huyó finalmente de la capital, pero fue asesinado en Tlaxcalantongo.

El mismo día de su entierro —24 de mayo de 1920—, el Congreso General nombró presidente provisional a Adolfo de la Huer-

ta. Así lo habían propuesto los obregonistas en el Plan de Agua Prieta, promulgado el 23 de abril anterior, cuando se acusó a Carranza de traicionar al movimiento constitucionalista. Quedó así abierto el camino para la ascensión de Obregón.

En Jalisco, Ignacio Ramos Praslow se convirtió en gobernador por espacio de tres meses, a partir del 12 de mayo de 1920, durante los cuales promulgó una Ley Orgánica de Instrucción Pública que reunió diferentes disposiciones anteriores y creó, además, un tipo de escuelas sostenidas por los empresarios para sus trabajadores conocidas como Artículo 123. Asimismo, se dio a la tarea de quitar de la administración pública a cuanto carrancista hubiera en ella.

De la Huerta, por su parte, prefirió agrupar a todos los revolucionarios, logrando que en la entidad se diera forma a la Gran Confederación de Partidos Revolucionarios de Jalisco, que promovió la gubernatura interina de Francisco Labastida Izquierdo y respaldó la candidatura presidencial de Obregón, quien finalmente tomó posesión el 1 de diciembre de 1920.

Sindicalización y reparto agrario

Obregón emprendió de inmediato el reparto de tierras a los campesinos y propuso validar los artículos 3, 27 y 123 de la Constitución, ganándose con ello el apoyo de las agrupaciones obreras.

Para suceder a Labastida triunfó Basilio Vadillo; pero los seguidores de Salvador Escudero, uno de los perdedores, se inconformaron con los resultados, desconocieron al gobernador Labastida y, el 1 de marzo de 1921, mientras Vadillo tomaba posesión de su cargo en Guadalajara, Escudero y sus candidatos a la XXVII Legislatura de Jalisco, realizaban una ceremonia similar en Chapala. Fue necesario el explícito respaldo de Obregón a Vadillo para que Escudero y los suyos arriaran banderas.

Sin embargo, el nuevo gobernador no pudo ejercer sus funciones en paz ante las correrías por Autlán del célebre bandolero Pedro Zamora y de otras gavillas. Aunado a esto, una huelga ferrocarrilera empeoró la situación urbana, que ya se había vuelto de

por sí crítica tras el cierre de algunas industrias y el despido de un crecido número de trabajadores.

Como la jerarquía eclesiástica no había cejado en su propósito de organizar una central obrera que contrarrestara al "sindicalismo rojo", en octubre de 1921 fue celebrado en Guadalajara el Congreso de Obreros Libres con representantes de todas las uniones católicas del país. Dicho Congreso emitió una condena a los "obreros rojos" de la CROM y de la recién creada Confederación General de Trabajadores (CGT), y se votó en favor del mutualismo como forma de organización laboral, con el consiguiente rechazo al sindicalismo.

Laicos o católicos

Fue la concertación de diversos grupos lo que permitió a Vadillo ser gobernador; sin embargo, a mediados de junio de 1921 se hizo patente la ruptura del grupo encabezado por José G. Zuno y los miembros del Partido Liberal Jalisciense con el mandatario tras la destitución del presidente municipal de Guadalajara, Alfredo Romo, y la designación para diferentes puestos administrativos de personas ajenas al medio político de la entidad. La secuencia de conflictos terminó el 14 de febrero de 1922, cuando el Congreso desaforó al gobernador. Vadillo solicitó un amparo, mas le fue negado a causa de las presiones zunistas. El 18 de marzo Antonio Valadez Ramírez fue nombrado gobernador interino por la legislatura local.

Su primer acto fue promover a Luis C. Medina, amigo de Zuno, para presidir el ayuntamiento de Guadalajara; pero la actitud tolerante de Medina con los grupos socialistas que se manifestaban en la vía pública, causando disturbios y chocando con las organizaciones católicas, ocasionó pronto su destitución. El propio Zuno ocupó entonces el cargo, perfilándose así para el ulterior ascenso a la gubernatura.

En abril de 1922 había tenido lugar en Guadalajara el Congreso Nacional Obrero, presidido por el arzobispo Francisco Orozco y Jiménez, cuya celebración autorizó el mismísimo presidente. Tal

actividad, junto a la realización de otros encuentros de obreros católicos, fortaleció sobremanera la influencia clerical en los asuntos laborales, provocando algunos choques entre trabajadores católicos y "rojos". Los primeros serían apoyados por el empresariado, mientras que los últimos, principalmente por las autoridades estatales y los intelectuales que habían constituido el Centro Bohemio, que se habían convertido ya en auténticos rectores de la política local.

Zuno obtuvo un triunfo abrumador en las elecciones celebradas en noviembre de 1922, y asumió el cargo el 1 de marzo siguiente en medio del entusiasmo general. No obstante, la unidad terminó abruptamente cuando llegó el momento de elegir candidato a la presidencia de la República, ya que Plutarco Elías Calles y Adolfo de la Huerta se repartían las simpatías en Jalisco.

En septiembre de 1923, De la Huerta renunció al Ministerio de Hacienda para levantarse en armas, mientras que en Jalisco Enrique Estrada, su partidario, tomaba rápidamente Guadalajara en abierta rebeldía contra el presidente Obregón y el gobernador Zuno, al tiempo que éste abandonaba la ciudad, dejando claramente establecida su filiación obregonista.

A fin de cuentas, las fuerzas gubernamentales impusieron el orden y el 12 de febrero de 1924 instalaron nuevamente a Zuno en el Palacio de Gobierno. Por su parte, Estrada y De la Huerta huyeron a Estados Unidos, pero Manuel M. Diéguez fue capturado y pasado por las armas en Chiapas. Cabe destacar que, para salir triunfante, Obregón contó con el auxilio de unos 10 mil agraristas.

No obstante, la victoria obregonista no trajo la tranquilidad a Jalisco, sobre todo porque el triunfante gobierno de Plutarco Elías Calles buscaría el control completo de las entidades federativas. Varias organizaciones obreras darían su apoyo incondicional al gobernador, ayudándole a enfrentar los ataques del centro y de la propia CROM.

En favor de los intereses gremiales, Zuno había expedido el 31 de julio de 1923 la Ley del Trabajo del Estado de Jalisco, tendiente a reglamentar las relaciones obrero-patronales y el derecho de huelga. Asimismo, había promovido la creación de una nueva central

obrera, tras la escisión de los sindicatos jaliscienses adheridos a la CROM. Así, en septiembre de 1924, se formó un nuevo organismo, encabezado por Esteban Loera, que fue denominado Confederación de Agrupaciones Obreras Libertarias de Jalisco (CAOLJ).

El sindicalismo clerical estaba derrotado y ahora sobrevendría la pugna abierta de los "rojos" de la CAOLJ con los "amarillos" de la CROM. Esta última contaría con el beneplácito de Calles y sería prácticamente dirigida por el ministro de Industria, Comercio y Trabajo, Luis N. Morones, mientras que la CAOLJ estrecharía lazos con la corriente obregonista, representada por Zuno.

Durante su gestión, Zuno procuró acelerar el reparto agrario. Sin embargo, en la mayoría de los casos la tierra repartida era poco fértil, a lo que se sumaba la falta de riego y aperos de labranza, con lo que la situación de los campesinos continuó siendo en verdad crítica.

Algunas disposiciones de Zuno en materia religiosa causaron irritación entre importantes sectores de la población, como lo fue prohibir que se reunieran agrupaciones de filiación católica. La situación se agravó cuando el presidente Obregón expulsó otra vez del país a Orozco Jiménez, en mayo de 1924, porque éste no se avenía a la idea obregonista de que contemporizaran la Iglesia y el Estado. Aparecieron entonces algunos brotes armados en Mazamitla y Sayula, haciéndose necesario el desplazamiento del general Lázaro Cárdenas, jefe de operaciones militares en el estado, para imponer el orden.

En 1924 se propuso la reorganización de la educación primaria conforme a los postulados del nacionalismo educativo y los principios de la llamada "escuela de acción", lo que mereció también el repudio de la jerarquía eclesiástica, que no dejó de azuzar a la feligresía en contra de tales preceptos.

La política de Obregón respecto a las relaciones con la Iglesia no sirvió de ejemplo a Calles. Éste, desde que tomó posesión, manifestó su claro deseo de "limitar los poderes de la Iglesia y la amplitud de su acción social", promoviendo la expedición y aplicación de los requerimientos correspondientes a las leyes constitucionales del caso.

El gobernador Zuno, por su parte, no obstante sus conflictos con Calles, no vaciló en seguir su política anticlerical, con lo que se avivó en Jalisco el enfrentamiento entre el gobierno y la Iglesia, aun antes de que el presidente Calles decidiera poner en vigor a rajatabla las leyes de 1917.

Lo anterior propició que se organizara el Comité de Defensa Religiosa a finales de 1924, encabezado por Anacleto González Flores. A principios de 1925, convertido en Unión Popular, emitió un comunicado exhortando a una conducta firme, enérgica y valiente para afrontar la persecución religiosa. En febrero de ese mismo año, tuvo lugar en la ciudad de México un intento por crear la llamada Iglesia Católica Apostólica Mexicana. A pesar de que resultó fallido, sirvió para que varias asociaciones católicas se cohesionaran y el 9 de marzo dieran forma a la Liga Nacional para la Defensa de la Libertad Religiosa (LNDLR), que incitó abiertamente a pugnar por la derogación de los artículos constitucionales que lesionaban los intereses de la Iglesia. En Jalisco, Anacleto González Flores quedó como su delegado.

Frente a la actitud de Zuno en favor de que se cumplieran las leyes en materia religiosa, la liga llevó a cabo en Guadalajara un gran mitin de protesta por la "obra opresora del ejecutivo jalisciense". Más tarde, en agosto, reclamó airadamente a Calles los atropellos a la Iglesia. Iba preparándose así el terreno para la gran revuelta cristera, prueba de ello es que a mediados de 1925, Juan J. Jiménez y Victoriano Ramírez, el Catorce, ya se habían insurreccionado en San Miguel el Alto.

Motivo fuerte de resentimiento por parte del clero fue la fundación de la Universidad de Guadalajara, el 12 de octubre de 1925, ya que el Estado asumía con ello un mayor control de la educación superior. Para echar a andar la nueva casa de estudios, Zuno reunió a un buen número de intelectuales que habían pertenecido al Centro Bohemio, todos concordantes con la idea de "poner la cultura al alcance del pueblo". Poco antes de su inauguración, el 25 de septiembre, el gobernador decretó la primera Ley Orgánica de la Universidad de Guadalajara, al tiempo que designaba como su primer rector a Enrique Díaz de León.

Las narices del centro

Consecuencia del conflicto religioso fue el debilitamiento de Zuno, lo que aprovecharon sus contrarios para emprender nuevos ataques. Además, Calles se encargó de dividir su grupo ofreciéndole la gubernatura del estado a Alfredo Romo. El caso del mandatario jalisciense se llevó hasta el Congreso de la Unión, en donde se le acusó de reaccionario y delahuertista.

Para evitar que se declarara la desaparición de poderes en Jalisco, Zuno dimitió al cargo el 23 de marzo de 1926. Contra lo que se decía en México, su figura gozaba de un amplísimo respaldo entre la mayoría de los jaliscienses, como quedó demostrado por las enormes concentraciones populares de adhesión que se llevaron a cabo al conocerse su renuncia.

Para suplir a Zuno quedó Clemente Sepúlveda por espacio de tres meses: fue sustituido el 26 de junio por Silvano Barba González, a quien correspondió organizar los comicios para renovar el ejecutivo estatal. Resultó triunfador José María Cuéllar; mas no pudo tomar posesión de su cargo porque se le halló culpable de diversos delitos que lo inhabilitaban para ejercerlo.

En lugar de Cuéllar, el Congreso —controlado ahora por Calles— nombró a Daniel Benítez como gobernador, sólo que éste tampoco duró mucho a causa de su escaso conocimiento del medio. Fue sustituido por Margarito Ramírez, obregonista y amigo supuesto de Zuno, quien al principio conformó su gobierno con muchos zunistas, pero las cosas cambiaron apenas se consolidó en el poder. Entre otras cosas, desmanteló la Confederación de Partidos Revolucionarios de Jalisco y creó el Gran Partido Revolucionario de Jalisco, encabezado por él mismo, al que tuvo que afiliarse el propio Zuno.

El asesinato de Álvaro Obregón, en julio de 1928, debilitó sobremanera lo que quedaba del zunismo en Jalisco, dejando a Ramírez —amigo también de Calles— como el hombre fuerte para encabezar a los revolucionarios jaliscienses, "unidos para cumplir los ideales de Obregón", pero bajo la tutela del presidente Calles.

A principios de 1929, el gobierno de Jalisco remarcó su filiación

callista al patrocinar la agresión a un grupo de partidarios de la candidatura de José Vasconcelos a la presidencia de la República que esperaban el arribo de éste a Guadalajara. Sin embargo, estos hechos ayudaron mucho a la caída de Ramírez, quien, el 8 de agosto de 1929, cedió a José María Cuéllar la gubernatura del estado. Ello representó un cierto repunte zunista, que además contaba con el apoyo del ya candidato oficial a la presidencia, Pascual Ortiz Rubio.

¡Viva Cristo Rey!

Por otra parte, a lo largo de casi tres años —de agosto de 1926 a junio de 1929—, los alzamientos al grito de ¡viva Cristo Rey! en contra del gobierno se recrudecieron en la entidad, sobre todo en los primeros meses de 1927 cuando se extendieron a una buena parte del estado. A raíz de que los rebeldes detuvieron e incendiaron un tren en las inmediaciones de La Barca, en el que viajaban muchos pasajeros civiles y efectivos del ejército, el gobierno federal emprendió una campaña contra la revuelta con muchos más recursos, en especial en la región de Los Altos, donde estaba su meollo.

Resulta que en esta comarca predominaban los ranchos y no las grandes haciendas, por lo que sus habitantes resintieron sobremanera la irrupción de agraristas forasteros que atentaban contra sus pequeñas propiedades. Además, cabe recordar que sus habitantes eran tradicionalmente duchos en la monta de caballos y avezados en el manejo de las armas, lo cual hacía de ellos formidables combatientes. Agréguese a ello que precisamente por ser pequeñas las propiedades y estar bien delimitadas con lienzos de piedras, éstos ofrecieron muchas posibilidades de atrincherarse y esconderse, antes de que el gobierno recurriera a la aviación.

Al finalizar 1927, los cristeros abrigaban la esperanza de un triunfo total, máxime que se había incorporado a sus huestes Enrique Gorostieta, un general retirado muy eficiente. Sin embargo, la llegada al país de un nuevo embajador de Estados Unidos, Dwight W. Morrow, fue aprovechada por la jerarquía eclesiástica para que

abriera un cauce conciliador con el gobierno de la República. Los cristeros, que sufrieron importantes derrotas, con la consiguiente desmoralización de sus miembros, pasaron entonces a segundo término. De esta manera, al entablarse un diálogo directo entre la jerarquía eclesiástica y el Estado, durante el primer trimestre de 1928, la opinión de los rebeldes ni siquiera fue tomada en cuenta. Por otro lado, el optimismo de la LNDLR iría desvaneciéndose conforme avanzaba 1929, sobre todo por la negativa de los católicos estadunidenses a cooperar con su causa.

La llegada de Emilio Portes Gil a la primera magistratura del país, el 1 de diciembre de 1928, gracias a sus afanes conciliatorios, le abrió al clero la posibilidad de acabar con el conflicto sacando algún provecho. La LNDLR, ante sus fracasos, hizo un último intento de continuar la lucha manifestando su deseo de unirse a la rebelión escobarista escenificada en 1928, siempre y cuando se respetaran los planteamientos propuestos por la liga respecto a la cuestión religiosa. Pero la rebelión escobarista fue sofocada con rapidez al comenzar mayo de 1929.

Para el 7 del mismo mes, Portes Gil declaró a la prensa su buena disposición de llegar a un acuerdo con las altas autoridades eclesiásticas. En consecuencia, entre el 5 y el 21 de junio se produjeron varias entrevistas entre Portes Gil y el arzobispo de México, Leopoldo Ruiz, en las que determinaron la reanudación de los cultos, con la única condición de que su ejercicio se ajustara a las leyes vigentes. En el mes de junio murió Enrique Gorostieta, con lo que la LNDLR quedó acéfala y pudieron acelerarse las negociaciones de paz.

Concertados los Arreglos entre la Iglesia y el Estado, Pascual Díaz se convirtió en arzobispo de México, y Ruiz en delegado apostólico. Los templos se reabrieron el 29 de junio de 1929 y ese mismo día se entrevistaron Orozco y Jiménez y Portes Gil, dando por resultado que el arzobispo de Guadalajara fuese expulsado de nueva cuenta.

Las agresiones del clero a los preceptos educativos gubernamentales y a los maestros favorecieron que algunos grupos magisteriales procedieran a organizarse por primera vez. En 1926 se fundó la Unión de Educadores Jaliscienses y después la Unión de

Maestros, la Organización Regional de Maestros y la Federación Educacional Jalisciense. También se conformaron las primeras sociedades de padres de familia, con el objeto de coadyuvar al mejoramiento material de las escuelas, las cuales serían conocidas como Comités Proeducación. De este modo, en 1931 se observó una recuperación sensible del número de alumnos matriculados en las escuelas oficiales de Jalisco, alcanzándose la cantidad de 92 600 alumnos de primaria, jamás lograda hasta entonces.

Todos de una mano: El estatismo

Desde 1920, cuando Álvaro Obregón asumió la presidencia de la República, se había pensado en integrar a todos los revolucionarios en un partido político, pero no resultó posible hasta que sobrevino el interinato de Emilio Portes Gil. En marzo de 1929 se constituyó el Partido Nacional Revolucionario (PNR), por inspiración de Calles, en el mismo momento en que se postulaba a Pascual Ortiz Rubio como candidato a la presidencia de la República, quien saldría triunfante y tomaría posesión el 5 de febrero del año siguiente.

En Jalisco, a pesar de que el gobernador Cuéllar, con el apoyo del PNR y de su presidente estatal Basilio Vadillo, desde enero de 1930 se dio a la tarea de consolidar su posición política, visitando la mayoría de los municipios y estableciendo alianzas con numerosos grupos locales, Calles logró imponer como gobernador a Ignacio de la Mora, un jalisciense desarraigado que pronto fue destituido. En su lugar quedó Juan de Dios Robledo, con buenas relaciones en México y Guadalajara, quien ocupó el cargo a partir del 11 de septiembre de 1931, pero lo tuvo que dejar casi un mes después a José María Ceballos, para recuperarlo nuevamente el 17 de octubre del mismo año. Era evidente entonces la pugna por el control del PNR, en la que Calles le ganó la partida a Ortiz Rubio, con lo que el Maximato llegó a su más grande expresión.

Después de haber triunfado en las elecciones Sebastián Allende, candidato del PNR, tomó posesión como gobernador el 1 de

abril de 1932, ante el propio Plutarco Elías Calles, dando muestra de su conciliación con muchos obregonistas que no lo habían aceptado al principio. Allende, incluso, se entrevistaría después varias veces con el "Jefe Máximo" para recabar su parecer y obrar en consecuencia. Quizás el problema principal se lo causó el arzobispo Orozco y Jiménez, quien fue expulsado de nueva cuenta del país por andar promoviendo una segunda revuelta y no acatar los Arreglos de 1929. Posteriormente, la misma suerte corrieron el arzobispo de México y el delegado apostólico.

Desde mayo de 1933 varios diputados federales manifestaron su apoyo al general Lázaro Cárdenas para ocupar la silla presidencial a partir del 1 de diciembre de 1934, aunque en Jalisco, poco antes, un grupo encabezado por Allende y Jesús González Gallo, presidente del PNR local, se habían pronunciado en favor de Manuel Pérez Treviño. Pero en junio de 1933, arriaron banderas cuando Calles apoyó públicamente a Cárdenas precisamente en Guadalajara. Después, al llegar el momento de cambiar gobernador, con el respaldo de Calles lograron que Everardo Topete le ganara al candidato de Cárdenas, que era Silvano Barba González.

Cuando Lázaro Cárdenas asumió la primera magistratura del país, la dirigencia del PNR había elaborado un *Plan sexenal* que serviría de guía a su gestión. Se pretendía, además, que las administraciones estatales correspondieran a las acciones de la federal. En muchos lugares no se tuvo éxito, pero en Jalisco sí, gracias a la buena voluntad de Topete, quien tomó posesión el 1 de marzo de 1935.

La disputa por la educación

Uno de los campos donde Topete tuvo mayores problemas fue en el educativo. Desde 1932 se había observado un notable incremento de alumnos de primer nivel, mientras que el presupuesto del ramo era casi un millón de pesos menor que en 1928. Asimismo, comenzó a hablarse de la reforma al artículo 3° constitucional, al tiempo que arreciaba la campaña contra la injerencia del

clero en la enseñanza. El magisterio, por su parte, fue asumiendo un papel más activo después de 1932, cuando se fundó en Guadalajara la Confederación Mexicana de Maestros, la primera en su género en todo el país, a la cual se sumó, en junio de 1933, la Federación de Maestros de Jalisco. De esta manera, el profesorado quedó en buenas condiciones para enfrentar la intromisión de la Iglesia en su menester y lo que vino después al intentar implantarse la educación socialista.

Vale la pena señalar que en contra de la educación socialista surgieron importantes núcleos de estudiantes y maestros universitarios en varias ciudades del país. En Jalisco, la Federación de Estudiantes Universitarios se opuso al respaldo otorgado al gobierno por el comité local de la Confederación Nacional de Estudiantes Socialistas, que posteriormente se convertiría en el Frente de Estudiantes Socialistas de Occidente (FESO).

La división entre los universitarios sobrevino en octubre de 1933, a causa de los cambios introducidos en su casa de estudios por un importante grupo encabezado por el propio rector Enrique Díaz de León, quien después de participar en el Primer Congreso de Universitarios Mexicanos quiso aplicar en Guadalajara los acuerdos allí tomados en favor de la referida educación socialista. La disputa terminó en una gran huelga estudiantil, que llevó a la renuncia del rector y al cierre de la universidad, ahora provista de una nueva Ley Orgánica.

El 8 de octubre de 1934, la Cámara de Diputados dio a conocer la reforma al artículo 3° constitucional, la cual establecía que la educación sería ahora socialista. De inmediato comenzaron a oponerse por doquier diversos grupos de estudiantes y padres de familia. En Guadalajara, ante la arremetida estudiantil, el nuevo rector Manuel R. Alatorre y otros funcionarios terminaron por dimitir. Finalmente, el gobernador cerró de nuevo la universidad supuestamente para dar paso al Instituto Socialista de Altos Estudios, que nunca se hizo realidad.

Lejos de que la efervescencia despertada con las reformas moderara la postura gubernamental, ésta más bien tendió a radicalizarse. De esa manera, en enero de 1935, el presidente Cárdenas

promulgó otro Reglamento sobre Escuelas Particulares, a fin de que acataran lo ahora dispuesto en el nuevo artículo 3°, el cual prohibía que se manifestara en ellas cualquier culto o doctrina religiosa. Por conducto de la Unión Nacional de Padres de Familia (UNPF), el clero exhortó a que no se modificara el carácter de tales planteles o que se mandara a los hijos donde no lo hicieran. En consecuencia, a partir de febrero de 1935 casi todas las escuelas particulares acabaron por cerrar sus puertas.

A los tres días de que Topete asumió la gubernatura se produjo un choque callejero entre estudiantes universitarios, partidarios unos y enemigos otros de la política educativa gubernamental. La respuesta del mandatario, además de acusar a "los elementos fanáticos y a los estudiantes reaccionarios", fue prohibir categóricamente la celebración de cualquier otra manifestación pública. Entonces, la Federación de Estudiantes Universitarios de Jalisco emprendió la tarea de fundar una institución de estudios superiores que contara con el apoyo de los disidentes más acaudalados. Nació así la Universidad Autónoma de Occidente, que después se llamaría Autónoma de Guadalajara.

El reparto agrario y la central obrera

Por otro lado, durante el tiempo de Cárdenas se produjo una enorme distribución de tierras y se le dio mayor consistencia al ejido como unidad fundamental de la producción. En su apoyo, aparte del Banco Nacional de Crédito Agrícola, se fundó el de Crédito Ejidal, con la pretensión de que los ejidatarios dispusieran del financiamiento necesario. Igualmente se exhumó la Ley Federal de Tierras Ociosas, que se había promulgado en 1920, a fin de expropiar los terrenos que no se trabajaran. Asimismo, los campesinos procedieron a reunirse en gremios y sindicatos, lo que culminó con la creación de la Confederación Nacional Campesina (CNC).

Además de impulsar la reforma agraria, la confederación sirvió para ejercer un control mayor de los trabajadores del campo, en virtud de que se convirtió muchas veces en el único camino para

conseguir tierras, créditos, semillas y aperos, e, incluso, proteger la producción y su venta.

Los trabajadores fabriles se habían dividido y debilitado mucho en los últimos años. Si en 1927 una sola central llegó a tener 15 mil afiliados, para finales de 1934, entre todas las organizaciones existentes apenas sumaban unos 13 mil. Pero a partir de 1936 se logró darles a los obreros mayor cohesión al fundarse la Confederación de Trabajadores de México (CTM), que dejó fuera a la CROM y a la CGT, ya muy débiles. En julio de 1936, nació en Jalisco el capítulo de la CTM. Aunque no dejó de afrontar algunos problemas serios, el sindicalismo jalisciense alcanzó a partir de entonces un impulso muy notable.

A fin de fortalecer al presidente Cárdenas, el líder nacional del PNR, Emilio Portes Gil, dispuso en 1936 la creación de grupos de apoyo en todas las legislaturas estatales, dando como resultado que en Jalisco se formara de inmediato el Bloque Radical Cardenista. Por último, para acabar con las pretensiones de Calles de seguir siendo el *factotum,* Cárdenas lo expulsó del país sin mayores contratiempos.

Al saberse de la salida de Calles, un importante grupo de políticos encabezados por el cardenista Silvano Barba González comenzó a pugnar por la caída de Topete; sin embargo, la legislatura del estado le hizo patente un respaldo tan decidido que, a fin de cuentas, se sostuvo en el cargo hasta finalizar su periodo. Comoquiera, fue necesaria una visita del presidente a Jalisco, a mediados de 1936, para mostrar que eran buenas las relaciones entre ambos personajes. De ahí, por caso, la disposición de que el sistema educativo estatal y el federal fuese dirigido por una sola persona: el profesor Ramón García Ruiz.

Al clausurarse por segunda vez la Universidad de Guadalajara en 1934, se creó la Dirección General de Estudios Superiores, pero los enfrentamientos entre sus estudiantes y los de la Universidad Autónoma de Occidente continuaron. En junio de ese año, Topete rechazó una propuesta de la Universidad Nacional de fusionar ambas instituciones, lo que le valió el apoyo tanto del Congreso del estado como de la ciudadanía en general. En res-

puesta, se dispuso la reapertura de la Universidad de Guadalajara en el mes de julio, nombrando a Constancio Hernández Alvirde como rector.

A pesar de que desde 1934 se había reformado el artículo 3° constitucional, su reglamentación quedó pendiente hasta diciembre de 1939, cuando fue sancionada por el Congreso de la Unión. Se reafirmaba que el Estado mantendría la rectoría en materia educativa, pero suavizaba el tono en lo que se refería a la lucha de clases y a "los intereses del proletariado y de los campesinos". Con esto se dio paso a expresiones como "propugnar por una convivencia social más humana y más justa", etcétera.

Por otra parte, al finalizar el mandato de Cárdenas se registraba un aumento muy notable en el número de escuelas. No obstante, 44% de los jaliscienses mayores de seis años seguía sin saber leer y escribir.

Guadalajara, su crecimiento

La añeja y continuada inseguridad rural, aunada a las enormes ventajas de las ciudades en cuanto a servicios, constituyeron un factor de primera importancia para fomentar la migración a los centros urbanos. Guadalajara fue evidentemente uno de los lugares preferidos, como lo constatan los siguientes datos: en 1921 tenía 143 mil pobladores; en 1930, 180 mil, y en 1940, 240 mil, aproximadamente. Se incrementó, en consecuencia, la demanda de viviendas, lo que provocó que se construyeran muchas casas para alquiler y surgieran nuevos fraccionamientos en terrenos aledaños. Algunas industrias jaboneras y aceiteras también abandonaron el medio rural, pues éste ya no era propicio para su expansión y desde Guadalajara era mucho más fácil vender y aun conseguir materias primas.

El cultivo del agave continuó siendo un renglón de crecientes ingresos para la economía estatal. El tequila producido en la región que le dio su nombre y también en Los Altos, gracias al ferrocarril y a la carretera, se distribuía por todo el país y empezaba a penetrar en Estados Unidos, mientras el mezcal, más limitado en su producción, se comercializaba localmente.

El gobierno del estado, por su parte, tuvo una decisiva intervención en beneficio de la industria a pesar de los pocos organismos bancarios existentes para financiar esta actividad. En marzo de 1930, el gobernador José María Cuéllar promovió la creación del Banco Refaccionario de Jalisco con 80% de capital gubernamental y el resto de particulares. Asimismo, se instituyó la Almacenadora Jalisco, una corporación financiera no bancaria. De igual modo y por única vez, se fundó un banco con su central fuera de Guadalajara: el Banco Mercantil y Refaccionario de Occidente, cuya sede estuvo en Ciudad Guzmán, pero en 1937 se fusionó con el Refaccionario de Jalisco.

Por otro lado, en abril de 1934, el gobierno federal dio vida a Nacional Financiera, a fin de fomentar la inversión y ayudar a otros centros financieros privados a deshacerse de inversiones de valores con garantía en propiedades.

A pesar de que en 1934 se llevó a cabo la Tercera Convención Nacional Bancaria en Guadalajara, donde se habló de la situación internacional y de la plata, del papel de la banca central y de las instituciones financieras no bancarias, el crecimiento de esta actividad fue lento en Jalisco durante esta época. Incluso, de las diversas instituciones oficiales de crédito creadas en la capital del país, sólo se contó en la entidad con una sucursal del Banco Nacional de Crédito Ejidal, cuyos recursos fueron excesivamente limitados para que constituyeran un aliento que se dejara sentir.

La sucesión de Topete produjo desde principios de 1938 nueva ebullición en Jalisco, no tanto por ver a quién postulaba el ahora llamado Partido de la Revolución Mexicana (PRM), pues pronto se perfiló Silvano Barba González como el más viable en virtud del abierto apoyo del presidente Cárdenas y de la Federación de Trabajadores de Jalisco (FTJ), sino porque contendió en las urnas con el antiguo y prestigiado villista Julián Medina, quien fue propuesto por el Partido Socialista Reivindicador.

De cualquier manera, Barba González resultó triunfador y tomó el cargo el 1 de marzo de 1939, pero en una atmósfera poco tranquila a causa de la inmediata sucesión presidencial. Por un lado, con el respaldo del Partido del Pueblo, Juan Andrew Alma-

zán contaba con muchos simpatizantes y, por el otro, Francisco J. Múgica y Manuel Ávila Camacho se disputaban la postulación del PRM. Finalmente, la línea moderada de Ávila Camacho se consideró muy conveniente para los tiempos de guerra que se vislumbraban.

La unidad nacional

La campaña de Ávila Camacho por Jalisco se realizó a principios de 1940, ganando el apoyo de muchos conservadores jalisciense al hablar de respetar "a las familias y a las conciencias" y pronunciarse en contra de la educación socialista. Tan pronto terminó su gira por el estado, a mediados de febrero, arribó Almazán a Guadalajara, quien reunió también multitudes enormes.

Después de unas controvertidas elecciones, realizadas en julio de 1940, Ávila Camacho tomó posesión el 1 de diciembre, procurando integrar su gabinete con representantes de todas las tendencias políticas "emanadas de la Revolución". No obstante, el nuevo mandatario tuvo que enfrentar el creciente rumor de un posible levantamiento armado de los partidarios de Almazán, quienes aseguraban que se les había robado el triunfo.

En Jalisco apenas había sobrevenido la calma, después de la agitación electoral que opacó la gestión de Barba González, cuando comenzaron a moverse las aguas por causa del cambio de dirigente estatal y el temor de que los alemanes atacaran el territorio mexicano. Para prevenirlo se convocó en Mazatlán a una reunión de gobernadores de los estados con costas en el Pacífico, la cual fue encabezada por el ex presidente Lázaro Cárdenas, ahora comandante de la Región Militar del Pacífico. El discurso inaugural fue pronunciado por el mandatario jalisciense, quien acusó a la Iglesia de aprovechar los sentimientos religiosos del pueblo mexicano para inclinarlo a favor de "los países totalitarios", lo que causó gran revuelo y ganó el respaldo de diversos sindicatos, agrupaciones campesinas y el mismo Congreso de Jalisco, que le manifestaron su apoyo y adoptaron actitudes muy amenazantes para el recientemente creado Partido Acción Nacional (PAN), la Unión

Nacional Sinarquista (UNS) y el propio clero. Pero a partir del 22 de mayo de 1942, cuando el gobierno de México declaró la guerra a los países del Eje, procuró evitarse la discordia interna y pasó a pregonarse que debería imperar en todos los mexicanos el sentido de unidad, disciplina y trabajo.

Contribuyó también a una mayor armonía entre los jaliscienses el que, desde fines de 1936, se hubiera convertido en arzobispo José Garibi Rivera, oriundo de Guadalajara y mucho más proclive a la concordia que su antecesor.

En lo que a educación se refiere, desde fines de 1941 la postura gubernamental se había vuelto más condescendiente. Por una parte, se creó una Comisión de Fomento de la Iniciativa Privada, con ánimo de que ésta se incorporara a las tareas educativas del régimen; y, por otra, se procedió al cese de maestros muy radicales.

También en el Congreso se discutió la modificación del artículo 3°, lo que avivó de nueva cuenta el encono contra el precepto. En Jalisco, la Federación de Estudiantes Universitarios y la Unión Nacional de Padres de Familia encabezaron el ataque, en tanto que las acciones del FESO, a favor de la educación socialista, ahora pasaron prácticamente inadvertidas en virtud de que ya no contaban con el apoyo del gobierno federal.

Comoquiera, las cosas no se hicieron con la rapidez deseada por los enemigos de dicho artículo. A fin de 1941 se promulgó una nueva Ley Orgánica que introducía algunas enmiendas de importancia: se daba un trato más favorable al clero en las escuelas particulares y se planteaba la pretensión de formar en los educandos ánimo solidario y amor patrio. Quedaba claro, además, que el Estado seguiría siendo el rector de la educación. Esto fue sin duda un paso hacia la modificación definitiva del mencionado artículo, realizada en octubre de 1946.

A partir de 1942, el quehacer educativo del país comenzó una época de relativa calma; esto le permitió observar un acusado repunte en el establecimiento de planteles, con el incremento consiguiente de alumnos. Además, por lo menos en Jalisco, comenzó a observarse un aumento de escuelas privadas en todos los niveles,

gracias a que la jerarquía eclesiástica pregonaba ahora que ya se podía mandar a los niños "sin temor a las escuelas particulares".

Con objeto de que el PRM lo postulara para gobernador del estado, en junio de 1942, Marcelino García Barragán emprendió una gira por el sur de Jalisco en busca de apoyos. Su resultado fue un éxito, pues alcanzó la designación y triunfó en las elecciones de fines de noviembre, las cuales fueron observadas directamente por el presidente durante una visita oficial a Jalisco. Su toma de posesión tuvo lugar el 1 de marzo de 1943.

Progreso en la posguerra

Una de las preocupaciones primarias del nuevo gobernador fue promover el desarrollo de la costa y comunicarla con Guadalajara. Para ello, ofreció muchas facilidades a quien se estableciera por allá y se proyectó la construcción de las carreteras Mascota-San Sebastián-Puerto Vallarta, Talpa-El Tuito y Autlán-Barra de Navidad, pero ninguna llegó a ejecutarse.

En octubre de 1943 fue celebrado en Guadalajara el Primer Congreso Extraordinario de la Federación de Trabajadores de Jalisco; en esa ocasión el grupo apoyado por el gobernador y encabezado por José María Martínez y Francisco Silva Romero se enfrentó a la CTM, encabezada por Fidel Velázquez Sánchez. Ante la gravedad que se vislumbraba, el mismo presidente intervino para formar una directiva de coalición, con Martínez al frente, pero la calma no duró ni un mes.

En marzo y noviembre del mismo año se hicieron nuevos intentos conciliatorios; tampoco hubo éxito. En consecuencia, al comenzar 1945, durante la reunión del Consejo Nacional de la CTM en la ciudad de México, se desconoció al comité disidente de Jalisco, argumentando que se sostenía tan sólo por obra del gobernador García Barragán y de sus maniobras para beneficiarse de los obreros.

En julio de 1945 se constituyó una nueva FTJ reconocida por la CTM, mientras que la FTJ auténtica continuó al margen de la CTM y,

en marzo de 1947, se convirtió en la Confederación Única de Trabajadores.

Asimismo, en 1945 García Barragán se agenció otros conflictos por haberse convertido en partidario del general Miguel Henríquez Guzmán, entonces comandante de la XV Zona Militar, para suceder a Ávila Camacho, siendo que éste prefería abiertamente a Miguel Alemán, su secretario de Gobernación.

Los ataques de alemanistas contra el gobernador fueron promovidos por Jesús González Gallo, secretario del presidente, y llegaron a tal punto que en el Congreso de la Unión llegó a plantearse la posibilidad de desconocer los poderes en Jalisco. Pero la pública renuncia de Henríquez a sus aspiraciones hizo que la tensión aminorara.

Siendo ya candidato formal por el PRM, Miguel Alemán insistió entonces en la renovación del partido. Así, a principios de 1946 se celebró la última Convención Nacional del PRM y la fundación del Partido Revolucionario Institucional (PRI).

Con el respaldo de Ávila Camacho y del propio Alemán, González Gallo no tuvo problemas mayores ni para ser postulado por el PRI al gobierno de Jalisco, ni para ganar las elecciones correspondientes. García Barragán, en cambio, acabó desaforado por la legislatura del estado al negarse a publicar el decreto que ampliaba el periodo gubernamental de cuatro a seis años, pues consideraba que la disposición de referencia no podía surtir efectos inmediatos y González Gallo sólo debería gobernar durante el cuatrienio para el cual había sido elegido.

García Barragán fue sustituido por Saturnino Coronado el 17 de febrero de 1947, quien pasó el poder a González Gallo el 1 de marzo siguiente, previa la signatura del decreto que alargaba a seis años el periodo de éste.

Al carisma de González Gallo se sumó su experiencia como funcionario público federal; su plan de trabajo calcaba al presidencial en sus puntos medulares: industrializar al país, impulsar la producción, ampliar la red carretera y atender a los sectores prioritarios, involucrando activamente al sector privado. En 1951, en ocasión de su cuarto informe, Gallo aseguraba que la antigua crisis

hacendaria se había superado y que había sido notable el fomento educativo y agrícola, así como la construcción de importantes caminos, obras de sanidad y riego.

Por otra parte, desde 1947 fue suprimida la declaración socialista que la propia universidad se atribuía en su Ley Orgánica, estableciendo en su lugar planteamientos más mesurados. Lo mismo ocurrió con el FESO al transformarse en Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG). Pero la ley universitaria tuvo que ser modificada nuevamente en 1952, ante una gran presión estudiantil que logró una mayor participación de los estudiantes en la dirección de la universidad. A partir de entonces el Consejo Universitario propondría al gobernador una terna para que de ella escogiera al rector. Por otra parte, durante la administración de González Gallo, el subsidio a la universidad aumentó de 250 mil pesos a cerca de tres millones y se le dotó de varios inmuebles más.

Finalmente, en 1953, el tradicional 1 de marzo, con la venia del presidente Adolfo Ruiz Cortines, un intelectual de renombre, Agustín Yáñez, tomó tranquilamente el lugar de González Gallo y llevó a cabo una administración sumamente constructiva, procurando fomentar el desarrollo de las regiones más aisladas de Jalisco, como fue el caso de la costa, mediante la realización de obras básicas que ayudaran a generar y distribuir la riqueza, aunque también a la ciudad de Guadalajara le dedicó algunos empeños como la Casa de la Cultura, un edificio nuevo para la Escuela Normal de Jalisco y la glorieta de Minerva.

Pero Yáñez vislumbraba ya que el crecimiento de Guadalajara podía ser excesivo y desproporcionado al del resto de Jalisco. En efecto, el notable desarrollo que se produjo entre 1940 y 1950, hizo que la ciudad acrecentara el número de sus habitantes en 60%, alcanzando los 380 mil. En la década siguiente creció casi el doble para llegar a 740 mil y en 1964 llegó a un millón de pobladores. Sin embargo, el incremento demográfico en el campo, a lo largo de esos 25 años, no fue más allá del 30%.

La política monetaria y crediticia fue un instrumento muy importante para orientar el crecimiento económico. Se observó entonces un marcado incremento de instituciones bancarias, por lo que

en 1945 resultó muy conveniente la creación del Centro Bancario para relacionar a los miembros del gremio. Igualmente, en este año se abrieron sucursales en varias localidades fuera de Guadalajara.

La pequeña industria experimentó también un sensible auge debido a la segunda Guerra Mundial, sobre todo la manufacturera de ropa, tejido de punto y calzado. Además de la ventaja de un excelente mercado para su producción en el occidente y noroeste de México, este rubro resultó favorecido por mano de obra calificada y barata.

La industria minera, en cambio, decayó después de la guerra, al extremo de que el número de trabajadores fue 20% más bajo en 1950 que diez años antes, pero en el decenio siguiente aumentó cerca de 35%. La tradicional extracción del oro y la plata nunca sobrepasó la pequeña escala; sin embargo, alcanzó mayor volumen la de manganeso y hierro, gracias a importantes inversiones regiomontanas en Autlán, La Huerta y Pihuamo.

El crecimiento de la industria de la construcción estimuló consecuentemente las explotaciones de cantera y cal, dando pie a que surgieran algunas empresas de regulares dimensiones, como las de Huescalapa y Zapotiltic, que aprovecharon también mano de obra barata, así como la carretera y el ferrocarril.

La superficie cañera en Jalisco, entre 1934 y 1960, aumentó de 5 mil a 20 mil hectáreas debido a las obras de riego ejecutadas en las cuencas de los ríos Armería, Salado y Tuxpan y a una crecida inversión. De este modo, la zafra anual alcanzó casi los dos millones de toneladas.

La explotación maderera en los lugares montañosos hizo que Jalisco se convirtiese después de 1950 en un rico productor de derivados forestales como tablones, durmientes, leña, aguarrás y otros. Pero sólo hubo una empresa que llegó a ser verdaderamente grande en este ramo: la Unión Forestal de Jalisco y Colima, creada en 1940 y que se asentó en Atenquique. Luego comenzaron a construirse las instalaciones para la fábrica de papel, que funcionó a partir de 1946 con el nombre de Compañía Industrial. Desde 1950 esta factoría alcanzó a producir más de 37 mil toneladas y para 1970 fue más allá de las cien mil.

Con la ayuda de la segunda Guerra Mundial, la producción de tequila y mezcal no tuvo precedentes, pues miles de soldados demandaban cualquier aguardiente en los frentes de batalla. Sin embargo, un comerciante español establecido en la capital del país monopolizó la exportación mediante el control de los envases producidos en Monterrey y los vagones de ferrocarril, causando un gran perjuicio a todos los tequileros, ya que adulteró de tal manera el producto y lo envió en pésimas condiciones higiénicas que, al concluir la guerra, en los Estados Unidos se le impusieron al ingreso del tequila cuantas condiciones y trabas fueron posibles, lo cual redujo las exportaciones a ese país a una parte minúscula.

Desde la década de los cuarenta fue palpable el auge del comercio tapatío, que vio aparecer nuevas tiendas de dueños judíos o libaneses, aunque también las hubo de tapatíos y de comerciantes procedentes de otras partes de la región. Ayudó a esta bonanza la declinación de las manufactureras en poblaciones pequeñas y la mayor especialización de la agricultura, lo que facilitó canalizar la producción a distribuidores de mayor cuantía.

Finalmente, el incremento de las carreteras contribuyó a fortalecer el comercio de algunas poblaciones más pequeñas como Ciudad Guzmán, Lagos, Ameca y otras, que se convirtieron en centros abastecedores de sus respectivas áreas de influencia. Pero lo más remarcable en este rubro fue el acercamiento a la ciudad de México, logrado poco antes de 1940 con la carretera que pasa por Jiquilpan y Morelia y una década después, remontándose hasta Lagos de Moreno. Además, mientras el ferrocarril seguía a su mismo paso, el avión fue haciéndose más usual a partir de 1950. Al campo aéreo, conocido en un principio como de Las Ánimas, ubicado en el municipio de Tlajomulco y en el camino de Guadalajara a Chapala, se le dio después el nombre de aeropuerto internacional Miguel Hidalgo.

Letras y artes migrantes y residentes

Muchos jalisciense dedicados a las letras y las artes han acabado por salir del estado en busca de mayores horizontes; pero cabe

señalar que la emigración se hizo mucho más marcada después de la Revolución, con el consecuente enriquecimiento de la ciudad de México, adonde debían acudir quienes querían aprovechar sus grandes posibilidades de desarrollo y ver la obra personal difundida con mayor amplitud.

Algunos alcanzaron un éxito extraordinario y se convirtieron en motivo de orgullo de quienes se quedaron en casa. Tales fueron los casos, entre muchos, del excelente muralista José Clemente Orozco, del paisajista Gerardo Murillo —mejor conocido como Doctor Atl—, así como del poeta Enrique González Martínez, los novelistas Mariano Azuela y Agustín Yáñez, el ensayista Carlos González Peña, y el cuentista Juan Rulfo, autor de *El llano en llamas* y *Pedro Páramo,* que han sido traducidos a muchos idiomas. Vale considerar también al arquitecto Luis Barragán y a los compositores José Pablo Moncayo (1912-1958) y Blas Galindo (1910-1993).

Pero además de tales personajes, cuya fama trascendió incluso las fronteras nacionales, hubo jaliscienses que se quedaron en el terruño, desde donde hicieron y vivieron la cultura local. En este ambiente aparecieron algunos periódicos diarios, como *El Informador,* fundado en 1917, y luego sus similares *El Occidental* (1942) y *El Sol de Guadalajara* (1948), que gozan de cabal salud. Pero las publicaciones de carácter cultural, a pesar de que ha habido muchas y de no poca calidad, han resultado efímeras o de aparición sumamente irregular. Tal fue el caso de *Bohemia* de la que salieron doce números durante los primeros meses de 1918 y cuya muerte dio vida a otras un poco más duraderas: *La Revista Azul* y la *Revista de Guadalajara.* A partir de 1919 vio la luz la revista más longeva de Jalisco, aunque de aparición muy ocasional, el *Boletín de la Junta Auxiliar Jalisciense de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.* Este órgano fue originalmente creado en 1864, empero su afinidad con Maximiliano lo llevó a la tumba, volviéndose a fundar en 1916. En 1929, y también por corto tiempo, circularon *Vanguardia* y *Bandera de Provincias.* En esta última, de muy singular valía, escribieron Alfonso Gutiérrez Hermosillo y Agustín Yáñez, entre otros.

Algunas publicaciones que aparecieron después de 1935, aunque por un tiempo más breve, fueron *Vía,* dirigida por Arturo Rivas Sáinz (1936), "Cuadernos de Cultura" de *Índice,* a cargo de José Cornejo Franco (1936-1937), y *Estudios Históricos* (1943-1945) del jesuita Luis Medina Ascencio. Por cierto que tal revista se editó nuevamente a partir de 1977 y apareció de manera regular durante casi once años. *Et Caetera,* fundada en 1950 y dirigida siempre por Adalberto Navarro Sánchez, alcanzó gran longevidad, aunque con algunas interrupciones; sin embargo, mantuvo siempre una gran calidad. Navarro Sánchez (1918-1987), quien fue maestro y promotor de prácticamente todos los escritores que se formaron en Jalisco durante su tiempo, destacó como uno de los intelectuales más brillantes y activos. Ningún conocedor como él de las letras de Jalisco, además de ser un poeta muy fino.

A pesar del declive del modernismo, vale mencionar de esta corriente los poemas de Alfredo R. Plascencia (1875-1930), autor de *El libro de Dios;* y de Manuel Martínez Valadez (1893-1935), a cuya pluma se deben *Visiones de provincia* y *Alma solariega,* entre otros textos.

Destacaron por su producción en prosa Francisco Rojas González (1904-1951), autor de varios cuentos compilados en *El diosero* y de la novela *La negra Angustias.* Escribió también *Historia de un frac,* llevada al cine norteamericano. Asimismo, José Guadalupe de Anda (1880-1950) tiene dos novelas muy importantes: *Los cristeros* y *Los bragados.*

Trabajos renombrados de historiadores que, aun radicando fuera de la entidad, no abandonaron la temática jalisciense son los de José López Portillo y Weber (1889-1974) sobre la conquista y colonización de la Nueva Galicia, y de Jesús Amaya Topete (1899-1976) acerca de los primeros años de la Colonia y la insurgencia, así como los estudios bibliográficos de Juan B. Iguíniz (1881-1972). Por su parte, las publicaciones históricas de tema eclesiástico tuvieron un prolífico exponente en José Ignacio Dávila Garibi (1881-1981).

Entre los historiadores que permanecieron en Guadalajara destaca José Cornejo Franco (1900-1977), cuya producción giró ma-

yormente en torno a la vida colonial de Guadalajara; mientras que Luis Páez Brotchie, tapatío nacido en 1893, escribió casi siempre sobre la historia de la capital neogallega y exhumó no pocos documentos sobre ella. En 1942, fue nombrado cronista de la ciudad y lo fue hasta su muerte en 1968. Lo sucedió José Luis Razo Zaragoza y Cortés, a quien sustituyó Juan López en 1974. José G. Zuno (1891-1980) dedicó su vasta producción historiográfica más a divulgar conocimientos que a la indagación propiamente dicha. De él puede decirse también que guió los primeros pasos de varios literatos e historiadores que habrían de producir buenas obras después.

El más importante forjador de historiadores fue sin duda Alberto Ladrón de Guevara, aun sin escribir propiamente nada. Desde su cátedra de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara contribuyó de manera decisiva a cambiar la manera romántica o positivista de entender la historia por una concepción moderna, más explicativa que calificativa o simplemente descriptiva. Gracias a Ladrón de Guevara el análisis empezó a sustituir al panegírico o a la simple repetición.

Sus pintores

En la producción pictórica descolló sobremanera Jesús Reyes Ferreira (1882-1977), cuyo trabajo fundamental, caracterizado por su alejamiento total de los cánones academicistas, cobró vida a partir de 1927. Su pintura es de un estricto apego a temas populares muy relacionados con el ambiente típico mexicano. Por el contrario, Carlos Stahl (1892-1984) se distinguió por su conservadurismo, adquirido en Europa, respecto al giro impresionista que tomaba la pintura de autores como su contemporáneo Xavier Guerrero (1896-1974). Fueron precisamente estos dos últimos pintores quienes, junto con José G. Zuno, fundaron en 1912 el famoso Centro Bohemio con la idea primigenia de que fuera un taller de dibujo y pintura, mas acabó convertido en una compleja agrupación cultural a la que se incorporaron los artistas e intelectuales más famosos y renovadores de la época.

Otros pintores de renombre fueron Amado de la Cueva (1891-1926), muerto prematuramente en un accidente; y Carlos Orozco Romero (1898-1984), un hábil caricaturista que, después de haber estudiado en Europa durante varios meses, pasó por el surrealismo y el realismo, escuela esta última en la que ganó mayor fama.

Otro grupo importante de pintores comenzó a tomar forma a partir de 1929 en el Museo del Estado; Ixca Farías (1874-1948), quien fue director de esa institución hasta su muerte, promovió un sinfín de exposiciones y las primeras pinceladas de no pocos artistas. Además, en los corredores del mismo recinto se celebraban diariamente tertulias literarias que el propio Ixca patrocinaba.

La sociedad artística Evolución, que aglutinaba a un buen número de artistas y pintores encabezados por Francisco Rodríguez, Caracalla (1907-1988) logró en 1937 fundar la Escuela de Bellas Artes, que dos años más tarde fue reconocida y subsidiada por el Estado. Finalmente, dicha institución fue absorbida por la Universidad de Guadalajara en 1941 y, diez años después, se convirtió en la actual Escuela de Artes Plásticas.

Por otra parte, entre 1936 y 1939, José Clemente Orozco pintó en el paraninfo de la Universidad de Guadalajara, en el Hospicio Cabañas y en la escalinata mayor del Palacio de Gobierno murales de primerísima importancia que causaron un gran impacto entre pintores jóvenes, haciéndose sentir una marcadísima influencia, aunque algunos como Guillermo Chávez Vega (1931-1991) y Gabriel Flores (1930-1993) la encauzaron hacia estilos particulares.

El ya de por sí pobre quehacer escultórico, que resultó muy dañado con el estallido de la Revolución, se reanimó un poco en 1918 con la apertura del Museo tapatío por obra de Jorge Enciso, pues se echó a andar un taller dirigido por Pablo Valdez y León Muñiz. Pero fue mayor el repunte en 1925, cuando se constituyó el Grupo de la Universidad, en el que la escultura logró cierta presencia bajo la tutela del propio Muñiz.

Gracias al afán de embellecer Guadalajara y otras poblaciones del estado, la escultura cobró mayores bríos después de 1950. Fue entonces cuando el Gobierno contrató los servicios del escultor español Francisco Albert, amigo de González Gallo, quien

ejecutó con pobres resultados las estatuas de Hidalgo y Cuauhtémoc colocadas respectivamente en la plaza de la Liberación y en el parque ubicado frente al templo Expiatorio, antes de ser removidas al parque El Dean la una y al barrio de Analco la otra. Por fortuna, algunas obras del escultor tapatío Miguel Miramontes (1920) también decoran plazas y jardines. A él se debe la estatua ecuestre de José María Morelos y Pavón, realizada en 1967 e instalada en el antiguo parque de la Alameda, que ahora lleva el nombre del insurgente michoacano. Este escultor, formado en la Academia de San Carlos de la ciudad de México, volvió a Guadalajara en 1953 y se hizo cargo del taller de escultura de la Universidad de Guadalajara durante mucho tiempo.

Su música

Ya se dijo que las dos principales herencias dejadas por el músico jalisciense José Rolón en Guadalajara fueron la Escuela Normal de Música, fundada en 1907, y la Orquesta Sinfónica de Guadalajara, en 1916, misma que ofreció su primer concierto en 1920. Pero al emigrar Rolón a la ciudad de México, en 1927, la Escuela Normal de Música declinó con rapidez hasta su desaparición. Entonces la academia fundada por su discípulo Ramón Serratos en 1919 adquirió mayor importancia, aunque terminó desapareciendo también en 1936, cuando Serratos se marchó también a la capital del país. A cambio, en este mismo año fue fundada la Escuela Superior Diocesana de Música Sacra, bajo la dirección de Manuel de Jesús Aréchiga.

Desde 1941, en la entonces Escuela de Bellas Artes se incluyeron algunas cátedras musicales que culminaron con la creación de la Escuela de Música en 1949, la cual pasó con el tiempo a ser una dependencia de la Universidad de Guadalajara. Su mayor alentador y guía fue Domingo Lobato, nacido en 1920, autor de varias obras importantes, como dos suites para piano y un concierto para guitarra y orquesta.

Frente a la música culta, que generalmente tuvo pocos adeptos y

casi únicamente entre las clases medias y altas, la música popular de Jalisco alcanzó durante la primera mitad del siglo xx un lugar preponderante dentro del ámbito nacional e, inclusive, más allá de nuestras fronteras. Las modalidades preferidas fueron el corrido cristero, el son jalisciense y las canciones vernáculas que exaltan la excelencia de la tierra y la gente de Jalisco.

Puede decirse que la conformación de la personalidad musical de México tuvo lugar especialmente durante el Porfiriato, cuando ésta se desarrolló sobremanera en las áreas rurales. De esta forma, en el sur de Jalisco el son continuó su evolución y enriquecimiento por la variada influencia que en aquella región se recibía. Así, paulatinamente, logró desplazar a las valonas y otras melodías populares. De esta manera, el son jalisciense, con su ritmo alegre y su letra picaresca, terminó siendo un elemento indispensable ya fuera en la festividad del santo patrono o en cualquier feria o palenque. Además, este tipo de música llenó el espacio de esta provincia con los acordes de "La Negra", "La Madrugada", "El Carretero" y otros temas que los mariachis —palabra de origen autóctono— interpretaron y difundieron por doquier.

El mariachi, que fue el ejecutante por excelencia del son jalisciense, experimentó algunos cambios en sus instrumentos a partir de 1898 cuando Gaspar Vargas creó el Mariachi Vargas de Tecalitlán. Por esa época los distintos grupos de la comarca sureña también comenzaron a cambiar la vihuela por la guitarra de golpe o mariachera, mientras que los grupos de Ameca y Cocula abandonaban el arpa por el guitarrón. Alrededor de 1930, el mismo Mariachi Vargas —ya dirigido por Silvestre— tuvo la transformación más notoria al incorporársele la trompeta, que le dio mayor sonoridad y acentuó las características y sabor propios de la región sur de Jalisco que ya tenía.

Sin embargo, el mayor contribuyente a la identificación de Jalisco y lo jalisciense fueron las canciones vernáculas alusivas a la propia región, muchas de ellas compuestas especialmente para mariachi, que alcanzaron enorme difusión y popularidad gracias a la radio, al cine y, después, a la televisión. Tal es el caso de "Guadalajara" y "Chapala" del tapatío José Guízar (1912-1980), "Atotonil-

co" y "Las Alteñitas" de Juan José Espinosa (tapatío nacido en 1890); "¡Ay Jalisco no te rajes!" de Manuel Esperón González y "Ojos tapatíos" de Fernando Méndez Velázquez. Estos dos últimos, aunque no fueron jaliscienses de nacimiento, le dedicaron a esta tierra lo mejor de su inspiración.

De la artesanía del estado, rica y variada, destaca sobremanera la producción alfarera de Tlaquepaque y Tonalá, distinguiéndose el primero, además, por la producción de muebles, talabartería, hierro forjado, plata, latón y vidrio soplado. Asimismo, vale mencionar, pues no son menos importantes, la marquetería con incrustaciones de hueso de Teocaltiche, la huarachería y los "fajos pitiados" de Colotlán, las sillas de montar de Ameca, los equipales de Zacoalco y otras partes del sur de Jalisco, la cantera labrada de Yahualica y los textiles de Los Altos.

Sus obras públicas

A partir de 1910 se observó en Jalisco un acusado descenso de edificaciones públicas. Quizá la única excepción sean las escuelas Constitución y Reforma que mandó levantar Diéguez en 1915, las cuales a partir de 1937 pasaron a manos de la Universidad de Guadalajara. En la única que sobrevive tiene, actualmente, su sede la Rectoría de dicha casa de estudios. A pesar de la época en que se erigieron, la marcada filiación europea de su fisonomía hizo de ellas los últimos inmuebles al modo porfiriano.

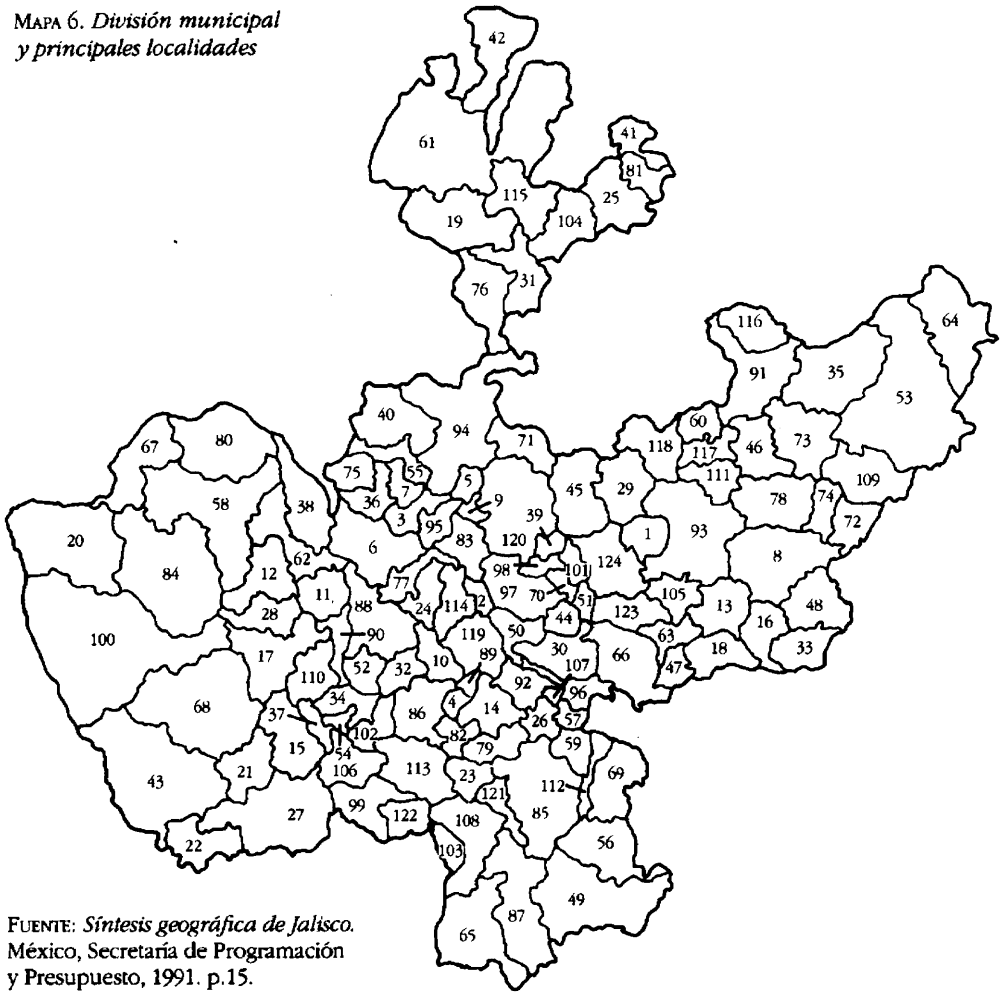
Hasta 1940 casi no había construcciones oficiales decorativas, pues los recursos disponibles se invirtieron en obras utilitarias, como la apertura de la avenida Vallarta de Guadalajara y el entubamiento de un buen tramo del río San Juan de Dios, además de las mejoras hechas al mercado de dicho barrio, que se realizaron durante el gobierno de Zuno.

La vuelta a las edificaciones suntuarias sobrevino con las reformas al teatro Degollado, entre 1937 y 1941, el levantamiento de los Arcos a la entrada poniente de la ciudad, realizados en el bienio 1939-1940, y la realización de la plaza de la Bandera, en 1943,

por la entrada de Tlaquepaque. Mas la verdadera y profunda transformación urbana de Guadalajara se inició hacia la década de los cincuenta y en otras poblaciones de la entidad después de 1960, a excepción de Yahualica, que se vio ampliamente cambiada al mismo tiempo que la capital.

Por lo que toca a la construcción de viviendas, la búsqueda de una expresión meramente local, bajo la guía principal de los arquitectos Luis Barragán (1902-1988), Ignacio Díaz Morales (1905-1992) y los ingenieros Pedro Castellanos y Rafael Urzúa, le acabó dando un toque característico a la nueva fisonomía de la capital jalisciense, que perduraría durante muchos años, antes de su crecimiento anárquico; sin embargo, Guadalajara no ha perdido aún buena parte de sus encantos de antaño.

MAPA 6. *División municipal y principales localidades*



FUENTE: *Síntesis geográfica de Jalisco.* México, Secretaría de Programación y Presupuesto, 1991. p.15.

1. Acatic
2. Acatlán de Juárez
3. Ahualulco de Mercado
4. Amacueca
5. Amatitán
6. Ameca
7. Antonio Escobedo
8. Arandas
9. Arenal El
10. Atemajac de Brizuela
11. Atengo
12. Atenguillo
13. Atotonilco el Alto
14. Atoyac
15. Autlán
16. Ayo el Chico
17. Ayutla
18. Barca La
19. Bolaños
20. Cabo Corrientes
21. Casimiro Castillo
22. Cihuatlán
23. Ciudad Guzmán
24. Cocula
25. Colotlán
26. Concepción de Buenos Aires
27. Cuautitlán
28. Cuautla
29. Cuquío
30. Chapala
31. Chimaltitán
32. Chiquilistlán
33. Degollado
34. Ejutla
35. Encarnación de Díaz
36. Etzatlán
37. Grullo El
38. Guachinango
39. Guadalajara
40. Hostotipaquillo
41. Huejúcar
42. Huejuquilla el Alto
43. Huerta La
44. Ixtlahuacán de los Membrillos
45. Ixtlahuacán del Río
46. Jalostotitlán
47. Jamay
48. Jesús María
49. Jilotlán de los Dolores
50. Jocotepec
51. Juanacatlán
52. Juchitlán
53. Lagos de Moreno
54. Limón El
55. Magdalena
56. Manuel M. Diéguez
57. Manzanilla de la Paz La
58. Mascota
59. Mazamitla
60. Mexticacán
61. Mezquitic
62. Mixtlán
63. Ocotlán
64. Ojuelos de Jalisco
65. Pihuamo
66. Poncitlán
67. Puerto Vallarta
68. Purificación
69. Quitupan
70. Salto El
71. San Cristóbal de la Barranca
72. San Diego de Alejandría
73. San Juan de los Lagos
74. San Julián
75. San Marcos
76. San Martín de Bolaños
77. San Martín Hidalgo
78. San Miguel el Alto
79. San Sebastián Ex. 9 Cantón
80. San Sebastián Ex. 10 Cantón
81. Santa María de los Ángeles
82. Sayula
83. Tala
84. Talpa de Allende
85. Tamazula de Gordiano
86. Tapalpa
87. Tecalitlán
88. Tecolotlán
89. Techaluta
90. Tenamaxtlán
91. Teocaltiche
92. Teocuitatlán de Corona
93. Tepatitlán de Morelos
94. Tequila
95. Teuchitlán
96. Tizapán el Alto
97. Tlajomulco
98. Tlaquepaque
99. Tolimán
100. Tomatlán
101. Tonalá
102. Tonaya
103. Tonila
104. Totatiche
105. Tototlán
106. Tuxcacuesco
107. Tuxcueca
108. Tuxpan
109. Unión de San Antonio
110. Unión de Tula
111. Valle de Guadalupe
112. Valle de Juárez
113. Venustiano Carranza
114. Villa Corona
115. Villa Guerrero
116. Villa Hidalgo
117. Villa Obregón
118. Yahualica de González Gallo
119. Zacoalco de Torres
120. Zapopan
121. Zapotiltic
122. Zapotitlán de Vadillo
123. Zapotlán del Rey
124. Zapotlanejo

EPÍLOGO:
A LO QUE HEMOS LLEGADO

Coexistencia y crecimiento

Ha sido común denominador de los últimos gobernantes de Jalisco procurar que se conservara la tranquilidad y el orden, a efecto de fomentar el desarrollo con inversiones privadas y la consecuente generación de empleos en empresas productivas, comerciales y de servicios. Asimismo, han buscado realizar las obras públicas necesarias para que la mayor parte de la población tuviera acceso a la asistencia médica, la educación y el deporte; más facilidades para su desplazamiento y comunicación, y servicios básicos mínimos: agua entubada, drenaje y luz eléctrica, de los que aún carecía al mediar el siglo una gran proporción de jaliscienses.

Todos los gobernadores fueron postulados en su momento por el Partido Revolucionario Institucional y su triunfo resultó contundente en las urnas. Sin embargo, fue una tónica general la concertación con los opositores políticos, cuya voz se hacía sentir más por el prestigio de algunos de sus dirigentes que por el número de sus afiliados. Tal fue el caso de Efraín González Luna, del Partido Acción Nacional, y de Constancio Hernández Alvirde, del Popular Socialista.

Por igual, se procuró en lo posible velar por la convivencia pacífica de bandos antagónicos y evitar confrontaciones entre ellos que pudiesen alterar el orden público. Un ejemplo fue el equilibrio logrado entre la Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos (CROC), dirigida durante muchos años, hasta su muerte, por Francisco Silva Romero, y la Federación de Trabajadores de Jalisco (FTJ), encabezada por Heliodoro Hernández Loza por un tiempo igualmente muy largo y también hasta que falleció.

A fin de cuentas, resultó útil que hubiese dos centrales obreras independientes, para impedir que alguna de ellas alcanzara a tener demasiada fuerza y perturbase excesivamente a los empresarios. Consecuencia de esta situación fue la disminución del número y la magnitud de las huelgas, en tanto que aumentaba de manera considerable el de las empresas, aprovechando también que el promedio de los salarios nunca dejó de ser bajo.

Algunas pequeñas industrias familiares de mayor o menor antigüedad lograron crecer de manera notable gracias, entre otras cosas, al impulso adquirido durante la segunda Guerra Mundial, que propició la fabricación de muchos productos anteriormente importados e incluso permitió su venta a los Estados Unidos, y a una adecuada comercialización que supo aprovechar el aumento del mercado local y buscar nueva clientela en otros lugares del país. Las herramientas de Urrea, los aceites de Aranguren y los zapatos de López Chávez constituyen tres buenos ejemplos, además de aquellos que se dedicaron a la elaboración de tequila, textiles y diversos productos más.

Pero con el tiempo se hizo presente también un crecido número de negocios de filiación capitalina, regiomontana y extranjera, cuya impronta ha resultado muy significativa, mientras que la fuerza de los empresarios locales en su conjunto, con sus excepciones individuales, se ha visto un tanto disminuida.

De cualquier manera, la influencia de los hombres de empresa en las decisiones del gobierno local ha sido digno de atención, ya sea mediante sus organizaciones particulares, como la Cámara Nacional de Comercio de Guadalajara y las agrupaciones de industriales, o gracias a organismos concertadores creados ex profeso, como los llamados "consejos de colaboración" y algunas comisiones específicas que han conjugado a funcionarios públicos con personajes prominentes de la iniciativa privada.

Además, a partir de 1949, para el cargo de vicepresidente municipal de Guadalajara el PRI ha incluido en su planilla siempre ganadora a un destacado profesionista y, desde poco antes de que terminara la década de los cincuenta, ha tomado en cuenta para dicha posición a relevantes empresarios. Por igual, en otros muni-

cipios de importancia, el puesto ha sido desempeñado "preferentemente por gente del mismo tenor".

Centralización y macrocefalia

Dada la creciente concentración de los ingresos fiscales y de la potestad financiera en manos del gobierno federal, cada vez ha sido más necesario mantener la mejor relación posible con él, aun a costa de la sumisión a sus funcionarios más significativos y el acatamiento de medidas a veces inconvenientes para los intereses locales. De esta manera, quienes han tenido o conseguido más amistades entre los funcionarios que residen en la ciudad de México, han gozado de mayores recursos para invertir en obras de beneficio colectivo.

La tendencia que continuó de manera incontenible fue la aglomeración excesiva de gente, producción y servicios en la capital del estado. Caso excepcional fue el enorme crecimiento de Puerto Vallarta, que emergió como balneario de manera casi espontánea antes de contar con el respaldo del gobernador Francisco Medina Ascencio (1965-1971), y de alguna otra población donde se establecieron ciertas empresas de gran tamaño. Este fue el caso de Ocotlán, que durante los años sesenta vio aumentar como la espuma el número de sus habitantes. Todas las demás localidades jaliscienses, cuando no se han reducido —como sucedió a casi 40 cabeceras municipales—, se han mantenido igual o han aumentado en proporción mucho menor que Guadalajara, con excepción de las antiguas villas de Zapopan, Tlaquepaque, Tonalá y, más tarde, algunos lugares de los municipios de Tlajomulco y El Salto, que se han ido conurbando a la capital del estado y han tenido un aumento tan notable como desordenado.

De esta manera, lo que recientemente se ha dado en llamar el área metropolitana en el valle de Atemajac, se acerca ya a los cuatro millones de habitantes. Tanto la elevadísima tasa de natalidad de los tapatíos, favorecida por la resistencia eclesiástica al uso de anticonceptivos, como la inmigración proveniente del propio es-

tado de Jalisco y de algunas entidades vecinas en busca de las mejores condiciones generales de vida que se han podido encontrar en Guadalajara, han determinado su gran crecimiento.

Tal incremento ha exigido cuantiosas inversiones para satisfacer las necesidades primarias de los nuevos pobladores, pero no han sido suficientes. Así, poco después de 1970, se reconoció la existencia de los primeros asentamientos humanos espontáneos e irregulares, cuya incontenida expansión dio lugar a verdaderos cinturones de miseria.

Resultan impresionantes los números absolutos de alumnos atendidos en los planteles educativos oficiales, de las viviendas de interés social construidas por el gobierno, de las inversiones en obras hidráulicas y de electrificación, de los centros deportivos, de auxilio comunitario y de salud, así como de verdaderos hospitales, al igual que la mejoría en la calidad de vida de muchos sectores; sin embargo, está muy lejos de lograrse una satisfacción general mínima.

Por otra parte, vale considerar que el aumento de tapatíos favoreció sobremanera el desarrollo comercial, lo que coadyuvó a la formación de grandes cadenas de supermercados, farmacias, tiendas de departamentos, entre otras, muchas de las cuales fueron posteriormente vendidas a empresas foráneas, pero han seguido creciendo de manera notable. Además, en Guadalajara y sus alrededores se ha concentrado casi 80% de la industria de todo Jalisco.

Cabe remarcar también el consecuente auge de la construcción y la proliferación de nuevos fraccionamientos, unos mejor logrados que otros, con viviendas de todos precios y tamaños. La grande y constante transformación de Guadalajara hizo que una gran parte de los tapatíos adinerados, a quienes su tradición conservadora, inherente a sus antepasados agricultores y ganaderos, impelía a guardar su dinero preferentemente bajo los colchones, echaran mano de tales recursos y los pusieron a circular para reconstruir o reparar cientos de fincas derribadas a causa de la ampliación y prolongación de las calles, así como los impuestos de plusvalía fijados para cubrir el costo de las obras a un número mayor de pro-

pietarios de terrenos y casas que resultaron beneficiados directa o indirectamente con ellas.

A ello se agregó la aparición de financieras regiomontanas que ofrecieron mejores rendimientos a inversionistas grandes y pequeños, lo que propició una general modernización y fortalecimiento del mundo financiero que incidió en favor de la actividad económica de Guadalajara y Monterrey; además, el propio crecimiento urbano hizo factible vender por metro cuadrado terrenos rurales cuyo valor se había fijado en hectáreas e hizo su aparición la consecuente práctica de especular con bienes raíces, lo que dio lugar a una suerte de latifundismo urbano.

Al concluir el gobierno de Agustín Yáñez, Jalisco era ya el primer productor de maíz de toda la República Mexicana y las administraciones siguientes hicieron suyo el compromiso de que tal situación continuara. Hasta hace poco, así constaba año tras año en el informe del gobernador en turno.

En general, la agricultura y la ganadería también fueron impulsadas con ahínco cuando Juan Gil Preciado era gobernador (1959-1965), lográndose magníficos resultados. En su administración se concluyó, entre otras cosas, la vía directa a Barra de Navidad, con ánimo de promover el desarrollo de la costa y aprovechar e impulsar los rendimientos rurales desde Cocula hasta el litoral.

Pero la colonización de las excepcionalmente bellas márgenes marinas jaliscienses empezó a cobrar forma después de 1970, durante el gobierno de Alberto Orozco Romero (1971-1977), al construirse la carretera que recorre todo el estado junto al mar o muy cerca de él y la presa de Cajón de Peñas, varios años después de que Agustín Yáñez hubiera dado los primeros pasos formales en tal dirección y haber escrito *La tierra pródiga,* su famosa novela que describe la vida de esa comarca y las espectaculares desventuras de su cacique principal, el Amarillo, en la realidad llamado Rodolfo Paz Vizcaíno, para atraer el turismo.

La comunicación eficiente que ahora tiene la zona norte de Jalisco fue tarea comenzada poco antes de 1990, cuando empezaron a trabajarse las vías que acabarían por alcanzar a sus diez cabe-

ceras municipales. Con anterioridad, a la conservación en estado medianamente aceptable de brechas y caminos de terracería, se había sumado sólo el empeño por la realización y mantenimiento de pistas para pequeños aeroplanos. Mas otro tipo de servicios tardaron mucho en llegar.

La sierra, en la latitud de Mascota y San Sebastián del Oeste, en cambio, sigue en espera de una buena carretera que la comunique y permita cruzarla con facilidad, a efecto de alcanzar la costa con mayor rapidez que ahora.

Parecería que Jalisco tiene una vocación implícita por centralizarse y, por lo mismo, ha mostrado escaso interés por atender a sus lugares más apartados. Prueba de ello es la impasibilidad con que se ha visto a estados vecinos apropiarse de territorios que legítimamente le pertenecen, como en el caso de Peña Colorada, donde se explota un rico yacimiento de hierro, ahora en poder de Colima, o del fértil valle de Puente de Camotlán, del cual se posesionó Nayarit, a la brava, hace poco más de cincuenta años.

Universidad sin clase

Tal vez no sea casual, por otro lado, que la universidad pública de Jalisco sea la única en todo el país que no lleva el nombre del estado sino el de su capital. González Gallo, Yáñez y todos los gobernantes posteriores, con mayor o menor intensidad, han procurado acrecentar el subsidio y el patrimonio de la Universidad de Guadalajara, que ha llegado a recibir casi a doscientos mil alumnos. Cerca de la mitad de ellos en el nivel de preparatoria y la otra para cursar las diferentes y cada vez más numerosas licenciaturas, en tanto que los estudios de posgrado, habiendo algunos de muy buen nivel, son muy recientes y tienen una inscripción muy reducida.

Además de los deseos de que la educación superior fuese cada vez más generalizada, la universidad ha sido motivo de especial atención por su posibilidad de alterar la tranquilidad pública, como lo ha hecho en más de una ocasión, con base en su organiza-

ción estudiantil mayoritaria y durante muchos años oficialmente reconocida: la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG).

A fines de los años cincuenta y a principios de los sesenta, un grupo conocido entonces como "La Mafia", encabezado por Carlos Ramírez Ladewig —hijo del otrora gobernador Margarito Ramírez—, desplazó de la organización a otros vástagos de ex mandatarios locales que coincidían en aspirar al liderazgo estudiantil. Finalmente, Ramírez Ladewig alcanzó a ejercer un control casi absoluto de la casa de estudios y de las escuelas secundarias del sistema educativo estatal, mediante una eficiente combinación de irrestricta fidelidad al gobierno con una fuerte represión a la disidencia interna, a lo que se aunaba una retórica fuertemente populista. Se ganó así un amplio respaldo entre los muchos estudiantes poco estudiosos, aunque fuera a costa de que descendiera el nivel académico.

Su colaboración con el gobierno federal en ocasión de los disturbios populares y la crisis del año 1968, trajo como consuencia que la de Guadalajara fuese la única universidad pública mexicana que no se sumó a la huelga. Este hecho consolidó la hegemonía de dicho grupo, pues se ganó una irrestricta confianza oficial, buenas recompensas a sus miembros destacados, la protección de la comandancia militar y una cantidad considerable de armas idóneas para su función. A partir de ahí, los ex líderes estudiantiles accedieron, entre otras prebendas, a ser diputados estatales y federales y se convirtieron en altos funcionarios universitarios, desplazando con buenos y malos modos a todo aquel que les pudiera ocasionar problemas, ocupara un cargo cuyo desempeño les pudiera interesar o, simplemente, no se plegara a sus deseos en forma incondicional.

En 1973, con ánimo de alcanzar la gubernatura, Ramírez hizo que la FEG y la universidad dieran un drástico "viraje a la izquierda", a la sazón conforme con la tónica del discurso oficial. La intención fallida era congraciarse con el presidente Luis Echeverría, a cuya sombra, quizá sin que él mismo tuviera conocimiento preciso, había surgido en Guadalajara un violento grupo opositor a la FEG que le causó a ésta no pocos dolores de cabeza, mató algunos de sus cabecillas y alteró sensiblemente la vida de los tapatíos.

El mismo Ramírez, considerado el "ideólogo" de la universidad, fue asesinado en 1975 y, bajo el liderazgo simbólico de su hermano, aceptado por los ex presidentes de la organización estudiantil como el fiel de la balanza, la institución siguió el camino por el que su misma inercia la llevó cerca de 15 años más.

Durante la "bonanza" del sexenio de José López Portillo, aparte de las fuertes limitaciones políticas que el gobernador Flavio Romero de Velasco (1977-1983) logró imponerle al ahora llamado Grupo de la Universidad, hubo recursos suficientes para emprender diversas construcciones que aumentaron el patrimonio de la casa de estudios. En cambio, el progresivo menoscabo académico y anímico facilitó el crecimiento no sólo de la cincuentenaria Universidad Autónoma de Guadalajara, sino también del Instituto de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), fundado por los jesuitas en 1957.

Por cierto que el nacimiento de este último ocasionó una gran molestia en el seno de la Universidad Autónoma de Guadalajara. Se llegó al extremo de que los llamados Tecos, en quienes descansa el rígido control político de sus estudiantes y la pulcritud de su ideología, en mayo de 1958 agredieron ostensiblemente las instalaciones de los jesuitas, a la sazón en el centro de Guadalajara, causándoles cuantiosos daños.

A partir de la fundación del ITESO fueron diluyéndose, hasta su casi total desaparición, los enfrentamientos de los Tecos con los estudiantes de la universidad estatal.

Otros planteles de educación superior más jóvenes, que también se beneficiaron tanto del extremismo de la Universidad Autónoma de Guadalajara como del deterioro ocasionado por la FEG en la del estado, fueron la Universidad del Valle de Atemajac (UNIVA), fundada en 1979 por clérigos seculares, la Universidad Panamericana, del Opus Dei, establecida en 1981; el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey (TEC) y varios más de importancia mucho menor. A todas ellas fueron a dar muchos jóvenes de clase media y alta atraídos por la constancia, el buen comportamiento y el orden que preconizaban y exigían.

El declive de la Universidad de Guadalajara, debido también a

los bajos salarios y a la escasez de alicientes, consecuencia del aumento desmedido de alumnos y necesidades, y de la corrupción interna, provocó que los estudiantes y maestros más inquietos siguieran emigrando a la ciudad de México y a otros lugares. Ello ocasionó que la vida cultural en la entidad no se desarrollara al igual que en otras partes de México; la pobreza en este aspecto que caracterizó a la vida tapatía durante los años sesenta, cuando incluso dejó de enseñarse la historia y la geografía de la región en las escuelas, propició que fueran otras instancias las que constituyeran la base del despertar y el repunte que se inició en la década siguiente.

Vamos por más cultura

Muy importante resultó el trabajo de la Regiduría de Cultura del Ayuntamiento de Guadalajara entre 1968 y 1970 y, más aún, la creación y el desempeño del Departamento de Bellas Artes durante el gobierno de Alberto Orozco Romero. A fines de 1972 sobrevino también la creación del Centro Regional del Instituto Nacional de Antropología e Historia, que fue muy valioso desde el principio, entre otras cosas, por la reanimación cabal que realizó del Museo del Estado y la preparación de varias obras importantes sobre Jalisco. Lo mismo puede decirse de la Unidad Editorial del Gobierno del Estado que, desde su fundación en 1977 y hasta 1983, publicó textos de gran importancia y utilidad. Asimismo, vale resaltar el trabajo realizado durante muchos años por el Instituto Goethe y la Alianza Francesa de Guadalajara, que trascendieron con mucho su objetivo primigenio de difundir en Jalisco la cultura de sus respectivos países patrocinadores y enseñar su idioma.

Debe hacerse mención, además, de esfuerzos particulares muy importantes como el Museo de Arte Moderno —ahora regido por el ayuntamiento tapatío— y, sobre todo, el "Suplemento Cultural" de *El Informador,* el más antiguo de los actuales diarios de Jalisco. Dicho "Suplemento" cobró mayor fuerza durante los años setenta y, tiempo después, encontraría un digno parangón en el seno de *El Occidental.*

No fue hasta mediados de la década de los ochenta cuando la Universidad de Guadalajara empezó a recuperar el liderazgo cultural que había tenido antaño, gracias a la incorporación de un selecto grupo de intelectuales, jóvenes en su mayoría, pero muchos de ellos miembros ya del Sistema Nacional de Investigadores, en conjunción con un grupo de funcionarios imbuidos de una mayor vocación académica que sus colegas.

Desde 1989 dicha universidad entró en una época de profundos cambios. La FEG fue desplazada por la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU), hasta ahora de tesitura muy diferente, y se emprendió un vasto programa para mejorar tanto los estudios regulares como las actividades de extensión, descentralizar los servicios, las funciones y las decisiones y generar estímulos para quienes se dedican exclusivamente a labores de investigación y docencia. Asimismo, se han establecido importantes lazos de colaboración con otras instituciones dedicadas a la educación superior que han dejado atrás el aislamiento ancestral.

El panorama actual, si bien no es del todo feliz, resulta alentador, gracias a importantes realizaciones como la Feria Internacional del Libro (desde 1987) y el Festival de Cine Mexicano (desde 1985), una creciente producción editorial y artística de calidad y muchos y muy variados estudios sobre la región, entre otras cosas, que han contribuido a que Guadalajara vuelva a destacar en la geografía cultural de México.

MÁS MODERNOS PERO INSEGUROS

Pero en los últimos tiempos Jalisco ha sido también escenario de hechos muy lamentables, como las discrepancias entre diferentes grupos de narcotraficantes que se han ventilado en lugares públicos. Ello ha dado lugar a no pocas muertes violentas, entre las que se incluye la del cardenal Jesús Posadas Ocampo, asesinado a mansalva en mayo de 1993, en plena luz del día.

Se dice que, en un momento dado, se violó un acuerdo *de facto* habido entre quienes se dedican a la producción y el contraban-

do de estupefacientes en el norte del país: respetar el área metropolitana de Guadalajara para que sus familias pudieran vivir tranquilamente en ella.

Poco tiempo estuvo vacante la sede arzobispal de Guadalajara. Antes de que terminara el mismo año que fue asesinado Posadas Ocampo, fue nombrado en su lugar, y poco después cardenal, un antiguo director del Seminario de Guadalajara y hasta ese momento obispo de Ciudad Juárez, Juan Sandoval Íñiguez, oriundo de Yahualica.

A diferencia de sus antecesores, Sandoval se involucró en muchos otros aspectos de la vida política, económica y social de su grey. Asimismo, alcanzó un gran éxito con la canonización en el año 2000 de 15 jaliscienses, "mártires" cristeros en su gran mayoría. Sin embargo, se le dificultó sobremanera la construcción de un gigantesco santuario en su memoria.

Por otro lado, el 22 de abril de 1992, poco después de que la capital de Jalisco celebrara pomposamente 450 años de vivir en el valle de Atemajac, tremendas explosiones causadas por una excesiva cantidad de gasolina infiltrada en un colector principal dejaron más de 200 cadáveres, miles de heridos y la destrucción total de casi ocho kilómetros de calles que cruzaban el antiguo y populoso barrio de Analco. Lo que no se sabrá nunca es el número total de muertos, debido a que, a los tres días de buscar restos humanos, para evitar enfermedades se consideró más conveniente suspender la búsqueda y echar tierra, cal y otros desinfectantes en los escombros. Pero, además, dicha catástrofe fue aprovechada por el gobierno federal para castigar la insumisión del gobernador Guillermo Cosío Vidaurri y sus desacuerdos con funcionarios federales del más alto nivel.

Se habían llevado a cabo numerosas obras de infraestructura, lo mismo en el medio rural que en el urbano, además de haber sido, a mediados de julio de 1991, exitosa sede de la Primera Reunión Cumbre de Jefes de Estado Iberoamericanos, con la presencia de 22 gobernantes. No obstante, desde unos meses antes del descalabro, el gobernador de Jalisco se había debilitado por una fuerte campaña en su contra y una manifiesta y creciente

animadversión por parte de influyentes sectores conservadores de la ciudadanía.

Detrás de todo ello se encontraba la intriga de la presidencia de la República. A fin de cuentas, Cosío pidió licencia el 1° de mayo de 1992, previo encarcelamiento como supuestos culpables de la tragedia, entre otros, de Aristeo Mejía Durán, recientemente nombrado secretario de Desarrollo Urbano y Rural, y de Enrique Dau Flores, quien se había convertido desde el 1° de abril en presidente municipal de Guadalajara, electo mediante el inobjetable voto en su favor de las dos terceras partes de los sufragantes.

Privados de su libertad, ambos se vieron obligados a presentar su renuncia, seguidos por la mayor parte de los regidores tapatíos, de manera que el ayuntamiento tuvo que ser sustituido por un concejo municipal que fue nombrado por el Congreso del estado, pero según instrucciones que llegaron del Distrito Federal.

Más de 200 días después los 11 prisioneros fueron puestos en libertad, sin cargo alguno...

En lugar de Cosío Vidaurri, en una turbulenta sesión legislativa, fue nombrado gobernador el diputado Carlos Rivera Aceves, a quien tocó la difícil tarea de ir recomponiendo sobre la marcha la administración pública, seguir adelante con lo que se había iniciado, atender a los miles de damnificados y evitar conflictos mayores.

En la elección del nuevo gobernador el presidente de la República no pudo hacer su gusto, en virtud de que, si Cosío hubiera renunciado, en vez de pedir licencia, se habría tenido que convocar de inmediato a una nueva elección de gobernador.

De cualquier manera, tres años después, el 12 de febrero de 1995, la molestia ciudadana, agravada por el descalabro económico nacional que legó Carlos Salinas de Gortari a su sucesor y que se hizo patente en el mes de diciembre anterior, los jaliscienses votaron mayoritariamente en contra del candidato del PRI y en favor de del PAN.

Este último partido, sin imaginarse en el momento de escoger a su candidato que podría ganar las elecciones, había postulado

a Alberto Cárdenas Jiménez, hasta ese entonces presidente municipal de Zapotlán El Grande.

Su muy limitada instrucción y su falta de experiencia política, así como su agresividad y evidente carisma, sumado a la limitada capacidad de muchos miembros de su gabinete, hicieron que su gobierno resultara controversial, con grandes detractores, no pocos defensores y un cúmulo de conflictos.

Sin embargo, hubo general coincidencia a favor de la eficiencia de dos secretarios, el de Educación y el de Finanzas. Predomina la opinión de que, de no haber sido por ellos, la vida en Jalisco hubiera resultado mucho más difícil durante ese sexenio.

Francisco Ramírez Acuña, quien fue el siguiente gobernador, a partir del 1° de marzo de 2001, también fue postulado por el PAN. Pero a diferencia del anterior, resultó tener gran experiencia política, después de haber sido diputado, funcionario público y presidente municipal de Guadalajara.

Asimismo, Ramírez Acuña se esforzó desde el principio a favor de la concordia y el entendimiento con las fuerzas contrarias dentro y fuera de su propio partido.

En consecuencia, a pesar de haber ganado las elecciones con muy poca ventaja y haberse visto obligado a muchas concesiones, poco a poco fue tomando las riendas del estado y, después de las elecciones de 2003, en las que el PRI recuperó, entre otros municipios importantes, los de Zapopan, Tlaquepaque y Puerto Vallarta, e incrementó de manera notable su presencia en el Congreso local y en el federal, Ramírez Acuña se convirtió en el eje indiscutible de la política de la entidad. A tal extremo que, para tratar de contrarrestar, el presidente de la República nombró a Alberto Cárdenas Jiménez al frente de la Secretaría del Medio Ambiente y Recursos Naturales (Semarnat), después de 28 años sin que hubiera un jalisciense en el gabinete presidencial.

Los mayores problemas de los últimos años han sido la falta de empleo y la consecuente inseguridad. El Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, que entró en vigor el 1° de enero de 1994, permitió un importante desarrollo del comercio, pero ha dañado sobremanera la producción agrícola y, sobre

todo, la pequeña industria, de exportación o no, que se había convertido en uno de los pilares de la economía jalisciense.

Además, el agua se convirtió en un motivo de discordias importantes: por un lado, garantizar el abastecimiento futuro de la zona metropolitana de Guadalajara, lo que dio lugar, no sin grandes controversias y choques de intereses legítimos, a la decisión de construir la Presa de Arcediano, en la confluencia del río Verde con el de Santiago; por otro, la lucha por salvar el lago de Chapala, en peligro de muerte porque se le quita casi toda el agua del río Lerma, su fuente principal, mediante las extracciones que le hace el Distrito Federal antes de que nazca, a lo que se agrega lo que toman las diferentes poblaciones que se hallan en su trayecto y el riego demasiado generoso que se hace en el estado de Guanajuato.

También con éxito, a fines de mayo de 2004 se llevó a cabo, con la representación de 58 países, la Tercera Reunión Cumbre de América Latina y el Caribe-Unión Europea.

Nostalgia y optimismo

Quedaron atrás los años en que Nueva Galicia se debatía entre la autonomía y la dependencia de la Nueva España, el día en que en Guadalajara se abolió la esclavitud, los meses en que el naciente Estado Libre y Soberano de Xalisco se convirtió en ariete del federalismo, cuando en sus campos de batalla una cruenta lucha fratricida se resolvió en favor de los liberales y la modernidad de entonces y, también, hallaron la horma de sus zapatos los invasores franceses y los mexicanos imperialistas que los secundaban.

Tiempo ha que el mariachi, el tequila y el charro se convirtieron en los estereotipos de la identidad nacional, y que de esta cantera inagotable partieron muchos hombres y mujeres a darle un lustre inusitado a la cultura de los mexicanos.

En 1959 el arzobispo tapatío, José Garibi Rivera, se convirtió en el primer cardenal mexicano, al tiempo que las "Chivas Rayadas" del Guadalajara se afianzaban como el mejor equipo de fut-

bol del país. En aquel entonces, la policía informaba siempre que concluían sin daño alguno las ya entonces multitudinarias "llevadas" de la virgen desde la catedral metropolitana hasta su sede en la basílica de Zapopan, donde la imagen concluía su periplo anual por la ciudad sin lograr nunca su propósito primigenio: evitar las inundaciones. De cualquier manera, la capital de Jalisco había llegado a ser un dechado de orden, limpieza y tranquilidad.

El desequilibrio social era menor y mucho mayor la seguridad del transeúnte. Los jóvenes catrines todavía "patinaban" los viernes por la noche en la avenida Lafayette y, al caer la tarde dominguera, se exhibían con su pareja en el hoy maltrecho parque de la Revolución. Por la mañana habían ido al flamante estadio Jalisco y, después de comer, a la antigua plaza de toros El Progreso. En la Plaza de Armas, mientras tanto, al pardear de jueves y domingo no faltaba buena música al natural, escuchada por jóvenes y viejos de extracción más humilde que buscan compañía o hablan de los tiempos idos.

Sin embargo, con ánimo mal entendido de progresar, se han destruido valiosos testimonios arquitectónicos del pasado; pero a cambio se han realizado, con recursos públicos o privados, muchos salvamentos y magníficas restauraciones de entrañables edificios que siguen embelleciendo poblados grandes y pequeños, además de contribuir a darle cuerpo a su identidad.

Diversas e importantes empresas familiares tradicionales se encuentran en un acelerado proceso de modernización, en pos de que los cambios recientes no destruyan lo que lograron sus fundadores; no obstante, algunas de las industrias medianas y la mayoría de las pequeñas parecen toparse con obstáculos insalvables, ocasionados por la reciente apertura comercial.

En suma, puede decirse que el desarrollo ha traído por igual cambios profundos y daños inesperados que no siempre han sabido afrontarse; pero este "lugar sobre la arena", con base en las coincidencias fundamentales, la colaboración y un mejor entendimiento de quienes aquí viven, empieza a dar muestras de recuperar su energía y su dinamismo ancestral, dándose cuenta de

dónde está su fuerza y, otra vez, de cuáles son sus capacidades, sus posibilidades y su mejor camino, lo que constituye un augurio de que muy pronto podrá decirse "Aquí es Jalisco", con la frente más alta y la voz mucho más fuerte.

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

A lo largo del tiempo se han escrito cuatro grandes obras panorámicas sobre el pasado de Jalisco. De los seis libros que escribió al mediar el siglo XVII el franciscano Antonio Tello bajo el título de *Crónica miscelánea de la sancta provincia de Xalisco,* con ánimo de enaltecer la tarea evangelizadora de su orden en Nueva Galicia, en España y en el mundo, el segundo de ellos constituye un verdadero intento de historia general de la región. La segunda y última versión se produjo en tres tomos publicados en 1968, 1973 y 1984, en Guadalajara y por cuenta del gobierno del estado de Jalisco, la Universidad de Guadalajara y el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Cien años después, el abogado Matías de la Mota Padilla escribió su *Historia del reino de Nueva Galicia en la América septentrional* para promover que se convirtiera en un nuevo virreinato sumándosele Nueva Vizcaya; fue publicado en Guadalajara por la Universidad de Guadalajara y el Instituto Jalisciense de Antropología e Historia en 1973.

Para celebrar el primer centenario del Grito de Dolores, otro abogado, Luis Pérez Verdía, escribió al comenzar el siglo XX tres tomos de una *Historia particular del estado de Jalisco. Desde los primeros tiempos de que hay noticia hasta nuestros días,* desprendiéndola de una idea global de la historia de México que ayudó a formar la historiografía liberal; fue publicado por primera vez en 1910 y 1911 en la Tip. de la Escuela de Artes y Oficios del Estado con sede en Guadalajara, pero hay otra edición de 1952 —debida al Gobierno del Estado— y otra más, facsimilar de la primera, que la Universidad de Guadalajara hizo en 1988.

Finalmente, a partir de 1978, bajo la dirección de José María Muriá, un grupo, en su mayoría historiadores, preparó cuatro tomos que fueron publicados en Guadalajara, entre 1980 y 1982, con

el título de *Historia de Jalisco* por cuenta del Gobierno del Estado de Jalisco.

Esfuerzos de síntesis más breves deben mencionarse cuatro: *Jalisco. Historia mínima* de Luis Páez Brotchie, publicada en 1940, en dos tomos, y en 1985 por el Ayuntamiento de Guadalajara. *Jalisco. Esta tierra,* debida a Heriberto Moreno García, publicada en 1982 por el Gobierno del Estado, con el ánimo fallido de servir como libro de texto complementario. *Breve historia de Jalisco,* preparada por el suscrito haciendo un resumen de la obra mayor que le tocó dirigir; fue impresa por cuenta de la Secretaría de Educación Pública y la Universidad de Guadalajara en 1988. Por último, tomando en cuenta el enorme grupo de lectores que habrá de tener y el avance tan importante que significa para un conocimiento básico más difundido de la historia de Jalisco, debe consignarse el libro preparado por el profesor Felipe Plascencia, *Jalisco. Historia y geografía* (México, Secretaría de Educación Pública, 1993), triunfador del concurso convocado ex profeso por la Secretaría de Educación del estado de Jalisco a efecto de disponer de un libro de texto idóneo para tercer año de primaria.

Deben tomarse también en cuenta trabajos que cubren un tiempo muy largo, aunque específicos en cuanto a la temática. Tal es el caso de los cinco tomos de la *Historia de la Iglesia en Guadalajara* de J. Ignacio Dávila Garibi (México, Cultura, 1957 a 1977). José María Muriá, *El territorio de Jalisco* (Guadalajara, Hexágono, 1991) e *Historia de las divisiones territoriales de Jalisco* (México, Instituto Nacional de Antropología, 1976) son útiles para conocer las raíces de la actual división política interna del estado. De José G. Zuno vale recordar *Las artes plásticas en Jalisco. Ensayo crítico-histórico* (Guadalajara, Et Caetera, 1957). Tal vez también el cuadernito de José María Muriá, *El Tequila. Boceto histórico de una industria* (Universidad de Guadalajara, 1990) y sin duda el trabajo acabado de publicar de Angélica Peregrina y Óscar García Carmona, *La educación superior en el occidente de México* (dos tomos, Universidad de Guadalajara/El Colegio de Jalisco, 1993).

Respecto de los tiempos prehispánicos, sobre lo que hay mucha fantasía, acaba de publicarse un libro muy serio de Phil C. Weigand,

Evolución de una civilización prehispánica. Arqueología de Jalisco, Nayarit y Zacatecas (Zamora, El Colegio de Michoacán, 1993), que reúne, cierne y analiza lo que se sabe sobre el tema. Pero también puede tomarse en cuenta la recopilación de artículos de Betty Bell, *The Archaeology of West Mexico,* publicada en Ajijic, Jalisco, por la Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México en 1974.

La conquista de la Nueva Galicia de José López-Portillo y Weber (México, Talleres Gráficos de la Nación, 1935) sigue siendo un libro fundamental para el tema. Puede ser complementado por la biografía de *Nuño de Guzmán* escrita por Fausto Marín Tamayo (México, Siglo XXI, 1992), y sobre todo por la obra de Marina Anguiano, *Nayarit. Costa y altiplanicie en el momento del contacto* (México, UNAM, 1992), que incorpora información obtenida recientemente y un mejor análisis del fenómeno.

De López-Portillo resulta también sumamente importante *La rebelión de Nueva Galicia* (México, s.e., 1939), que describe la llamada también guerra del Miztón, cuya continuación es el trabajo de Philip W. Powell, *La guerra chichimeca, 1550-1600* (México, Fondo de Cultura Económica, 1977); en tanto que la reciente obra de José Francisco Román Gutiérrez, *Sociedad y evangelización en Nueva Galicia durante el siglo XVI* (Guadalajara, El Colegio de Jalisco, 1993) aborda otros temas relacionados con la colonización. Asimismo, la organización gubernamental puede verse en *La Audiencia de Nueva Galicia en el siglo XVI* de John H. Parry, publicada originalmente en 1948, en inglés, y recientemente la versión española (Zamora, Fideicomiso Teixidor/El Colegio de Michoacán, 1993).

El siglo XVII, por su parte cuenta con una obra también moderna, debida a Thomas Calvo, que ha sido publicada en dos partes: *Guadalajara y su región en el siglo XVII. Población y economía* (Ayuntamiento de Guadalajara, 1992) y *Poder, religión y sociedad en la Guadalajara del siglo XVII* (México, Centre d'Études Mexicaines et Centraméricaines/H. Ayuntamiento de Guadalajara, 1992).

El siglo XVIII, en cambio, preferido en términos generales por los historiadores, no cuenta con una obra de conjunto; pero han sido

bien estudiados temas de suma importancia. Tal es el caso de *San Blas de Nayarit* de Enrique Cárdenas de la Peña, publicado en dos tomos en México por la Secretaría de Marina en 1968, que muestra el importante papel del puerto; este libro se complementa con la reciente colección de diversos artículos sobre el tema editados bajo el mismo título (Zapopan, El Colegio de Jalisco, 1993). Sobre la actividad agropecuaria hay tres trabajos sumamente importantes y bien hechos: el más antiguo es de Ramón María Serrera y Contreras y se titula *Guadalajara ganadera. Estudio regional novohispano* (Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1977). Fue seguido por el de Eric van Young, *Hacienda and Market in Eighteenth-Century Mexico. The Rural Economy of the Guadalajara Region, 1675-1820* (University of California Press, 1981). El tercero es de Richard B. Lindley, quien relacionó la riqueza rural con el desarrollo económico y el impulso del comercio en *Las haciendas y el desarrollo económico, Guadalajara, México, en la época de la Independencia* (México, Fondo de Cultura Económica, 1987). La oligarquía que se constituyó entonces en Guadalajara y su hegemonía hasta mediados del siglo XIX fue estudiada por Jaime Olveda en *La oligarquía de Guadalajara* (México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991).

Respecto de la época colonial debe tomarse en cuenta también el trabajo de Carmen Castañeda, *La educación en Guadalajara durante la Colonia, 1552-1821* (Guadalajara, El Colegio de Jalisco/El Colegio de México, 1984). También conviene leer el ensayo de Lilia V. Oliver Sánchez, *El Hospital Real de San Miguel de Belén, 1581-1802* (Universidad de Guadalajara, 1992).

En cuanto al siglo XIX, entendido éste aproximadamente de 1810 a 1917, existe también una síntesis titulada *Jalisco. Una historia compartida,* que forma parte de una serie de todos los estados del país promovida por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, de la ciudad de México. Este de Jalisco, que fue impreso por cuenta del Gobierno del Estado en 1987, fue realizado por José María Muriá, con la colaboración de Cándido Galván y Angélica Peregrina.

En particular, sobre la guerra de Independencia en Jalisco se

dispone de una breve síntesis preparada por Cándido Galván y Angélica Peregrina, *La Independencia en la Nueva Galicia* (Guadalajara, Departamento de Educación Pública del Estado, 1985) y de dos obras venerables reeditadas ambas en la década pasada por el Gobierno de Jalisco: la de Jesús Amaya Topete, *Hidalgo en Jalisco. Ensayo bio-historiográfico* (1985) y *El gobierno insurgente en Guadalajara, 1810-1811* debido a José Ramírez Flores (1980). Asimismo, deben tomarse en cuenta las obras de José G. Zuno, *Don Pedro Moreno* (Guadalajara, 1956) y de Juan López, *José María Mercado, insurgente tapatío* (Guadalajara, 1973).

La política de Jalisco durante la primera época federal es un trabajo de Jaime Olveda, publicado en Guadalajara por los poderes de Jalisco en 1976. Como se sabe, la epidemia del cólera precedió al derrocamiento del federalismo, misma que está muy bien estudiada en el libro de Lilia V. Oliver, *Un verano mortal* (Guadalajara, Gobierno de Jalisco, 1986). Sobre la situación general del campo debe considerarse el texto de Mario Aldana Rendón, *Proyectos agrarios y lucha por la tierra en Jalisco, 1810-1866* (Guadalajara, Gobierno de Jalisco, 1986). Sobre la tributación consúltese el libro de Jaime Olveda, *El sistema fiscal en Jalisco (1821-1888)* (Guadalajara, Gobierno del Estado, 1983). Sobre la política y la sociedad, resulta importante el ensayo de Brian Connaughton, *Ideología y sociedad en Guadalajara, 1788-1853* (México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992). Asimismo, sobre el despertar cultural debe verse el trabajo de Celia del Palacio titulado *La primera generación romántica de Guadalajara: la Falange de Estudio* (Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1993) y la obra clásica de Juan B. Iguíniz, *El periodismo en Guadalajara* (dos tomos, Universidad de Guadalajara, 1955).

La historia de los hechos bélicos comprendidos entre 1857 y 1867 quedó bien establecida en dos libros muy antiguos: *La Guerra de Tres Años. Apuntes para la historia de la Reforma* de Manuel Cambre, que data de 1904, pero hay otra por cuenta de la Universidad de Guadalajara en 1986, y el *Ensayo histórico del Ejército de Occidente,* de Juan B. Híjar y Haro y José María Vigil, publicado originalmente en 1874, pero existe una edición facsimilar que se

hizo en 1989, otra en tres tomos (Guadalajara, Corresponsalía del Seminario de Cultura Mexicana, 1970 y 1972). Debe mencionarse también, dada la importancia del personaje tratado, el trabajo de Mario Aldana Rendón, *Rebelión agraria de Manuel Lozada: 1873* (México, Secretaría de Educación Pública/Fondo de Cultura Económica, 1983).

Asimismo una panorámica económica vasta se encuentra en *Desarrollo económico de Jalisco, 1821-1940* (Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1979). Y una de las razones más importantes de la Revolución fue estudiada por el mismo autor: *El campo jalisciense durante el Porfiriato* (Universidad de Guadalajara, 1986). Finalmente, el propio Aldana coordinó 14 tomos titulados *Jalisco desde la Revolución* (Guadalajara, Gobierno de Jalisco/Universidad de Guadalajara, 1987 y 1988): I, Mario Aldana Rendón, *Del reyismo al nuevo orden constitucional;* II, Jaime Tamayo, *La conformación del estado moderno y los conflictos políticos, 1917-1929;* III, Laura Patricia Romero, *La consolidación del estado y los conflictos políticos;* IV, Jaime Tamayo, *Los movimientos sociales, 1917-1929;* V, Laura Patricia Romero (coord.), *Movimientos sociales, 1929-1940;* VI, Francisco Barbosa Guzmán, *La Iglesia y el gobierno civil;* VII, Armando Martínez Moya y Manuel Moreno Castañeda, *La escuela de la Revolución;* VIII, Wolfgang Vogt y Celia del Palacio, *Literatura y Prensa, 1910-1940;* IX, Jaime Sánchez Susarrey e Ignacio Medina Jiménez, *Historia política, 1940-1975;* X, Daniel González Romero, *Arquitectura y desarrollo urbano;* XI (tomo I), Felipe Plascencia, Silvia Ayala, Carlos Enrique Orozco y Abel Mercado, *La expansión educativa, 1940-1985. Educación primaria, secundaria y media superior;* XI (tomo II), Salvador Acosta (coord.), *La expansión educativa, 1940-1985. La Universidad de Guadalajara y la educación superior;* XII, Adalberto Navarro Sánchez e Ignacio Martínez, *Nueva narrativa y pintura;* XIII, Rogelio Luna, Cristina Padilla, Adrián de León y Jesús Arroyo, *Crecimiento industrial y manufacturero, 1940-1980;* XIV, J. Abelino Torres, *El comercio y su transformación, 1940-1987.*

Además, específicamente sobre la educación en este siglo, dos libros son muy importantes: el de Angélica Peregrina, *La Escuela*

Normal de Jalisco en su centenario (1892-1992) (Zapopan, El Colegio de Jalisco, 1992) y el de Pablo Yankelevich, *La educación socialista en Jalisco* (Guadalajara, Departamento de Educación Pública, 1985). Sobre el mundo financiero y su creciente importancia debe verse: Francisco J. Núñez de la Peña, *Cien años del Banco Nacional de México en Guadalajara* (Guadalajara, El Colegio de Jalisco, 1990) y el dedicado al Banco Industrial de Jalisco, de Fernando Martínez Réding, *Un banco, una región, una época* (Guadalajara, Banco Internacional, 1981).

En otro orden de ideas, también son muy útiles los libros siguientes que, con antecedentes históricos, inciden especialmente en problemas contemporáneos: el de Jorge Alonso, *El rito electoral de Jalisco (1940-1992)* (Zapopan, El Colegio de Jalisco, 1993); el de Gilberto Fregoso Peralta y Enrique E. Sánchez Ruiz, *Prensa y poder en Guadalajara* (Universidad de Guadalajara, 1993), sobre la prensa cotidiana de este siglo; el de Jaime Tamayo, *La estructura del sindicalismo en Jalisco* (Universidad de Guadalajara, 1985), que cubre desde finales del siglo pasado hasta nuestros días y sirve también para asomarse al proceso de industrialización; el de Luisa Gabayet, *Obreros somos. Diferenciación social y formación de la clase obrera en Jalisco* (Guadalajara, El Colegio de Jalisco/CIESAS, 1988); el de Carlos Alba Vega y Dirk Kruijt, *Los empresarios y la industria de Guadalajara* (Guadalajara, El Colegio de Jalisco, 1988); el de Patricia Arias, *El calzado en la región jalisciense. La industria y la cámara* (Guadalajara, Cámara de la Industria del Calzado, 1992); el de Javier Orozco Alvarado y otros, *Economía, agroindustria y política agraria en Jalisco* (Zapopan, El colegio de Jalisco, 1992) y, sobre la problemática particular de la más importante agroindustria de la entidad, el trabajo de Rogelio Luna Zamora, *La historia del tequila, de sus regiones y sus hombres* (México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991).

Asimismo, concentrados en temas recientes de gran importancia, pueden citarse *Mujeres y sociedad. Salario, hogar y acción social en el occidente de México* de varios autores (Guadalajara, El Colegio de Jalisco/CIESAS, 1989); y de Roberto Rodríguez, *El mundo de los hombres del mar* (Zapopan, El Colegio de Jalisco,

1993); además, sobre un problema de tanta importancia como el migratorio, deben citarse tres obras: de William W. Winnie Jr., *La movilidad demográfica y su incidencia en una región de fuerte emigración* (Universidad de Guadalajara, 1984); *Migración rural hacia Estados Unidos. Un estudio regional en Jalisco* de Jesús Arroyo Alejandre, Adrián de León y M. Basilia Valenzuela (México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991), y *Los ausentes. El proceso social de la migración internacional en el occidente de México,* de Douglas Massey y otros (México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Alianza Editorial, 1991).

Sobre algunas regiones de Jalisco deben citarse los trabajos de Ángel Bassols Batalla, *Norte de Jalisco. Una región remota de occidente* (México, Instituto de Investigaciones Económicas, 1988); de Guillermo de la Peña y otros, *Ensayos sobre el sur de Jalisco* (México, CISINAH, 1977); de Lourdes Celina Vázquez, *Identidad, cultura y religión en el sur de Jalisco* (Zapopan, El Colegio de Jalisco, 1993); y de Andrés Fábregas, *La formación histórica de una región: Los Altos de Jalisco* (México, CIESAS, 1986).

Finalmente, acerca de algunos municipios deben citarse de Tomás Martínez Saldaña y Leticia Gándara Mendoza, *Política y sociedad en México: el caso de Los Altos de Jalisco* (México, Secretaría de Educación Pública/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1976), que versa sobre Arandas y San Miguel el Alto; sobre Jalostotitlán y Teocaltiche, véase el ensayo de Jaime Espín y Patricia de Leonardo, *Economía y sociedad en Los Altos de Jalisco* (México, CISINAH/Nueva Imagen, 1978); de Rubén Villaseñor Bordes, *Autlán* (Guadalajara, Gobierno de Jalisco, 1988); de Esteban Chávez, *Quitupán* (Morelia, Fimax, 1954); de José Lameiras, *El Tuxpan de Jalisco. Una identidad danzante* (Zamora, El Colegio de Michoacán, 1990); y de José María Muriá, *Brevísima historia de Guadalajara* (Guadalajara, Hexágono, varias ediciones).

CRONOLOGÍA

1523 Cristóbal de Olid, enviado por Hernán Cortés, explora Mazamitla y Tamazula.
1525 Expedición de Francisco Cortés de San Buenaventura, desde Colima hasta el río Santiago.
1530 Nuño Beltrán de Guzmán comienza propiamente su expedición en tierras de los teúles chichimecas.
1531 Nuño funda San Miguel de Culiacán.
1538 Muere el gobernador Diego Pérez de la Torre.
1541 Apogeo de la Rebelión Cazcana, muerte de Pedro de Alvarado y expedición punitiva de Antonio de Mendoza.
1542 Fundación definitiva de Guadalajara en el valle de Atemajac.
1547 Fundación de la Real Audiencia.
1548 Fundación del obispado de Compostela.
1560 Guadalajara se convierte en capital de Nueva Galicia y en sede mitral.
1586 Se funda en Guadalajara el primer colegio para niñas y llegan los jesuitas.
1622 Creación de la alhóndiga de Guadalajara para combatir la especulación con los granos básicos.
1720 Construcción del Puente Grande de Tololotlán.
1721 Consumación de la conquista del Nayar.
1736 Descubrimiento de las minas de Bolaños.
1768 Fundación del puerto de San Blas.
1792 Fundación de la Real y Literaria Universidad de Guadalajara.
1793 Establecimiento de la primera imprenta.
1795 Fundación del Consulado de Comerciantes de Guadalajara.
1810 Establecimiento en Guadalajara del gobierno insurgente, abolición de la esclavitud y aparición del primer periódico.
1811 Derrota total de los insurgentes en Puente de Calderón.
1812 Estalla la revuelta de Mezcala.

1814 Primer establecimiento de la Casa de Moneda en Guadalajara.
1821 Proclamación de la Independencia en Tlaquepaque.
1823 Establecimiento del Estado Libre y Soberano de Xalisco.
1826 Muerte del primer gobernador constitucional, Prisciliano Sánchez.
1827 Establecimiento en Tepic de la firma Barrón y Forbes.
1834 Antonio López de Santa Anna entra a Guadalajara para imponer el centralismo.
1841 Mariano Paredes Arrillaga promulga el Plan del Progreso en favor del federalismo y se convierte en gobernador.
1843 Establecimiento de las primeras fábricas de textiles en Guadalajara: La Prosperidad Jalisciense y La Escoba.
1846 Fundación de la Junta Popular de Jóvenes, convertida después en La Falange de Estudios.
1847 Revuelta campesina en El Tuito.
1855 Clausura definitiva de la universidad.
1858 Juárez establece transitoriamente su gobierno en Jalisco.
1864 Entra el ejército francés en Guadalajara y Pío IX erige la arquidiócesis de Guadalajara.
1866 Los republicanos recobran Guadalajara.
1873 Ramón Corona vence a Manuel Lozada en La Mojonera.
1877 Porfirio Díaz llega a Guadalajara e impone el Plan de Tuxtepec.
1884 El cantón de Tepic se convierte en territorio federal.
1888 Llega a Guadalajara, desde México, el primer ferrocarril.
1889 Muere asesinado el gobernador Ramón Corona.
1892 Fundación de la Escuela Normal de Jalisco.
1908 Creación del Club Político Pedro Ogazón en apoyo de Bernardo Reyes.
1911 Triunfo electoral del Partido Católico.
1914 Arribo a Guadalajara de los constitucionalistas y Manuel M. Diéguez asume la gubernatura.
1925 El gobernador José G. Zuno establece la Universidad de Guadalajara.
1927 Comienzo de la rebelión cristera.
1930 Fundación del primer banco local, el Refaccionario de Jalisco.

1933 Graves conflictos universitarios en Guadalajara.
1940 Se crea la fábrica de Atenquique.
1964 Se concluye la carretera de Guadalajara a Barra de Navidad.
1976 Conclusión de la presa Cajón de peñas, cerca de Tomatlán.
1987 Primera versión de la Feria Internacional del Libro.
1991 Se comunican por carretera los 10 municipios del norte de Jalisco. Celebración de la Primera Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y Presidentes de Gobierno.
1992 Explosiones en el barrio de Analco causadas por gasolina. Pide licencia el gobernador Guillermo Cosío Vidaurri y el Congreso del estado nombra a Carlos Rivera Aceves.
1993 Asesinato del cardenal J. Jesús Posadas Ocampo.
1995 El primer gobernador del PAN toma posesión y el Club Deportivo Guadalajara gana el campeonato mexicano de futbol.
2004 Los deportistas de Jalisco ganan por quinto año consecutivo los Juegos Olímpicos Nacionales. Celebración de la Tercera Reunión Cumbre de America Latina y el Caribe-Unión Europea.

ÍNDICE

Presentación 11

Llamada general 13

Preliminar: Aquí es Jalisco 15

Caminos de Michoacán 15
Camino de Guanajuato y vecino de San Luis 17
Por tierras de "Los de abajo" y también de los huicholes 19
La vía del Caballo Blanco 21
La sierra y la costa 21
El sur de Jalisco 23

I. *Los primeros actores y su encuentro* 25

Vestigios de tatarabuelos 25
Bisabuelos alfareros 26
Abuelos indígenas 28
Arquitectura original 30
Tecnología e intercambio 31
Abuelos blancos y barbados 32
Las primeras villas 34
Siembra del "Estado español en Indias" 37
Tímida expansión 40
"Con la Iglesia hemos topado..." 42
La enseñanza, 42
La beneficencia 43
¿Quiénes trabajaban? 44
La nueva población 45

Nuevos y viejos productos 46
Las minas 48
El comercio 50
Creatividad y diversiones 51

II. *Consolidación y crisis de la hegemonía criolla* 54

Hasta topar con ingleses 54
Colonización y avanzadas 56
Reordenamiento espacial 57
Su administración 59
Crecimiento y complicaciones 61
Guadalajara, centro distribuidor 65
Las ferias 66
La educación 67
La cultura 68
La imprenta 70
La arquitectura 71
Los servicios públicos 73
Independencia y gobierno autónomo 74
Hidalgo y la independencia 76
Constitución de Cádiz: Diputación provincial y Ayuntamientos 78
El primer Imperio 80
La primera República Federal 81
El gobierno interior 83
Comercio y agricultura 85
Iglesia y poder civil 85
La enseñanza 87
Nuevas indefiniciones y problemas 88
La República central 89
El repunte federalista 90
La generación liberal 92
La expansión económica 94
La desamortización de la propiedad 97

III. *Orto y ocaso del estado liberal* 100

La Constitución de 1857 101
Confederación de Estados coligados 102
"Antes, patria, que inermes tus hijos...". 106
Liberalismo civil 110
El estado del estado 116
Nuevas organizaciones. 118
Educación. 118
Liberalismo militar 120
Estado porfirista y porfiriano 123
El campo 124
Minería e industria 127
Las comunicaciones 132
Cultura como nunca 133
Más construcciones y de otro modo 141
Entusiasmo educativo 143
Iglesia de mejor talante 146
Catolicismo social 147

IV. *La revolución y la unidad nacional* 149

Tímida insumisión 149
Católicos de partido 151
La "bola" constitucionalista 152
Nuevo orden constitucional 155
Nuevas organizaciones y partidos. 156
Sindicalización y reparto agrario 157
Laicos o católicos. 158
Las narices del centro 162
¡Viva Cristo Rey! 163
Todos de una mano: El estatismo 165
La disputa por la educación 166
El reparto agrario y la central obrera 168
Guadalajara, su crecimiento 170
La unidad nacional 172

Progreso en la posguerra 174
Letras y artes migrantes y residentes 178
Sus pintores 181
Su música 183
Sus obras públicas 185

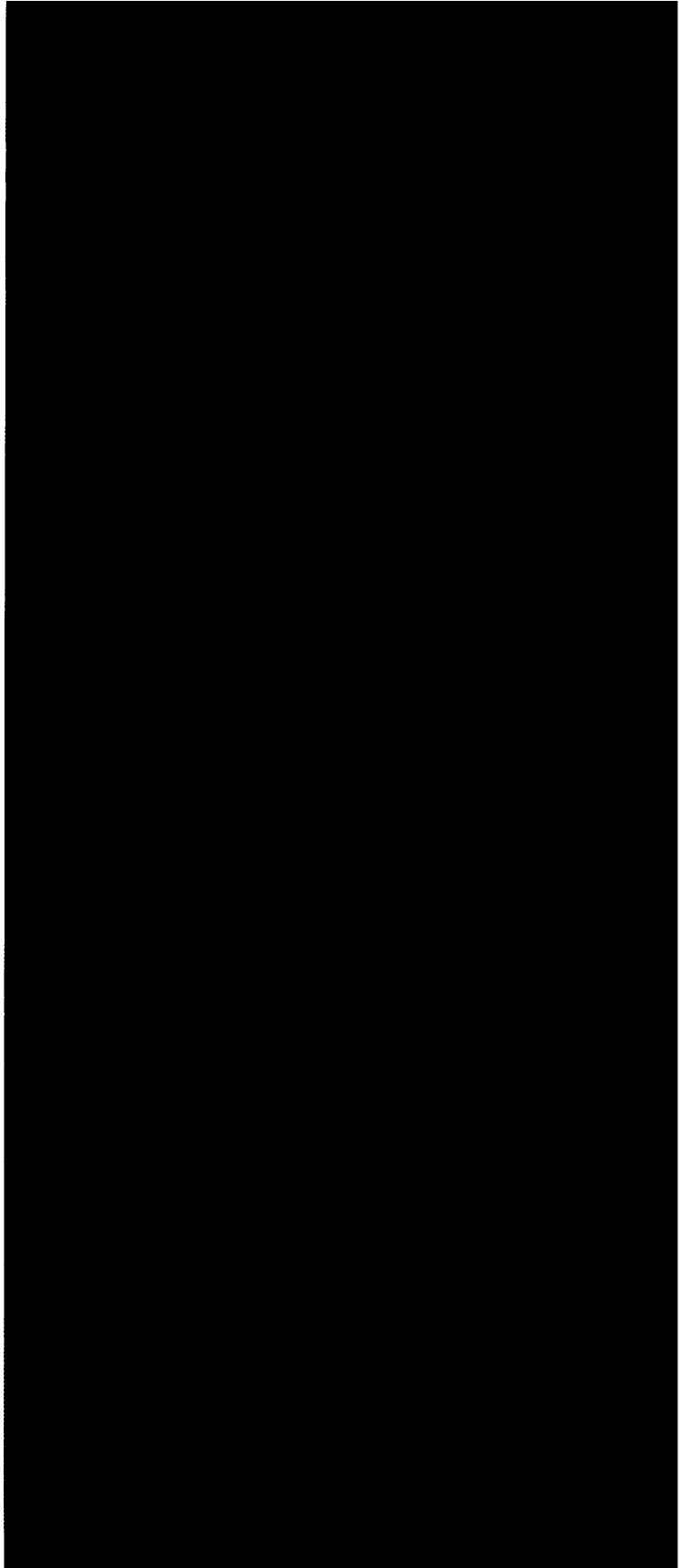
Epílogo: A lo que hemos llegado 189

Coexistencia y crecimiento 189
Centralización y macrocefalia 191
Universidad sin clase 194
Vamos por más cultura 197
Más modernos pero inseguros 198
Nostalgia y optimismo 202

Bibliografía comentada 205

Cronología 213

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en noviembre de 2005 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. La edición consta de 1 000 ejemplares.



Desde los primeros años de la Colonia, las tierras entonces llamadas Nueva Galicia tuvieron cierto renombre que fue acrecentándose con los años, pese a las mermas territoriales sufridas.

Al erigirse el Estado Libre y Soberano de Jalisco, ni la reducción de las fronteras ni el crecimiento de la fama se detuvieron; y si la primera cesó —por lo menos oficialmente—, en la segunda mitad del siglo XIX esta última siguió en aumento hasta convertir al estado en un símbolo de la mexicanidad misma.

Evidentemente, esto no ha sido producto del azar, sino del hacer jalisciense, tema central de esta *Breve historia de Jalisco,* en la que José María Muriá logra una obra de gran aliento historiográfico.

En la conformación de su identidad, el desarrollo ha traído por igual cambios profundos y daños inesperados que no siempre han sabido afrontarse; pero este "lugar sobre la arena", con base en las coincidencias fundamentales, la colaboración y un mejor entendimiento de quienes allí viven, empieza a dar muestra de recuperar su energía y su dinamismo ancestral, y a comprender nuevamente dónde está su fuerza y cuáles son sus capacidades, sus posibilidades y su mejor camino, lo que constituye un augurio de que muy pronto podrá decirse "Aquí es Jalisco" con la frente más alta y la voz mucho más firme.

Con esta obra, el autor muestra, una vez más, la tradicional preocupación que han tenido los hombres de Jalisco por estudiar y dar a conocer su historia, y evidencia la impostergable necesidad de estructurar más esforzadamente los distintos pasados de cada región en particular, a fin de enriquecer y lograr una historia nacional global.

9 789681 676261

CC CREATIVE COMMONS